
ATRACCIÓN FATAL
SANDRA BREE
Selecta

Atracción fatal

Sandra Bree

Selecta

Prólogo

Mahou

La primera vez que vi a esa mujer no supe qué pensar de ella, excepto que era jodidamente guapa. Tenía unos ojos grises y grandes que brillaban como estrellas en una noche de verano, llenos de una luz que guardaba risas, travesuras y una inocencia cautivadora, algo que yo había perdido hacía tiempo. Tal vez con doce años, incluso con menos. Fue el día en que llegué a casa de la escuela y encontré a mi padre golpeando a mi madre. En aquel entonces yo respondía al nombre de Miguel, me metí en medio, quizá creyéndome un pacificador o algo así, y terminé en el hospital. Desde aquel momento mi vida fue una mierda; cuando no tenía un brazo roto, era un pie, o la cara destrozada. La cosa pareció mejorar cuando el malnacido del viejo entró en prisión. Pero poco después, mi madre se lio con otro tío peor; y yo, cansado de defender una causa imposible, me largué de casa.

La mujer que ahora llamaba mi atención parecía ajena a todas las miradas que atraía, a pesar de estar sobre el escenario, cantando a pleno pulmón un tema de Gloria Gaynor, convertida casi que en un himno:

I should have changed that stupid lock
I should have made you leave your key
If I'd a known for just one second
You'd be back to bother me

La observaba con detenimiento, analizando cada gesto, cada nota que salía de su boca. En un bar de tipos duros y peligrosos, ella era como un inesperado rayo de luz que no dejaba indiferente a nadie. Una conejita tierna y jugosa en un campo de zorros.

No pude evitar sonreír; me recordaba a esos *castings* de televisión que buscaban la mejor voz, en los que uno pensaba: «¿Lo puede hacer peor, que hasta las jarras de cerveza vibran?». Pero el solo hecho de ver cómo aquella Cara guapa bailaba —yo lo llamaba «trote cochinero»— y las carcajadas que ni siquiera podía contener hacía que todos los que estábamos allí nos contagiáramos de su alegría, y en vez de ser el típico bar de carretera que podía encontrarse en

cualquier lado de Montana, se había convertido en una fiesta improvisada.

El garito se erguía solitario junto a la desolada autopista; un faro de neón en medio de la nada. El olor a tabaco, cuero y cerveza llenaba todos los rincones del interior y las paredes estaban decoradas con placas de matrículas antiguas, viejas fotografías en blanco y negro de moteros y banderas descoloridas.

Miré a mi alrededor, curioso por ver el rostro de los demás, y salvo un par de tipos cubiertos de tatuajes que hablaban animadamente, cuyas risas retumbaban en el aire cargado de humo, el resto sonreían y vitoreaban a la chica. Algunos se habían levantado de sus asientos y bailaban.

A un lado del escenario, un grupo de mujeres —cual gallinas revolucionadas— hacían el coro con el mismo trote cochinero que la que seguía aullando:

No, no, not I, I will survive
Oh as long as I know how to love, I know I'll stay alive
I've got all my life to live and I've got all my love to give
And I'll survive, I will survive

Obviamente debían ser amigas y, obviamente, también iban hasta el culo de alcohol, no porque lo dijera yo, sino que sus dos mesas estaban repletas de vasos y botellines, e incluso de una botella de tequila medio vacía.

Una camarera, con su pelo recogido en una cola de caballo y una sonrisa astuta, limpiaba vasos detrás de la barra del bar.

—Estas sí que saben montárselo bien —dijo uno de los chicos que me acompañaban, relamiendo la espuma de cerveza de sus labios con una sonrisa torcida.

—Macho, eso es no tener sentido del ridículo —añadió Obispo; un hombre rubio y de piel tan blanca que las venas se marcaban en sus mejillas como si estuvieran cubiertas por una red rosada. No era ni cura ni nada, pero lo llamábamos así porque siempre intentaba mediar y razonar cuando alguno de nosotros nos veíamos envueltos en peleas. La verdad es que nunca lo había visto joder a nadie. Se enfadaba, sí, pero antes de llegar a las manos, se marchaba a enfriarse la cabeza. ¿En qué coño pensaba durante ese tiempo? Ni puta idea, pero siempre volvía más calmado, como si no hubiera pasado nada. De haber sido otro tío habría pensado que se metía algo, pero Obispo no. Lo conocía bien, y aparte de la bebida, era de los más sanos de sus colegas.

—Yo admiro a esta gente —dije, mientras me recostaba en la silla y tomaba un trago de cerveza—. Van a su bola, sin preocupaciones y pasando de todo. A mí me fliparía ser como ellas.

Foca me palmeó el brazo con una sonrisa lasciva, dejando su vaso en la mesa con un golpe sordo. Era un tipo grande y fuerte, que por su estructura tenía las formas de un gorila, aunque con menos pelo.

—A ti lo que te gustaría es poder follarte a esa rubia.

Volví a dar un repaso de arriba abajo a la chica; era esbelta y delgada. Vestía unos pantalones vaqueros ajustados, botas altas y una sudadera fina en tonos cremas. Desde luego ella no había salido a ligar, de lo contrario se habría puesto algo más excitante o llamativo, como un minivestido apretado de los que se llevaban ahora, o esas cortas faldas que parecían cinturones anchos. Tenía el pelo largo y ondulado con un gracioso pico que caía entre sus omóplatos; labios bonitos, ni delgados ni generosos. No me gustaban las mujeres que los rellenaban con bótox porque me recordaban al Señor Patata, y los de ella eran muy lindos.

—Sí —admití—, podría ser divertido pasar una noche con ella.

Después de todo era libre y podía hacer lo que quisiera; además, ni siquiera me acordaba de la última mujer con la que había estado. Hombre, exageraba; si hacía memoria recordaba a una *biker chick*[1] muy mona y su horrorosa ropa interior de leopardo. La zorra la chupaba bien.

—¿Qué dices, Mahou? ¿Las invitamos a unas birras? —preguntó Golden.

Sí, en efecto, éramos un grupo bastante peculiar. Yo, el líder no oficial, destacaba por mi altura y por el cabello rubio oscuro en varios tonos que cubría mi nuca. Mis ojos verdes reflejaban una frialdad calculadora y los rasgos firmes y duros me daban un atractivo rudo.

Pertenecíamos a la misma hermandad —eso sonaba mejor que decir «banda»—, Los hijos de Caín. No éramos una secta ni músicos; simplemente moteros.

Golden, con su sonrisa siempre presente, era conocido por su habilidad para meterse en problemas y salir de ellos con gran facilidad. Era el encargado de la contabilidad y siempre tenía algún trapicheo entre manos. Foca tenía una risa contagiosa y una lealtad inquebrantable, y se encargaba de la seguridad de un garito grande que considerábamos nuestro. Obispo, serio y meticuloso, llevaba todo lo relacionado con la abogacía y defensa jurídica, asegurándose de que la ley estuviera de nuestro lado en todo momento. Y yo, Mahou, era socio y mano derecha del jefe: Caín.

Los hijos de Caín no éramos una simple banda de moteros, éramos más de sesenta, cada uno con su rol, pero todos bajo el mismo mando: Caín, el todopoderoso, un hombre al que todos respetábamos. Lo que él decía iba a misa. Era veterano en todos los aspectos, y nadie, ni siquiera yo, se atrevía a contradecirlo.

—Adelante. —Dudaba de que esas mujeres aceptaran al llevar un rollo completamente distinto al nuestro. Pero para mi sorpresa lo hicieron, y se unieron a nosotros juntando más mesas.

En realidad, no sabía de qué me sorprendía, porque, aunque sus aspectos eran corrientes —no iban muy maquilladas ni vestidas sexis, lo normal en aquellos antros— no hubieran estado en un bar de carretera lleno de tíos de haber sido unas mojigatas criadas entre algodones.

Todas se presentaron, aunque solo me quedé con el nombre de la Cara guapa, o más bien con su apelativo, Cory. No tenía ni la más pajolera idea de por qué la llamaban así, y tampoco me importaba. Después de ese día no íbamos a seguir viéndonos, o bueno, tal vez si la cosa se daba bien, tres o cuatro días a lo sumo. Estas clases de mujeres no estaban preparadas para llevar una

vida como la mía. Los hijos de Caín, aquellos que llegábamos a formar una familia, lo hacíamos con mujeres que se habían criado en nuestro entorno y que conocíamos de toda la vida. Tías fuertes preparadas para enfrentar cualquier cosa.

No hablé mucho con Cory esa noche, pero lo poco que conversamos en plan serio, ya que ella era muy ingeniosa y divertida, me dio la impresión de que era bastante inteligente, con la cabeza amueblada y los pies bien asentados sobre el suelo. Por suerte no necesité pelear con ninguno de los chicos para llamar su atención, pues ella fue la que llegó a mí como las moscas a la mierda.

Ella, Cory, la que en un futuro pondría mi vida jodidamente patas arriba.

Capítulo 1

Coraline estaba acostumbrada a levantarse temprano y esa mañana tampoco fue diferente. Los cambios de horario la dejaban hecha polvo, y aunque solo llevaba dos días en Montana, la diferencia con España, donde había vivido con su madre esos últimos años, era bastante importante.

Bueno, en realidad la dejaban hecha polvo eso y el pedazo de macizote que tenía a su lado. Lo miró con una sonrisa. Él había sido su premio gordo por haber sido una niña buena.

Se sentó sobre la cama y estiró los músculos de los brazos y la espalda, pensando en lo bien que le había sentado tener esa noche de juerga y sexo para afrontar lo que se le venía encima. Había terminado sus estudios, y después de seis años de carrera y uno de preparación como médica interna residente, podía decir que oficialmente era doctora.

Cuando ya estaba terminando de bostezar recorriendo la habitación con la vista, se quedó inmóvil con la postura de echar a volar al descubrir sobre una silla un chaleco de cuero negro.

Su corazón se aceleró de repente. A pesar de no poder ver bien el escudo pintado en la espalda, porque estaba bastante lejos para discernirlo, supo que ese chaleco pertenecía a un hijo de Caín.

Inevitablemente giró la cabeza hacia el tipo que dormía bocabajo y enseguida vio que el brazo que tenía sobre la almohada estaba tatuado con el emblemático escudo de la tribu. La calavera con dientes apretados y ceño fruncido —lo sabía, las calaveras no tenían carne, pero esta fruncía el ceño— y alas que salían de sus orejas la miraba con frialdad. Se podía leer perfectamente: «*Sons of Cain*».

Todavía se preguntaba por qué su padre y su tío Ian habían hecho un dibujo tan horroroso, y aunque ella les había dicho que estaban flipados, la ignoraron.

Pero en ese momento lo importante no era eso. Lo importante era que se había acostado con un tipo que trabajaba para su padre, y si él se enteraba —pensaba en Caín— se iba a cargar al macizote de un plumazo.

—Joder —murmuró entre dientes, levantándose. Tenía que recoger sus cosas cuanto antes y largarse de allí. ¿Por qué no reconoció a esos hombres la noche anterior? No llevaban chalecos ni

cazadoras, ¿verdad?

Alucinada y sin un ápice de color en la cara, se vistió en silencio buscando su ropa por el dormitorio. No pudo encontrar el tanga, y no tenía tiempo de ponerse a mirar debajo de la cama. De hecho, había ido con un par de amigas, pues las demás se habían rajado a última hora, y ni siquiera se molestó en buscarlas. Ella no estaba en ese momento como para detenerse en el resto de habitaciones, además de que su presencia podía poner a todos en un grave apuro.

Con un poco de suerte, ellos ni se acordarían de su cara.

Desear eso hubiera sido lo acertado, pero también debía reconocer que sería un golpe para su orgullo si el macizote no se acordaba de ella cuando lo volviera a ver. Porque estaba claro que se verían de nuevo.

«Entramos en este garito mismo», había dicho la noche anterior una amiga de su amiga Nat, y como no parecía tener pinta de que hubiera mucha gente —tampoco pensaba que iba a haber algún hijo de Caín, además no llevaban motos porque cuando se marchaban estuvieron discutiendo cómo se repartirían en los coches—, aceptaron.

En esa discusión, a Coraline le había dado igual con quién fuera, siempre y cuando ese hombre y ella viajaran juntos.

Mahou. En ese momento le vino su nombre a la cabeza. Se llamaba igual que una marca de cerveza española.

¿Por qué le parecía recordar haber escuchado su nombre antes? «Mahou», repitió mentalmente.

Miró la hora y pensó en lo agradable que sería tomarse un café; sin embargo, era preferible esperar a llegar al apartamento donde se estaba alojando esos días. Su padre todavía no sabía que había regresado de España, y no quería arriesgarse a que alguien la viera y le fuera con el chisme.

Tomó el autobús de Great Falls hasta Cardwell. Habría viajado más rápido de haber pedido a alguno de esos hombres que la llevara, cosa que prefirió no hacer. También pudo ir haciendo autoestop, pero solo los camioneros madrugaban tanto y no tenía humor para soportar palabras soeces y miradas libidinosas durante la hora y media que duraba el viaje. Aunque algunos tipos eran amables y educados, desgraciadamente, dar con ellos era como jugar a la lotería.

Lo primero que hizo al llegar fue darse una ducha para eliminar de su piel el olor a sexo y sudor. Lo segundo, tomar un café bien cargado, sin nada de azúcar.

Con la taza en la mano salió a la pequeña terraza y, apoyando los brazos en la barandilla de hierro, cuya pintura llevaba años descascarillada, contempló el paisaje con un suspiro.

El sol daba de lleno en su rostro. Era agradable sentir ese calorcito que le inundaba el cuerpo.

El vecindario era uno de esos humildes con casas de madera que no sobrepasaban las dos plantas. A la mayoría de las viviendas le hacía falta una buena dosis de amor, pues sus ocupantes estaban tan inmersos en sus trabajos, o intentando conseguir algo de dinero, que descuidaban sus hogares. Al menos esa era la impresión que daban vistas desde fuera.

Sonrió, agradecida de haber regresado a casa por fin, y no se refería al apartamento de Nat, sino a la tierra donde se crio.

—Te escuché entrar —dijo la voz de una mujer detrás de ella. Coraline se dio la vuelta y sonrió a su amiga. Nat era de las que se habían rajado la noche anterior. Llevaba una delgada bata que apenas cubría un pijama corto. Su cabello, de un rojo vibrante, teñido, caía revuelto sobre los hombros.

—¿Cómo estás? Parece que te has peleado con la almohada.

—He dormido como un tronco. —Se cubrió la boca con la mano ocultando un bostezo y se frotó los ojos—. ¿Y tú? ¿Qué tal con los tíos de anoche?

Una medio sonrisa se dibujó en los labios de Coraline.

—El rubio estaba de puta madre. —Cambió el gesto por uno de desilusión—. Lástima que sea un hijo de Caín.

Nat abrió sus ojos oscuros con sorpresa.

—¿Qué? ¡No me jodas!

Ella asintió y dio un sorbo a su café.

—¿Tú no reconociste a ninguno anoche?

—No.

Coraline hizo una mueca.

—Joder, pues no has salido de Cardwell nunca. Alguna vez has debido de verlos.

—Si los he visto, no me acuerdo. Desde que te fuiste, no he vuelto a parar con ellos. Al súper no van nunca, excepto Tommy, que va los sábados a recoger el pedido de su abuelo. Los demás a veces pasan, porque oigo el estruendo de las motos, pero no se detienen aquí.

Cardwell era un lugar tranquilo cuya población no llegaba a los cien habitantes. El pueblo estaba junto al río Jefferson y eso añadía un toque natural y pintoresco a su entorno. Contaba con una antigua escuela de ladrillo, supermercado, campos de cultivos y un camping en la salida de la I-903. Nat llevaba mucho tiempo trabajando de cajera en el supermercado y se conocía a todo el mundo.

En cambio, los hijos de Caín se asentaban en Cascade, con más de setecientos habitantes. Situado a orillas del río Missouri, era conocido por el famoso pintor del Viejo Oeste, Charlie Russel, quien vivió y trabajó en la zona. El pueblo ofrecía varias actividades recreativas, como paseos en bote, senderismo y pesca. También tenía tiendas locales, restaurantes y bares, y sitios históricos como el puente de Hardy, que era uno de los últimos en el estado y había aparecido en algunas películas.

—¿No te acuerdas de ellos? —replicó Coraline, sin poder creerla.

Nat la miró y frunció el ceño.

—¿Tú crees que me conozco a todos?

—Pues deberías.

Nat sabía que Coraline bromeaba, aunque su rostro poseyera una expresión sería. Sacó un

paquete de tabaco del bolsillo y le ofreció un cigarrillo.

—No, gracias. Solo fumo en fiestas. —Coraline se acomodó en una destartalada silla.

—No sé cómo puedes hacer eso. Yo vivo enganchada a esta mierda. —Se colocó el pitillo entre los labios y acercó el mechero. Después de encenderlo, volvió a guardar la cajetilla y la apuntó con la mano que sostenía el cigarro—. ¿Cómo te enteraste de que eran hombres de tu padre?

—Vi el chaleco del tío colgado en una silla.

Nat frunció el ceño.

—¿Ahora viven en Great Falls?

—Pues no lo sé, pero desde luego tienen casa allí. Tampoco me he quedado a preguntar; en cuanto me he dado cuenta de quiénes eran, he salido escopetada.

—De modo que tampoco te reconocieron.

Coraline negó con la cabeza, segura que, de haberlo hecho alguno, no habría acabado en la cama de nadie.

—Por cierto, he dejado a tus dos amigas colgadas —dijo, indiferente.

—Ellas se las apañan. —Nat chupó de su cigarro y observó ensimismada el humo denso y gris que ascendía lentamente hacia el cielo—. ¿Has pensado que te reconocerán cuando llegues a Cascade?

Coraline soltó una risita irónica.

—Más les vale que finjan no hacerlo. Ian y mi padre son capaces de darles una paliza. Sobre todo a ese Mahou.

Nat se atragantó con su propia saliva y la miró con ojos desorbitados.

—¿Mahou? —Coraline asintió, alzando las cejas, extrañada—. Ese hombre es el brazo derecho de tu padre.

En ese momento se acordó. Nunca lo había conocido en persona, pero sí escuchó hablar de él en diferentes conversaciones con su tío Ian y con Eva, la mujer que estaba liada con su padre. Ellos le comentaron que había llegado un tipo que les caía genial; alguien con una historia dura a sus espaldas, y ciertamente, se había ganado el respeto de Caín.

—Tú sí que tienes puntería para meterte en problemas, Cory.

—A los otros tampoco los conocí —musitó pensativa, y ahora, de repente, preocupada.

—Ya sabes que los hijos de Caín parecen crecer como setas en otoño. Será mejor que te andes con ojo.

—¿Y si me quedo contigo más tiempo del que pensaba?

Nat se encogió de hombros y dejó que la ceniza de su cigarro cayera al suelo.

—Haz lo que quieras, pero si tu padre se entera de que estás por aquí y ni siquiera has pasado por el club a verlo, ya te puedes ir preparando para la bronca del siglo.

Coraline soltó una carcajada.

—Exagerada. —Había algo de Caín que solo unos pocos sabían. Él sentía debilidad por ella, y

ella aprendió desde bien pequeña a saber llevarlo a su terreno.

O eso creía.

—Oye, ¿y qué pasa con el novio que tienes en España?

—Prefiero no hablar de él; además, rompimos hace unos meses.

—Eso sí que es raro. La última vez que hablamos parecías muy enamorada.

—No le gusto a su madre —admitió, indiferente. Aunque solo de pensar en ello la rabia bullía en su interior. A la mujer le había parecido buena chica hasta que le contó que su padre era motero, que tenía un club y que ella quería ejercer la medicina en su ciudad—. La muy imbécil piensa que quiero robarle a su hijo.

—¿Y él qué dijo?

Coraline se encogió de hombros.

—Pues que su madre lleva razón y que tal vez debería quedarme en España de modo indefinido, tener hijos y vivir cerca de ella en una urbanización cursi —al decirlo retorció los labios con aversión, no por el hecho de los hijos, sino el de vivir cerca de los suegros.

—Joder, pues vaya palo.

Nunca antes había llegado a ir tan en serio con alguien, pero el rechazo de la madre de Santiago y que él le diera la razón había supuesto un duro golpe para ella. En verdad se creía enamorada de ese hombre, al menos lo estuvo durante un par de años; y aunque después de la ruptura pasó varios meses pensando en él y hasta valorando la posibilidad de seguir su sugerencia y quedarse allí, la lógica —y sobre todo que echaba mucho de menos a los hijos de Caín— hizo que lo asumiera y continuara con su vida.

—Como dice mi madre: «Hay más tíos que moscas».

Era un consuelo para tontos y Coraline lo sabía, pero ella no era de esas mujeres que se pasaban el día llorando por los rincones por un hombre. Más por uno que no se atrevía a enfrentar a su madre por no traicionarla, a pesar de saber que quizá de ese modo nunca iba a alcanzar la felicidad.

Nat asintió con una sonrisa traviesa.

—¡Que le den por culo a Santiago!

Capítulo 2

Era la primera vez que le ocurría que una tía, después de pasar una fabulosa noche con él, se marchaba sin ni siquiera despedirse. De hecho, Mahou hasta rebuscó entre sus cosas por si se había llevado algo que no le perteneciera, pero no, todo estaba en su sitio.

Tampoco tenía muchos objetos personales en esa casa, más que algunas prendas de ropa en el armario. Ese día también estaba su cartera, que continuaba en el bolsillo trasero del pantalón.

No vivían allí. Aquello era como un cuartel general en el cual dormían cuando salían de fiesta por Great Falls o estaban demasiado cansados o borrachos para ir a Cascade.

Foca se echó a reír cuando Mahou le contó lo que había pasado.

—Tal vez no la dejaste satisfecha, macho, un gatillazo lo tiene cualquiera.

—Parece que sabes mucho de eso.

—Qué va, además yo me quedé sin ninguna. Golden y Obispo fueron los afortunados —dijo, señalando con su redondeada barbilla al fondo del pasillo, donde se alojaban los otros dos.

Mahou y Foca estaban sentados en un amplio salón que apenas tenía dos sofás de cuero marrón, un par de sillones, una mesa y poco más. Olía a tabaco y ropa sucia. Tan solo había unas tristes cortinas que cubrían las ventanas para que los curiosos que circulaban por la ancha avenida no se pararan a mirar.

—Anoche parecía que las tenías a todas embobadas —dijo Mahou.

—Ajá, como siempre. Yo soy el que hago el trabajo sucio; las hago reír, me dicen lo simpático que soy, y luego me dejan con un palmo de narices para irse con vosotros a follar. Es la historia de mi vida.

Mahou le dedicó una sonrisa torcida.

—Pues también tienes razón.

—Claro que ninguna ha salido corriendo hasta que no les he dicho que se largaran. —Volvía a reírse otra vez, divertido, encerrando cierta maldad en sus carcajadas.

—¿Qué ocurre, Foca? ¿No sabes reír en bajo? —preguntó Golden, saliendo de una de las habitaciones, con el pelo revuelto, sin camisa, y con los vaqueros desabrochados. Arrastraba los pies al andar como si le pesara todo el cuerpo.

—Puedo pero no quiero. ¿Algún problema con eso?

—Eres un capullo, jódete. —Golden fue a la cocina y regresó con una botella de agua. Miró a Mahou arqueando las cejas—. ¿Qué le pasa a este?, ¿se ha levantado de mal humor?

—No folló anoche.

Foca no se dio por aludido y con el mentón señaló a Mahou.

—¿Por qué no le cuentas que tu palomita voló muy temprano?

—Lo acabas de hacer tú —respondió Mahou, al tiempo que miraba la hora en su reloj de pulsera—. Levanta el culo y avisa a Obispo, tenemos que marcharnos.

—¿Hay reunión? —inquirió Golden, con el brazo en alto, a medio beber.

Mahou se levantó.

—Caín quiere preparar no sé qué poyas para su hija. —Foca lo observó con el ceño fruncido —. Una fiesta sorpresa o algo así.

—¿Cuándo llega?

—En un par de días, creo —respondió mirando la mesa de madera llena de grietas y nombres incrustados que alguien se había dedicado a hacer con una navaja o algo punzante. Había un par de ceniceros hasta los topes—. Que alguien recoja todo esto. —Se marchó a por sus cosas a la habitación.

—¿Qué es eso de su palomita? —le preguntó Golden a Foca, al quedarse solos.

—Cuando se despertó, ella ya no estaba. No estaría muy contenta. —Aunque hablaba susurrando, Mahou lo escuchó y su voz llegó clara y nítida desde el dormitorio.

—Te he escuchado, cabrón. —Salió agitando un llavero y taladró a ambos con la mirada al ver que ninguno se había movido—. ¿No me habéis oído?

Foca se puso de pie de un salto, y Golden despareció por el pasillo.

—Os espero abajo; si en diez minutos no estáis, me marcho.

A los hijos de Caín les llevó un poco más de tiempo meterse en el coche, pues debieron despertar a las chicas y echarlas de casa. Durante los primeros kilómetros en dirección a Cascade se fueron divirtiendo a costa de Mahou, pero bastó una mirada de hielo de sus ojos verdes para que guardaran silencio durante el resto del camino.

Mentiría como un bellaco si no admitía que pensaba en aquella rubia de ojos grises y tupidas pestañas. ¿Por qué diablos se había marchado como una fugitiva? Quizá no tenía que seguir divagando sobre ello y aceptar lo ocurrido como algo normal.

No. Pero no era normal. Las mujeres siempre eran las que iban detrás de él, y la que probaba «sus encantos» repetía o quería repetir.

Su mente evocó la noche pasada, justo en el momento en el que entraron en la habitación y ansiosos se desnudaron el uno al otro. «A lo mejor no me detuve mucho con los preliminares» se dijo, o también podía ser que ella se hubiera arrepentido de liarse con un hombre como él. Si era de la zona, seguro que había oído hablar de ellos y conocería la fama que tenían de tipos duros y, hasta cierto punto, de peligrosos. No le sorprendería que se tratara de esto último, pues apostaba

a que todos los padres del estado de Montana era lo primero que enseñaban a sus hijas al nacer; que no se acercaran a ellos. Claro, luego había alguna, como esa Cara guapa, que deseaba probar el fruto prohibido al menos una vez en su vida. Más tarde, acabaría casada con alguien de la ciudad; y si lo veía de nuevo alguna vez, fingiría no conocerlo.

Ahora porque estaba en Montana, pero lo mismo le había ocurrido en Madrid, donde se crio y tuvo una infancia y una adolescencia bastante maltrechas —qué habrían dicho los orientadores —. Él prefería decir que muy jodida; una mierda pura y dura en la que tuvo que hacer muchas cosas ilegales para sobrevivir.

Conocer a Caín era uno de los mejores hechos —sino el mejor— que le había sucedido en muchos años. Se sentía completamente en deuda con él y lo apreciaba más de lo que había llegado a hacer a cualquier miembro de su familia.

¡Que ahora tenía que celebrar la fiesta de su hija! Lo haría sin dudar. ¡Como si debía contratar a un payaso e hinchar él mismo los globos! Aunque ella rondara los veinticinco años, a las mujeres esas cursilerías les gustaban mucho.

Golden, Foca y Obispo habían llegado a la banda más tarde que Mahou, y después de que Caín los pusiera a prueba, los dejó a su cargo para que contase con ellos siempre que los necesitara. Y en realidad, era bueno tenerlos cerca, pues la gestión del club no era tan fácil ni sencilla de llevar como podía parecer.

Mahou siempre había trabajado solo y nunca había tenido amigos en los que poder confiar, aunque sí muchos conocidos que lo utilizaban igual que él a ellos, pero nadie por el que realmente hubiera sentido lástima al marcharse de España.

A pesar de todo eso, no se consideraba un hombre frío o poco empático. Tenía sus sentimientos, aunque no los exteriorizara. Odiaba, tanto como temía, que lo consideraran vulnerable. Todo lo que había hecho en el pasado había sido para ganarse la vida y tirar para adelante en un mundo que solo se movía por el dinero. O comes o te comen. Y él comía.

El coche entró en el estacionamiento de tierra del club. El edificio era grande, construido en ladrillo, y se hallaba junto a la carretera. Había otros locales cerca, pero a un tiempo lo bastante alejados como para que el ruido que salía del interior, o los rugidos de las motos, no les molestase.

Con extrañeza, observaron los dos coches patrullas parados delante de la puerta. Lo raro no era ver al jefe Bradford Snipe haciendo algunas de sus visitas de rutina, pero sí que esta vez hubiera acudido acompañado.

Golden palmeó el hombro de Obispo antes de bajar del coche, mientras decía:

—Parece que tienes trabajo.

Mahou salió del coche sin esperar a nadie y con largas zancadas se dirigió al local. Sobre la entrada había un letrero de neón que a esas horas estaba apagado. Subió los cuatro escalones de piedra y al atravesar la puerta entrecerró los ojos esperando que la vista se adaptara al fuerte contraste de la luz del día con la tenue iluminación del interior. Los cristales de la ventana eran

biselados y todo se hallaba sumido en las sombras.

Las puertas del club se abrían a los clientes por la tarde, de modo que apenas había nadie en ese momento y los pocos que deambulaban eran miembros de la banda.

—Mahou, Caín está en el despacho.

Frank, el hombre que se encargaba de organizar los espectáculos, señaló con el mentón las cortinas negras que cubrían el paso al corredor.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Se encerró con el sheriff hace un rato —contestó mientras Mahou echaba a andar hacia allí—. Si te enteras de algo, me cuentas.

—Lo haré —dijo, sonriendo para sus adentros. No sabía por qué Frank todavía insistía en querer sonsacarle información cuando él solía ignorarlo. Nunca había habido buen rollo entre ellos. No le gustaba la forma en que trataba a las muchachas que bailaban, y ya una vez le había parado los pies al ver que humillaba a una de ellas, que a última hora se torció un tobillo y no pudo bailar.

Mahou abrió la puerta del despacho justo cuando los hombres uniformados de dentro se disponían a salir.

—Buenos días, Mahou —lo saludó el sheriff Bradford con gesto preocupado.

—¿Qué tal, Brad? ¿Cómo está la familia?

—Bien, todo bien. Nos vamos a la oficina, ya Caín te contará. —Tras una palmadita en el hombro, se marchó seguido de sus ayudantes. Entonces Mahou miró a Caín, sentado ante el escritorio.

—Toma asiento, Mahou, tenemos que habar.

—Parece grave —dijo al verlo tan serio. Tomó la silla que estaba frente a él—. ¿Alguien ha metido la pata?

Caín era un hombre robusto de aspecto rudo. Peinaba el largo cabello, completamente blanco de canas, en una cola de caballo baja, y la barba que había adquirido el mismo tono la llevaba trenzada, lo que le aportaba un aire de hippy de los ochenta.

—No se trata de eso —respondió. Sus fruncidos ojos grises no revelaban nada.

Mahou sintió como la curiosidad le impacientaba; aun así, se acomodó en la silla apoyando la espalda en el respaldo. Paseó los ojos por el despacho esperando a que se decidiera a continuar. Lo conocía y su jefe tenía por costumbre tomarse las cosas con calma, hablaba de un modo tan pausado que lograba poner nerviosos a todos. En ese momento, él sabía que estaba pensando bien en las palabras que iba a decir. Cuando se conocieron, Mahou no hablaba bien el idioma y su inglés era bastante mediocre, pero ya no era así.

—Han asesinado a una de las chicas de Diablo. Snipe quería averiguar si nosotros sabemos algo al respecto. ¿Has oído cualquier cosa por ahí? —Mahou se sorprendió y negó con la cabeza —. Necesito que seas discreto y preguntes entre los chicos.

—¿Por qué? ¿Nos acusan?

Caín negó con la cabeza.

—De momento no, pero nuestra enemistad con ellos es algo que sabe todo Dios. Tiene miedo de que haya un enfrentamiento entre bandas.

En realidad, era para temerlo, pues algo así involucraría al pueblo entero y sus propios negocios podían verse afectados. Aunque entre las dos bandas siempre había rencillas —peleas entre los muchachos, intentar birlar la chica de alguno o desafíos en carreras de coche o moto—, nunca llegaban a más, porque había un cierto respeto, una especie de pacto por los intereses de ambos.

—De acuerdo, intentaré averiguar.

—Sí, pero no me basta con eso. Quiero que vayas en persona a hablar con Diablo.

Mahou apretó los dientes con fuerza.

—¡No me jodas! ¿Quieres que vaya a darle las condolencias? ¡Que les den por el puto culo!

Caín sonrió con ironía.

—Hay que dejarles claro que nosotros no hemos tenido nada que ver, y de paso, adviérteles de que dejen de pasar su mierda en nuestra zona. Esta vez no habrá un segundo aviso.

***

El rugido de las motocicletas resonaba en las calles mientras el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte, lanzando sombras alargadas sobre la pequeña zona al sur de Cascade. Era el territorio de los Diablos del Infierno, una banda de moteros liderada por un hombre conocido por su mirada ardiente y su temperamento feroz. Había sido marine del ejército norteamericano, pero lo habían expulsado por no obedecer una orden directa.

Diablo, cuyo verdadero nombre era desconocido para la mayoría, se destacaba entre la multitud con su cabello oscuro y rizado, y una cicatriz prominente que cruzaba su rostro de la ceja izquierda hasta la barbilla. En su chaqueta de cuero negra, adornada con el símbolo de la banda, se movía con una autoridad innata. Sus hombres lo seguían con lealtad ciega, conscientes de su naturaleza implacable.

Los Diablos del Infierno controlaban su territorio con mano de hierro, aprovechando cada oportunidad para ampliar su influencia. Se dedicaban al tráfico de drogas, una actividad que consideraban lucrativa y que les otorgaba poder y dinero. Sin embargo, sus acciones generaban tensiones con los hijos de Caín, quienes tenían un código moral más rígido, ya que rechazaban cualquier droga que no fuera hierba. Su filosofía de vida incluía proteger a la juventud de Cascade de los estragos del narcotráfico. Cada vez que los Diablos del Infierno intentaban pasar droga en su territorio, ellos intervenían, frustrando sus planes y aumentando la rivalidad entre ambos grupos.

Aquella noche, la tensión alcanzó su punto culminante en el Black Rose, un bar situado en un terreno neutral que ambos bandos frecuentaban. Diablo y sus hombres estaban apostados en una

esquina, y algunos de ellos recorrían el lugar con miradas en busca de problemas. Un grupo de chicas asociadas con los hijos de Caín reía y charlaba cerca de la barra.

Uno de los hombres se levantó con los ojos fijos en una de ellas y se le acercó con una sonrisa torcida. Mahou, que acababa de entrar junto a algunos de los suyos, lo observó desde la distancia, pero antes de que se acercara a ella, fue Foca quien lo interceptó.

—¿Qué haces? —gruñó.

—Solo me divierto, Foca —respondió el otro, con una mueca—. Pero ya sabes, esas chicas merecen a alguien mejor que tus tristes compinches.

Antes de que las cosas se salieran de control, Mahou se acercó lentamente y se colocó entre ambos hombres.

—Basta ya, te aconsejo que lo dejes. Sabes que esto no terminará bien —dijo con voz grave y firme—. Llévame con Diablo, no tengo todo el tiempo del mundo.

El tipo lo miró con desprecio, pero algo en la fría mirada de Mahou lo hizo retroceder. Aquel día ninguno de los Diablos del Infierno pensaba con claridad, el asesinato de una de sus mujeres los había enfurecido y necesitan desfogarse. Sin embargo, hasta ese hombre supo que, o habían elegido un mal momento para hacerlo, o eran los hijos de Caín, que se habían presentado para burlarse de sus desdichas. Le señaló a su jefe, que observaba todo frente a una espumosa jarra de cerveza.

Mahou caminó hacia él con decisión, seguido por Obispo.

—Me envía Caín —le dijo, deteniéndose delante de él. Diablo asintió, mirándolo con ojos entrecerrados—. Hemos oído lo de tu chica.

—Sí, lo de mi chica. Una pena, ¿verdad? —Se rascó la barbilla—. ¿Sabéis vosotros algo de eso?

Mahou negó con la cabeza.

—Este asunto nos gusta tan poco como a vosotros, además de que también nos preocupa. —Se inclinó sobre la mesa y puso las palmas de las manos sobre ella en actitud desafiante—. No tenemos nada que ver con ello, Caín quiere que lo sepas.

—¿Debo creeros?

—Mi consejo es que lo hagas.

Ninguno de los dos tenía la intención de iniciar una guerra abierta, mucho menos los Diablos del Infierno, ya que los otros los superaban en número. No precisamente en ese momento, pero no había un sitio en todo Cascade donde no hubiera uno de esos condenados motoristas.

—Tampoco queremos problemas con tus drogas ni con tus hombres —continuó diciendo Mahou con la mirada fija sobre él—. Vuelve a tu agujero y deja a nuestra gente en paz.

—¿A qué te refieres?

—Varios de tus muchachos han pasado mercancía en nuestro territorio.

Diablo recorrió la vista por el local, observando a sus miembros con el ceño fruncido.

—Les advertiré —observó a Mahou y le sostuvo la mirada—, pero también te digo que si nos

enteramos de que estáis relacionados con lo de esa mujer de alguna manera, nos veremos pronto.

—¿Estás amenazándome?

—Tómalo como quieras, Mahou. Ahora mismo todos los Diablos están muy encendidos.

El joven lo comprendía. Ellos habrían estado de igual modo de haber sido al contrario.

—Yo indagaré entre mis muchachos; y si fue alguno de ellos, no temas, nos encargaremos nosotros.

—¡No! —bramó Diablo, levantándose de la silla con un movimiento rápido—. Nos lo entregaréis.

El Black Rose quedó completamente en silencio mientras Mahou y Diablo se miraban de un modo peligroso. Los minutos se alargaron entre ellos. La mano derecha de Caín pensó que dárselo a ellos sería lo justo, pero tenían sus propias reglas.

—Encontrémoslo primero. —Esas palabras zanjaron la conversación y Mahou le dio la espalda. Con un gesto de cabeza les obligó a las chicas a recoger sus cosas y salir de allí. Un par de ellas se quejaron, pero obedientes decidieron seguir la fiesta en el club de Caín.

Mahou y el resto salieron del Black Rose. La rivalidad entre los Diablos del Infierno y los hijos de Caín era una bomba de tiempo lista para estallar en cualquier momento.

Capítulo 3

Nat puso el periódico sobre la encimera.

—Cory, tienes que ver esto.

Coraline cerró el grifo al leer la primera plana, y sin quitarse los guantes de goma con los que lavaba los platos, lo tomó con ojos dilatados.

—No dicen a quién han asesinado —murmuró preocupada.

—Apuesto lo que sea que nos enteraremos pronto. Hoy todo el mundo hablaba de ello en el supermercado.

—Tengo que regresar a Cascade —afirmó.

Ya no podía retrasarlo más. Cada vez que sucedía algo malo, las sospechas solían recaer sobre los hijos de Caín o sus rivales, aunque nunca antes se había tratado de algo tan grave como un asesinato. Además, estaba deseando ver a todos los suyos. Si no había ido antes fue porque necesitaba unos días para pensar bien lo que le diría a su padre sobre Santiago. Por teléfono no quiso contarle que habían roto.

Caín y su madre habían dejado su relación por algo parecido. La familia materna no vio con buenos ojos que su hija se hubiera liado con un motero mientras estuvo de viaje en Montana, e hicieron todo lo posible por separarlos hasta que lo consiguieron. La única diferencia era que Coraline ya estaba en camino cuando eso sucedió, pero ella tampoco fue bien acogida y sus abuelos renegaron de ella.

Su madre, siempre sumisa y obedeciendo todo lo que sus padres le imponían, no soportaba que trataran a su hija como si fuera una niña perdida. De modo que, al poco de nacer, la entregó a Caín para que él la criase.

Coraline vivió con su padre durante diecinueve años y solo se relacionó con su madre por carta y teléfono. No volvieron a verse hasta que murieron sus abuelos, hacía poco más de cinco años. En sus conversaciones, la muchacha le había comentado a su madre que deseaba conocerla y convertirse en médica, y fue ella quien la convenció de terminar de estudiar la carrera en España.

Aunque no tenía quejas del trato recibido mientras estuvo allí, su primer encuentro en persona

fue una desilusión absoluta. Su madre se había casado y tenía dos hijos, los medios hermanos de Coraline. A pesar de no hablar mucho sobre Caín, sabía que ella nunca había dejado de pensar en él. Tenía fotos antiguas que a menudo miraba con tristeza.

El marido de su madre no era un mal hombre; la respetaba y la quería, pero pasaba mucho tiempo fuera de casa trabajando, dejándola sola demasiado a menudo, cuidando de dos adolescentes a los que nunca les había faltado nada y que estaban demasiado consentidos.

Coraline temía la reacción de Caín cuando se enterara de que ella y Santiago lo habían dejado de un modo muy parecido. En varias conversaciones su padre había dicho que fue un estúpido por no luchar por el amor de su vida y que habría hecho las cosas de manera diferente, aunque para ello hubiera tenido que enfrentarse a todo el mundo.

Ella no quería que se peleara con los padres de Santiago ni con él. Tras la ruptura, había tenido tiempo de asumir que no deseaba un marido que se dejara dominar por nadie. Sentía pena, porque los momentos que pasó a su lado fueron muy bonitos. Santiago era un hombre detallista, tranquilo y divertido.

—Te pasarás por aquí de vez en cuando, ¿verdad, Cory?

—Sabes que sí, pero tú también podrías venir a verme. ¿Puedes mirar a qué hora sale el autobús? Termino de recoger la cocina y preparo mis cosas.

—Estás tonta. Yo te llevo. Esta tarde libro en el súper, y así veo a Eva, que hace mucho que no la saludo.

Coraline no se había atrevido a pedírselo y se lo agradecía.

—Mandaré un mensaje a mi padre para avisarle. Seguro que llego yo antes de que él lo lea.

—¿Continúan sin gustarle los teléfonos móviles?

Coraline se encogió de hombros.

—Hasta hace poco solo tenía un ladrillo que hacía llamadas y poco más. Eva le regaló uno el año pasado, pero al parecer lo usa de pisapapeles. Se niega a dar la bienvenida a las nuevas tecnologías.

—Aquí todavía hay muchos así. Me ducho —Nat llevaba el uniforme del supermercado: camisa roja y falda azul marino—, me cambio y nos vamos. ¿Pedimos unas pizzas?

Coraline asintió y, retirando el periódico, terminó de pasar un paño sobre la encimera. Después de barrer y fregar el suelo de la cocina, sin dejar de pensar quién habría sido la desdichada que habían asesinado en Cascade, guardó sus cosas en dos maletas, y masticando el último trozo de pizza, se sentó en el coche junto a Nat.

—¿Qué vas a hacer cuando veas a Mahou?

—Echarle un polvo.

Nat la miró arqueando las cejas durante unos segundos, y Coraline soltó una sonora carcajada.

—Estás de coña, ¿no?

—Tendrías que verte la cara. Me has recordado a la del director Thompson el día que nos encontró en los baños del instituto midiéndonos las tetas.

Nat no se acordaba de eso y se echó a reír.

—El pobre hombre siempre pensó que había algo entre nosotras.

Coraline, entre risas, palmeó la guantera del coche.

—A mi padre por poco le dio un ataque.

Nat se puso sería de repente. Sus mejillas se encendieron como la carne de la sandía.

—¿Se lo contaste?

—Sí —afirmó con la cabeza—, me dijo que éramos tontas del culo por hacer eso.

—¡No puedo creer que se lo dijeras!

—Éramos unas niñas, Nat. Un poco cabronas, pero míranos: tú, con un trabajo estable; y yo, con una carrera a pesar del sitio en el que nos criamos.

Eran afortunadas, pues cuando aún no se habían trasladado al club, vivían en un parquin de caravanas. Algunas de las muchachas habían acabado drogadictas o putas; otras se casaron con algún hijo de Caín, con los Diablos o con alguno del pueblo. Pese a todo, no fue un mal sitio. Años más tarde, Nat se mudó a Cardwell cuando a su padre le salió un trabajo fijo, aunque iba casi todos los días a Cascade a estudiar, pues era el instituto más cercano. Habían sido buenos tiempos.

—Ahora en serio, Cory, ¿qué harás con Mahou? —preguntó Nat con una mirada preocupada.

Coraline suspiró desviando la vista hacia el paisaje que pasaba por la ventanilla.

—Supongo que lo saludaré como si fuera la primera vez que lo veo. Deberías quedarte solo para distinguir su cara cuando se dé cuenta de que se ha acostado con la hija de su jefe.

Nat se echó a reír, pero pronto su expresión se tornó seria.

—No me tientes, que me dan ganas.

—Hazlo —insistió Coraline, poniéndole ojitos y juntando las manos en un gesto suplicante.

La mujer ladeó la cabeza, considerando la propuesta.

—De acuerdo —respondió finalmente con una sonrisa maliciosa—, pero solo un poco. Mañana trabajo y no quiero salir muy tarde de Cascade, menos si hay un asesino suelto.

Coraline sabía que tenía razón y sintió una punzada de culpa por haberla convencido. Se mordió el labio inferior pensando en pedirles a algunos de los chicos que la acompañaran a la vuelta, pero decidió no mencionarlo delante de ella. Conociéndola, sabía que se negaría rotundamente si lo supiera.

El coche continuó su marcha y, poco antes de entrar en el pueblo, el teléfono de Coraline vibró. Sacó el móvil del bolsillo y leyó el escueto mensaje de su padre: «Vale». Ese simple monosílabo le hizo sentir una mezcla de nerviosismo y alivio. Guardó el teléfono tratando de calmar el acelerado latido de su corazón.

—Hogar, dulce hogar —musitó cuando rodaron lentamente por la avenida principal como una barca en aguas tranquilas.

Habían pasado muchos años desde la última vez que había recorrido esas calles, y, sin embargo, nada parecía haber cambiado. Era como si el tiempo se hubiera detenido, congelando la

ciudad en una cápsula de recuerdos inalterables.

El aire, cargado del aroma a café recién molido y a humo de leña, le llenaba los pulmones con una mezcla de nostalgia y melancolía. Cada esquina, cada edificio parecía susurrarle historias del pasado, como viejos amigos reencontrándose tras una larga ausencia.

A medida que avanzaba, Coraline observó los mismos escaparates iluminados que solían capturar su atención años atrás, con sus colores desvaídos y carteles de ofertas pasadas. La vieja hamburguesería de la esquina, con su inconfundible olor a grasa y café, seguía ahí. Podía casi saborear el batido de vainilla que solía pedir con mucha nata.

El cine mantenía la gigantesca cartelera anunciando la película de la semana, y la confitería continuaba con su fachada pintada de azul celeste.

Las voces de los transeúntes, risas lejanas y susurros apagados se elevaban como un murmullo de fondo, una sinfonía de vida que seguía su curso a pesar de todo.

Sintió una punzada de añoranza en el pecho, un recordatorio de los tiempos más simples antes de que el mundo se volviera tan complicado.

Nat estacionó el coche en la parte trasera del club, y nada más apearse, Coraline descubrió a su estimado *correcaminos.* Se trataba de una vieja furgoneta roja que Caín le había regalado al cumplir los diecisiete años. Reprimió el impulso de correr a abrazarla y besarla. ¡Cuánto la había echado de menos! Además, alguien la había lavado y lucía bien.

—Mi caballero de brillante armadura.

—Ya va siendo hora de que la renueves —dijo Nat a su lado.

—Ni harta de droga me desharía de ella, prefiero antes vender mi alma al mismísimo Satanás.

Los oscuros cristales del correcaminos reflejaban los rayos del sol como si fueran espadas de oro. Coraline sonrió con entusiasmo; las ruedas estaban perfectas y la carrocería, aunque un poco antigua y pasada de moda, se veía genial.

Entre las dos sacaron el equipaje del maletero y caminaron hacia la estrecha puerta de hierro. A cada paso que daba, el corazón de la joven comenzó a acelerarse cada vez más.

A un lado de la entrada había un pequeño jardín de peonías, tan bonito como fea era la fachada de ladrillo repleta de pintadas y grafitis. El contraste era halagüeño y perturbador al mismo tiempo.

Se decía que había una peonía por cada hijo de Caín fallecido, pero Coraline, después de muchos años, se enteró de que aquello no era más que un cuento que su padre inventó para consolarla, pues el día que le relató esa historia, ella había llegado llorando del colegio. Una de las compañeras de clase le había dicho que su madre no la quería y que por ese motivo la había abandonado.

Los niños fueron crueles con ella en su infancia, hasta que Caín, furioso, decidió ir a buscarla personalmente a la salida de la escuela. Se presentó con su tío y seis de los muchachos, todos vestidos de cuero, haciendo rugir sus motocicletas. Causaron tal expectación que ella se enorgulleció de tener a un padre como él. A partir de ese suceso, todos quisieron hacerse amigos

de ella. Muchos de esos niños, ahora adultos, se unieron tiempo más tarde a la banda. La respetaban como a una hermana.

El vestíbulo principal parecía diferente con muebles nuevos y una alfombra de colores oscuros. Habían pintado las paredes y puesto un jarrón con flores sobre un mueble recibidor.

Coraline cerró los ojos y se paró en los recuerdos; en la última vez que se detuvo allí mismo luchando contra la emoción de viajar a conocer a su madre, y la tristeza de abandonar a quienes siempre se habían desvivido por ella. Fue la primera vez que vio la humedad en los ojos de Caín. Él apenas se atrevía a hablar intentando que ella no descubriera en su voz la angustia que lo embargaba.

—Volveré, te prometo que encuentre lo que encuentre en España, siempre volveré contigo —le había dicho Cory.

Él la había abrazado de tal manera que ella pudo escuchar el fuerte latido de su corazón contra el pecho.

—¡Coraline! —La exclamación de Eva la hizo regresar al presente. Al verla, sonrió y, soltando la maleta en el suelo, corrió a estrecharla entre sus brazos.

Eva era lo más parecido a una madre que había tenido. Caín había estado con muchas mujeres, y cuando Coraline la conoció, pensó que sería una más de tantas. Sin embargo, la paciencia de esa mujer —digna de admiración— y su tesón hicieron que tanto su padre como ella terminaran admirándola. Eso no quitaba que la pareja tuviera sus rifirrafes, a veces tan gordos que habían roto más de una vez. Pero siempre se las apañaban para volver juntos.

—Te he echado mucho de menos —susurró Coraline.

Se apartó para mirarla bien. Excepto por las arrugas que surcaban sus ojos de forma más profunda, estaba igual que siempre.

—Y yo a ti, mi niña, deja que te mire. ¡Madre mía, cómo has cambiado! —Se volvieron a abrazar—. Desde que te fuiste, tu padre está insoportable. Se ha vuelto un viejo gruñón. —Se dirigió a Nat y besó sus mejillas—. Hasta a ti te he extrañado. Ya no pasas por aquí ni a saludar.

—Tienes razón, como Cory no estaba, me daba pereza venir. ¿Cómo estás?

—Igual que siempre, ahora un poco preocupada, no sé si os habéis enterado de lo que ha pasado.

—Sí —respondió Coraline—, lo leímos esta mañana. ¿Quién era?

Eva se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, solo sé que pertenecía a los Diablos. Ahora está todo muy tenso por aquí. ¿Quieres ver a tu padre? Está en su despacho.

—Voy a llevar primero esto a mi cuarto. —Por «esto» se refería al equipaje.

—Bueno, pues os espero en el local, voy a ver si han metido suficientes cervezas en la cámara de frío. Caín me ha dicho hace un momento que llegabas hoy, pero creí que tardarías un poco

más de tiempo.

Coraline sacudió la cabeza con suavidad.

—Eso es porque él ha leído el mensaje hace nada, pero se lo envié cuando salimos de Cardwell.

Eva la miró arqueando las cejas.

—¿Que hacías allí?

—Visitar a Nat.

—Eso lo imagino, pero si llegaste a Cardwell, debiste pasar primero por el pueblo.

Coraline se puso colorada al darse cuenta de que había metido la pata. Cascade estaba mucho más cerca de la ciudad que Cardwell.

—Cory me pidió que fuera a buscarla a la estación de autobuses para luego daros una sorpresa, y quiso pasar a saludar a mis padres —explicó Nat, excusando a su amiga con rapidez. A Coraline nunca se le había dado mentir tan bien como a ella.

Eva asintió mirando a una y a otra. Le parecía tan nostálgico ver allí a las dos muchachas después de tanto tiempo que sintió una punzada de dolor en su corazón. Ninguna de las dos era ya aquellas adolescentes revoltosas que se escondían en ese mismo vestíbulo después de hacer una trastada a alguno de los muchachos. No. Ahora se hallaba ante dos mujeres que aprendieron a sobrevivir en un mundo de hombres.

—Coraline, intenta no mencionar mucho a tu novio delante de tu padre. Está bastante celoso.

—Sin problema, yo tampoco tengo muchas ganas de hablar de él.

—¿Ha pasado algo? —inquirió Eva, preocupada.

—Ya te contaré, pero el caso es que quiero a Santiago como un amigo de otras personas que yo no conozca.

Capítulo 4

Nat seguía a Coraline por el corredor tristemente iluminado por unos farolillos comprados de segunda mano en una tienda que a Eva le encantaba.

—Entras tú sola a ver a tu padre, ¿vale?

—Vale —respondió de forma mecánica. Ahogó una exclamación cuando una larga sombra se interpuso en su camino.

—Perdona si te he asustado, Bichejo.

La conocida voz de su tío Ian hizo que su corazón saltara de alegría. Con un grito entusiasmado le echó los brazos al cuello y él rodeó su cintura como si se tratara de una serpiente pitón. Ian no se parecía en nada a su hermano Caín, y era más bajo, más rechoncho, y sin un pelo en su tatuada cabeza. Tenía fama de carecer de humor, pero no era cierto, solo unos pocos agraciados lo sabían.

—¿Cómo estás? —le preguntó Coraline.

—Al parecer no tan bien como tú.

Ella frunció el ceño.

—¿Algo grave?

—¿Preguntas como sobrina o como doctora? —Ian la besó en la mejilla y de repente exclamó con júbilo—: ¡Doctora!, ¡no puedo creer que lo consiguieras!

Coraline le miró con chulería.

—Te lo advertí muchas veces, pero no quisiste hacerme caso.

—Tenemos que celebrarlo.

—Sí, pero nada de fiestas. Unas cervezas y ya.

Por la cara de Ian, Coraline comenzó a sospechar algo bastante desagradable. Esperaba confundirse, pues eso de entrar en un sitio y que todo el mundo, aunque no la conociera de nada y no supiera de su vida, gritara «felicidades» era algo que aborrecía.

—No habréis preparado ninguna, ¿verdad? —preguntó cruzando los dedos tras la espalda.

Ian se hizo el sorprendido, pero era tarde para eso. Ella sabía demasiado bien que algo ocultaba.

—No sé de qué hablas, Bichejo.

Coraline miró sobre su hombro a Nat, que se había detenido a observarlos, y porque el pasillo era tan estrecho que, aunque hubiera querido, no podría haber pasado entre ellos.

—Miente.

Nat se encogió de hombros.

—Lo conoces mejor que yo.

—Voy a ver a mi padre.

Ian la detuvo cogiéndola del brazo antes de que entrara en el despacho.

—Te espera en el local —advirtió, señalando las cortinas del pasillo.

Coraline inhaló profundamente y dejó escapar el aire por entre los dientes.

—¿De quién fue la idea?

—No sé de qué hablas. Yo no he dicho que te hayan preparado nada.

—No hace falta —contestó con una mueca resignada. Ya era tarde para regresar por donde había venido, pero de haber sabido lo que iban a hacerle, no habría enviado el mensaje a su padre y se hubiera presentado sin avisar. Ahora no podría centrarse en estudiar el rostro de Mahou cuando hiciera su aparición. Por lo menos esperaba que Caín o Eva no los hubieran convencido de esconderse detrás del mostrador o entre las mesas. Sabía que eso no les pegaba a los muchachos y que seguramente estarían sintiéndose bastante ridículos, pero Caín era demasiado impredecible—. Nat, grábalo todo, que quede constancia para la posteridad.

Obedeciendo, Nat sacó el teléfono al tiempo que pensaba que era posible que Coraline no encontrara la gracia de la situación; sin embargo, más tarde se partiría de risa cuando lo reviviera.

Ian apartó la cortina para que entrara, y Coraline compuso una sonrisa educada. Se detuvo justo bajo el umbral al darse cuenta de que todo estaba tan oscuro como un pasaje del terror; aun así, escuchó murmullos que llegaban desde el otro lado de la sala. En efecto, todos se habían escondido.

Se sentía absurda. Puede que eso le hubiera hecho ilusión con diez años —aunque nunca se lo había hecho—, pero con veinticinco, casi veintiséis, era un poco surrealista.

Ian la empujó suavemente hacia el interior y apenas dio dos pasos se volvió a parar. ¿Por qué no salían ya? ¿No se daban cuenta de que podía tropezar con algo y romperse el cuello?

—¿Hola? —preguntó haciéndose la tonta, y como continuaban sin dejarse ver, ni hacían nada ni encendían las luces, no pudo ocultar un tono mordaz al decir—: Uy, uy, uy, ¡qué oscuro está esto! ¿Qué pasará?

Escuchó la risilla de Eva y sabía que era ella, porque era similar a la de una muñeca que le regalaron hacía años: una bruja que sostenía una bola en la mano y que cada vez que detectaba movimiento, se balanceaba de un lado a otro, reía y su supuesta bola de cristal se iluminaba.

Alguien chistó y Coraline se cruzó de brazos. Obviamente los que estaban escondidos se divertían mucho más que ella. Estuvo a punto de decirles que aquello era una solemne tontería y

que se dejaran de comportar como críos, pero como la estupidez humana no tenía límites guardó silencio, como si aquello fuera un pulso de a ver quién aguantaba más. Decidió ser paciente. Unos segundos más tarde se dio cuenta de que el interruptor de la luz estaba a su lado y de que todos esperaban que ella lo pulsara. Se sintió más avergonzada todavía; y para colmo Ian, a su espalda, susurró, aunque de un modo bastante alto:

—Bichejo, enciende la luz que así no verás por dónde andas.

Coraline comenzó a desternillarse imaginando a todo el mundo pensando que ella era tonta del culo.

—Creí que ibas a hacerlo tú que vienes detrás como una mierda pegada a la suela del zapato.

—Tú vas delante —replicó él.

Ella se dio la vuelta para hacerlo, sin darse cuenta de que Ian también lo hacía. Sus manos se rozaron y ella gritó asustada, dando un pequeño salto hacia atrás. No sabía el motivo, pero se le pasó por la cabeza que había tocado los fríos dedos de un espíritu. Su tío debió pensar algo parecido porque soltó un fuerte: «¡Joder! ¿Has sido tú?», mientras daba un paso atrás.

—¡Pues claro que he sido yo! —respondió con el corazón acelerado por el sobresalto—. ¿Qué te pensabas, que era un fantasma?

Ian se echó a reír aliviado.

—Por un momento sí. Pero no te preocupes, Bichejo, los fantasmas no tienen tan mal genio como tú.

Los que esperaban agazapados en las sombras para dar la sorpresa comenzaban a impacientarse, pero ni Caín ni Eva los dejaron incorporarse de detrás de la barra.

Coraline encendió la luz a regañadientes, aunque lo que más deseaba en ese momento era escapar corriendo del club, coger su correcaminos e irse de vuelta a España, donde seguramente encontraría la paz más absoluta. Allí podría decir no entender el idioma y listo. Pero sí, también hallaría el aburrimiento más profundo. De no haber ido a Montana no se habría enterado de que un asesino andaba suelto —si es que todavía no lo habían atrapado—, no se habría acostado con un hijo de Caín y no estaría esperando una fiesta que no deseaba nada.

—¡Bienvenida a casa!

Los gritos sonaron efusivos, unos más entusiasmados que otros. Los que prácticamente solo lo habían susurrado —cuatro para ser exactos— la miraban boquiabiertos y con los ojos a punto de salir de sus órbitas.

No pudo detenerse lo que ella hubiera deseado en observar la expresión de sus rostros. Habría querido saborear su triunfo al ver sus caras; sin embargo, Caín corrió hacia ella como si estuviera echando una carrera, la cogió por la cintura y la hizo girar. En ese momento la joven se olvidó de todo y solo pudo centrarse en él y en todas las emociones que le trasmitía. Ahora sí que sentía que estaba por fin en casa.

—Coraline, preciosa.

Enseguida se vio rodeada de su gente. Todos demostraban su afecto y contaban anécdotas y

sucesos que habían transcurrido en su ausencia. Acaparaban su atención, hasta que Caín los apartó como si espantara moscas mientras empujaba a Mahou frente a ella. Cara a cara.

El corazón se saltó un latido en su pecho y humedeció sus labios. De repente la boca se le había secado como si hubiera masticado un puñado de alfalfa.

—Nena, quiero presentarte a alguien. Creo que ya te he hablado de él alguna vez. Es Miguel, pero lo llamamos Mahou. Es de Madrid.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo grandísimo para fingir que no lo conocía. Los ojos verdes del motero la miraban de un modo tan intenso que la hizo estremecer. No era una mirada en absoluto simpática, sino todo lo contrario: parecía querer descuartizarla.

Coraline carraspeó, incómoda.

—Hola, ¿qué tal?

Ninguno de los dos hizo el intento de acercarse mucho.

—Bien, ¿y tú? —respondió él.

Sin poder soportar la intensidad de sus ojos ni un minuto más, ella sacudió la cabeza y apartó la vista. Se dio cuenta de que habían colgado un cartel de lado a lado de la pared, donde en letras doradas se podía leer: «Bienvenida, Coraline».

—¡Vaya! —Disimulando, se alejó de él y de su padre—. No lo había visto. ¡Qué original!

Por su propia seguridad no debía pasar mucho tiempo junto a Mahou, entre otras cosas porque sentía que la química entre ellos era brutal. Recordó las potentes manos apretando sus nalgas al tiempo que lamía sus pechos y la embestía, proporcionándole un placer indescriptible. Al pensar en esa noche, sus piernas temblaron y un hormigueo comenzó a bullir en su vientre como si acabara de tomar una bebida gaseosa que empapaba sus bragas.

Alguien puso música y luego le dieron un botellín de cerveza. Estuvo charlando un poco con unos y otros, también con las chicas que trabajaban en el club y algunas más que habían sido invitadas. Entre medias, Ian le presentó a los hombres que acompañaban a Mahou cuando lo conoció en el bar y uso el mismo *modus operandi* que con el otro, no haberlos visto nunca. Por suerte y porque no eran tontos, le siguieron el juego, por lo que horas después Coraline se encontró más relajada, disfrutando de la fiesta.

—¿Mahou, te preocupa algo?

En cuanto Caín le palmeó el hombro con esa pregunta, él se apresuró a dar un trago de cerveza para llenarse la boca con algo y ganar algo de tiempo antes de contestar. Todavía no podía salir de su asombro. ¡Cristo! ¿Qué demonios había hecho? Desde que había descubierto quién era la hija de Caín, se había quedado mudo, aparte de ver toda su miserable vida pasar ante sus ojos como una película. Ni siquiera había sido capaz de abrir la boca cuando intercambió una mirada con Foca, que también tenía el rostro demudado.

—Nada, Caín, estaba pensando.

—Olvídate de Diablo ahora. Esta noche hay que divertirse.

No era precisamente Diablo quien le preocupaba, sino más bien sus genitales, puesto que

corrían peligro si se enteraba de que se había tirado a su hija apenas unas noches antes. Pero ¿ella no tenía novio? Ese era uno de los temas que su jefe más había sacado a relucir y no precisamente con buenos términos.

En ese momento Eva requirió a Caín, y Mahou se libró de contarle alguna mentira. Se terminó la cerveza y se apoderó de otra.

Obispo cogió una banqueta alta y tomó asiento a su lado, junto a la barra. Pidió de beber a la camarera y le susurró a Mahou:

—Cambia esa cara, macho. Ella tampoco va a decir nada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, mientras por inercia sus ojos buscaban a la Cara guapa.

—Porque al igual que tú, no creo que le interese que eso salga a la luz.

—Eso sería una buena lógica.

—Estás acojonado.

—¿Tú no lo estarías en mi lugar?

—Es posible —contestó encogiéndose de hombros—, pero no estaría bien que te animara a que salieras corriendo y te escondieras, porque si Caín se entera, te cruje vivo.

—Vale, gracias, eso es lo que necesitaba ahora mismo —contestó irónico.

—Puede que ella no se acuerde de ti.

Mahou soltó una ácida carcajada. Ella no solo lo había reconocido, sino que estaba seguro de que sabía que ese día lo vería. Lo que no tenía muy claro era si el día en que se conocieron, ella había sido consciente de quién era él. Recordó la noche en cuestión, habían viajado en coche y ninguno llevaba chaleco ni insignias que dijeran quiénes eran.

—Ya sabes ahora por qué la palomita voló —dijo Foca uniéndose a ellos.

Obispo hizo una señal al recién llegado para que bajara el tono de voz y Mahou se lo agradeció, chocando la botella con la suya. De un modo u otro, Coraline había adivinado quién era, o que simplemente le había apetecido echar un polvo y marcharse.

Entre todo el barullo escuchó la voz de, como diría Foca, su palomita.

—Hay que modernizarse, tío, tenemos que poner un karaoke.

Ian se acercaba a la barra acompañado de la mujer en cuestión. Ella llevaba una camiseta de tirantes blanca que realzaba su pecho y conseguía que pareciera más voluminoso de lo que era en realidad. Se había recogido el pelo sobre la coronilla y varios mechones sueltos y ondulados caían de forma muy atractiva por sus sienes.

—¿Estáis oyendo a mi sobrina? —Ian los miró con una mueca de orgullo en los labios. Ninguno de ellos dijo nada a excepción del leve cabeceo de Obispo—. ¡Que tenemos que poner un karaoke! —Rodeó los hombros de la mujer con afecto—. Pretende destrozarnos los tímpanos.

—Tampoco canto tan mal —replicó ella.

Caín no quería agobiar a su hija, pero no podía dejar de mirarla. En el tiempo que estuvo sin verla la encontraba cambiada, más seria y madura que el torbellino que siempre había sido. Se había convertido en una preciosa mujer de piernas largas y bonitas curvas, y por la forma en que

la miraban algunos de los muchachos, sabía que debía tener cien ojos con ella para poder protegerla. Se acercó y, sin poder resistirse, tomó su cara entre las palmas de las manos y besó su frente.

—¿Qué está pasando?

—Coraline dice que tenemos que poner un karaoke —repitió Ian, pidiendo bebidas a la camarera.

—No me imagino a ninguno de los chicos cantando; aparte de eso, esto se nos llenaría de críos los sábados por la tarde. Si quieres uno —dijo Caín dirigiéndose a ella—, lo pones en tu dormitorio. El club no nos va tan mal como para llegar a esos extremos.

La joven sonrió.

—Sabía que dirías eso.

—Coged vuestras bebidas, vamos a brindar por la nueva doctora de Cascade.

—No te adelantes, tío Ian, todavía no es seguro que me den la plaza aquí —respondió, tratando de evitar a toda costa encontrarse con los ojos de Mahou.

—Te la darán —respondió él, convencido—, verás como en pocos días te avisan.

Ella arqueó las cejas y volvió la vista hacia su padre, que en esos momentos ponía los ojos en blanco.

—No... no has intercedido por mí, ¿verdad? —inquirió.

—Aquí todos nos conocemos de siempre.

Coraline se cruzó de brazos.

—¡Me has enchufado!

—El director del Medical Center me debía un favor y escuché por casualidad que necesitaban un médico.

Coraline frunció los labios, molesta.

—Eso no hace que suene mejor, papá.

—Bichejo —intervino Ian—, aquí todo el mundo consigue algo porque conoce a alguien.

Involuntariamente ella se encontró con los ojos de Mahou. Eran de un color verde intenso y parecían desprender un calor y una comprensión que le erizó la piel. Se apresuró a romper el contacto visual por si se atrevía a sonreírle, aunque no era lo más probable ya que el grupo tenía la vista fija en ella y debían fingir que se acababan de conocer.

—El lunes quieren que vayas a hacer una entrevista de rutina y a conocer al personal —anunció Caín.

Coraline giró la cabeza para ver dónde se había metido Nat. La encontró conversando con Eva.

—Bueno, pues hasta el lunes no quiero saber nada del asunto.

Caín la tomó del brazo percatándose de que tenía la intención de irse.

—¿Qué tal con tu novio? ¿Cómo se llamaba?

—No está muerto. Se llama Santi, y supongo que está bien. —En ese momento tragó saliva

con dificultad al darse cuenta de que, seguramente, Mahou y el resto también conocían de la existencia de Santiago. ¡Dios bendito! Pensarían de ella que era una viva la vida que no tenía reparos en poner los cuernos a su novio. Pero aquel no era el mejor momento para hablarle a su padre de la ruptura.

—¿No ha venido? —insistió Caín.

—No. Está muy liado y no ha podido.

—Pero vendrá, ¿verdad? ¿No te marcharás tú para allá?

—No me voy a mover de aquí, papá. —Y aunque la cosa hubiera funcionado con Santiago, sus planes eran afincarse en Montana y abrir juntos una consulta. Habían soñado muchas veces con ello—. Voy con Nat, dentro de poco se va a Cardwell.

Cuando Coraline se alejó seguida de una multitud de ojos, Caín bebió de su cerveza al tiempo que susurraba:

—Con suerte, el avión de ese mamón se estrella.

Capítulo 5

Era tarde y el calor en Cascade resultaba casi asfixiante. El verano no daba tregua y el aire se sentía pesado, como si cada molécula estuviera impregnada de sudor y polvo. Las noches eran un respiro relativo, pero aun así el calor se quedaba atrapado entre las paredes de los edificios, rebotando de una superficie a otra.

El club llevaba horas cerrado y la única luz que se mantenía encendida colgaba sobre el dintel de la puerta trasera. Esa luminaria tenue lanzaba sombras largas y sinuosas sobre el pequeño jardín de peonías que, a pesar de las altas temperaturas, había logrado florecer.

El cielo estaba despejado y la luna menguante apenas iluminaba lo suficiente para poder distinguir las formas en la oscuridad. Su delicada curva parecía una sonrisa irónica en medio de la negrura nocturna.

Los grillos llenaban la noche con su canto rítmico y creaban una sinfonía que resonaba en el aire. De vez en cuando, una suave brisa traía consigo un aliento fresco que contrastaba con el calor persistente y jugaba entre las flores, meciendo sus pétalos aterciopelados.

Mahou no podía dormir. Estaba sentado en el bordillo con la espalda encorvada y un codo apoyado en la rodilla, sosteniendo un cigarrillo medio consumido. Había algo hipnótico en la forma en la que el humo se enroscaba y desaparecía en el aire.

No podía dejar de pensar en ella, la Cara guapa que se había instalado en su mente y no lo dejaba descansar. Cada vez que cerraba los ojos, su sonrisa aparecía clara y luminosa, e invadía sus pensamientos.

Sabía que no podrían evitarse mucho tiempo por más que intentaran mantener las distancias. El club estaba casi vacío y solo aquellos con responsabilidades directas vivían dentro de sus paredes. Los demás hijos de Caín, la mayoría, lo hacían en el parquin de caravanas.

Estaba tan sumergido en sus pensamientos que no se dio cuenta cuando la puerta de hierro se abrió y se cerró con suavidad. La quietud de la noche lo mantenía en un trance, mientras el humo del cigarrillo seguía su danza frente a sus ojos. No fue hasta que escuchó un débil suspiro que su atención se rompió.

Giró la cabeza despacio, sobre su hombro, y descubrió a la mujer que desvelaba su sueño.

Tenía el cabello suelto y los mechones rubios reflejaban la luz de la luna. Sus ojos claros lo miraban con un destello de sorpresa.

—Buenas noches, Mahou —susurró Coraline. Le dedicó una tímida sonrisa, e indecisa, se quedó sobre los escalones de la entrada. Había salido esperando hallar la tranquilidad de la noche, pero no contaba con encontrarse con alguien, y mucho menos con él. La sorpresa de verlo ahí la hizo dudar. Sus pensamientos corrían entre regresar al confort de su dormitorio o permanecer un momento más en la frescura de la noche.

El magnetismo entre ellos parecía cargar el aire de una forma casi palpable. Finalmente, sin estar segura de qué hacer, optó por quedarse un rato más. Ella no era ninguna cobarde que debía esconderse de nadie.

—Buenas noches, Cory —respondió él. De forma instintiva miró a su alrededor, cerciorándose de que estaban solos y ella no hubiera salido para verse con alguien. Regresó su vista hacia ella.

Coraline llevaba un pijama de tirantes con pantalones cortos que dejaba al descubierto su piel. La tela se movía con la brisa, y Mahou no pudo evitar notar lo guapa que era. Había fragilidad en su apariencia, pero también una fuerza sutil, una belleza que parecía casi etérea en la penumbra de la noche.

—No podía dormir —explicó ella sentándose en los escalones.

Mahou apagó la colilla en la tierra y la lanzó lejos.

—Tal vez todavía no te has adaptado al horario —respondió irónico.

Coraline se mordió el labio inferior, inquieta, y fijó sus ojos al frente. No sentía que tuviera que dar ninguna clase de explicación a nadie, pero tampoco podía olvidar que ese hombre era la mano derecha de su padre y que le convenía llevarse bien con él. Como no agregaba nada, Mahou continuó diciendo:

—¿Acostumbras a marcharte de los sitios sin despedirte?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—No de todos.

Mahou se levantó y caminando muy despacio se colocó frente a ella, obligándola a levantar la cabeza para mirarlo. Vestía unos pantalones vaqueros anchos y una camiseta negra sin mangas. Su corpulencia restaba visión a todo lo que había detrás de él. Su pecho era amplio; los brazos, fuertes y bronceados; y las piernas, firmes y musculosas, a pesar de que Coraline no podía traspasar la tela de sus tejanos.

—¿Vas a decírselo a Caín? —inquirió él.

Ella no tuvo ni que pensar la respuesta.

—No estoy tan loca. —Lo miró con fijeza a los ojos—. Y espero que tú o cualquiera de los que iban contigo tampoco lo hagan. ¿Confías en ellos?

Mahou asintió con la cabeza.

—Sí, son buenos chicos.

—Ya, pero es fácil vender su alma a Satanás por el favor de mi padre.

Mahou también lo había pensado, sobre todo de Golden. Era un tipo que, si se encontraba acorralado, era capaz de cantar *La traviata*, y no solo eso, sino que lo haría con tal pasión y entrega que hasta el mismo Demonio se quedaría sin palabras. Con todo y eso se obligó a defenderlo.

—Ninguno dirá nada.

—Perfecto —contestó ella bajando la mirada. Él llevaba unas botas negras de suela gruesa.

Mahou señaló la puerta que ella tenía a sus espaldas con el mentón.

—¿Me dejas pasar? Voy a intentar dormir un rato.

Coraline arrastró el culo hasta un extremo del escalón y se encogió un poco para que entrara. Sin decir ni una palabra, él pasó a su lado y desapareció en el interior.

Ella se quedó un rato más allí, observando el cielo, envuelta por el aroma de las peonías y del olor a polvo de la tierra del estacionamiento.

Desde la ruptura con Santiago no había vuelto a estar con nadie hasta la noche que Nat y unas cuantas chicas celebraron su vuelta a Montana. Y se había liado con Mahou, no solo porque le pareciera que estuviera bueno y fuera guapísimo, también porque deseaba borrar a su ex en los brazos de otro. A esas alturas no sabía si había sido buena idea, aunque en cierto modo cumplió su objetivo y durante los últimos días no se había acordado de Santiago, pues era Mahou quien llenaba sus pensamientos. No era que sintiera nada en especial por él, solo una simple atracción. Le preocupaba más que discutiera con su padre, sabiendo cuánto lo apreciaba. Eva se lo había comentado durante la fiesta, lo consideraban como a un hijo/hermano. Y después de todo Mahou no tenía la culpa de haberse liado con ella.

Se preguntó qué pensaría Santiago de saber que se había acostado con otro hombre tan pronto. Antes de Mahou solo se había entregado a él y su conocimiento del sexo se limitaba a la posición del misionero y poco más.

Con Mahou fue todo diferente, mucho más excitante. Tal vez porque eran dos desconocidos que únicamente iban a follar y a pasarlo bien, aunque también podía ser que Santiago no fuera tan bueno en la cama como aquel dios rubio y macizote.

Sintió pena al compararlos a ambos, pues Santiago todavía tenía un pedacito de su corazón. Ella había imaginado infinidad de veces que vivirían en una casita con jardín donde pudieran jugar sus hijos y el perro que pensaba tener. Llevarían una vida tranquila y sin sobresaltos, y veranearían todos juntos en alguna playa del Caribe o en Tailandia. Él siempre decía que quería conocer ese país; y Coraline, con tal de estar a su lado, se habría ido incluso al fin del mundo.

Cerró los ojos recordando cómo fue la ruptura. Los secretos no habían existido entre ellos y Santiago le confesó la oposición de sus padres a su relación. Ella lo escuchó con un nudo en el pecho, esperando que en medio de su explicación, le asegurara que nada iba a cambiar entre los dos y que no tomaría en cuenta las palabras de sus padres. Sin embargo, no fue así, y Coraline tuvo que preguntarle qué era lo que iba a pasar entre ellos, con ella, con sus futuros.

Él pidió perdón con lágrimas en los ojos. Lo había pensado mucho y le daba vueltas a la

situación, llegando a la conclusión de que nadie lo respetaría como médico si la familia de su esposa era una banda de moteros que bebían, fumaban hierba y dirigían un club.

—¿Renunciarías a ellos por estar conmigo? —le había preguntado.

—¿Lo estás diciendo en serio? —había inquirido ella con voz temblorosa, sin poder creer que se atreviera a sugerir algo igual.

—Te quiero mucho, pero lo mejor será que nos dejemos de ver un tiempo. Necesito hacer que mis padres entiendan lo mucho que significas para mí.

Entonces fue cuando Coraline comprendió que, si realmente la amaba, debía demostrárselo de alguna manera. Después de esa conversación la llamaba por teléfono y ponía excusas para no verla. A veces eran verdaderas mentiras que ni él mismo se creía.

—¿Por qué no deseas estar conmigo? —le había preguntado ella un día, y Santiago había respondido:

—Porque estoy tratando de olvidarte.

Coraline no volvió a cogerle el teléfono y él dejó de llamar.

Había llorado mucho, pero entendió que no valía la pena esperar a alguien como él y decidió que, aunque fuera a buscarla algún día, ya sería tarde.

Abrió los ojos al escuchar en la lejanía el ladrido de un perro y se levantó del peldaño. Tenía que pasar página y olvidarse de Santiago de una vez por todas, pues lo último que había sabido de él, por medio de una amiga de la facultad, era que había comenzado a salir con una niña bien de la Moraleja, uno de los barrios más exclusivos de Madrid, y por lo que le habían descrito, pensaba que se trataba de Olga, una niñata que había estado tonteando con él durante los primeros años de carrera. Si de verdad era ella, Coraline la compadecía, pues muchas veces habían criticado juntos su forma de hablar y la manera en que movía su melena oscura, que parecía un anuncio de champús.

—Menudo gilipollas —musitó entre dientes. Sacudió la cabeza y se dio una bofetada mental. ¿No había dicho que se iba a olvidar de él? ¡Qué le importaba con quién estuviese ahora!

Regresó a su habitación asegurándose de cerrar bien la puerta y, sin poder evitarlo, lloró hasta que se quedó dormida.

Varias horas después se encontraba de nuevo en el aparcamiento trasero del club, esta vez se había puesto un liviano vestido para poder soportar las altas temperaturas que se preveían para ese día. Su correcaminos no tenía aire acondicionado, y a pesar de ser temprano, el interior era un horno en pleno funcionamiento.

Arrancó a la primera y sonrió satisfecha. Ansiaba dar una vuelta por los alrededores. Recorrió Cascade disfrutando del paisaje, con el viento acariciando su rostro y el rugido del motor resonando en sus oídos. Al salir a una carretera de doble sentido, observó los campos dorados

extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista y las montañas dibujándose en el horizonte.

Pisó el acelerador para sentir la adrenalina corriendo por sus venas. La velocidad la envolvía en una especie de euforia, haciéndola olvidarse de todo. Sin embargo, su emoción se vio bruscamente interrumpida cuando notó las luces intermitentes de un coche de patrulla en el retrovisor. Con el corazón latiendo con fuerza, vio cómo el coche de policía le hacía señas para que se hiciera a un lado en la carretera y se detuviera.

Esperó con las manos en el volante a que el oficial se acercara y con un suspiro de alivio reconoció al sheriff Bradford Snipe. El sheriff, un hombre de mediana edad con una figura imponente, llevaba el uniforme reglamentario perfectamente planchado. Su sombrero de ala ancha le daba un aire de autoridad incuestionable y las botas de cuero relucían bajo el sol.

Coraline lo saludó a través de la ventanilla con una sonrisa llena de picardía.

—Buenos días, sheriff.

Él se sorprendió al verla y le devolvió el gesto.

—¡Vaya! ¡Ha regresado la hija pródiga!

—Sí, el terror de las carreteras. Por cierto, Brad —fingió un tono inocente—, ¿me vas a denunciar?

Él llevaba una libreta en la mano y un bolígrafo en la otra. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Sabes a cuanta velocidad ibas, Cory?

Con un movimiento coqueto, ella enredó uno de los dedos en su melena rubia y lo miró con ojos chispeantes.

—Podrías darme una tregua por una vez —sugirió batiendo las pestañas.

El sheriff se echó a reír y agitó la cabeza. Apoyó los brazos sobre la ventanilla y observó el interior de la furgoneta.

—¿Dónde vas? —preguntó con curiosidad.

—Solo estoy dando una vuelta.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer.

—Tu padre estará muy feliz.

—Bueno, me echaba de menos —contestó.

—Cory, te aconsejo que no te alejes mucho del pueblo tú sola. El otro día se cargaron a una mujer —advirtió, adoptando un tono más serio.

—Eso he oído. ¿Todavía no han detenido al culpable?

—No.

—¿Y no tienes sospechas de quién puede ser? —insistió, inclinándose hacia adelante.

—De momento no hay nada. Estamos en ello.

—Pero ¿crees que es alguien de Cascade?

—Es posible — admitió, asintiendo lentamente.

—Espero que se solucione pronto. ¿Sabes que voy a ser la nueva médica? —le dijo,

cambiando de tema con una sonrisa.

Él arqueó las cejas.

—¡Vaya! No sabes cuánto me alegro. Supongo que a partir de ahora nos veremos más a menudo. Enhorabuena, Elizabeth se va a alegrar mucho cuando lo sepa.

—Dile que un día de estos me pasaré a verla. Tus hijas ya estarán muy grandes —comentó, apoyándose en el respaldo del asiento.

Él se echó a reír, divertido.

—Diez y doce años, y no hacen más que recordarme a dos pequeños diablillos que hace poco correteaban por todos los sitios.

Coraline sonrió.

—Nat y yo ya hemos madurado.

—Ya lo veo. Me ha encantado verte, Cory. —Dio un pequeño golpe en la parte superior del coche a modo de despedida—. Cuídate y no corras tanto. La próxima vez te anotaré en mi libreta de agravios.

Capítulo 6

Los viernes noche siempre había espectáculo en el club, por lo que acudía gente de la ciudad y de los alrededores para ver a las bailarinas que, desplazándose con una elegancia felina, se deslizaban por las barras con gracia y fuerza. Cada uno de los movimientos que ejecutaban era una mezcla entre una obra de arte, una danza sin gravedad y el deseo.

Las luces tenues y los destellos de neón coloreaban el ambiente con tonos rojos y púrpuras que parecían crear un aura casi mística, y la música que salía por los altavoces, estratégicamente colocados, envolvía cada rincón del local con ritmos sensuales que vibraban en el aire.

Todo estaba lleno de murmullos y risas, copas tintineando y conversaciones personales de cada uno. Pero justo ese viernes, una de las camareras había enfermado y Mahou le dio permiso para quedarse descansando en su habitación.

Coraline tuvo que ejercer de médica con ella y la diagnosticó una gastroenteritis aguda. Debía guardar reposo. Se trataba de un virus que se propagaba con rapidez y no podía arriesgarse a que se contagiara media ciudad.

—Cory, si necesitáis mi ayuda, avisadme —dijo la mujer con voz débil mientras se acomodaba en la cama.

La joven colocó un cubo en el suelo.

—No te preocupes, Jess, duerme lo que puedas. Te dejo esto por si vomitas de nuevo.

La paciente asintió mientras cerraba los ojos con lentitud. Precisamente cuando Coraline estaba a punto de salir del dormitorio, la camarera susurró:

—¿Podrías hacerme un favor?

Ella se detuvo y asintió, girándose para mirarla.

—¿De qué se trata?

—No dejes que me visite nadie —dijo con expresión seria.

Coraline frunció el ceño, intrigada.

—¿Lo dices por algo en especial?

—En realidad no, pero Frank es un poco pesado —admitió con una mueca de disgusto.

Coraline recordó haber conocido a Frank en la fiesta. El hombre llevaba dos años

encargándose del espectáculo, cuidando de las chicas junto a Foca para que nadie se propasara con ninguna. Normalmente las camareras no tenían ningún problema que no pudieran o supieran solucionar ellas mismas. Las que más altercados producían eran las bailarinas. Siempre había algún baboso que intentaba toquetearlas, proponiéndoles otras clases de cosas para las que ellas no estaban contratadas. Bailaban semidesnudas, provocativas, mostrando incluso los pechos, pero eso no las convertía en prostitutas que se acostaran con clientes por dinero, aunque lo que hicieran en sus ratos libres era asunto de ellas.

—¿Por qué es pesado? —Quiso saber Coraline, cruzando los brazos.

—Es demasiado protector, a veces se cree que es nuestro padre o algo así.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó, inclinando la cabeza.

—Hasta cierto punto.

—No entiendo.

—Parece ponerse celoso cuando alguien nos habla de más.

—Lo importante es que os trate bien. Aquí todos somos una familia, pero no te preocupes, diré que no se acerque nadie —le aseguró, con una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias, Cory. No es un mal hombre, tal vez en exceso cariñoso, pero tiene muy buen corazón.

Ella prácticamente lo acababa de conocer y no sabía nada de él, pero se alegraba de que alguien se interesara de ese modo por el personal. Al salir de la habitación, muy cerca de las gruesas cortinas, Mahou y Eva hablaban. Ambos levantaron la cabeza al verla salir.

—Hoy Jess no podrá trabajar —les anunció.

—De acuerdo —Eva asintió y miró al hombre—, yo me meteré en el mostrador esta noche.

—Lo siento —contestó él—, no hay más personal. Todas las demás chicas actúan.

—Aunque no lo hicieran, Mahou, estorbarían más que otra cosa.

—Yo puedo suplirla, Eva —se ofreció Coraline—, todavía no se me ha olvidado cómo hacerlo. —Había aprendido a servir copas a los dieciséis años, ganándose un dinero extra que le vino genial para sus propios gastos y no tener que pedírselo a su padre.

—¿De verdad que no te importa? —le preguntó ella.

Coraline se encogió de hombros.

—Claro que no, no tengo nada mejor que hacer esta noche.

Mahou la miró durante unos segundos y acabó asintiendo. Tenía el teléfono de otra camarera a la que solía llamar cuando el volumen de trabajo era importante, pero no había podido contactar con ella.

Coraline se puso enseguida manos a la obra. Le costó un poco ubicarse a la par con la otra chica, pero finalmente acabó manejando la situación con facilidad. Fue justo estando allí cuando tuvo el placer de conversar con Frank, que durante un momento se sentó en una de las banquetas y pidió de beber.

El organizador del espectáculo era un hombre amable, aunque muy exigente y bastante

observador. A veces su forma de hablar y su mirada oscura eran un poco extrañas; sin embargo, tras unos minutos de conversación, Coraline descubrió que él tenía una discapacidad intelectual leve. Sus capacidades cognitivas eran un poco diferentes a la de los demás.

Era rubio con el cabello corto, lo que contrastaba con unas espesas cejas gruesas y oscuras y sus ojos marrones. A pesar de su peculiaridad, se notaba claramente que su objetivo era no defraudar a Caín, por lo que en ningún momento perdía detalle de todo lo que ocurría alrededor de las bailarinas.

—He oído hablar mucho de ti, Carol —dijo él, haciendo que ella lo mirara con una sonrisa educada. En ese momento estaba abriendo varios botellines de cerveza para algunos de los muchachos.

—No me llamo Carol, mi nombre es Coraline.

Él arrugó el entrecejo, confundido, y trató de pronunciarlo.

—Es difícil, ¿no?

—Llámame Cory, que es más fácil. Algunos lo hacen.

—Tu padre, no.

—A él le gusta usar mi nombre completo. Mi abuela se llamaba así, pero no me importa que usen mi diminutivo —le aseguró.

Frank, asintiendo con la cabeza, se apoyó en la barra.

—Oí que eres doctora.

—Así es, aunque esta noche, ya ves —se encogió de hombros—, soy la camarera. ¿Cómo comenzaste tú en esto, Frank?

—Creo que fue suerte.

Coraline levantó una ceja.

—¿De verdad? ¿Cómo fue eso?

Él tomó un sorbo de su bebida antes de responder.

—Fue hace un par de años. Al principio solo venía como cliente cuando me trasladé a vivir a esta ciudad, pero Caín vio algo en mí, algo que ni siquiera yo había advertido —admitió, con una sonrisa tensa—. Me pidió que me encargara de los espectáculos. No me lo podía creer. Pensé que iba a ser un desastre.

—Pues no lo fue, y aquí estás, años después —dijo ella, con una sonrisa—. ¿Qué es lo que te gusta de trabajar para mi padre?, porque no es un hombre fácil de llevar.

Frank dejó su vaso sobre la barra.

—Caín es un buen jefe. Duro pero justo. Cuida de los suyos. Eso es lo que me mantiene aquí.

—Es importante tener a alguien que se preocupe tanto. Seguro que las chicas te aprecian mucho.

Él sonrió levemente.

—Intento hacer lo mejor que puedo por ellas. A veces soy un poco pesado, lo sé, pero todo es por su bien.

—Eso es lo que hace una familia, ¿verdad? —dijo Coraline, volviendo a atender a un cliente —. Cuidar unos de otros.

—Exactamente —asintió él, levantando su vaso en un gesto de brindis—. Por la familia.

Coraline levantó una copa vacía, sonriendo.

—Por la familia —repitió.

Al otro lado de la barra, Mahou la observaba con el ceño fruncido. Sentado en una mesa con Caín, Ian y Rick, un veterano de la banda, no podía dejar de mirarla. Comprendía que el trabajo de una camarera no solo consistía en servir bebidas, sino también en ser amable con los clientes. Sin embargo, le molestaba la forma en que algunos bromeaban con ella. Sabía que Caín sentía lo mismo, aunque mantenía la calma mientras Rick contaba que el sheriff estaba agobiado. Los Diablos del Infierno lo estaban presionando para que encontraran al culpable del asesinato.

Esa misma tarde, Mahou había estado indagando entre los muchachos y algunos le aseguraron que conocieron a la mujer. Al parecer, ella había sido una provocadora que disfrutaba creando conflictos con hombres y mujeres solo para que sus amigos, los Diablos del Infierno, corrieran a defenderla. Tenía una habilidad especial para encender ánimos y desatar caos con comentarios y comportamientos provocativos. Unos meses atrás, había tenido un encontronazo con Eva en uno de los puestos callejeros del mercadillo semanal que instalaban en una calle adyacente a la avenida principal. Sin embargo, el suceso no había llegado a mayores. Eva, aunque parecía una mujer dulce y paciente, había sabido pararle los pies. Tenía un carácter fuerte que pocas veces dejaba ver, capaz de hacer temblar las paredes de una casa.

—Lo único que puede pasar es que Bradford haga una llamada a los federales y eso no le conviene a nadie —dijo Caín.

Mahou, aunque atento a la conversación, divagaba sobre Coraline. Desde su punto de vista veía cómo la Cara guapa se desenvolvía con soltura, servía tragos y charlaba animadamente con los clientes. Cada vez que uno de ellos hacía una broma, ella respondía con una risa genuina. Era admirable la manera en que se manejaba, con una confianza y una calidez que parecían naturales.

Cada vez que alguien se le acercaba demasiado o se tomaba demasiada confianza, notaba cómo ella respondía con una broma ligera disipando cualquier tensión con su risa. Los clientes parecían disfrutar de estas interacciones, en cambio él no estaba tan seguro. «Tal vez es demasiado bromista», se dijo a sí mismo frunciendo aún más el ceño. Que algunos se tomaran esas libertades con ella y que Coraline las permitiera hacía que comenzara a enfadarse.

Mahou, aunque mantenía su expresión seria, en un momento dado sintió la necesidad de acercarse cuando la vio hablando largo y tendido con Frank, y decidió intervenir. Se aproximó a la barra, interrumpiendo la conversación entre ellos con una leve tos.

—Cory, ¿necesitas ayuda con algo? —preguntó, intentando suavizar su expresión.

Ella levantó la vista y sonrió.

—No, estoy bien, Mahou. Gracias. Solo estaba hablando con Frank.

El hombre levantó su vaso en un gesto amistoso.

—Solo recordando viejos tiempos, Mahou. Nada de qué preocuparse.

Él asintió, aunque no pudo evitar sentir una ligera molestia.

—Bueno, aseguraos de que todo esté en orden —dijo dirigiéndose a ambos antes de alejarse.

Mientras se retiraba tuvo que admitir que ella sabía cómo mantener el equilibrio en el ambiente del club. Aunque no era exactamente como él lo haría, no podía negar que la Cara guapa tenía un toque especial que hacía que todo funcionara.

—Cory. —Nat se había acercado sin que ella se diera cuenta—. ¿Qué haces? ¿No me digas que está currando?

—Sí, Jess se puso mala. ¿Qué haces tú aquí? No me habías dicho que vendrías.

—Me llamaron las chicas. Esta noche hay una fiesta en el granero de Ken, dime que vendrás, por favor.

Coraline negó con la cabeza.

—Hoy no puedo. Seguro que cuando acabe aquí estaré hecha polvo. Prefiero dormir, anoche no pegué ojo.

Nat conformó una mueca de decepción. Se había maquillado y llevaba un minivestido rojo que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Había esperado que Coraline se les uniera.

—¿Estás segura? —De puntillas se alzó un poco sobre el mostrador y apoyó los brazos, al tiempo que susurraba—: Tenemos priva.

—¡Qué cabronas!

Coraline levantó la cabeza hacia la mesa donde se encontraba su padre y se topó con los ojos de Mahou. No había parado de mirarla en toda la noche. Pensaba que quizá no se fiaba del todo de ella, pero estaba haciendo bien su trabajo y nunca se le habría ocurrido robar dinero de la caja. Después de todo, pertenecía a su padre.

Nat siguió su mirada y se volvió rápidamente hacia ella.

—¿Ha pasado algo?

—No —respondió regresando a sus obligaciones—. ¿Y si nos vemos mañana?

—Tendrá que ser por la tarde.

Coraline asintió.

—Vale, podemos ir a la hamburguesería. Tengo ganas de probar uno de mis batidos.

—Entonces nos vemos mañana. Nosotras nos vamos, ya te contaremos.

—Tened cuidado.

Con pena vio salir a las chicas del club, y por un momento se le pasó por la cabeza que, si después de acabar la jornada, su cuerpo todavía continuaba en pie, se acercaría al granero.

Capítulo 7

Durante el resto de la noche, Mahou había tratado de relajarse haciendo el grandísimo esfuerzo de dejar de perseguir a Coraline con la vista. Se regañó mentalmente por sentirse celoso, protector y confundido. Nunca antes había experimentado esa sensación. Después de todo, entre ellos no había nada, y si la chica no sabía o no podía defenderse —cosa que dudaba cuando se había criado allí— tenía a Caín o a cualquiera de los muchachos para salir airosa de una situación comprometida sin necesidad de que él estuviera pendiente. De hecho, eran Frank y Foca quienes se encargaban de la seguridad. Además que su padre no era cualquier hombre, sino uno que con solo mirar atemorizaba.

La Cara guapa, para él, era el fruto prohibido, y estaba seguro de que se habría olvidado de ella de no haberla vuelto a ver.

«¡Coño, pero me enciende la sangre cuando la veo!», pensó. Y lo hacía hasta tal punto que esa noche solo miró a Enid porque ella fue a preguntarle si había hecho algo malo o se había enfadado con ella. Mahou había tenido que mentirle diciendo que estaba muy ocupado con otras cosas.

Enid era una bailarina con la que de vez en cuando pasaba un buen rato. Solía buscarlo, pero él no siempre cedía, porque era una furcia que, cuando no bailaba, se dedicaba a follar con los camioneros a cambio de un poco de dinero. Últimamente pasaba mucho de ella, aunque admitía que le gustaba verla bailar. La manera en que mecía su cuerpo y se deslizaba por la barra frotando su entrepierna con una expresión libidinosa en su rostro, lamiéndose los labios como si tuviera una jugosa fruta entre ellos. Sin embargo, aquella noche no, y tampoco era porque Coraline hubiera estado delante, sino que con la preocupación de que los Diablos intentaran hacer algo contra ellos, simplemente se había olvidado de que estaba allí. Quiso creer que ese había sido el verdadero motivo de haber estado en tensión la mayor parte del tiempo.

El club había cerrado las puertas a los clientes y estaba en silencio, salvo por el tenue zumbido del refrigerador y el murmullo de los pocos que deambulaban por allí. Las mesas estaban desordenadas, con servilletas arrugadas y vasos medio vacíos esparcidos por todas partes. Las camareras habían empezado a recoger todo mientras Caín y sus hombres de más confianza

continuaban conversando en una de las mesas.

—Coraline, he visto antes a Nat —comentó Eva, metiéndose tras el mostrador mientras dejaba su teléfono móvil en una esquina.

—Sí, vino para ver si me apetecía salir, pero me voy a la cama ya mismo, estoy molida. No recordaba lo que era trabajar tanto —contestó pasando un trapo húmedo sobre una de las mesas.

Eva arqueó una ceja mientras recogía algunas copas vacías.

—Márchate ya. Hoy te has dado una buena paliza.

Coraline miró a su alrededor. Aún quedaban bastantes cosas por recoger: sillas desordenadas, servilletas tiradas por el suelo y un par de mesas todavía pegajosas por las bebidas derramadas.

—Pero, Eva...

—Esto ya lo hacemos nosotras, y si falta algo, se hace mañana, que todavía no se va a acabar el mundo —la interrumpió con una sonrisa al tiempo que colocaba las copas en el lavavajillas.

Coraline suspiró agradecida y dejó el paño sobre el mostrador. Estiró los brazos y el cuello para desentumecer los músculos. Se sentía agotada, como si cada parte de su cuerpo pesara una tonelada. Las piernas le dolían después de estar de pie toda la tarde y un leve dolor de cabeza comenzaba a asomarse, pulsando detrás de sus sienes.

Esperaba no haber cogido el virus de Jess; la mera idea la hacía sentir aún más exhausta.

Se frotó la frente con una mano intentando disipar el incipiente dolor y se acercó a la mesa donde estaba su padre. El ambiente parecía tenso y los notó preocupados. En ese momento estaba hablando Mahou, con el ceño profundamente marcado.

—Tenemos que advertirles y poner vigilancia en la comunidad de caravanas.

Los demás asintieron y Caín apretó los labios.

—No podemos permitir que esto se salga de control y nos jodan.

Coraline sintió un nudo en el estómago al escucharlos. Arqueó las cejas, intrigada, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —preguntó.

Ian levantó una ceja y la miró con una mueca.

—Nada, Bichejo. ¿Qué va a pasar?

Ella los observó a todos, uno por uno, empezando por su tío, que estaba sentado con los brazos cruzados, y acabando por Foca y Obispo, que acababan de unirse y se ubicaban con ellos. Sin embargo, en quien más se fijó fue en Mahou y en sus gélidos ojos verdes, y sintió un vuelco en el estómago. En ese momento parecía peligroso, con el pelo rubio peinado hacia atrás, vistiendo una ajustada camiseta blanca y su chaleco de cuero negro. Unas extrañas corrientes de fuego inundaron su cuerpo.

—¿Por qué entonces queréis poner más vigilancia? —insistió ella, centrándose en mirar a su padre con el ceño fruncido.

—Para prevenir que se acerquen los putos Diablos —respondió arrastrando las palabras.

—¿Por lo de ese asesinato?

Más o menos todos asintieron, intercambiando miradas sombrías entre ellos. Coraline no creía que los Diablos del Infierno fueran tan estúpidos como para atacarlos sin ninguna clase de pruebas, así como tampoco creía que ningún hijo de Caín estuviera involucrado en ese asunto. Iba a decirles que se estaban volviendo paranoicos, pero prefirió callar, no fuera a ser que también quisieran ponerla a ella bajo protección.

—Me voy a dormir —dijo finalmente. Besó a su padre en la mejilla y se despidió del resto con un gesto de cabeza.

—Coraline, ¿te importaría sacar la basura? Me harías un favor enorme —le pidió Eva, mientras contaba el dinero de la caja y lo guardaba dentro de un sobre.

La joven, a punto de retirar a un lado la cortina que daba paso a las instalaciones privadas, asintió y cogió las dos bolsas que había. Salió por la parte de atrás. En la calle sintió el aire fresco de la noche en su rostro y soltó un suspiro.

En el estacionamiento, varias motocicletas estaban aparcadas en desorden. Reconoció a Tommy y su hermano James, que habían hecho la secundaria con ella; charlaban y fumaban con Frank. La saludaron con un gesto de cabeza y siguieron a su rollo.

El sonido de la grava bajo sus pies resonó en la quietud de la noche mientras tiraba las bolsas en el contenedor. Cuando se estaba sacudiendo las manos, vio que de repente se acercaba una mujer que corría hacia ella. Su corazón dio un vuelco y un instante de miedo atravesó su cuerpo, pero luego reconoció a Susan, una de sus amigas. Ella también había ido al granero de Ken a divertirse.

La observó con sorpresa, pues tenía el cabello revuelto, la camisa retorcida y arrugada y las medias rotas. Inmediatamente, pensó en Nat y en la posibilidad de que hubieran tenido un accidente.

—¿Dónde están las demás? —preguntó con un nudo en el estómago.

—No sabía a quién acudir, Cory. Tienes que ayudarnos, avisa a tu padre.

Susan estaba muy alterada y ella empezó a ponerse nerviosa. Sabía que algo malo había ocurrido.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Estábamos en el granero cuando algunos hombres se pusieron tontos. Nosotras no les hacíamos caso, pero Daisy, no sé si se emborrachó o le dieron algo, se encerró en uno de los cuartos con tres de ellos. Nosotras intentamos sacarla de allí, pero nos echaron del granero —explicó con voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas.

Coraline intentó mantener la calma a pesar de que su corazón latía con fuerza.

—¿Y Nat? ¿Dónde está?

—Ella y las demás se quedaron allí para ver el modo de sacar a Daisy. No podíamos dejarla sola.

—¿No habéis avisado al sheriff Snipe? —inquirió, tanteando su bolsillo trasero en busca del teléfono.

—Todo lo tenemos en los bolsos y siguen estando allí. Ni siquiera nos permiten cogerlos.

Coraline miró a su alrededor. Tommy, James y Frank se habían ido acercando poco a poco movidos por la curiosidad y por el estado en el que Susan se encontraba.

—¿Pero Ken y los demás? ¿Nadie ha podido ayudaros? —insistió ella.

—Algunos no se quieren meter en problemas y otros no se han enterado, porque, como te digo, nos echaron rápidamente de allí.

Coraline miró hacia su furgoneta. Las llaves estaban en el dormitorio y no podía perder tiempo si quería ayudar a sus amigas, además de que si su padre o su tío la veían no iban a permitirle salir.

—Déjame la moto, James.

Los hombres la miraron como si hubiera dicho una gran estupidez. Tommy respondió:

—¿Cómo dices?

—Tenemos que ir a buscarlas —dijo con firmeza.

—Avisa a tu padre, Cory —insistió Susan, agarrando su brazo.

Ella se negó rotundamente y sacudió la cabeza.

—Él pasa de esas cosas, sobre todo si no pertenecen a los hijos de Caín. Tal vez diga que vayamos a buscar a Bradford.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Susan.

Coraline miró a los hermanos.

—Tenéis que ayudarme, recordad que hicisteis una promesa.

James se echó a reír.

—¡Eso fue una jodida tontería, Cory!

—Por esa jodida tontería mi padre os regaló los chalecos, porque antes no teníais ni una mierda.

James se pasó una mano por la cabeza revolviendo su pelo oscuro. Él, su hermano y ella se acordaban perfectamente de aquel día. Fue una calurosa tarde de verano en la que un numeroso grupo de los hijos de Caín, acompañados de sus esposas, novias e hijos, habían decidido refrescarse junto a orillas del Missouri. Jacob era el típico tío al que todos ignoraban porque no hacía más que hablar siempre de sí mismo, de lo guapo que era —que en realidad en aquel entonces era uno de los hombres más guapos que Coraline había visto—, de lo bien que se le daba tocar la guitarra y lo mucho que ligaba. Pero esa tarde él tenía ganas de reírse de alguien y fue a por ella. Coraline, con sus catorce años, se sentía un poco fuera de lugar entre los muchachos mayores, pero disfrutaba de la compañía y las risas.

Jacob se había acercado a ella con una sonrisa arrogante.

—Eh, Coraline, ven aquí —la había llamado, señalando su motocicleta cubierta de polvo y barro.

Ella se había acercado arrugando la nariz.

—¿Qué quieres?

—Lava mi moto —le había ordenado, cruzándose de brazos con aire autoritario.

Coraline lo miró incrédula.

—¿Qué? ¿Por qué yo?

—Porque te lo digo yo. Anda, date prisa.

Los muchachos, incluidos Caín e Ian, se agruparon alrededor, curiosos por ver qué pasaba. Ella sintió una oleada de enfado subir por su pecho. ¿Quién se creía que era para darle órdenes? Sin pensarlo dos veces, agarró la moto por el manillar y la empujó con todas sus fuerzas hacia el río.

La moto rodó y cayó al agua con un gran chapuzón mientras Coraline se quedaba de pie, respirando agitadamente. Los otros muchachos estallaron en carcajadas, doblándose de la risa al ver la expresión atónita de Jacob.

—¡Coraline! ¡Qué puta mierda has hecho! —le había gritado, salpicado de agua, con los ojos abiertos como platos.

James y Tommy, que apenas eran unos meses mayores que ella, hijos de un miembro de la banda, corrieron a su lado para protegerla por si a Jacob se le ocurría pegarle. Pero entonces Caín, que observaba la escena desde la orilla, se acercó con una sonrisa burlona en los labios.

—Jacob, la jodida próxima vez que quieras ordenar algo a mi hija, piénsalo muy bien antes —le había dicho, dándole una palmadita en la espalda.

Desde aquel momento, Caín empezó a confiar en los hermanos y les regaló un chaleco para cada uno con la insignia del club, diciéndoles que esperaba que siempre cuidaran de ella. En realidad, Coraline nunca se tomó en serio esas palabras y supuso que ellos tampoco lo habían hecho, porque no habían coincidido muchas veces fuera del club o de la comunidad de caravanas. Pero ahora los necesitaba, o por lo menos, necesitaba una de las motos.

—Por favor —les rogó Coraline—, nadie tiene necesidad de enterarse.

Tommy, indeciso, se pasó la lengua sobre los labios mirando a su hermano.

—Pero tu padre...

—Sabes que no va a hacer ni caso —insistió ella—. Además, ahora solo están pensando en lo de esa mujer de los Diablos.

—Joder, Cory, nos vas a meter en la mierda.

—Yo me haré responsable, lo prometo.

Los hermanos intercambiaron una mirada preocupada y acabaron cediendo.

—Te acompañamos —dijo James, asintiendo.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Susan con voz temblorosa.

Frank dio un paso al frente y puso una mano en su hombro.

—Te puedes quedar conmigo hasta que vuelvan —sugirió.

—No. —Coraline negó con la cabeza y se dirigió a su amiga—: Mejor vete a tu casa; y tú,

Frank, por favor no digas nada a nadie.

—Esto no me gusta nada, Cory. ¿Qué vas a hacer cuando llegues?

—No lo sé, espero que sea suficiente con que les advierta a esos tíos quién es mi padre y que se están metiendo en tierras fangosas. —Luego intentaría convencer a Daisy para que denunciara a esos capullos.

—De acuerdo, pero más vale que tengáis cuidado.

Coraline se montó en la moto de Tommy y rodeó su cintura.

Sí, eso es lo que pensaba hacer, amenazarlos con enviar a todos los hijos de Caín si hacía falta.

Pero nada funcionó como había planeado.

Capítulo 8

Mahou se despertó con unos fuertes golpazos en su puerta y, a regañadientes y arrastrándose, salió de la cama para ver de quién se trataba. Su dormitorio, ubicado en la planta de arriba junto con los demás, era un espacio modesto pero ordenado, con una cama deshecha en el centro y una mesita de noche llena de objetos dispersos. La planta superior de la casa tenía un corredor largo y estrecho con varias puertas que daban a las demás habitaciones.

Abrió mientras ocultaba un bostezo tras la mano y observó a Foca con gesto adusto. Su hombre lo miró a su vez, preocupado.

—Tienes que bajar, Mahou, ha ocurrido algo.

Él frunció el ceño y se restregó los ojos con ambas manos. Sentía la urgencia en la voz de Foca, pero aún continuaba medio dormido. Se había acostado tarde y tenía sueño acumulado.

—¡Joder, hoy es sábado, coño!

—Eso díselo a los Diablos del Infierno, están abajo con Caín.

Se espabiló enseguida y se vistió con prisa, al tiempo que deslizaba una pistola Glock 19 en la cinturilla del pantalón. No era buena señal que la banda rival estuviera allí. ¿Sería posible que Bradford hubiera descubierto entre los chicos algo sobre el asesinato de la mujer que él no supiera?

Foca se había marchado nada más entregar el mensaje para proteger a Caín en caso de que se iniciara alguna reyerta. Cuando Mahou se encontraba a medio camino en el corredor con la intención de bajar la escalera, se dio de lleno con alguien que salía en ese momento de uno de los dormitorios.

—¡Joder! —exclamó al sentir el impacto e inconscientemente agarró a la otra persona para que no se golpeara contra la pared. Al hacerlo, pudo ver de refilón varios mechones de pelos rubios pasar ante sus ojos y la fragilidad del cuerpo que sostenía contra su pecho. El aroma dulce y familiar de un perfume femenino le llegó de inmediato y sin necesidad de verle el rostro, supo quién era.

El contacto con la mujer le provocó una repentina excitación. Su corazón latió con fuerza al sentir la suavidad de su piel y el cálido aliento sobre su cuello.

Coraline había ahogado un grito extendiendo las manos hacia delante para evitar el porrazo contra la pared, pero sus brazos abiertos pasaron a cada lado de los costados de Mahou y lo abrazaba. Tardó en levantar la mirada, y cuando descubrió que era él, abrió sus enormes ojos con sorpresa.

—¿Estás bien? —preguntó Mahou con la respiración agitada.

La Cara guapa se apartó de él como si se hubiera quemado de repente y su mirada adquirió un brillo iracundo.

—¡Estás loco! ¿Acaso crees que vives solo? —dijo colocándose la melena hacia atrás con una mano, mientras que con la otra intentaba detener las palpitaciones de su corazón—. ¡Por poco me dejas como una pegatina en la pared!

—Lo siento mucho, no te vi.

—Si los tontos volaran jamás veríamos el sol —gruñó ella. En su rostro había susto y vestigios de sueño—. ¿Qué pasa, ha estallado el obús? —inquirió jadeante, pero sin rastro de miedo.

—Mira, ahora no tengo tiempo para chorradas.

Pasó junto a ella y nada más poner el pie en el primer peldaño, la escuchó decir:

—No hace falta que seas tan borde.

Mahou giró la cabeza y clavó los ojos en los suyos. Coraline estaba plantada en el pasillo con el cabello desordenado y revuelto, lo que evidenciaba que se había despertado hacía poco. Su pijama de verano consistía en una camiseta de tirantes liviana y unos pantalones cortos de algodón, ambos decorados con un estampado suave y colorido. La tela se pegaba ligeramente a su piel. Sus ojos, todavía algo somnolientos, buscaban una respuesta en los de él.

La luz del amanecer que se filtraba a través de la ventana iluminaba suavemente su figura y acentuaba su desaliño matutino. A pesar de su aspecto, había algo en su postura y en la manera en que lo miraba que lo hizo detenerse un momento, reflexionando sobre su propia actitud.

—Si no quieres esa clase de respuestas, no hagas preguntas tontas.

Ella frunció los labios de un modo muy gracioso. Con movimientos lentos le regaló una peineta, y con un gesto de cabeza al estilo de una diva de cine clásico, se encerró en el baño.

Dejó a Mahou atónito, pero también hizo que le dieran ganas de echarse a reír.

—Hay que joderse con la mosquita muerta —susurró mientras terminaba de descender las escaleras.

Se encontró con Rick. Observaba por una rendija de la cortina lo que estaba pasando en el local, con una escopeta en la mano.

—Es algo serio, Mahou —le advirtió en un murmullo bajo.

Mahou colocó la mano sobre la culata de su Glock por encima de la camiseta, respiró profundo y cruzó la cortina.

El panorama pintaba mal. Diablo, vestido con una chaqueta de cuero desgastada, gesticulaba con vehemencia y hablaba furioso a Caín. Detrás de él había varios de sus hombres, todos con miradas duras que observaban en silencio listos para actuar en cualquier momento.

Caín, por otro lado, mantenía una postura más relajada pero no menos intimidante. Su grupo, el doble de numeroso, llenaba el espacio a su espalda. Con una sonrisa fría y calculadora escuchaba a Diablo, mientras sus ojos brillaban con una peligrosa calma. Foca, Frank y el resto de los miembros que estaban en ese momento se mantenían en alerta con las manos cerca de las armas ocultas bajo sus chalecos.

Con pasos firmes y decididos, Mahou se detuvo junto a su mentor y lanzó una mirada iracunda a los intrusos.

—Mahou —dijo la fría voz de Caín sin apartar los ojos de Diablo, manteniendo su compostura —, quiero que averigües quién de los nuestros prendió anoche fuego en un granero.

El joven parpadeó estupefacto. Había escuchado rumores de que algunos del pueblo celebraban una fiesta allí, pero no tenía idea de qué hijo de Caín había asistido. Normalmente los habitantes del pueblo evitaban invitarlos, en concreto para prevenir encuentros con alguno de los Diablos que pudieran causar una revuelta o provocar conflictos. Los únicos que podrían haber asistido eran los miembros más jóvenes, aunque Mahou lo dudaba mucho.

—¿Por qué iban a hacer eso nuestros muchachos? —preguntó, enfrentándose a Diablo con rostro serio—. ¿Cuál es el motivo para acusarlos?

El hombre se giró y buscó a alguien entre su gente. Agarró del brazo a un muchacho que no tendría más de veintitrés años y lo empujó poniéndolo delante de Mahou. El joven llevaba un brazo y las dos manos vendadas.

—Díselo —ordenó Diablo.

Él tragó con dificultad cuando miró a los ojos de Mahou como un conejo asustado.

—No puedo recordarlo bien, todos habíamos bebido y nos estábamos divirtiendo. Fuera del granero había unas tías que no hacían más que molestar y cortarnos todo el rollo. Entonces llegó alguien que rompió una puta ventana y se armó la de Dios.

—¿Qué alguien?

—No lo vi bien.

—Era una mujer —dijo una voz entre los Diablos.

Mahou alzó las cejas con incredulidad y una sonrisa burlona.

—¿Estaban nuestras chicas allí? —preguntó Caín, tan extrañado como el resto de los hombres. Cuando hablaba de ellas como «suyas», se refería a las hijas de algunos de los miembros, esposas o novias.

Incluso Diablo miraba a su muchacho con sorpresa.

—Si estaban no las reconocí —admitió el joven.

—¿Entonces por qué cojones dices que era uno de los nuestros? —estalló Caín furioso, agarrándolo por el cuello de la camiseta.

—Porque vimos una de las motos de ellos —replicó con voz temblorosa, a punto de echarse a llorar.

Mahou dio un paso amenazante hacia él.

—¿Estás seguro?

El chico asintió.

—Puede que no fuera uno, pero esas mujeres lo conocían. Estoy seguro de que iban juntos.

Tanto Mahou como Caín se cruzaron de brazos un poco más calmados.

—¿Estás diciendo que has montado este puto lío por culpa de unas mujeres? —lo increpó Diablo, mirándolo con desprecio.

—¡Me encerraron en un cuarto y lanzaron un coctel molotov por la ventana! ¡Pude ver perfectamente la motocicleta!

Diablo se rascó la cabeza bastante desesperado con el asunto. De haber sabido que las causantes de todo eran mujeres no hubiera acudido a reclamar nada a Caín. Pero resultaba que ese niñato era su hijo, sangre de su sangre, y de no haber destrozado la puerta podría haber muerto. Sabía que debía descubrir qué habían hecho ellos para enojarlas, porque nadie actuaba así sin ningún motivo. Y por las expresiones de Caín y de sus hombres, estaba seguro de que ellos pensaban lo mismo. De todos modos, se obligó a decir:

—Quiero saber quién iba con ellas.

Ninguno de los hijos de Caín contestó y los Diablos se fueron.

Todo se quedó en silencio tras su marcha, y Mahou, con una señal de la mano, ordenó a los suyos que se dispersaran. Se volvió hacia Caín.

—¿Qué hago? ¿Busco al gilipollas que iba con ellas?

—No hagas nada, Mahou.

—¿Quieres que pasemos del tema? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Ya sabías de qué iba todo esto?

—No, pero algo habrán hecho los Diablos si deseaban quemarlos vivos.

Caín se percató por pura casualidad de que la cabeza de Eva asomaba tras la cortina. En cuanto sus miradas se cruzaron, ella se escondió rápidamente. Por un momento pensó que Coraline podría estar involucrada, pero desechó esa idea de inmediato. Por fortuna, ella había decidido no acudir al granero a pesar de que su amiga del alma, Nat, se encontraba allí. Tal vez debería averiguar con esta lo que estaba sucediendo.

Mahou se encogió de hombros sin terminar de entender lo que acababa de pasar, aunque algo le decía que Caín sabía más de lo que admitía. Incluso, para su consternación, las comisuras de Ian se curvaban en una sonrisa como si todo aquello le hiciera gracia. Y él pocas veces solía encontrar diversión en nada.

***

Coraline agarró con fuerza el brazo de Eva cuando esta dejó caer la cortina. Sus ojos se encontraron preocupados.

—Tu padre me ha visto —susurró Eva empujándola por el corredor. Las dos subieron las

escaleras hasta el dormitorio de Coraline intercambiando miradas llenas de incertidumbre. Eva cerró la puerta con suavidad y se giró hacia ella en busca de una explicación—. Pero ¿qué hicisteis, niña? ¿Os volvisteis locas o qué?

—No sabía que eran Diablos —contestó apretando los dientes con fuerza.

—Madre mía, pues están las cosas calientes como para que vengas a prender más leña al horno.

—Te prometo que no sabía que eran ellos. Pero de igual modo, lo tenían merecido. Daisy estaba hecha polvo, decía que no recordaba nada, solo que quería marcharse de esa habitación y no se lo permitían.

—¿Llegaron a hacerle algo?

Coraline se encogió de hombros.

—Si lo han hecho, no ha querido contárnoslo. Se siente culpable porque cree que ella los provocó.

—¡Qué atajo de cabrones! —siseó Eva sentándose al lado de Coraline sobre la cama—. Dime, ¿quién te llevó allí?

—No te lo voy a decir, Eva. La persona en cuestión lo hizo porque yo se lo pedí, pero no tiene la culpa de nada.

—¿Y si descubren que fuiste tú y Nat? —Sacudió la cabeza, inquieta—. ¡Pero qué tonterías digo! ¡Claro que Caín lo va a descubrir!

Coraline apretó los labios con fuerza hasta perderlos por completo en el interior de su boca. La noche anterior no pensaba con claridad y actuó por un impulso de rabia e impotencia. Lanzar la mezcla casera de alcohol y aceite en una botella de vidrio había sobrado, aunque se había venido tan arriba que hasta le pareció justo hacerlo.

—Si llega a enterarse, diré que cogí la motocicleta prestada del aparcamiento. Tú no le digas nada, por favor. —Tomó la mano de Eva entre las suyas—. Sé que no hice bien, pero tampoco pensaba matarlos, tenían más ventanas para poder huir. Solo pretendía asustarlos.

—Si nos lo hubieras contado anoche a Caín o a mí...

Coraline la interrumpió:

—Me habríais hecho desistir de que fuese.

—¡O puede que no! —Eva respiró hondo—. Mi niña, no vuelvas a hacer nada igual. Te podría haber ocurrido cualquier cosa; además, ¡qué cojones!, ahora eres la doctora de Cascade...

—Todavía no —volvió a interrumpirla.

Eva fingió no escucharla y prosiguió:

—... eres una mujer madura, tienes novio formal y te vas a casar. Porque te vas a casar, ¿verdad?

Coraline enrojeció violentamente.

—Verás —se humedeció el labio inferior—, Santi, para mí, es como un «treinta de febrero».

Eva la miró con ojos desorbitados.

—¡¿Qué me estás contando?!

—Me dejó, pero no pasa nada, es mucho mejor así —aseguró en un susurro.

—Todos los hombres son iguales —maldijo Eva, pero Coraline negó con la cabeza.

—No lo son, cada uno tiene una forma especial de cagarla.

Eva se dio cuenta de que los ojos de Coraline se habían llenado de humedad y brillaban temblorosos. La encerró entre sus brazos.

—Cariño, sé feliz hoy, aunque solo sea por joder a los envidiosos. —Coraline soltó una carcajada mezclada con el llanto—. Venga, cuéntame qué pasó con Santiago y también lo de anoche, eso no voy a olvidarlo.

Capítulo 9

Nat y Coraline recorrían las calles a pie. El calor abrasador las había obligado a esperar hasta las siete de la tarde, cuando el sol no estaba tan alto, para poder salir sin miedo de achicharrarse.

Miraban los escaparates, la mayoría cerrados, pues los ciudadanos se tomaban muy en serio lo que Dios estipuló: «Y al séptimo día, descansó».

No tenían intención de recorrer todo el pueblo, conscientes de que era mejor no entrar en territorio de los Diablos del Infierno. Desde pequeñas, Caín les había prohibido adentrarse en esa zona y esta era una de sus reglas más importantes. Puede que Coraline lo desobedeciera en otras cosas, pero nunca en esa. Además, no se le ocurriría siquiera intentarlo, pues si alguien la reconocía era posible que no saliera viva de allí; o si lo hacía, sería seguramente bastante maltrecha.

—¿Qué te dijo Eva?

—Piensa que debí contarle lo que pasaba, pero ahora me alegro de no haberlo hecho. Si mi padre hubiera acudido, entonces sí que se habría proclamado la guerra con los Diablos. No culpo a Daisy, pero tendría que tener más cuidado con lo que se toma. La sumisión química es una asquerosidad que parece haberse puesto de moda y no es ninguna tontería.

—Estuvimos juntas todo el tiempo y no aprecié que tomara algo diferente a nosotras. De todas formas, ella no se corta mucho a la hora de entrarle a un tío y sé que uno de ellos le gustaba.

Coraline la miró escéptica.

—Nat, son unos putos críos.

—Algunos tienen nuestra edad.

—Pero las mujeres maduramos antes.

—Daisy no.

—Bueno, algunas mujeres —rectificó Coraline—. ¿Has sabido algo de ella?

Nat negó con la cabeza. Al pasar por delante del cine vieron a un montón de gente haciendo cola. El aroma de las palomitas hipnotizó a Coraline. Esas pequeñas bolitas amarillas de maíz parecían pronunciar su nombre, cada vez con más fuerza. Supuso que debía ser como el canto de las sirenas que atrapaban a los marineros en alta mar.

Levantó la mirada hacia la cartelera colgada sobre la puerta del cine. Ese día reponían la película *Dirty Dancing*. El cartel, algo descolorido por el paso del tiempo, mostraba a Patrick Swayze y Jennifer Grey en una pose icónica, envueltos en un halo de luz rosa y azul que evocaba la nostalgia de los años 80. Coraline había visto la película varias veces y cada vez le gustaba menos. Creía que cuando veía una cosa repetida, iba perdiendo el encanto.

Nat también miraba la cartelera.

—Patrick Swayze me gustaba mucho —dijo—. Tiene unas películas bastantes buenas.

Coraline asintió.

—*De profesión duro* y *Ghost* son las que más. Él, físicamente, no está mal, aunque nunca me ha encantado su boca, sus labios eran demasiado delgados.

—Pues a mí me parecía guapísimo.

Se habían detenido en la puerta y Coraline miraba a su alrededor. Era pronto para ir a la hamburguesería y no se le ocurría a dónde más podían dirigirse.

—¿Te apetece que entremos a ver la peli? —preguntó Nat, pensando lo mismo que ella. Como no fueran a algún centro comercial de Great Falls, no tenían otra cosa que hacer por allí.

Pero Coraline no quería ir a la ciudad. Eva le había dicho que Mahou y algunos de los muchachos se habían marchado allí porque tenían cosas que hacer, aunque no comentó cuáles, y ella tampoco preguntó.

Las palomitas seguían llamándola y se sintió como una rata detrás del flautista de Hamelín. Asintió. Por otra vez que la viera no se iba a morir, y Nat parecía que lo estaba deseando.

Se pusieron en la fila detrás de un grupo de chicos y chicas. Algunos de ellos comentaban sobre el asesinato y otros sobre el desenlace en el granero de Ken. Incluso decían que ambos sucesos podían estar relacionados y que el asesino se quería cargar a todos los que se encontraban allí.

Nat y Coraline intercambiaron miradas. La de Coraline, bastante ofendida; y la de su amiga, incrédula.

—¿Cómo pueden decir eso? —preguntó Coraline en un susurro que solo su amiga pudo escuchar.

Nat se encogió de hombros.

—Esto es un pueblo, Cory, de algo tienen que hablar.

Ella lo comprendía, pero le parecía totalmente absurdo que dijeran eso. Cuando había llegado al granero apenas quedaba gente, y como hacía calor, muchos se encontraban en el exterior bebiéndose los últimos restos que quedaban. Además, los culpables se hallaban en una habitación que parecía haber sido antes un despacho. Nadie había corrido peligro, a menos que alguien adrede se hubiera metido entre las llamas.

—¡Cory! —saludó el hombre que vendía las entradas en la taquilla acristalada, una estructura clásica de madera oscura con molduras talladas y un mostrador de mármol desgastado. La pequeña ventanilla de cristal permitía ver al taquillero, un hombre joven con gafas de montura

gruesa y un bigote bien recortado, que las recibió con una sonrisa amable—. ¿Has venido a pasar unos días?

—No. He terminado la carrera y ya que me quedo aquí —contestó. Recordaba a ese tipo de otras veces, pero no su nombre. En contadas ocasiones había hablado con él. Era el hijo del dueño de la armería y coincidió con él cuando algún día ella acompañaba a su padre, pero Coraline normalmente aguardaba fuera del local, pues siempre le decían que se quedara vigilando las motocicletas. Ahora sabía que era una excusa para que no supiera los negocios que tenían. Sabía que Caín llevaba pistola y que muchos miembros de la banda también portaban armas, pero nunca había oído que hubieran disparado a nadie. Eva decía que eran para protegerse. Al principio, cuando todavía vivían en el parquin de caravanas, muchos del pueblo querían que se fueran de allí. Siempre se quejaban del ruido del motor de las motocicletas, de la música alta y de los pícnics que hacían. Coraline pensaba, y se reafirmaba en ello, que todos los envidiaban y no soportaban que fueran felices y lo pasaran bien.

Más tarde, tras la apertura del club, Caín e Ian seguían llevando las pistolas para impedir que les robaran o para amenazar a alguien con disparar si se les ocurría montar follón dentro.

—Me alegro mucho de verte, a ver si un día nos tomamos un café o algo y nos ponemos al día.

—Vale —respondió, más que nada para cerrar la conversación. La pareja que tenían detrás parecía que comenzaba a impacientarse.

El taquillero le dio las entradas, se despidieron y, una vez dentro, lo primero que hizo fue acercarse al mostrador donde vendían las palomitas. El vestíbulo del cine estaba decorado con carteles de películas clásicas y modernas, y el aroma del maíz recién hecho invadía el aire, mezclándose con un ligero olor a caramelo y mantequilla. Las luces suaves y el murmullo constante de la gente creaban un ambiente acogedor y animado.

Esperaron un poco hasta que las atendieron y con un cubo cada una accedieron a la sala de proyección. Para ser una película repetida había mucha gente. Nat y ella se acomodaron en los butacones rojos frente a la pantalla gigante. En Madrid, los cines eran diferentes, más modernos, y tras la COVID-19, mucho más cómodos.

Apagaron las luces y el cine se sumergió en una tenue penumbra. El murmullo de la audiencia se extinguió lentamente y solo quedó el crujido ocasional de palomitas y el suave zumbido del proyector. Coraline se entregó al placer culpable de comer porque no lo hacía muy a menudo. Las prefería hechas en casa, en una cazuela o sartén al fuego, mucho más sanas que las de microondas.

Cuando su frase favorita de la película resonó en la sala, sintió un escalofrío que recorrió su espalda: «¿Yo? ¡Tengo miedo de todo! Tengo miedo de lo que vi, de lo que hice y de lo que soy, y de lo que más tengo miedo es de salir de esta sala y nunca más en la vida sentir lo que siento cuando estoy contigo».

En ese momento dejó de masticar y se inclinó ligeramente hacia adelante, completamente absorbida.

Volvió a acordarse otra vez de Santiago y de los prejuicios; la manera en que la gente juzgaba solo por las impresiones, sin molestarse en conocer la verdadera naturaleza de las personas. Era obvio que en aquel mundo todos se preocupaban por ellos mismos y por nadie más. Era por eso por lo que siempre habían envidiado a los hijos de Caín. Ellos formaban una gran familia a pesar de no llevar la misma sangre.

—Me habría gustado saber un poco más de la vida en común de Baby y Johnny después de que se supone que terminan juntos —dijo Nat cuando salían.

—Mejor que no lo hagas. Este final queda abierto para imaginar lo que quieras. Hay otra versión más nueva de *Dirty Dancing*, con diferentes actores, y no acaban juntos. Ella se casa con otro y tiene hijos. ¿No la has visto?

Nat negó con la cabeza.

—No.

—Pues no lo hagas. Te decepciona bastante.

Era de noche cuando alcanzaron la calle, y esta vez sí se dirigieron a la hamburguesería. Las luces cálidas del local iluminaban la acera. Al abrir la puerta fueron recibidas por una mezcla embriagadora de aromas: carne a la parrilla, pan recién tostado y un toque de cebolla caramelizada.

Había bastante gente, pero encontraron sitio y enseguida las atendió una excompañera de clase. Prácticamente todos se conocían y eso hizo que Coraline se olvidara de que había pasado unos años fuera. Los rostros familiares y las sonrisas amistosas la hicieron sentir como si el tiempo no hubiera pasado.

—Coraline. —La dueña del local fue a saludarla con una sonrisa, dejando un batido de vainilla con un enorme remolino de nata montada que sobresalía del vaso—. He oído decir que eres doctora en el Medical Center.

Ella curvó las cejas con sorpresa.

—En realidad voy el lunes a hacer la entrevista.

—Será por mera formalidad. Yo me enteré hace poco, se lo escuché decir a Rick y a otro hombre que iba con él. No sabes cuánto me alegro por ti.

—Gracias —contestó ruborizada. ¡Pues sí que las noticias volaban! Parecía que todos se habían enterado antes que ella.

—¿Y cómo estás? ¿Todo bien?

—Sí, ya tenía ganas de volver.

—¿Vives con tus padres en el club?

Coraline volvió a asentir. Aunque todos sabían que Eva no era su madre, la consideraban como tal.

—De momento sí. Luego, quizá, si me va bien la cosa, puede que me alquile un apartamento o alguna casa, pero ahora voy a esperar, la economía no es muy boyante.

—El mercado inmobiliario tiene muy buenos precios. —La mujer se hallaba en medio del

pasillo y de vez en cuando se apartaba para que la camarera o los clientes pudieran pasar holgadamente—. Voy a continuar con las hamburguesas, no sea que se me quemen.

Coraline la despidió con una sonrisa y miró a Nat, que se había sentado frente a ella al otro lado de la mesa. Los asientos eran cómodos, con cojines de vinilo rojo que recordaban a los clásicos *diners*.

A través de los enormes ventanales podían ver la calle iluminada por las farolas y el ir y venir de la gente; algunos, apresurados; otros, paseando tranquilamente. El suelo del local era de baldosas de cerámica con un patrón de cuadros en blanco y negro que añadía un toque retro al ambiente.

—¿Son todos muy amables conmigo o me lo parece a mí? —preguntó Coraline, introduciendo un dedo en la nata montada, para lamerlo con placer.

Nat se echó a reír.

—Vas a ser la doctora, tía. Querrán hacerte la pelota para que los atiendas mejor. Hasta mi madre tiene ganas de que empieces ya para comentarte unos cuantos síntomas. —Coraline arqueó las bien delineadas cejas y Nat volvió a reír—. Está apuntando todas sus dolencias en una libreta.

—Madre mía, no he empezado y comienzo a agobiarme.

—Eso te sucede por estudiar una carrera.

Coraline se rio con ironía.

—Ojalá que te diera diarrea con hipo.

—Y ojalá que tú fueses el dedo pequeño del pie y te dieras con todos los muebles de la casa.

***

Esa noche Coraline se metió en la cama, pero no podía dormir. Daba vueltas y más vueltas sobre el colchón, esperando que el sueño llegara a ella; sin embargo, su mente se encontraba con Mahou en Great Falls. ¿Qué habría ido hacer allí?

Era posible que estuviera en ese bar de carretera donde se conocieron, tal vez, ligándose a alguna mujer que luego llevaría a ese piso que tenía. Eva le había dicho que ella también podía ir cuando quisiera —imaginaba que se refería al mismo apartamento que ya conocía—, pues lo pagaba Caín para si alguna vez no les apetecía volver de la ciudad o debían quedarse un par de días y no tener que alojarse en ninguna pensión.

Pues le dieron ganas de ir solamente para saber qué hacía Mahou. Sabía que no debería importarle, pero lo hacía. De hecho, hasta más de lo que podía estar haciendo Santiago con Olga.

A Coraline le apetecía hacer el amor con Mahou, aunque difícilmente podría llamarlo «amor». La palabra más correcta era «sexo».

Suspiró hondo y se colocó de costado observando la luz que entraba a través del visillo. La tela se hinchaba empujada por una suave brisa, haciendo movimientos ondulantes que parecían

bailar al ritmo del viento y proyectaba sombras suaves en la habitación. El aire fresco traía consigo el aroma a tierra húmeda y flores.

Su mente evocó el ancho pectoral del hombre y los músculos de sus brazos. Su piel, tan caliente y suave, y su pelo, donde enredó los dedos y hasta tiró de él, sedoso, de gruesos mechones. Deseó volver a probar su boca y saborear su lengua ardiente. Necesitaba que él mordisqueara sus labios, que pusiera las manos sobre su cuerpo, cubriéndola de caricias, que jugase con sus pechos y pellizcara sus pezones hasta hacerla temblar y no tuviera más remedio que llenar su cuerpo con el suyo, en una comunión salvaje que cada vez los llevara más al delirio.

Gruñó totalmente excitada. No era justo que él estuviera por ahí, pasándoselo bien mientras ella revivía una y otra vez aquella noche, desde que lo volvió a ver en el club.

Capítulo 10

El sol se asomaba tímidamente por encima de las colinas y bañaba el pequeño pueblo de Cascade en un suave resplandor dorado. El aire, aún fresco por la madrugada, olía a pino y a tierra húmeda con un toque de lavanda y peonías que venía del pequeño jardín trasero del club, y los pájaros, siempre puntuales, iniciaban su concierto matutino mientras los rayos del sol se volvían más cálidos anunciando un día brillante y despejado.

Esa mañana, Coraline, tras tomarse un pequeño desayuno que compartió con Frank, decidió visitar la comunidad de caravanas. Era —se decía cruzando los dedos— el último día libre antes de comenzar a trabajar.

Estacionó al correcaminos junto a un grupo de motocicletas de los hijos de Caín, y al salir respiró hondo el aroma de los suavizantes que desprendían las ropas tendidas en las caravanas y en las casas prefabricadas. Se alegró al ver que había una piscina, pues durante su infancia recordaba a su padre y a sus amigos enchufándoles con mangueras los días de mucho calor. Todos gritaban y reían como si no quisieran mojarse, pero iban buscando el chorro de agua para refrescarse.

Ella siempre estaba embadurnada de crema de la cabeza a los pies, aunque no le gustaba nada sentirse pegajosa y resbaladiza. Hubo una temporada que Caín le encasquetaba una gorra grande con visera larga para proteger su cabeza, ya que pasaba todo el día en la calle, pero se la quitaron cuando se dio un porrazo con una farola al no poder ver bien por donde iba.

Habían renovado la grava del suelo y añadido jardineras nuevas, también notó que habían cambiado los viejos bancos de madera por unos nuevos que llevaban la mesa incorporada. Unos cuantos muchachos ocupaban una y todos jugaban con los móviles.

La señora Robards salió de su caravana nada más verla por la ventana, gritando su nombre, y muchas vecinas se acercaron a saludarla. Algunas parecían haber envejecido, pero otras, las más ancianas, continuaban estando igual que siempre.

Todas querían saber sobre ella, y sin entender de qué modo, prepararon un pícnic como los de antaño. En un abrir y cerrar de ojos, los hombres encendieron las barbacoas y sacaron las neveras portátiles fuera, repartiendo cervezas heladas a los adultos y refrescos burbujeantes a los más

pequeños, que corrían y jugaban alrededor de las mesas.

Alguien se encargó de poner música y la voz rota de Bonnie Tyler llenó los rincones de la comunidad, creando una atmósfera nostálgica que evocaba recuerdos de veranos pasados. Sobre una mesa grande adornada con un mantel de cuadros rojos y blancos, colocaron hamburguesas perfectamente formadas, costillas bañadas en salsa barbacoa y largas salchichas para asarlas cuando las parrillas estuvieran preparadas. La mezcla de olores prometía una comida que deleitaría a todos.

Debieron avisar a los residentes del club, porque Coraline los vio llegar en sus ruidosas motocicletas, cuyas estruendosas entradas siempre eran un espectáculo. Eva iba con Caín, agarrada de su cintura, y Coraline pensó que debían casarse de una vez, viendo la complicidad en sus gestos y miradas. Vio también a Mahou y el corazón le dio un vuelco en el pecho. ¿Su presencia allí significaba que no se había quedado a dormir en la ciudad? Tenía que ser así, pues de haberlo hecho se encontraría cansado por el madrugón, y, sin embargo, parecía estar fresco como una rosa, con una sonrisa tranquila y encantadora.

Él la miró como si hubiera podido percibir sus ojos recorriendo su formidable cuerpo, y, avergonzada, apartó la mirada.

—Hola, nena.

La voz de su padre la sobresaltó. Él llevaba una cerveza en la mano y con el brazo libre rodeó sus estrechos hombros.

Ella deseó buscar a Eva y ver en la mujer alguna señal de que no había hablado con Caín sobre lo del granero o de Santiago, pero no se atrevió a hacerlo para que él no sospechase que acababa de ponerse nerviosa. Siempre que la agarraba de ese modo era porque quería hablarle de algo.

—Menuda fiesta se ha montado de repente —comentó ella tratando de calmar los locos latidos de su corazón.

—Sí, había olvidado lo que era esto. Coraline, desde que has llegado no hemos tenido mucho tiempo para conversar. —La hizo caminar hacia el borde de la piscina. Muy pocos se estaban bañando en ese momento y la mayoría eran niños—. ¿Cómo está tu madre?

Ella respiró un poco aliviada por la pregunta y se encogió de hombros.

—Está muy bien. ¿Sabías que se ha casado?

Él se sorprendió al principio y frunció el ceño ligeramente mientras paseaba la vista sobre los críos que chapoteaban y reían en el agua.

—¿Lo hizo mientras estuviste allí? —preguntó con voz ronca y pesada.

Coraline supo que la noticia no le había sentado muy bien.

—No, se casó mucho antes y tengo dos medios hermanos. —Sus palabras se mezclaron con el sonido lejano de una moto que se acercaba.

Él volvió a mirarla, esta vez con preocupación y extrañeza.

—¿Nunca te lo dijo en sus cartas o ya lo sabías de antes?

Jugueteó nerviosa con un mechón de su cabello.

—No me lo había contado y me llevé una sorpresa.

—¿Por qué?

—¿Preguntas por qué me llevé la sorpresa o por qué no me lo había contado?

—Lo último.

—Pensaba que si me lo decía no habría ido a verla a Madrid.

—Pero habrías ido igualmente, ¿verdad? —insistió él, con la voz un poco más suave.

Ella asintió con la mirada perdida en el vaivén del agua.

—Deseaba conocerla en persona.

Él inclinó la cabeza.

—¿Qué te pareció?

—Es muy buena, papá. Aprendí a quererla —respondió con sinceridad.

Caín levantó una ceja, curioso.

—¿No trató de convencerte para que te quedases con ella?

—No, sabía que yo quería regresar contigo. Me hizo prometer que seguiríamos en contacto y me dijo que siempre que quisiera podía ir allí y contar con ella para cualquier cosa que necesitase.

Él bebió un trago de su lata de cerveza y, soltando a Coraline, se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Me alegro de que todo le haya ido bien. ¿Qué tal tus medios hermanos?

—Bueno, son agradables; discuten casi por todo, dejan sus habitaciones hechas un asco y se pasan el día replicando. —Se encogió de hombros con una sonrisa—. Ya sabes, la adolescencia.

Un par de niños corrieron cerca de ellos, riendo y jugando, mientras el sol brillaba alto en el cielo.

Caín soltó una carcajada.

—Sé bien lo que es eso, hija. Yo no hubiera tenido otro crío ni muerto.

—Tampoco te fue tan mal conmigo. —Se arrepintió en el acto de decir eso. Lo del granero todavía estaba muy reciente. ¿O debía decir «muy caliente»?—. ¿Es por eso por lo que no has tenido hijos con Eva? —Él frunció el ceño—. Deberías pedirle que se case contigo.

La miró atónito.

—¿Por qué? Llevamos tantos años juntos que es como si lo estuviéramos.

—Pero no lo estáis —insistió ella—. Dios quiera que a ti no te pase nada, pero si por desgracia ocurriera algo, nada de lo que habéis creado juntos le pertenecería. Todo está a tu nombre.

—Pasaría a ser tuyo —respondió tan tranquilo, como si de ese modo quedara solucionado.

Ella sacudió la cabeza un poco molesta.

—Eva es la que siempre está contigo, en lo bueno y en lo malo. No puedes dejarla desprotegida. Lo justo es que fuera a nombre de las dos o de ella. Si piensas lo contrario, es porque no la quieres lo suficiente.

Caín se quedó pensativo. Recorrió con la vista a su gente, que en ese momento estaban

reunidos alrededor de las barbacoas cogiendo la carne que empezaba a salir de la parrilla. Encontró a Eva. Charlaba animada con otras mujeres.

—Sí que la quiero —musitó.

—Pues deberías demostrárselo. Soy mujer y sé bien a lo que me refiero. —Le dio la espalda y se marchó junto a los demás. El olor de las salchichas con kétchup y mostaza hacía rugir su estómago.

Un par de horas más tarde, se encontraba sentada en una silla de camping con el bebé de Jacob en los brazos. Él no había querido dejárselo y con ironía llegó a decir que ella era capaz de tirarlo a la piscina en un arrebato, pero su mujer —se llamaba Mery— lo llamó «resentido» y plantó al pequeño en sus brazos sin que él pudiera objetar nada más.

En ese momento estaba sola, haciendo pedorretas en la diminuta barriga del niño. Sintió la presencia de una sombra alargada que se acercaba. Al desviar la vista descubrió unas botas de cuero negro y unas largas piernas enfundadas en unos vaqueros. Supuso que era Jacob que había vuelto para quitarle a su hijo, pero al levantar la cabeza se encontró con Mahou. No supo el motivo, pero cada día que pasaba le parecía más guapo.

Él cogió una silla y la ubicó frente a ella. Luego se sentó con gesto relajado y colocó un tobillo sobre la rodilla opuesta, cruzando las piernas de manera casual.

—Veo que te gustan los bebés —comentó, mirando al pequeño con una media sonrisa muy atractiva—. La verdad es que te pega uno.

Coraline elevó los ojos al cielo y los dejó en blanco por unos segundos. Suspiró y volvió la vista hacia él.

—Ahora lo que me interesa es ejercer la medicina. —Se mordió el labio inferior con una sonrisa pícara. Su cercanía hacía que recordara todas las cosas que había pensado la noche anterior; las que quería, las que deseaba, las que necesitaba, y sintió que se le humedecían las bragas al tiempo que sus mejillas se tornaban sonrosadas—. No me lo estarás diciendo con segundas intenciones, ¿verdad?

Mahou comprendió su indirecta y con una profunda carcajada sacudió la cabeza.

—No, Cara guapa, aquello que nunca debió pasar entre nosotros quedó atrás.

El orgullo de Coraline se vio un poco tocado, pero siguió sonriendo.

—Pues he visto cómo me miras a veces y no lo parece.

Lo había incomodado y ella lo sabía, porque Mahou se enderezó en su silla. Pero él también sonreía, aunque esta era fingida; tal vez porque aunque todos a su alrededor parecían estar entretenidos en otras cosas, siempre había alguien que los observaba.

Ella se dio cuenta de que disfrutaba viéndolo nervioso. Presentía que sentía algo por ella.

No, no lo presentía, estaba segura.

—El motivo es que no sé cómo darte algo que encontré debajo de mi cama.

Coraline se sorprendió y preguntó:

—¿De qué se trata? Yo no he estado nunca en tu habitación.

—Una vez sí. ¿No lo recuerdas?

¡Virgen Santísima! Dio un pequeño respingo al caer en la cuenta y acordarse de repente. Sabía lo que era. Lo había echado en falta al ser uno de sus preferidos.

—¿Tienes tú mi tanga?

Sin dejar de sonreír, Mahou la miró con chulería.

—Intenta no dejar tus cosas por ahí tiradas. Me pregunto qué diría tu novio sobre ello.

—No tengo novio —soltó sin pensar—. Gracias por recordármelo y amargarme el resto de la tarde.

Mahou, sorprendido, no supo qué decir. Tenía ganas de preguntar, de saber qué había pasado, pero ella le podía dar una mala contestación, sin duda bien merecida por curioso, y tenía demasiado orgullo como para soportarlo sin estallar.

—A Caín le vas a dar una alegría.

Incluso él estaba contento y confundido y no entendía por qué.

—Mahou, por favor, no se lo cuentes —le rogó con mirada inocente.

Su súplica no lo convenció para nada, pero se lo había pedido por favor y supuso que tendría sus razones para no decírselo a Caín todavía.

—Tu chico debe ser un puto gilipollas por dejarte ir.

Ella se sobresaltó ligeramente y lo miró frunciendo el ceño. Se había quedado sin palabras.

—O puede que hayas sido tú quien decidieras dejarlo; en cualquier caso, Caín te lo agradecerá —continuó diciendo él.

—Es posible, pero se enfadará cuando sepa que me ha dejado y por qué.

Mahou podía pensar que se lo contaba con dobles intenciones, que así era, pero tenía otros motivos. Antes de explicárselo, él le preguntó:

—¿Por qué me lo dices a mí?

Coraline no se confundió. Él había captado la indirecta de que estaba soltera y sin compromiso antes de entender su razonamiento. Se encogió de hombros.

—Por la sencilla razón de que me gustaría saber que mi padre no reaccionará mal. Tú eres uno de los que mejor lo conocen. Podría decírselo a Ian, pero él no me daría opciones e iría corriendo con el cuento.

—¿Has pensado en Eva?

Coraline sonrió con ironía.

—Ella ya lo sabe.

Mahou se moría por averiguarlo, aunque una voz en su cabeza le advertía de que eso no cambiaría las cosas entre ellos. De hecho, no podía existir nada entre ellos, se repitió.

Si hubiera podido metérselo bien en la cabeza, no la miraría como lo estaba haciendo ni pensaría en volver a tenerla entre sus brazos. Era una locura no pensar que la Cara guapa estaba totalmente prohibida para él. ¡Al diablo! El novio la había dejado seguramente porque era un puto gilipollas, pensó de nuevo. Pero entonces, ¿por qué suponía ella que su padre se iba a

enfadar?

Mahou se rindió. No podía más con la incertidumbre. Se inclinó hacia Coraline con las piernas entreabiertas y apoyó los codos en ellas.

—¿Qué ha pasado?

Ella abrió la boca, pero no salió ni una sola palabra de sus labios. Sus ojos claros observaban más allá de él. Al girar la cabeza descubrió que Jacob se acercaba con pasos firmes.

—Vengo a por el niño —exigió estirando las manos.

Coraline se lo entregó con una mirada de desdén.

—¿Ves? Sano y salvo. La criatura no tiene la culpa de los problemas que su padre tenga conmigo.

Jacob tomó al bebé en brazos, la miró molesto y respondió, mordaz:

—Mi problema contigo es que me quedé sin motocicleta por más de un año.

—¡Por Dios, cuánto rencor acumulado!

Jacob iba a decir algo más, pero guardó silencio por respeto a Mahou y, sobre todo, por ser ella la hija de quien era; aun así, volviéndose hacia el hombre, le advirtió:

—Cuídate de Cory, es una tramposa.

Ella no le prestó atención. En ese momento acababa de ver a James y a Tommy haciéndole señales para que se acercara a ellos.

Se levantó de la silla.

—Mahou, en otro momento continuamos la conversación y me devuelves eso. ¿Vale?

Necesitaba hablar con los hermanos y asegurarles que no iba a romper su promesa de no delatarlos.

El hombre se quedó observándola con las cejas alzadas mientras ella se alejaba. Paseó sus ojos por la delgada espalda, la cintura estrecha y su delicioso trasero. Esa noche se la había follado en sueños. Tenía su imagen todavía grabada en su cerebro. El pensamiento de ella recostada sobre la cama le había hecho respirar con fuerza. Después, había deslizado por sus piernas el diminuto pantalón del pijama junto al tanga negro. Bajo la camiseta de tirantes sus pechos estaban sueltos, llenos y turgentes.

Él la tocó sintiendo lo caliente que estaba, luego tomó sus caderas y la hizo suya mientras ella gemía contrayendo los músculos alrededor de su miembro.

—¿Estás bien, hermano?

Foca lo sacó de su fantasía al tiempo que le ofrecía una cerveza. Mahou asintió, aunque sabía que nunca se encontraría bien del todo hasta que no se sacara a la Cara guapa de su cabeza.

Capítulo 11

En Cascade y Great Falls había suficientes hipermercados y tiendas de alimentación, pero ese día Caín estaba empeñado en ir al supermercado de Cardwell. Mahou supuso que había algo especial allí que no podía conseguir en ningún otro lugar, o que tal vez necesitaba recoger alguna mercancía en particular. Esta última suposición le resultaba extraña, ya que había un par de muchachos, hermanos, que se encargaban de buscar los pedidos.

Su desconcierto aumentó cuando Caín le pidió que esperara afuera. Mahou lo observó entrar al establecimiento, para salir unos minutos después acompañado de una mujer vestida con el uniforme de la tienda. La reconoció de inmediato. Era una de las amigas de Coraline.

—Hola —saludó ella con timidez cuando se acercó.

—No sé si os conocéis —dijo Caín sacando un mechero del bolsillo de su chaleco. Lo encendió y la mujer arrimó el cigarrillo que tenía entre los labios a la llama—. Ella es Nat. Nat, este es Mahou.

Mahou le hizo un gesto de cabeza, todavía sin saber exactamente qué estaban haciendo allí. El estacionamiento del supermercado tenía bastantes huecos libres, con algunos coches dispersos aquí y allá. La fachada del supermercado, de ladrillos rojos y con un gran cartel azul con letras blancas que decía «Supermercado Cardwell», se erigía imponente y familiar ante ellos. Varias personas salían y entraban del local, algunas empujando carros metálicos de la compra, que chirriaban ligeramente al moverse sobre el pavimento.

La mujer parecía nerviosa y sus ojos evitaban mirarlos directamente.

—No tardaré mucho, solo quiero hacerte unas preguntas, Nat —explicó Caín, guardándose el mechero.

Ella dio una profunda calada a su cigarro al tiempo que asentía con la cabeza. No dejaba de moverse hacia adelante y hacia atrás, sin despegar los pies del cemento. Aquel era un gesto repetitivo que delataba su ansiedad.

—Vale.

—¿Qué pasó la noche del granero? —preguntó, observándola atentamente.

Ella se humedeció los labios y volvió a fumar como si su vida dependiera de ello.

—No lo sé —respondió con la voz temblorosa.

Caín la miró fijo, muy serio, sin pestañear.

—Te conozco, Nat, y sé cuándo mientes. ¿Qué ocurrió? —insistió, sin desviar la mirada.

—Hubo bronca, al parecer unos hombres cogieron a una chica y no la dejaban salir —admitió con un susurro.

Caín frunció el ceño.

—¿Qué chica?

Nat dio otra calada a su cigarrillo.

—Puede que no te acuerdes de ella, se llama Daisy.

—Daisy —repitió Caín—. Amiga tuya y de Coraline, ¿no?

—Sí —musitó ella de forma inaudible. Se tocaba una y otra vez el cuello con nerviosismo.

—Nat, no voy a hacer nada, pero dicen que allí había un hijo de Caín que conocía a las mujeres que formaron la bulla. Tú te relacionas con todos —dijo con firmeza, cruzándose de brazos.

Ella sacudió la cabeza rápidamente y miró a Mahou, quien podía ver el miedo reflejado en sus ojos.

—No a todos, hacía mucho tiempo que no pasaba por el club.

—Nat, sé que estás encubriendo a alguien.

Ella tragó saliva con dificultad y susurró:

—No puedo decírtelo.

—Dime una cosa sola. ¿Coraline esa noche se fue con vosotras?

Ella tardó en contestar y su silencio se prolongó más de lo que los hombres esperaban. Mahou juntó las cejas, confuso. Entendía que si Caín preguntaba eso debía de ser por algo, pero no le encontraba mucho sentido.

—Coraline estuvo en el club trabajando —contestó finalmente Nat mientras jugueteaba nerviosa con el cigarrillo entre sus dedos.

Caín bajó los ojos al suelo y asintió, pensativo. Se acarició la larga trenza de su barba.

—De acuerdo, vamos a hacer una cosa, no me digas su nombre, pero necesito que me confirmes que esa noche había alguno de los nuestros en el granero. Es muy importante.

Si Nat hubiera podido echar a correr en ese momento, lo habría hecho. Aunque Caín siempre había sido amable con ella, le infundía mucho respeto. Coraline siempre decía que no era tan fiero como parecía, pero claro, ella era su hija. Nat, por otro lado, solo era la amiga de Coraline y ambas llevaban tanto tiempo juntas que, en broma, muchas veces decían que no sabían cuál de las dos era la mala influencia. Era una broma entre ellas porque sus mentes parecían estar sincronizadas de una manera especial.

En esta ocasión había sido Coraline. Al llegar al granero y que no la dejaran acceder a la habitación donde estaba Daisy, ideó un plan desesperado. Agarró una botella del suelo que aún contenía un poco de alcohol, cogió el aceite de una lámpara antigua que adornaba una estantería

—que probablemente fue lo que le dio la idea— y utilizó su sujetador como mecha. En aquel momento a Nat le había parecido una buena estrategia, incluso sugirió darles con una pala en la cabeza a medida que asomaran por la ventana. Por fortuna nadie le había hecho caso.

—Sí, pero... —Se quedó con el resto de la frase en la boca. Había prometido no decir nada y no lo haría aunque la torturaran.

—Pero... —insistió Mahou, con la mirada fija en ella.

Nat sentía un nudo en el estómago. En su mente se desataba una batalla en la que luchaba entre la lealtad a su amiga y el peso de la presión que la carcomía por dentro.

—Se me hace tarde y me tengo que marchar —contestó con voz apresurada.

—Gracias, Nat —le dijo Caín con un gesto tranquilizador.

Ella sabía que él no estaba enfadado, porque en un par de ocasiones lo había visto en pleno estado de ebullición y solo con su expresión hacía que los que estuvieran a su lado se encogieran de miedo.

Se volvió hacia el supermercado con la mente enmarañada de pensamientos. Necesitaba llamar a su amiga y contarle sobre la visita de su padre, pero en ese momento no podía hacerlo. Su encargado la miraba desde la caja registradora con las cejas alzadas y una expresión de impaciencia. Además, Coraline debía estar en el Medical Center y era posible que no le cogiera el teléfono.

—¿A qué viene todo esto, Caín? ¿De verdad vas a perseguir al culpable cuando tú mismo dijiste que seguramente los jodidos Diablos lo merecían? —preguntó Mahou, cruzando los brazos.

—Sigo opinando que lo merecen, pero es justo saberlo, quiero estar prevenido.

—¿Qué harás con él si lo encuentras?

—Todavía no lo he pensado —admitió.

—Puede que esos mamones de mierda se olviden del tema y no vuelvan a reclamarnos nada.

—Lo dudo mucho, el capullo de las quemaduras es el hijo de Diablo —respondió, levantando la vista hacia él.

—No me jodas —susurró más para sí mismo que para expresarle nada a Caín. Necesitaba preguntar a Foca si sabía algo—. ¿Por qué querías saber si tu hija estaba con ellas esa noche? —preguntó con curiosidad.

—Estas dos —dijo Caín señalando con la cabeza hacia el supermercado, refiriéndose a Nat— siempre han sido un poco impulsivas. —Mahou arqueó las cejas, intrigado—. Ya en la escuela eran de las que llamaban advirtiendo de amenaza de bomba y el director evacuaba el centro hasta que averiguaron que eran ellas. Y lo de la motocicleta de Jacob. ¿No te lo han contado nunca?

Mahou sacudió la cabeza. Pensó que tal vez eso tenía algo que ver con el comportamiento de ambos la tarde anterior en la comunidad de caravanas. No había pasado por alto el mal rollo que había entre ellos.

—No.

—Ven, vamos, te lo contaré.

Caín lo invitó a tomar algo en el bar de Cardwell, un lugar donde las luces tenues y el olor a madera vieja creaban una atmósfera acogedora. Entre sorbos de una cerveza y el murmullo de las conversaciones ajenas, le contó lo que él consideraba una simple anécdota sobre el carácter algo rebelde de Coraline. La historia de Jacob provocó carcajadas en los dos.

—Recuerdo que una vez —siguió diciendo Caín con una sonrisa nostálgica—, ella decidió que era buena idea pintar grafitis en el viejo puente del río. Estaba tan decidida a dejar su marca que no le importó hacerlo en plena noche. Me dio un susto de muerte cuando la encontré allí con su lata de *spray* en mano.

Mahou escuchaba con atención y una leve sonrisa en sus labios mientras imaginaba la escena.

—Vaya, tenía iniciativa —comentó, impresionado pero no sorprendido. Después de todo, ella era una mujer que se había criado rodeada de hombres y no se había dejado avasallar por ellos.

Caín asintió bebiendo otro sorbo de su cerveza.

—Sí, siempre tuvo ese fuego en ella. Otro día se coló en la sala de profesores de la escuela para cambiar sus calificaciones. Cuando la descubrieron, dijo que solo quería demostrar que merecía mejores notas. ¡Esa chica siempre tuvo agallas!

Mientras escuchaba, Mahou no pudo dejar de pensar que Coraline nunca había tenido la típica familia convencional que salía en los anuncios de televisión, aquellos en los que todos desayunaban o comían juntos alrededor de la mesa con sonrisas felices. La realidad de ella era otra. Caín, pese al mundo turbulento en el que vivía, había sabido educarla con firmeza y cariño. Le había enseñado a ser fuerte y a no dejarse intimidar y le había dado su amor incondicional, algo que pocos podían entender viendo la fachada dura que él mostraba al mundo.

Mahou habría dado cualquier cosa por tener un padre como él, no uno que lo tratara como a una pelota de fútbol a la que había que patear una y otra vez. Recordó a su propio padre, siempre bebido, balbuceando cosas incoherentes y gastando el poco dinero que tenía en las máquinas tragaperras de los bares.

—Hubo una vez que lideró una protesta en la escuela porque querían quitar las clases de arte. Mi hija siempre ha tenido un sentido de la justicia muy fuerte. No se queda callada cuando algo no le parece correcto.

Mahou sonrió, pero sus pensamientos volvieron a su propia infancia. Recordó a su madre, esa sombra silenciosa que paseaba por la casa con la mirada perdida, sin ganas ni fuerzas para luchar, como si deseara que el mundo se acabara o ella dejara de existir. Una mujer que solo sabía depender de un hombre, daba igual quién fuera, porque no tenía los suficientes ovarios para coger a su hijo y apartarlo de todo ese montón de mierda para empezar una nueva vida con él.

No recordaba mucho de su niñez, ni siquiera cuál había sido su primer juguete. Nunca tuvo una triste bicicleta, ni un ordenador ni una consola de videojuegos como otros niños. Los recuerdos de su infancia eran un torbellino de golpes y ruidos en su cabeza: pasos pesados, puertas que se abrían y cerraban con estruendo y el sonido de un cinturón cortando el aire como

un afilado cuchillo. De lo que más se acordaba era del rostro de su madre mirándolo con miedo, repitiendo: «No se lo digas a tu padre o te matará». Sus ojos parecían suplicar que no se quedara en casa si realmente valoraba su vida. «Algún día todo cambiará», decía ella, como si esperara que su esposo pudiera evaporarse como el caldo de una olla.

Las noches de Mahou en aquella época habían sido interminables, una tortura sin fin que le provocaba rabia y violencia. Había nacido en un barrio lleno de puñaladas, vistiendo ropa de segunda mano y obsesionado con el dinero. Aprendió pronto que la vida no era fácil. Antes de escapar de aquel país, su corazón era un pozo negro donde vivían la mentira y la maldad, donde el demonio se había adueñado de él de tal manera que le faltaba el aire. Todo lo que sabía lo había aprendido en la calle.

Ningún niño debería pasar por lo que él había pasado.

Ahora no comprendía que la gente se llevara las manos a la cabeza por haberse convertido en un hijo de Caín. Para él era como estar en el paraíso, donde si veía venir el peligro, podía simplemente apartarse o enfrentarse a él sin la sensación de estar rompiendo las reglas por la por la supervivencia. ¿Qué delito tenía comprar y vender alcohol y cigarrillos de contrabando?

Mahou se había reído de Caín al principio de conocerlo, cuando este le advirtió en qué mundo se metía si se unía a ellos. Reiteró que aquello era el Edén en comparación con el infierno de donde él venía. Seguro que no era lo mismo que cortar gramos de cocaína y meterse una raya con un cliente para asegurarse de que aquella mierda era buena.

¿Cuánto tiempo hacía que sus pesadillas no lo despertaban en la noche, envuelto en escalofríos que derretían sus entrañas? Había visto cosas horrorosas: niños que, por sentirse mejores, se metían donde no debían y abrían sus puertas a la maldita droga que conseguía enamorarlos, atraparlos en una cárcel sin rejas. Adolescentes que pedían caballo a gritos, llevándose a quien hiciera falta por delante. Jóvenes de no más de veinte años, enfermos y cansados, que por comprarse un instante efímero de felicidad intimidaban y robaban a inocentes. Y solo si tenían suerte, no aparecían tirados en cualquier esquina lejos de las farolas.

Recordó la tarde oscura en que, siendo apenas un chiquillo, un mal hombre le ofreció probar la droga asegurándole que era muy buena. Ojalá no la hubiese probado nunca. Afortunadamente tenía la cabeza clara y supo que solo tenía una opción para no hundirse en aquel oscuro agujero de muertos vivientes: volar, poner tierra de por medio.

Capítulo 12

Coraline estaba contenta. Esa mañana había acudido al centro médico para hacer la entrevista y conocer las instalaciones, y el director, un señor amable que le recordaba al marido de su madre, le indicó cuál iba a ser su lugar para pasar consulta. Las paredes del centro médico estaban pintadas de un suave color azul. Los pasillos eran amplios y luminosos, con cuadros de paisajes naturales que ofrecían un toque de serenidad.

Un residente iba a acompañarla durante las primeras semanas debido a un tema de burocracia, ya que debía convalidar su título de doctorado en Montana, algo que tendría que hacer en los próximos días. El residente en cuestión era un tipo joven de cuerpo atlético. Nada más verlo, Coraline pensó que podía ser un buen candidato para conocerlo un poco más a fondo e intentar que surgiera algo especial entre ellos. Sin embargo, tuvo que descartar esa opción cuando una auxiliar muy mona lo primero que hizo tras saludarla fue informarla de que Aaron y ella iban a casarse.

Coraline no se decepcionó mucho. Recordó a Santiago, su exnovio y compañero de estudios, y cómo al dedicarse ambos a la medicina, no paraban de hablar del tema. Pensó que si se liaba con un doctor con el tiempo ambos terminarían saturados, aunque esas relaciones en las series de televisión parecían funcionar.

Charlaba animada con Eva y Frank en el club compartiendo la buena noticia de que había sido admitida, cuando de repente la puerta se abrió con un leve chirrido y entraron Caín y Mahou, haciendo resonar sus pasos en el suelo de madera. El local todavía no estaba abierto al público y el ambiente era relajado y acogedor. Las luces tenues iluminaban el espacio y se reflejaban en las botellas perfectamente alineadas detrás de la barra.

Justo cuando ellos estaban a punto de acercarse, la puerta se volvió a abrir de golpe. El sheriff Snipe apareció con cara muy seria. La atmósfera se tensó de inmediato.

Coraline sintió un nudo en el estómago, consciente de que algo importante estaba por suceder. La idea de que alguien la hubiera denunciado cruzó por su mente y su corazón comenzó a latir salvaje en su pecho, como si quisiera escapar por su garganta.

Caín se dio la vuelta, sorprendido al ver al oficial, y lo saludó con una mezcla de sorpresa y

cautela. Mahou, intrigado, también se volvió hacia él.

—Buenas tardes. Necesito hablar con Cory —anunció Bradford, clavando su mirada firme y decidida sobre ella.

La mente de la joven se llenó de pensamientos caóticos. La primera reacción que le vino a la cabeza fue negarlo todo, pero sus labios permanecieron sellados, incapaces de articular palabra. Su respiración se aceleró.

—¿Pasa algo? —preguntó Caín con el ceño fruncido.

—Solo unas preguntas de rutina —respondió, acercándose a ella con pasos lentos y medidos. La joven soltó el vaso de agua que tenía en la mano para que no se notase que estaba temblando —. Cory, ¿tú conoces a Susan Franklin, la hija de Prudence, la de la ferretería?

—Sí —respondió con voz apenas audible, mientras su mente comenzaba a acelerarse.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

¡Mierda! Era una trampa, pensó. Si admitía que fue Susan quien la avisó de lo que le ocurría a Daisy, la cazarían como a un pato en pleno vuelo.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó, intentando mantener la calma.

—Es importante, Cory, la han hallado muerta esta mañana —dijo Bradford con seriedad y los ojos fijos en ella.

—¿Qué? —preguntó Caín. Él y Mahou lo observaron con preocupación—. Brad, ¿sospechas que es igual que lo de la otra mujer?

El oficial miró a los hombres y asintió con la cabeza.

—Creemos que se trata de la misma persona. —Volvió a mirar a Coraline al tiempo que ella, conmocionada, estiraba el brazo en busca de una banqueta en la que sentarse. Temía que las piernas no la sostuvieran y se desplomara en el suelo de un momento a otro.

Había empalidecido, y Mahou, notando su estado, se apresuró a empujar una silla hacia ella y ayudarla a tomar asiento.

—¿Y bien? —insistió Bradford con un tono apremiante—. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Frank puso una mano sobre el hombro de Coraline llamando su atención de forma suave pero firme.

—¿No era esa mujer la que te saludó la otra noche cuando sacabas la basura?

Coraline se encontraba tan sorprendida que era incapaz de pensar con claridad, mucho menos de contestar. Su mente estaba en blanco, paralizada por el temor.

—¿Estás seguro, Frank? —preguntó Bradford, con el ceño fruncido. El hombre asintió con la cabeza.

—Pasaba por la calle y cuando vio a Cory, se acercó a saludar. Yo estaba fuera, fumando. Luego la mujer se marchó y siguió su camino —explicó, con tranquilidad.

—Cory, ¿te contó algo cuando la viste?, ¿de qué hablasteis? —insistió Bradford mirándola con fijeza en busca de cualquier señal en su rostro.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo recuerdo, estaba muy cansada —respondió con voz temblorosa.

—¿Fue la misma noche en la que se incendió el granero de Ken? —continuó Bradford.

Coraline encogió sus delgados hombros y fingió pensarlo. Finalmente asintió, con la mente más confusa que minutos atrás.

—Puede ser, sí. Pero, Brad, ¿por qué?, ¿cómo fue? —preguntó preocupada.

—No puedo hablar de ello. Su cadáver está ahora mismo en el anatómico forense. Una cosa más, ¿ella estaba sola o la acompañaba alguien? —continuó, con una expresión seria.

—Sola —respondió Coraline mirando a Frank, quien confirmó sus palabras con un asentimiento.

—Sola, no vi a nadie más —reiteró él.

—Es una crueldad que una muchacha tan joven pierda la vida así —susurró Eva con una mirada llena de pena—. Tenía toda la vida por delante. No quiero pensar lo que estará sintiendo Prudence en este momento.

Bradford observó a Caín y a Mahou con gesto grave.

—Imagino que con este nuevo caso los Diablos no intentarán acusaros. Susan Franklin no pertenecía a ninguna banda —dijo el sheriff, con tono de consideración.

—Eso no consuela mucho —gruñó Caín—. Al contrario, más bien me toca los huevos, Brad. Se trata de una amiga de mi hija y la hija de Prudence.

El sheriff hizo el amago de tocarle el hombro, pero se arrepintió al instante. Conocía a Caín desde hacía muchos años y sabía que no era un hombre al que le gustara que le pusieran la mano encima, a pesar de que cuando eran más jóvenes, había tenido que meterlo en el calabozo en alguna ocasión por desorden público, borracho como una cuba. Sobre todo, tras la marcha de su novia española.

El sheriff Snipe suspiró frustrado.

—Estoy tan furioso como tú, Caín. Si esto continúa habrá que poner toque de queda.

Él y Caín siguieron hablando mientras caminaban hacia la puerta, dejando al resto sumidos en el silencio.

Alguien le entregó a Coraline el vaso de agua. Ella lo cogió y al levantar la vista se dio cuenta de que se trataba de Mahou. Él la miraba de un modo muy tierno, hasta que él mismo pareció percatarse y volvió a cambiar a su acostumbrado gesto serio y frío.

Ella habría deseado que la abrazase, un simple gesto de consuelo en medio de toda aquella confusión y tristeza, pero Mahou se inclinó sobre la barra y agarró un botellín de cerveza.

—¿Estás bien, Cory? —preguntó Frank, preocupado.

Ella se encogió de hombros, incapaz de expresar cómo se sentía en realidad. En ese momento no sabía cómo describir su estado emocional. Una cosa era que asesinaran a alguien a quien no conocía; sin embargo, Susan era una buena chica. Se había recorrido todo el camino desde el granero hasta el club, sola en la oscuridad, para buscar ayuda para su amiga Daisy. ¡Qué injusta

era la vida!

Luchó contra las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos.

—Es solo que no comprendo quién haría eso —susurró con voz temblorosa, mientras su mirada se nublaba. No era mucho de llorar, pero últimamente, desde que Santiago rompió con ella, se encontraba demasiado sensible y odiaba que la vieran así. Respiró hondo, tratando de recuperar la compostura—. Voy a llamar a Nat, tengo que decírselo.

A Mahou le estaba molestando la actitud que Frank tenía hacia Coraline, pero no sabía exactamente por qué. Quizá, lo que de verdad le molestaba era que todos creyeran que Frank era una excelente persona que cuidaba de todos en el club, cuando él sabía que no era así. Él solo deseaba mantener su puesto como encargado del espectáculo el mayor tiempo posible, haciendo la pelota a Caín y a su familia, incluyéndolo a él y ahora también a Coraline.

En realidad, admitía que Frank no hacía nada malo. Era posible que cuando se mostraba duro con algunas de sus chicas fuera porque eran unas aprovechadas que querían ganar mucho y trabajar poco. Aun así, Mahou no soportaba que nadie tratara mal a las mujeres, y mucho menos que Frank se tomara tantas libertades con Coraline, cuando apenas acababa de conocerla.

No se trataba de celos, estaba seguro de ello. Tampoco de envidia, pues la minusvalía de Frank —la que se apreciaba cuando se quedaba fijo mirando algo, o la que se advertía al hablar con él— provocaba un afecto que rayaba en la compasión. Sin embargo, él era de los que opinaba que, al igual que un león podía no ser tan feroz como lo pintaban, existían diminutas arañas cuya simple picadura podía ser letal.

—¿Qué pasa, Bichejo? ¿Lo conseguiste? —preguntó Ian al entrar por la puerta trasera del club. Acababa de llegar, seguido por James y Tommy, quienes llevaban cajas de bebidas para dejarlas en el almacén.

Ian le dio una palmadita a Mahou en el hombro a modo de saludo y levantó las cejas hacia Coraline, esperando su respuesta.

—¡Sí! —contestó Eva con una sonrisa, feliz de que alguien cambiara de conversación—. ¡Coraline ya tiene plaza!

Mahou esperó a que Ian felicitara a su sobrina para hacer él lo mismo.

—Enhorabuena, Cory —dijo con una sonrisa cálida.

—Gracias, Mahou —respondió ella, mientras Eva le preguntaba a Ian:

—¿Cuándo dejarás de llamarla «Bichejo»?

—Todavía no me lo he planteado —respondió él con una sonrisa traviesa.

Eva lo miró con desaprobación.

—Pues creo que ya va siendo hora.

Ian se acomodó sobre una silla en la mesa más cercana al mostrador y cruzó los brazos sobre el pecho, decidiendo ignorar a la mujer de su hermano. Luego se dirigió nuevamente a su sobrina:

—¿Cuándo vendrá tu novio? Estoy deseando conocerlo.

Ella también se cruzó de brazos y alzó una ceja.

—¿Por qué lo preguntas?

Ian sonrió desafiante.

—Para saber si es digno de ti.

Coraline le regaló una mueca cargada de ironía, e Ian iba a decir algo más, pero se interrumpió al ver que ella y Mahou intercambiaban una extraña mirada que no supo identificar. Ese gesto encendió una chispa de inquietud en su interior, un sentimiento de desconfianza que no podía ignorar.

Cuando Caín se acercó unos minutos más tarde, Ian seguía con la mosca detrás de la oreja, vigilando a Coraline y a Mahou con el rabillo del ojo. Empero, su atención se desvió en gran medida cuando su hermano comenzó a contarle sobre el reciente asesinato de la hija de Prudence, una viuda que él conocía muy bien íntimamente.

Aun así, Ian se prometió vigilar a su «Bichejo». Sentía a Mahou como parte de su familia. Eso no significaba que lo fuera realmente y desde luego no le agradaba ni un poco la idea de que el joven pudiera aprovechar la situación para arrimarse a ella. Era posible que aquella mirada entre ellos no significara nada y que lo que él había notado no fuera más que una sensación suya en su obsesión por sobreproteger a Coraline. Pero, de cualquier modo, aun sin conocer a su novio español, le provocaba menos temor y más confianza que Mahou.

Miguel, o Mahou, como se hacía llamar, era una persona fría a la que no le temblaba el pulso al empuñar un arma, desoía las amenazas y no temía el peligro. En cuanto a las mujeres que lo rodeaban, la mayoría eran furcias que lo trataban como a un dios, o mujeres que solo buscaban en él excitantes noches de placer. Ian admitía que Mahou no era una mala persona, pero cuanto más lejos se mantuviera de Coraline, mucho mejor para todos.

Capítulo 13

Dos días después, Mahou salía del dormitorio y vio a Coraline entrar en el baño. Pensó que aquel era un buen momento para entregarle sus braguitas, ya que últimamente no parecían coincidir mucho. Ella pasaba casi todo el día fuera en el centro médico y por las tardes se encerraba en su habitación y apenas la veía.

Entró al dormitorio y sacó la prenda de uno de los cajones de la cómoda, después se apostó como un vigía en el pasillo y esperó a que ella saliera.

Coraline apareció en el umbral y lo miró perpleja. Vestía una liviana blusa floreada de tonos pálidos y una ajustada falda vaquera que quedaba por encima de las rodillas. Su cabello estaba recogido en un moño desenfadado y usaba un poco de maquillaje que teñía sus mejillas de un color rosado, resaltado por la luz suave del amanecer.

—¿Te vas al trabajo ya? —le preguntó acercándose más a ella. El perfume femenino lo envolvió como una suave seda. Evocaba una mezcla de flores y verano.

—Voy a desayunar algo primero, pero sí, ¿querías algo?

—Todavía estoy esperando a que termines esa conversación conmigo, de no ser, claro, que lo tengas solucionado, aunque me pareció notar que tu padre e Ian no saben aún lo de tu exnovio.

—No me he atrevido a decírselo —admitió, bajando la mirada. Jugó nerviosa con el borde de su blusa.

—¿Por qué tienes tanto miedo?

—Verás, Santi me dejó porque a sus padres, sobre todo a su madre, no le gusto. No ve bien que sea la hija de un motero que pertenece a una banda —explicó con tristeza.

—¡Qué chorrada! —exclamó él con incredulidad.

—Ya, la misma chorrada por la que mi madre abandonó a Caín antes de nacer yo. Mis abuelos no querían que estuviesen juntos.

Mahou asintió con la cabeza, recordaba bien las conversaciones con Caín.

—Él me contó algo de eso.

—¿Qué crees que pensará cuando sepa que Santi y yo no estamos juntos por el mismo motivo? —preguntó Coraline.

Mahou le dedicó una sonrisa torcida.

—Le va a joder bastante. Seguro que querrá intercambiar algunas palabras con ese soplapollas.

A ella no le molestó que Mahou se refiriera a Santiago de ese modo y se encogió de hombros.

—Es por ese mismo motivo que no sé cómo decírselo. No quiero que le diga nada ni que hable con él. No quiero volver a saber nada de Santi. Me decepcionó mucho.

Mahou apoyó un hombro contra la pared endureciendo la expresión de su rostro.

—¿Te dejó así, sin más, solo por eso?

—Bueno, sí. En realidad fue casi como un ultimátum. Si me quedaba allí y no volvía a tener relación con Caín, él y sus padres olvidaban el tema y todos felices.

Mahou sintió que una oleada de furia recorría sus venas y apretó los puños tratando de contener su rabia.

—¿Elegiste bando o lo estás pensando todavía? —preguntó, con un tono más duro de lo que pretendía.

Coraline pareció ofenderse y arrugó su bonita nariz con una mueca.

—No tengo nada que elegir. Entendí que Santi no me amaba lo suficiente como para buscar otra opción. Yo no le importaba tanto como creía, porque no hizo nada al respecto. Pero... —su voz tembló ligeramente— me da mucha pena cuando pienso en todas las cosas que habíamos imaginado juntos —confesó.

Mahou intentó sonar convincente.

—No hubiera acabado bien.

A Coraline no le gustó que él pareciera tan seguro de eso y apretó los labios, disgustada.

—Lo sé —suspiró—. Todo era genial. Yo era extranjera, no conocía mucha gente allí, mis medios hermanos iban a su bola y Santi fue el único que se preocupó por mí. Incluso la primera vez que vi a sus padres todo iba bien. Se alegraban de que mi madre fuera española y de que yo conociera perfectamente el idioma, además de ser buena estudiante. Hasta que quisieron saber cosas sobre mi padre. No les mentí y les dije quién era él y que Santi y yo nos queríamos venir a vivir aquí y abrir nuestra propia consulta. Entonces fue cuando ellos comenzaron a llenar la cabeza de su hijo con cosas malas sobre mí.

—Menudos estúpidos, tú vales mil veces más que todos ellos juntos. Sé lo que es que te hagan sentir inferior, no por lo que eres, sino por la familia que tienes.

—Pero mi padre no tiene la culpa de nada, y sin embargo, sé que se sentirá culpable.

—Son cosas que pasan, Cory, y eso no vas a poder evitarlo. Aunque no le cuentes el verdadero motivo de por qué ese imbécil te ha dejado, seguro que acabaría enterándose de un modo u otro —dijo, con un tono protector. Internamente sentía unas ganas locas de llamar a ese cretino para decirle que no era más que un puto calzonazos. ¿No se daba cuenta el tal Santiago de que había dejado escapar a una tía preciosa por la que cualquier hombre sería capaz de perder la cabeza?

—¿Tú podrías hacer ver a mi padre que enfrentarse a Santi es una gilipollez y que no va a

ganar nada con eso? —preguntó Coraline, preocupada.

—No ganará nada, pero se quedaría a gusto.

Ella sacudió la cabeza, frustrada.

—Santi es bueno, como lo es mi madre —le aseguró—, su único error es permitir que otros decidan y manejen su vida por él. Sé que algún día se dará cuenta de ello.

—¿Y tú estarás esperándolo con los brazos abiertos hasta entonces? —preguntó, tratando de aparentar que le causaba gracia. En realidad no lo hacía, sino que lo cabreaba.

—No quiero saber nada de él —repitió con firmeza—. No me habría acostado aquella noche contigo si hubiera creído por un momento que él vendría a buscarme y que todo habría seguido como siempre entre nosotros.

Mahou parpadeó, sorprendido por la confesión.

—¿Me usaste para olvidarte de él? —preguntó molesto.

Coraline frunció el ceño y lo observó con atención.

—No te hagas el mártir, Mahou. Tú también me utilizaste para pasar una o dos noches conmigo y después te hubieras marchado a seguir con tu vida. Reconozco que todo se complicó un poco cuando descubrí quién eras tú y que por desagracia debía vivir contigo bajo el mismo techo.

—¿Y si no hubiera sido un hijo de Caín?

—Pero lo eres —respondió ella.

Escuchar decir a Coraline que se había acostado con él para sacarse a su novio de la cabeza no le gustó en absoluto. Sacó el tanga del bolsillo trasero de su pantalón y ella, apenas lo vio, se lo arrancó de las manos y lo encerró en su puño. Sin despedirse de él se fue al dormitorio a guardarlo y a coger su bolso. Le sorprendía que la acusara a ella de haberlo utilizado, cuando ambos sabían que no era así. ¿Cómo había dicho, *usado*? Ja, no estaba segura de quién había usado a quién. Abrió de nuevo la puerta y vio que él había comenzado a bajar las escaleras.

—Mahou —lo llamó. Él se detuvo a mirarla. Vestía una camiseta negra sin mangas de Motörhead, debajo del chaleco de cuero—. Cuando se lo diga a Caín, ¿hablarás para que no intente localizarlo ni lo llame?

Mahou pareció pensarlo y ella supo que lo hacía a propósito para hacerla sufrir.

—De acuerdo —contestó finalmente—, hazme una señal o avísame cuando te atrevas a hablar con él.

—Gracias —respondió ella, regresando al dormitorio.

En cuanto los pies de Mahou pisaron el último peldaño de la escalera, Ian lo estaba esperando en el vestíbulo. Los gélidos ojos del hombre se clavaron en él como afiladas dagas.

—Hablemos fuera —le dijo con frialdad.

Mahou comprendió que había escuchado su conversación con Coraline y se maldijo por haber sido tan inconsciente de haber comentado eso en el corredor. Lo siguió hasta el aparcamiento, donde el suelo de tierra levantaba polvo con cada paso que daban. El calor del verano hacía que

el aire se sintiera denso y pesado aumentando la tensión en el ambiente.

Se detuvieron junto al jardín de peonías, cuyas flores parecían ajenas al conflicto que se desarrollaba a su lado.

—¡¿Qué cojones haces, Mahou?! —gritó Ian, furioso.

Él lo miró en silencio. Sentía la culpa arder en su interior. Sabía que cualquier cosa que dijera la iba a utilizar en su contra.

—¡Te repito que qué cojones estás haciendo follándote a mi sobrina! —insistió Ian con el rostro rojo.

—La cagué, Ian, pero... —El hombre no le dejó terminar la frase y con una fuerza descomunal le estampó un puño en la cara haciéndolo retroceder. Mahou sabía que debía intentar defenderse, o al menos protegerse, pero era incapaz de reaccionar. Se merecía su enfado y su silencio provocaba mucho más la furia de Ian. Sentía el sabor metálico de la sangre en su boca, pero no hizo ningún intento de limpiarse. Había cruzado una línea y ahora debía enfrentar las consecuencias.

—¡Eres un puto cabrón de mierda! —Ian lo siguió golpeando en la cara, empujándolo contra los contendedores de la basura. Uno de los puñetazos le dio en el estómago, obligándolo a doblarse en dos—. No te vuelvas a acercar a ella en tu puta vida, ¿me oyes? —seguía diciendo sin dejar de pegarle. Las piernas de Mahou cedieron y cayó de rodillas frente a sus pies. Ian lo agarró con fuerza del pelo y le echó la cabeza hacia atrás para que lo mirase a los ojos. Quería escucharlo decir que se alejaría de Coraline, pero Mahou no pensaba expresar tal cosa. Sangraba por la nariz y por la boca, y a pesar de su sumisión, sus ojos verdes se clavaban sobre Ian con orgullo.

El rugido de la motocicleta de Foca rompió el silencio del lugar levantando una nube de polvo en su camino. Al llegar y ver la escena, sin perder un segundo, corrió hacia Ian y Mahou para separarlos. Le costó bastante, pues Ian tenía la fuerza de cuatro hombres y la sangre que corría por sus venas en ese momento era pura adrenalina.

—¿Qué pollas os pasa a los dos? —siseó Foca, cuando al fin pudo controlar a Ian. Su respiración era agitada y sus músculos estaban tensos por el esfuerzo.

Mahou continuaba de rodillas. Su rostro había comenzado a hincharse y mostraba moretones y cortes, pero mantenía el cuerpo firme y la mirada fija al frente, como si nada de aquello fuera con él. Sus ojos verdes brillaban con pura determinación.

Ni Ian ni Foca habían visto nunca tanto orgullo en un hombre. Foca, aunque sobrecogido, respetaba la resiliencia de Mahou. Ian, por su parte, no pudo evitar sentir admiración por la actitud del hombre, aunque también vergüenza por su propio comportamiento. Con los dientes apretados, giró hacia la puerta de hierro y, sin decir una palabra más, entró al edificio. La pesada puerta se cerró tras él con un estruendo.

—¡Mahou, coño! ¿Qué ha pasado? —Foca lo cogió del brazo para ponerlo en pie—. ¿Me lo vas a contar? Tienes la cara bien jodida, hermano.

—Déjame, Foca, podría haber sido peor —respondió de manera ininteligible.

«¿Peor?», pensó su colega observando el lamentable estado en el que estaba. La sangre brotaba de una brecha que tenía sobre una ceja y caía a chorretones sobre su ojo. La nariz y la boca, inflamadas, también sangraban, aunque en menor cantidad.

Mahou parpadeó tratando de enfocar su mirada a través de la sangre que le nublaba la vista.

—Joder, ¿por qué no te has defendido y has dejado que te pegara así? —inquirió, atónito y enfadado, mientras se agachaba junto a su amigo.

—No quiero hablar —murmuró apretando los dientes. Cada movimiento de sus labios enviaba punzadas de dolor a través de su rostro.

Foca negó con la cabeza, preocupado. Sabía que Mahou era terco, pero esto iba más allá de cualquier cosa que hubiera visto antes. Colocó una mano firme pero cuidadosa en su brazo.

—Déjame, te ayudo a llegar a tu habitación.

Mahou intentó levantarse por sí mismo, pero sus piernas no respondieron. Foca lo sujetó con más fuerza, pasándole un brazo por debajo de los hombros y levantándolo con un esfuerzo considerable. Mahou dejó escapar un gemido ahogado, pero no se resistió.

El grito de una mujer los obligó a levantar la vista hacia la puerta. Coraline, con el bolso colgado de un hombro, los miraba horrorizada. De un salto bajó los peldaños del pequeño soportal y corrió hacia ellos.

—¡Mahou, por Dios! ¿Qué ha ocurrido? —Intentó cogerle la cara, pero él le apartó las manos y trató girarse para que no pudiera verlo bien.

El joven sentía que las emociones bullían en su interior. Había recibido la paliza por ella, pero no la culpaba. Aunque sabía que lo mejor para ambos era mantener la distancia, sentía que su Cara guapa era como un imán que lo atraía irremediablemente.

—No me toques, déjame en paz —susurró, brusco, tratando de protegerse a sí mismo y a ella de la realidad de su situación.

—Por favor —rogó Coraline preocupada. Tiraba de su chaleco para que se volviera hacia ella.

Mahou la miró con la intención de apartarla de nuevo. No quería que lo tocara y mucho menos que lo viera en ese estado, pero se olvidó al contemplar la angustia que pintaban sus bonitos ojos grises. Bajo la luz de los primeros rayos del sol, distinguió graciosas pecas sobre el puente de su pequeña y respingona nariz. Ella parecía verdaderamente preocupada por él y en cierto modo llenó su corazón de una inmensa ternura. No quería pagar con ella su repentino mal humor.

—Estoy bien —murmuró intentando sonar convincente.

—No, no estás bien. Necesitas unos puntos de sutura.

—Coraline. —La voz de Ian desde la puerta y el tono helado que empleó hicieron que todo se quedase en silencio durante unos segundos—. Ha dicho que está bien. Márchate o llegarás tarde.

—Pero... —intentó protestar.

—Haz caso a tu tío —dijo Mahou al tiempo que pasaba a su lado. Sentía un dolor punzante en el pecho, no solo por las heridas físicas, sino por la desesperación de alejar a Coraline de él—.

Déjame —le dijo a Foca para que lo soltara—, yo puedo solo.

Ian se apartó de la puerta y permitió que Mahou y Foca entraran, pero se puso en medio cuando Coraline quiso seguirlos.

—¿Qué haces? —le increpó ella, pestañeando confusa—. ¿Fueron los Diablos?

Ian la miró con una expresión impenetrable y ojos fríos como el hielo.

—No sé quién ha sido. Es mejor que te marches ya, ahora no es buen momento.

Coraline, con el corazón desbocado, frunció el ceño. Quería quedarse a curar las heridas de Mahou, la visión de él herido y sangrando le rompía el corazón.

—Pero, Ian, él está herido... Necesita ayuda.

—No insistas. Márchate ahora —replicó, dejando claro en su tono de voz que no iba a dejarla pasar.

Coraline dio un paso hacia la puerta, con ojos suplicantes.

—Solo quiero asegurarme de que esté bien.

Ian sacudió la cabeza con firmeza.

—Hazme caso, Coraline. Será mejor para todos si te vas ahora.

Ella lo miró dubitativa. La imagen de Mahou herido luchaba contra la urgencia de llegar a su trabajo a tiempo.

Finalmente asintió con resignación. Sabía que su tío tenía razón, si se entretenía iba a llegar tarde y no quería que la consulta se retrasara por su culpa.

—Está bien..., pero luego quiero saber qué ha pasado. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia su furgoneta.

Ian no respondió mientras ella subía a su correcaminos y giraba la llave del encendido con manos temblorosas. Lanzó una última mirada al edificio, prometiéndose a sí misma que averiguaría qué le había sucedido a Mahou.

Capítulo 14

—Si no lo ha visto un médico, puedo echarle un vistazo yo misma.

—No vayas, Coraline. Mahou no quiere que nadie lo moleste. Ya se lo hemos dicho Caín y yo y se niega a que lo asistan.

—Tal vez si yo se lo digo me permita...

Eva negó con la cabeza.

—Te repito que quiere que lo dejemos solo y hay que respetarlo.

Coraline se sintió frustrada. Curar heridos era su trabajo, para lo que había estado estudiando durante tantos años. Podía proporcionarle calmantes fuertes si dejaban que viera lo que tenía, pero tal parecía que nadie se fiaba de ella. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Quiénes fueron? ¿Los Diablos? Tío Ian no me lo quiso decir esta mañana.

—Mahou dice que no, que fue otra gente.

—¿Otra gente? —inquirió incrédula—. ¿A las siete de la mañana, en la parte trasera del club?

Eva se encogió de hombros.

—Mahou vendría de otro lado.

—Imposible —aseguró—, estuvo hablando conmigo. Me dijo —bajó la voz para convertirla en un susurro apagado— que convencería a mi padre para que no hiciera nada contra Santi.

—¿Se lo contaste a él? —preguntó extrañada.

Coraline asintió.

—Después de mi tío, Mahou es quien mejor conoce su posible reacción.

Estaban en la cocina y Eva preparaba unas tortillas para cenar. Los ingredientes chisporroteaban en la sartén, impregnando el aire con el olor de la cebolla sofriéndose y el aroma de los pimientos frescos y el aceite caliente.

La cocina era un espacio amplio y bien iluminado, con azulejos blancos en las paredes y una gran mesa de madera en el centro, donde se amontonaban los utensilios de cocina. Las ventanas estaban abiertas y dejaban entrar una brisa suave que aliviaba el calor del verano y hacía ondear ligeramente las cortinas.

Coraline, sentada en un taburete junto a la mesa, observaba cómo Eva movía la espátula con

destreza y daba la vuelta a las tortillas con movimientos ágiles. Jess entró recogiéndose el pelo en una coleta alta.

—Huele delicioso, Eva —dijo, inhalando profundamente.

—Gracias, nena. Estas tortillas son una receta de mi abuela. Siempre me recuerdan a los veranos en su casa.

El olor a tortillas recién hechas se mezclaba con el aroma del café que burbujeaba en la cafetera.

—Es verdad que huele genial —corroboró Coraline.

—¿Recuerdas la vez que las hicimos nosotras? —le preguntó Jess, con una sonrisa.

Coraline soltó una carcajada suave.

—¡Claro! Fue un desastre total. Quemamos la mitad y la otra mitad se quedó cruda.

Eva miró a Jess y arqueó las cejas.

—¿No ibas a salir esta noche?

La joven afirmó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Iba, pero Cory tiene razón —dijo, señalándola—, es mejor que termine de recuperarme. Todavía me siento muy débil.

—¡Bien!, ¡gracias! Por lo menos hay alguien que sigue mis indicaciones.

Jess volvió a sonreír y tomó asiento en otra banqueta. Se puso un poco más seria.

—El sheriff está afuera. Dice que Susan nunca llegó a su casa y que los últimos que la vieron con vida fueron tú y Frank.

Coraline se estremeció y sintió un escalofrío recorrer su espalda. Tragó con dificultad al notar la garganta tan seca como el desierto. Ella misma fue quien le dijo a Susan que se fuera a su casa en vez de quedarse con Frank. De repente tuvo la sensación de ahogarse y de que no podía respirar, como si el aire se hubiera vuelto denso y pesado.

—Mañana a las doce es el funeral —siguió diciendo Jess, pero Coraline la escuchaba como si estuviera en una dimensión diferente y muy lejana. Las palabras le llegaban distorsionadas, igual que si estuvieran bajo el agua. Pensaba que tal vez el asesino hubiera estado siguiendo a Susan mientras hablaba con ella y la angustia la atenazó.

Una vez más se repitió que tenía que haber dejado que se quedase con Frank. Él habría podido protegerla. Ahora la culpa la mataba y perforaba su corazón con un dolor punzante y eterno. Era responsable de su muerte, una pesada losa que sentía sobre sus hombros y que la aplastaba con lentitud.

Se incorporó, blanca como los azulejos de la pared, y se frotó las manos. De pronto se había quedado helada, como si todo el calor hubiera abandonado su cuerpo.

«Esto es culpa mía», pensó para sí misma, terriblemente angustiada. Quería gritar, correr, hacer algo para cambiar lo que había ocurrido, pero sabía que eso era imposible.

Jess la observó con mirada inquisitiva.

—Cory, ¿qué tienes? Has perdido el color de la cara.

—Me voy a la cama.

Eva se limpió las manos en un trapo.

—¿No vas a cenar?

—Ahora no podría probar ni un bocado. —Tenía el estómago cerrado a cal y canto. Se disponía a salir cuando Eva anduvo unos pasos hacia ella.

—¿Irás mañana al entierro?

—Sí, me escaparé un rato del centro.

—Oye. —Eva la cogió de una mano—. Tranquila. Descansa.

Coraline asintió y atravesó el salón del club. Varios hombres, entre ellos su padre y su tío, conversaban en una de las mesas con el sheriff. Si alguien le dijo algo no se enteró. No podía quitarse a Susan de la cabeza.

Justo cuando acababa de cruzar la cortina que solo el personal del club podía atravesar, Frank se interpuso en su camino.

—Cory, ¿estás bien? —preguntó preocupado al verla.

Ella sacudió la cabeza incapaz de contener la avalancha de emociones que la embargaban. Sus ojos llenos de lágrimas brillaron intensamente bajo la tenue luz del pasillo. Frank, sin dudarlo, abrió sus brazos y ella se refugió en ellos. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y sollozó contra su pecho, permitiendo que el dolor y la culpa se liberaran, aunque solo fuera por un momento.

—Tenía que haber dejado que se quedara contigo —murmuró.

Él se extrañó.

—¿Qué quieres decir? ¿A quién te refieres?

Coraline levantó la cabeza.

—A Susan. El sheriff acaba de confirmar que murió esa misma noche.

Él suspiró y por un momento la abrazó más fuerte.

—Cory..., tú no tienes la culpa. Ella vino a ponerte en peligro a ti para que fueras al granero.

Coraline se apartó y se pasó las manos sobre el rostro, enjugándose las lágrimas con el dorso.

—No. Solo vino a pedir ayuda. Yo fui la que quiso ir. Tengo la culpa de lo sucedido.

Frank no pudo convencerla de lo contrario. No encontraba argumentos para ello y Coraline, despidiéndose de él, subió las escaleras y se encerró en su dormitorio. Se acostó temprano para tratar de conciliar el sueño, algo que le resultó del todo imposible, pues sus pensamientos no dejaban de dar saltos de gigante yendo de Susan a lo que le había pasado a Mahou. Tampoco se atrevía a salir a tomar el aire y despejar su mente. Un asesino andaba suelto. Decidió asomarse a la ventana.

Su habitación se hallaba en un lateral del edificio y veía parte de la carretera y las primeras casas del pueblo. La mayoría estaban a oscuras, aunque algunas tenían una pequeña luz en el porche.

Respiró hondo y poco a poco comenzó a relajarse. Todo se encontraba en silencio a excepción de algunos grillos que cantaban sus melodías sin que el ruido cotidiano del día los molestase.

Con las primeras luces del alba filtrándose por las ventanas, comenzó a prepararse para la jornada. El amanecer llenaba el cuarto de baño en tonos suaves de naranjas y dorados. Al salir de la ducha, se envolvió en una delgada bata de color lavanda y pasó la mano sobre el espejo empañado por el vaho. Se miró fijamente. El vapor flotaba en aire y se mezclaba con el aroma del gel, de brisas marinas.

Mientras secaba el cabello con una toalla, escuchó voces que provenían del cuarto de Mahou. Su corazón latió más rápido y sin dudar ni un instante se colocó las zapatillas, cogió su neceser de aseo personal y caminó hacia allí. Procuraba no hacer ruido sobre el suelo de madera para no molestar a los ocupantes de las demás habitaciones. Golpeó la puerta con suavidad y, sin esperar contestación, giró el picaporte y abrió.

El aire en el cuarto de Mahou era más fresco, con un ligero aroma a ropa limpia y el inconfundible toque de su colonia.

Obispo se levantó deprisa de la silla que estaba junto a la cama y le impidió el paso al interior, poniéndose descaradamente en medio. Con suavidad la empujó hacia el corredor.

—Solo quiero saber cómo se encuentra —se quejó ella. Se sintió herida por la manera en que la estaba echando, sin siquiera permitir que lo viera.

—Está bien. Es mejor que no entres.

—Pero ¿por qué? ¿Te ha dicho que pasó? ¿Quiénes eran?

—Ahora no, Cory.

Ella frunció el ceño.

—No entiendo que no pueda verlo. Solo me preocupo por él.

—De verdad, confía en mí. Mahou está bien.

—¿Te ha dicho él que no me dejes pasar? —insistió, cruzándose de brazos. De una mano colgaba el neceser y se balanceaba.

Obispo salió al pasillo con ella y cerró la puerta.

—Ahora está dormido, lo mejor es que descanse.

—No está dormido. Os escuché hablar —respondió, terca.

Él la miró muy serio, como si se muriera por decirle algo, pero lo único que hizo fue encogerse de hombros y pasar la lengua por el labio inferior, incómodo.

—De acuerdo, vigilad bien esa puerta todo lo que queráis —dijo ella—, pero en cuanto tenga la más mínima oportunidad...

Obispo la cogió del brazo un poco brusco y la llevó hasta pararse junto a una ventana, lejos de la puerta.

—Cory, no te acerques a Mahou. Él no se acercará a ti. ¿Te queda claro?

Su voz fría como un témpano de hielo la sorprendió.

Eva apareció en ese momento y arqueó las cejas al verlos.

—¿Cory? Obispo, ¿pasa algo?

La joven miró por el rabillo del ojo al hombre. Él se había vuelto a cruzar de brazos y parecía

desafiarla a que le contara a Eva su insistencia por ver a Mahou.

—Hablaba con Obispo, me dijeron que él lleva todos los temas legales del club y necesito que me ayude con una documentación que debo presentar —explicó, aplaudiéndose mentalmente por ser tan rápida pensando.

El hombre se quedó aturdido por un momento, y cuando Eva posó sus ojos en él, se apresuró a contestar:

—Por supuesto, solo dime qué necesitas.

Coraline sonrió satisfecha. Era bueno que tanto Obispo como el mismo Mahou recordaran que trabajaban por y para el club, y eso incluía a la hija del jefe.

—Se trata sobre los exámenes que tuve que hacer para convalidar el título aquí. El director me dará esta tarde unas cartas de recomendaciones. ¿Te parece bien si me reúno contigo a eso de las ocho? A mi padre no le importará cedernos su despacho.

—Claro, no hay problema.

Coraline se marchó con una dignidad imponente, tan majestuosa como una reina que abandona su palacio. Eva la siguió.

—¿Por qué te has levantado tan temprano, Eva? —le preguntó agarrando su brazo.

—Quiero dejar algunas cosas terminadas para poder ir al funeral.

***

Coraline llegó al cementerio minutos antes de que bajaran el féretro al agujero cavado en la tierra. Buscó a Nat entre la gente, pues había pedido unas horas en el supermercado para poder despedirse por última vez de Susan.

Había mucha gente situada alrededor de la fosa y entre ellos descubrió a su tío Ian al lado de Eva y de Prudence Franklin. La mujer no lloraba, pero su rostro estaba desencajado por el dolor.

El cementerio de Cascade estaba envuelto en una atmósfera solemne y melancólica. Un gigantesco y enorme sol lucía en el cielo, mientras una brisa suave aunque muy cálida agitaba las hojas de los árboles. Su susurro constante acompañaba el murmullo de las conversaciones de los que hablaban en voz baja.

El aire estaba impregnado del aroma a flores frescas. Los ramos de lirios blancos y rosas rojas adornaban el ataúd. El canto de los pájaros sonaba en la distancia y añadía una nota de serenidad que contrastaba con la tristeza de los presentes.

Coraline se acercó a Prudence reprimiendo el deje de culpabilidad que sentía.

—Lo lamento mucho, señora Franklin.

Prudence la abrazó con afecto.

—Muchas gracias por venir, preciosa.

Coraline acarició suavemente su espalda. Podía notar bajo la palma de su mano la fragilidad y el dolor en el cuerpo de la mujer. Luego se situó junto a Eva.

—¿Qué hace mi tío aquí? —susurró en su oído, tratando de disimular su sorpresa.

Eva se inclinó hacia ella y contestó en el mismo tono bajo.

—Prudence y él tienen una aventura.

Coraline se sorprendió, pero supo disimularlo. Sus pensamientos volvieron a Susan y el peso de la culpa la aplastó aún más. Deseaba largarse de allí lo antes posible y que aquella pesadilla terminara pronto. Se sentía como si hubiera empujado a Susan a las manos del asesino, aunque Frank llevaba razón en cierto modo, ella no había pedido a Susan que apareciera por el club a buscar a Caín.

—Menuda mierda todo, ¿verdad? —murmuró Nat colocándose a su lado.

—Cierto, yo todavía no puedo creerlo. —Agarró su mano—. Prométeme que tú tendrás mucho cuidado.

—Te lo prometo.

—Si alguna vez que vengas se te hace tarde, te quedarás a dormir conmigo en el club —añadió —. No me importa si te opones porque no voy a dejar que te marches sola. —La imagen de Susan seguía estando muy fresca en su mente—. Me muero si te pasa algo.

—Cory, no va a pasarme nada.

A unos metros de distancia, Bradford y su ayudante también estaban allí, apartados de la multitud, pero presentes para ofrecer sus respetos a la víctima.

El sacerdote levantó la mano y señaló el inicio de la ceremonia. Las conversaciones cesaron y todos los presentes se volvieron hacia él. Comenzó a hablar con voz firme pero llena de empatía. De vez en cuando era interrumpido por algún sollozo.

Entre los asistentes se encontraban los amigos más cercanos de Susan, algunos con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Otros sostenían una rosa en la mano y había quien simplemente dejaba que las lágrimas corrieran libres por sus mejillas. Prudence se abrazaba a Ian y su cuerpo temblaba por el llanto.

Cuando el sacerdote terminó de hablar, un profundo silencio invadió el lugar, solo roto por el sonido de la tierra cayendo sobre el ataúd.

Una vez que todo acabó, Coraline se despidió de los presentes con un nudo en la garganta. Aaron estaba pasando sus consultas, pues a pesar de la pena que embargaba a las gentes de Cascade, la vida continuaba.

Capítulo 15

A las ocho en punto, Obispo esperaba a Coraline en el despacho con la paciencia de un hombre acostumbrado a mantener el control. También estaba Caín, que con su imponente presencia parecía llenarlo todo, mientras guardaba y ordenaba algunas cosas. El despacho, iluminado por la suave luz de una lámpara de escritorio y la que entraba a través de los delgados visillos, era un espacio sobrio y funcional. En las paredes colgaban fotografías en blanco y negro de motocicletas clásicas y antiguos miembros del club. Una robusta estantería de madera oscura ocupaba una de las paredes, llena de libros encuadernados en cuero.

Cuando Coraline entró, el sonido de sus pasos sobre el suelo de madera resonó suavemente. La mirada de su padre se posó en la carpeta de gomas que ella llevaba en la mano.

—Papá, espero que no te moleste que se lo haya pedido a Obispo. Yo puedo pagar sus servicios, aunque sé que no me vas a dejar.

—¡Claro que no te voy a dejar! —Él sacudió la cabeza como si hubiera dicho la tontería más grande del mundo—. Mientras vivas en mi casa, sigo siendo responsable de ti.

—Cuidado con lo que dices —ella lo miró con ojos juguetones y sonrisa pícara—, puede que de ese modo nunca me decida a marcharme.

—No puedes imaginar lo feliz que me harías. —Obispo miró a Caín, pidiéndole permiso para ocupar su silla, y él asintió—. Adelante, os dejo solos. Yo iré a ver qué mercancía han traído hoy los hermanos. —Antes de salir, besó la mejilla de Coraline con cariño.

Caín cerró la puerta y ella se sentó enfrente de Obispo, al otro lado del escritorio. Deslizó la carpeta sobre la mesa.

—Estos son los documentos que tengo, dentro están las cartas que te he dicho esta mañana. Debo llevárselo todo al director en cuanto pueda.

Obispo se puso a repasar los papeles con mucha profesionalidad, lo que chocaba bastante con su indumentaria. Vestía todo de negro y su piel parecía más pálida de lo que era. A Coraline le recordó a uno de esos vampiros de rostro angelical que salían en algunas películas. Y es que el hombre era un tío guapete; su pelo se asemejaba al oro, bajo los últimos rayos de sol que penetraban por la ventana.

Ella se echó hacia atrás con la espalda apoyada en el respaldo y se cruzó de brazos observándolo con atención. Cualquier otro abogado habría levantado la cabeza para mirarla alguna vez, en cambio él no lo hacía.

—¿Me vas a contar por qué Mahou no quiere verme?

Obispo fingió no escucharla y siguió leyendo y moviendo papeles de un lado a otro, provocando que las hojas crujieran con suavidad entre sus dedos.

—Obispo —insistió—. Soy médica y Mahou agradecería mi ayuda.

Él no contestaba ni hablaba nada y su silencio era exasperante. Coraline empezó a enfadarse. No estaba acostumbrada a que la ignoraran de ese modo.

—¿No me lo vas a decir? —repitió, alzando un poco la voz.

Él no tuvo más remedio que levantar la cabeza al tiempo que soltaba un suspiro, como si hubiera perdido la paciencia. Dejó sobre la mesa el bolígrafo que sostenía y sus ojos se encontraron con los de Coraline, que lo miraba expectante.

—Mahou no quiere que sepas nada —dijo con voz apagada. Su colega les había pedido a él y a Foca que mantuvieran la situación en secreto. Obispo no estaba de acuerdo con esa decisión. Sabía que Coraline era lo suficientemente madura como para entender los motivos y que mantenerla en la ignorancia solo agravaría las cosas. No servía de nada que Ian advirtiera a Mahou de que no se acercara a ella, cuando era ella quien lo buscaba a él.

—Eso no tiene sentido —replicó la joven—. ¿Qué es lo que no tengo que saber?

Obispo se levantó de la silla y caminó hacia la ventana. Miró hacia el exterior por un momento antes de volver la vista hacia ella.

—Ian sabe que Mahou y tú estuvisteis juntos.

La joven perdió el color de la cara al tiempo que intentaba procesar la información. Tragó saliva y apretó los puños con fuerza. Su corazón se aceleró.

—Ian... ¿Mi tío Ian... le ha dado una paliza por... eso? —preguntó incrédula.

—¿Qué esperabas? Si hubiera sido tu padre, lo mismo ahora estaba muerto —respondió con frialdad.

Coraline sintió un nudo en el estómago al escuchar esas palabras. Respiró hondo y trató de mantener la compostura.

—¿Quieres decir que mi tío no se lo ha contado todavía?

—No va a hacerlo, siempre que os mantengáis alejados el uno del otro —le explicó.

De forma irremediable, las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Coraline, pero las limpió rápidamente con el dorso de la mano, determinada a no mostrar debilidad. No podía llorar por algo que había sucedido de casualidad, y su tío no tenía ningún derecho a golpear a los hombres con los que ella se acostara. Estaba segura de que, de haber sido Santiago, no habría aguantado tanto como Mahou y hubiera regresado —como se decía en Madrid— echando «ostias» para España.

Ahora comprendía que Mahou no quisiera verla. La culpaba de lo ocurrido.

—Gracias por decírmelo —susurró dolorida.

Obispo volvió a suspirar, esta vez arrepentido de ser tan bocazas. No había imaginado que a ella le afectara tanto.

—Joder, Cory. —Plantó la mano sobre la mesa con un golpe suave—. Prometí a Mahou que no te lo iba a decir.

—Pues tus promesas son una mierda —contestó con voz tristona—. Jamás te contaré ningún secreto mío.

—¿Habrías preferido no saberlo? Tú misma...

—Tranquilo. —Ella lo interrumpió y aspiró con fuerza. Trató de disipar el nudo que se había formado en su pecho—. Yo necesitaba saber la verdad y tú has sido sincero.

Obispo se volvió a sentar.

—Mañana me voy con Mahou a la ciudad y estaremos el fin de semana fuera. Daremos tiempo a tu tío para que se apacigüe. Primero lo de la hija de Prudence y después enterarse de esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. —Ella asintió, aunque no estaba de acuerdo en que Ian hubiera pagado con Mahou sus frustraciones—. Me harías un gran favor si no le cuentas a nadie lo que te he dicho.

Ella le aguantó la mirada con fijeza. Lo que más deseaba era encontrarse con Ian y dejarle claro que no podía volver a meterse en su vida. Ella sabía bien lo que hacía sin que nadie tuviera que cuidarla como a una niña pequeña. ¿Qué pretendía, que se quedase soltera, virgen e inmaculada —que por supuesto no lo era— toda su existencia? Pues no. Si él podía estar con Prudence o con quien le diera la gana, ella tenía el mismo derecho de hacer lo propio.

—No diré que me lo has dicho tú.

—No. —Obispo sacudió la cabeza y la miró implorante—. No dirás que lo sabes.

Coraline se mordió el carrillo interior de la boca, pensativa. ¿No estaba enfadada con Santiago por permitir que otro manejara su vida? ¿Cómo iba a dejar que alguien pretendiera hacer lo mismo con ella?

—No lo haré, al menos por el momento. —Con el mentón señaló los documentos—. ¿Te encargas tú de conseguir lo que falta? —Echó la silla hacia atrás y se levantó—. Cuando lo tengas, me avisas.

—Cory —Obispo la llamó, pero ella no le hizo caso y salió del despacho.

***

Al día siguiente, Mahou, Obispo y Foca se fueron a Great Falls. Mahou le contó a Caín que no había llegado a ver a sus atacantes. No podía admitir que solo había sido un hombre, pues lo hubieran considerado un payaso o un debilucho por no haberse defendido.

Ian había estado presente cuando Caín preguntó por su estado y prefirió no contradecirlo. No quería que su hermano se enterara de la verdad. Sin embargo, por la forma en que su sobrina lo

miró esa noche, sospechó que alguien le había contado lo sucedido. Solo podía haber sido Mahou o los hombres que lo acompañaban: Foca y Obispo. Golden quedaba descartado directamente, pues parecía estar más a su aire, preocupado solo por fumar, beber y coquetear con las mujeres del pueblo.

—¿Te pasa algo, Bichejo? —le había preguntado a Coraline.

—Nada, ¿y a ti? —había respondido ella.

—Absolutamente nada.

—No sabía que la señora Franklin y tú estabais juntos.

—Sí, parece que a fin de cuentas hay muchas cosas que no sabemos el uno del otro.

—Quizá es mejor no saberlo todo; por cierto, te recuerdo que tengo veinticinco años —le dijo con una sonrisa irónica.

Eso había sido lo último que se habían dicho, e Ian lo prefería así, pues era cierto que ella tenía veinticinco años, pero siempre sería el Bichejo que llevaba a hombros en los conciertos cuando solo tenía seis o le limpiaba los mocos cuando se acatarraba. Recordaba con nostalgia los momentos en que Coraline era una niña, la forma en que solía correr por el parquin de caravanas con su cabello al viento, su risa cristalina que llenaba de alegría el hogar, si se podía llamar así al remolque donde vivían; los cuentos que le leía antes de dormir y cómo ella se acurrucaba en su regazo, escuchando atentamente cada palabra. Ahora verla tan adulta le hacía darse cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo y cuánto seguía queriendo protegerla, aunque ella ya no fuera una niña.

Los fines de semana, Coraline no trabajaba; y el sábado por la mañana, uno de los días más calurosos de aquel terrible verano, se fue a disfrutar de la piscina de la comunidad de caravanas. Conversó con unos y otros y jugó con los más pequeños.

El sol brillaba con intensidad y se reflejaba en la superficie de la piscina, creando destellos de luz que bailaban sobre el agua. Ella estaba sentada en el borde, con los pies sumergidos en el agua fresca disfrutaba de la sensación refrescante en sus piernas. El aire estaba lleno del aroma a cloro y el sonido de risas lejanas de otros bañistas.

James, con un bañador ancho lleno de diminutas palmeras azules, se acercó y se sentó junto a ella. Metió también los pies en el agua. Coraline le sonrió.

—Hola, ¿tú también libras hoy? —le preguntó con voz suave y relajada.

Él asintió.

—Cory, quiero darte las gracias por no acusarme con lo del granero —dijo con sinceridad.

—Nada de eso, soy yo quien te está agradecida a ti y a tu hermano.

James sacudió la cabeza.

—Si llegábamos a saber que se trataban de Diablos te hubiera acompañado tu madre. Lo sabes, ¿verdad?

—Ya, o nos habríamos puesto una máscara tipo Spiderman —bromeó, arrancándole una carcajada.

—Nos hubieran pillado antes, eso solo se te ocurre a ti.

—¿Sabes? Creo que seremos mejores amigos para siempre, porque ya sabes demasiado de mí.

—Eres como la chancla de mi vieja, te veo venir y se me ponen los huevos de corbata.

Coraline soltó una sonora carcajada.

—Eres un *cagao,* tío —dijo ella golpeándole suavemente el brazo con el puño cerrado.

—Cuando tú estás cerca, sí. Oye, qué fuerte lo de Susan, ¿verdad?

—Tan fuerte como que nosotros fuimos los últimos en verla con vida. Menos mal que Frank no os nombró ni a ti ni a Tommy.

James asintió.

—Es un buen tío. Un pelín raro, pero de fiar. Si hubiera estado Rick también nos habría echado una mano.

—No sé si de algún modo, pero el hecho de no nombraros puede interferir en la investigación de Brad. El pobre debe de estar que se sube por las paredes.

—Brad es un capullo. Siempre que me ve me quita la hierba que tengo y me pide que me identifique. ¡Como si el zumbado no me conociera!

Coraline se encogió de hombros y miró a su amigo con simpatía.

—Te tiene fichado. Al menos no te detiene —dijo viendo el lado positivo.

—No, pero el cabrón debe estar haciéndose un alijo a mi costa.

Ella se echó a reír otra vez.

—Deberías dejar de fumar esa porquería. Va a acabar con las pocas neuronas buenas que te quedan.

—Ja, ja, ja —rio con ironía, remarcando perfectamente la jota—. ¿Qué haces esta noche?

—Nat viene a buscarme e iremos a la ciudad.

No solo tenían pensado ir, sino que como le había dicho Eva que podía utilizar el apartamento siempre que quisiera, ese día pensaba hacerlo. Ian se había marchado con Prudence y no iba a asomar las narices por el club durante todo el fin de semana, y ella ya se había hecho con una copia de las llaves que tenía Eva.

Sonreía maliciosamente mientras pensaba en su plan. Le parecía la mar de divertido encontrarse con Mahou allí. Estaba decidida a sorprenderlo y ver si tenía el valor de echarla. Pensaba que se lo tenía bien merecido por no haber sido él quien le confiara lo que había hecho Ian. De ese modo aprendería que ella no era ninguna estúpida a la que se le pudieran ocultar los asuntos.

James y ella estuvieron charlando un rato más, después Coraline recogió sus cosas y se despidió de su amigo con un abrazo rápido. Se vistió con una camiseta de algodón suave que su madre le había regalado el año anterior y se marchó al club para prepararse antes de que llegara Nat. A su amiga no le gustaba tener que esperar por ella y siempre le metía prisa.

Mientras conducía, el crepúsculo empezaba a teñir el cielo de tonos anaranjados y rosados. Sin embargo, un extraño escalofrío recorrió su cuerpo, pues tenía la rara sensación de estar siendo

vigilada. El vello de la nuca se le erizó y un calor profundo se instaló en su columna vertebral. Su corazón comenzó a latir más rápido, como un tambor en un ritmo frenético.

Cada pocos segundos miraba por los retrovisores buscando algún rastro de peligro, pero no encontraba nada fuera de lo común. El tráfico era escaso y las sombras alargadas de los árboles se extendían sobre la carretera. A medida que avanzaba, la sensación de inquietud no disminuyó, sino que pareció intensificarse.

El sonido del motor de su coche y el crujido de las ruedas sobre el asfalto eran los únicos ruidos que la acompañaban. Miró nuevamente los espejos esperando ver algo, cualquier cosa que justificara su nerviosismo, pero solo encontró el vacío. El camino estaba despejado detrás de ella.

Se le ocurrió que podría estar imaginándose cosas. Tal vez era solo el estrés acumulado de los últimos días. Aunque no podía sacudirse de encima esa extraña sensación. Apretó el volante con más fuerza mientras aumentaba la velocidad. Deseaba llegar al club lo más rápido posible.

Al ver el letrero de neón del edificio a lo lejos, dejó escapar un suspiro de alivio. La tensión seguía presente en su cuerpo, pero se sintió más segura. Aparcó con rapidez y salió del coche. Echó un último vistazo a su alrededor antes de dirigirse hacia la entrada.

En su dormitorio pasó dos horas arreglándose con esmero. El tocador estaba lleno de productos de maquillaje, frascos de perfume y joyas cuidadosamente dispuestas. Frente al espejo se aplicó sombras oscuras en los párpados y delineó sus ojos con negro, creando un atractivo rabillo en las comisuras que acentuó su mirada felina.

Eligió un labial mate en rojo sangre. Sus labios resaltaron de una forma audaz y seductora. Dejó que el cabello suelto cayera en suaves ondas sobre los hombros.

Para la ocasión escogió un corto y ajustado vestido elástico también en rojo, que dibujaba a la perfección todas y cada una de sus bonitas curvas. La tela abrazaba su cuerpo con delicadeza y realzaba su figura con elegancia. Completó su atuendo con unas botas negras de cordones, de suela gruesa y tacón ancho, estilo militar, que añadían un toque de rebeldía a su look sofisticado.

Se miró en el espejo girando despacio y no pudo evitar sonreír satisfecha con el resultado. Tomó un pequeño frasco de perfume y se aplicó un poco en las muñecas y detrás de las orejas.

Después de ajustar un último mechón de cabello, respiró profundo y salió del dormitorio. Estaba lista para la noche, segura de sí misma y dispuesta a enfrentar lo que viniera. Sobre todo, dispuesta a encararse a Mahou.

Caín estaba jugando a las cartas en el salón del club con Eva sentada sobre su regazo. Al verla, silbó. Era la primera vez en mucho tiempo que la veía lista para salir de fiesta y sufrió un pequeño impacto. Coraline se había convertido en una mujer muy hermosa, y en ese momento no solo llamaba su atención, sino que las miradas de los que estaban presentes cayeron sobre ella; algunas, las menos, eran de curiosidad; otras, en cambio, de admiración y deseo.

—Estás preciosa, mi niña —dijo Eva, orgullosa de ella. No era de su sangre, pero la consideraba su hija. Cuando la conoció tenía once años y estaba acostumbrada a ver a su padre con distintas mujeres. Eva no había hecho como las demás, que intentaban retener a Caín

conquistando a su hija. Nunca había querido convertirse en una figura materna. Tanto Coraline como ella dejaron muy claro desde el principio sus intereses, lo que hizo que se convirtieran simplemente en amigas. En aquel entonces la niña era un poco rebelde y Eva no era más que otra tía a la que su padre se follaba de vez en cuando. El cariño entre ellas fue naciendo poco a poco. ¿Cuántas veces la había llamado Coraline para que fuera a recoger al cabrón de su padre a la ciudad —palabras textuales de su hija—, porque estaba tan borracho que no distinguía la noche del día?

Caín no era ningún alcohólico y nunca lo había sido, pero era un hombre al que le gustaban las fiestas, el rock y sobre todo las mujeres. Durante sus primeros años de relación nunca había sido fiel. Si no estaba con ella estaba con otras. De no haberse sentido Eva tan enamorada, jamás habría tenido la paciencia de aguantar los desplantes ni la humillación que él le provocaba al engañarla, incluso en sus mismas narices. Aun así, lo había dejado en más de una oportunidad, pero el cruel destino —o bienaventurado— había hecho que sus caminos se cruzaran una y otra vez, hasta que un buen día Caín despertó a la realidad y llegó a la conclusión de que la madre de Coraline nunca regresaría a su lado. Eva siempre había sabido cuánto había amado a esa mujer y durante mucho tiempo vivió con el miedo de que ella volviera para hacerse cargo de su hija y recuperar al hombre que tuvo que abandonar. A veces todavía sentía esas punzadas de celos que apretaban su corazón con la posibilidad de perder todo lo que más quería.

Sintió un miedo atroz cuando Coraline viajó a España y pensó, más de mil veces, que Caín la dejaría definitivamente. Solo hubiera hecho falta una llamada de su hija diciendo que tenía algún problema para que él se hubiera presentado en Madrid.

Con la ausencia de Coraline, él había volcado su amor en Eva y en cierto modo los había unido mucho más. Sabía que Caín la amaba, aunque jamás se lo hubiera dicho en palabras hasta la misma noche del pícnic en que algo pareció cambiar en él. De un modo muy tierno, después de haber hecho el amor de forma casi salvaje, Caín le había confesado sus miedos y sus dudas. Para Eva fue doloroso escucharlo decir lo que ella ya sabía: que siempre había tenido la esperanza de volver con la española y sentía temor a expresar de nuevo sus sentimientos, incluso que hubo un tiempo atrás que no habría sabido a cuál de las dos escoger. En cambio ahora ya no tenía sospecha ninguna de que sería ella la elegida, y Eva se encontraba pletórica.

—Sí, estás preciosa —reiteró Caín sin poder despegar los ojos de Coraline y su ajustado minivestido—. Solo te falta el chaleco.

Coraline entornó los ojos y suspiró.

—No voy a llevarlo.

—Si todos ven que eres una de las nuestras, no se atreverán a...

—Papá —lo interrumpió ella—, ya no tengo quince años y no puedes obligarme. —Se acercó a él y lo besó en la mejilla, después hizo lo mismo con Eva—. Además, me lo quitaría en cuanto saliera de aquí.

Caín tamborileó los dedos sobre el muslo de Eva.

—¿Por qué no le dices tú algo?

La mujer se encogió de hombros con una sonrisa y le guiñó un ojo, divertida.

—Es tu hija.

—¡No puedes decir siempre lo mismo! —fingió quejarse, aunque sus ojos brillaban alegres.

—Pues lo digo.

—¿En nuestra boda dejarás que vista así y llame la atención más que tú? —preguntó, mirándola fijamente.

Rick, que estaba en la misma mesa bebiendo una jarra de cerveza, se atragantó alucinado. La expresión de Eva no era muy distinta de la de él. Se había quedado boquiabierta, con los ojos tan abiertos que peligraban con escapar de sus órbitas. Coraline, que estaba observando la escena, sonrió satisfecha y tocó el brazo de Eva para que reaccionara.

—¿No le vas a decir nada a mi padre?

—Yo... ¿boda? No... comprendo —balbuceó, todavía en *shock*.

Caín agarró su barbilla con suavidad y la obligó a mantener su mirada.

—Estoy pidiéndote que te cases conmigo.

Eva enrojeció y trató de levantarse, pero Caín no se lo permitió y rodeó su cintura manteniéndola sentada sobre él. Ella sintió con más fuerza el calor de su cuerpo y su corazón comenzó a latir con violencia.

—Estábamos hablando de Coraline —respondió nerviosa, intentando desviar la conversación.

En ese momento, la joven vio a Nat entrar en el club y, mientras caminaba hacia ella, dijo sobre el hombro:

—A mí no me involucréis en vuestros rollos.

Eva no sabía dónde meterse, su mente era un torbellino de emociones y Caín continuaba clavando los ojos en ella, esperando nervioso su respuesta.

Capítulo 16

La noche había caído sobre la ciudad envolviéndola en un manto de oscuridad salpicado por las luces de neón de los bares y clubes. Al ser sábado y verano, las calles bullían de gente. Los jóvenes se movían en grupos, riendo y charlando, mientras del interior de los garitos más frecuentados escapaban retazos de música de todos los estilos.

Los hijos de Caín eran conocidos en la ciudad. Su presencia no pasaba desapercibida. Vestidos con chalecos de cuero negro adornados con parches y emblemas del club y con sus motocicletas aparcadas en fila a lo largo de la acera, causaban una impresión imponente.

Mahou se había dejado convencer para salir a tomar algo. Sentado en la terraza de un pub conversaba animado con sus colegas. La terraza estaba llena de mesas y sillas de metal, y luces de diversos colores colgaban de unas estructuras que contenían jardineras.

Él se encontraba bien, la inflamación de su cara había desaparecido y solo quedaban algunos moratones y magulladuras, pero nada que le molestara en exceso, aunque con ciertos gestos sentía una pequeña punzada de dolor.

De manera irremediable sus ojos verdes se pararon sobre las largas y esbeltas piernas y el redondeado trasero de una mujer que bajaba la calle con un corto vestido rojo, acompañada de otra. No era el único que observaba a la rubia. Foca también la devoraba con ojos ansiosos y lo que estaba diciendo se quedó colgado en su boca al reconocer a quién pertenecía ese cuerpo.

—¡Coño, pero si es Cory!

Mahou se enderezó en su silla fijándose bien. De repente su corazón latió con fuerza en su pecho. Se ahogó y tosió. Era su Cara guapa, sí: hombros estrechos, brazos estilizados con ademanes elegantes, un culo de infarto y aquella melena larga que acababa en un pico casi perfecto, que ondulaba con cada movimiento que hacía.

Con el ceño fruncido la siguió con la vista. ¿Qué demonios estaba haciendo ella allí? ¿Cómo se atrevía a salir así de guapa, que hasta se había puesto duro de repente? ¿No se daba cuenta de las miradas lascivas y los ojos hambrientos que la seguían a cada paso?

Se bebió el resto de la cerveza de un trago y se levantó con rapidez. La silla rechinó al rozar el suelo, llamando la atención de los demás. Obispo extendió una mano y le agarró el brazo con

firmeza mientras sacudía la cabeza.

—No, hermano, no puedes... —dijo con voz grave.

Mahou lo ignoró. Por supuesto que no pensaba hacerle caso. Se soltó bruscamente y echó a andar tras ella con determinación. Su mandíbula estaba tensa y sus puños se cerraron mientras avanzaba. Joder, era como si la hubiera invocado de tanto pensar en ella.

Tanto Foca como Obispo se levantaron al mismo tiempo casi volcando sus sillas en el proceso. Foca, con una expresión preocupada, sacó dinero de su cartera y lo dejó sobre la mesa asegurándose de cubrir la cuenta. Ambos intercambiaron una mirada rápida antes de seguir a Mahou.

«Cory, esta jodida mujer debía haberse quedado en Cascade, lejos de mí», pensaba Mahou mientras continuaba su marcha por la avenida, ajeno a las personas con las que se cruzaba. La joven era malditamente preciosa. Era enfermizo y lo sabía, pero quería estar dentro de ella. Coraline tenía todo lo que él deseaba: inteligencia, dulzura, sinceridad, un cuerpo que lo llevaba al delirio, y le importaba una mierda lo que los demás pensaran de él si se había obsesionado hasta el punto de no poder contenerse.

Era consciente de que también debía sopesar las consecuencias. Ya se había ganado una paliza por haber metido su polla donde no debía, pero Ian le importaba menos que una mierda, al menos en ese momento.

La vio entrar en un local y decidido la siguió. El lugar estaba repleto de gente, con bolas de discoteca girando en el techo, reflejando luces multicolores que bailaban sobre los cuerpos sudorosos. El ambiente estaba cargado, casi tangible, al ritmo frenético del hardcore de Dimitri Vegas & Like Mike. Los altavoces retumbaban con el sonido haciendo vibrar el suelo bajo sus pies.

No necesitaba que su Cara guapa se subiera a un escenario y cantara como un grillo en celo para llamar la atención, porque sabía bien que entonaba como el culo, pensó con ironía. Pero, ¡Cristo! Nunca había visto a nadie bailar como lo hacía ella. Era como si de repente hubiera entrado en trance. Sus caderas y su trasero se balanceaban al ritmo de aquella música que él ni siquiera consideraba como tal. Sus movimientos eran fluidos, sensuales y llenos de una energía que capturaba todas las miradas a su alrededor.

Mahou se quedó parado, observándola con ojos entrecerrados desde una distancia segura, incapaz de apartar los ojos de sus pechos que subían y bajaban como esas jugadoras de voleibol que se ponían en la playa dentro de diminutos bikinis. Atrapado por la sinuosidad de sus movimientos, la forma en que su vestido se ceñía a su cuerpo, la manera en que su cabello se movía con cada giro, todo en ella lo hipnotizaba hasta tal punto que sus pelotas se contrajeron listas para repoblar el mundo, siempre que lo hiciera dentro de ella.

Sabía que no podía quedarse allí simplemente mirando. Debía acercarse y estar a su lado. Echó a andar en su dirección, pero Obispo lo agarró del brazo.

—Joder, tío, no vayas. Ella sabe que estamos aquí y eso es lo que busca.

—Lo sé —contestó él sin detenerse, por lo que su colega se vio arrastrado con él.

—Piensa en Ian —le advirtió en un intento de hacerlo desistir.

Mahou lo miró con una expresión fría y contestó con firmeza:

—Ian me va a tocar los huevos.

Incapaz de retener a Mahou, Obispo se vio obligado a soltarlo antes de que ambos montaran un espectáculo. Parar al joven en aquel momento era como intentar detener un tsunami con las manos desnudas: una tarea imposible y peligrosa.

Coraline le sonrió de manera excitante cuando se acercó a ella. En sus ojos, Mahou vio un montón de promesas no dichas, todas ellas oscuras, excitantes, cargadas de erotismo. Se le aceleró más el pulso, comenzó a sudar y un dolor punzante atravesó su ingle. Conocía esa manera de mirar, se había follado a muchas mujeres en su vida y sabía reconocer los signos. Si ella le daba una bofetada, al menos volvería a la realidad y sabría a qué atenerse.

—¿Qué estás haciendo? —susurró él con un hilo de voz, conteniendo las ganas de aferrarse a su cintura, porque eso mismo era lo que deseaban hacer sus manos, recorrer cada recodo de su cuerpo, hundir los dedos en su carne y comerse esos labios rojos que ella humedecía a propósito, pasando la lengua sobre ellos.

Coraline se inclinó hacia él rozando su torso con los pechos.

—Mahou, si me vas a hacer una escena que sea porno, por favor.

Él la observó lamerse el labio inferior. «Joder», realmente necesitaba controlar su erección que crecía por momentos.

Frotó su mejilla contra la de ella inhalando el aroma de su perfume.

—Cara guapa, estás jugando con fuego.

—Ah, ¿sí? ¿Eres una fruta prohibida o solamente no tengo permiso para comerte? —Coraline se dio la vuelta quedando de espaldas a él. Levantó los brazos por encima de la cabeza y entrelazó las manos alrededor de su cuello sin dejar de balancearse. Comenzó a frotarse contra él, encendiéndolo tanto que lo hizo gemir.

Mahou clavó los dedos en sus caderas. Sabía que nada de eso debía estar pasando y que estaba perdiendo la cabeza.

Ella se giró de nuevo y apretó el pecho contra su brazo, haciendo que él rodeara su cintura. Sin poder resistirse, Mahou se inclinó acercándose lo suficiente para sentir su aliento cálido y dulce. Lamió suavemente la piel justo debajo de su oreja, provocando un estremecimiento en ella. Luego cubrió su cuello y barbilla con una lluvia de besos, subiendo con lentitud por sus mejillas hasta alcanzar su boca. La besó con fuerza y ella respondió del mismo modo.

Sus bocas estaban llenas una de la otra, y Mahou sintió una profunda satisfacción masculina al notar que ella lo deseaba tanto como él.

No supo cuánto tiempo estuvo besándola, pero entonces ella deslizó la mano por el interior de su brazo hasta entrelazar los dedos. Con una sonrisa traviesa tiró de él y lo guio a través de la multitud. La música retumbaba en sus oídos y las luces estroboscópicas parpadeaban y creaban

sombras danzantes a su alrededor.

Mientras avanzaban, esquivaban a los cuerpos que se retorcían al ritmo de la música. El aire estaba cargado de calor y del aroma a perfume y sudor.

Coraline se abría paso entre la gente sin soltar su mano. Él la seguía de cerca, sintiendo la adrenalina correr por sus venas.

Llegaron a un pasillo más oscuro donde el ruido de la pista de baile se amortiguaba un poco. Las paredes estaban decoradas con grafitis y carteles de conciertos pasados. Ella se detuvo un momento y se giró para mirarlo con una chispa de emoción en sus ojos. Luego continuó tirando de él hasta llegar a la puerta de los baños.

El aseo de mujeres se encontraba vacío y él cerró el pestillo. Coraline se había apoyado contra una pared y se mordía el labio inferior con una sonrisa sensual. Saber lo que iba a pasar no la ayudaba a estar preparada. Hacía tanto tiempo que deseaba volver a estar con él, sentir sus manos en su cuerpo mientras era embestida, que supo que había enloquecido al arrastrarlo hasta allí.

Mahou se acercó a ella y, aprovechando que tenía las piernas entreabiertas, se metió entre ellas haciendo que notara su erección. Embistió con las caderas para que le quedara claro lo que iba a pasar. Enredó su cabello en una mano mientras la otra agarraba su mandíbula y deslizaba la lengua en su interior, explorando su boca. Los labios se encontraron de nuevo en un beso capaz de arrasar con la cordura de ambos. El gemido de Coraline fue como música celestial para sus oídos.

No era suficiente devorar su boca, Mahou necesitaba tocar más piel y poner sus manos por todo ese cuerpo delicioso e irresistible. Bajó las palmas y las llevó a sus pechos con la respiración acelerada, pero así no podía tocarla bien. Tiró del escote hacia abajo e, introduciéndose bajo el sujetador, acarició sus pezones, amasando y pellizcando la carne de su alrededor. Estaban duros y calientes, y parecían pedir a gritos que fueran torturados de todas las maneras posibles.

—Eres increíblemente tentadora, Cara guapa —murmuró con voz ronca—. No veo el momento de poder follarte.

Coraline lo miraba a través de sus pestañas, temblando. Necesitaba más de él, quería todo. Sentía su deseo crecer al mismo tiempo que la humedad entre sus piernas. Le gustaba el roce de los pantalones entre sus muslos. Todo era tan intenso que ansiaba que la penetrase enseguida.

Entonces Mahou, con un gruñido suave, agarró su cintura, la alzó y la inmovilizó contra la pared al tiempo que subía su vestido. Coraline levantó una mano y la llevó hasta su cabeza, le acarició el pelo y notó en el acto cómo Mahou la sostenía con más fuerza. Apretó las piernas alrededor de sus caderas y, sin dejar de besar sus exigentes labios, sintió cómo él bajaba la cremallera de sus pantalones y los deslizaba lo suficiente para liberar su miembro. Se puso la protección y, apartando el tanga hacia un lado, frotó la erección entre sus pliegues. Se deslizó un par de veces a lo largo de su hendidura, hasta colocarse en el punto exacto. Luego él agarró las caderas de *su* Cara guapa un poco más fuerte y empujó.

Coraline ahogó una exclamación. No estaba acostumbrada a esa agresividad casi primitiva, aunque la excitaba. Él la aplastaba y robaba su aliento, pero eso no era lo importante en ese momento, sino las sensaciones que hacían que su corazón latiese enloquecido. Le clavó las uñas en la espalda sintiéndose plena, llena de él.

—¿Así está bien? —murmuró Mahou mordisqueando sus labios.

—Sí, muy bien, no pares —gimió ella, y a él le encantó el matiz suplicante en su tono.

Después de eso los movimientos se hicieron más fuertes y más duros. Ella jadeaba y gemía cada vez que él tocaba fondo. Una y otra vez, Mahou se abría paso en su cuerpo hasta que sintió que estaba a punto, listo para liberar todo su contenido.

—Quiero oírte decir cuánto te gusta —gruñó Mahou, sabiendo que el orgasmo que empezaba a sacudir su cuerpo era imparable—. Di que te encanta tenerme hundido en tu cuerpo.

—Me encanta —balbuceó ella incapaz de pensar en nada coherente. En ese momento lo hubiera seguido al mismo averno solo por conseguir llegar al clímax que tensaba su vientre.

Los músculos internos de ella lo atrapaban con firmeza y le rogaba, le suplicaba, que no parase. Entonces por fin el sexo de Coraline se contrajo y explotó con fuertes pulsaciones. Después lo hizo él, tan intensamente que se olvidó de respirar.

—Joder —exclamó saliendo de ella—. Esto ha sido bueno, nena, muy bueno.

Unos minutos más tarde, desde fuera comenzaron a golpear la puerta con insistencia, pero ninguno de los dos prestaba atención.

Coraline se miraba en el espejo mientras se enderezaba su retorcido vestido. Mahou, en cambio, había apoyado el hombro contra la pared y la observaba con expresión relajada.

—Sabes que soy hombre muerto, ¿verdad?

—¿Por qué? —le preguntó ella con inocencia colocándose el pelo. Lo miraba en el reflejo—. No olvides que soy mayor de edad.

—Ni tú que trabajo para tu padre y que confía en mí.

Coraline se volvió hacia él.

—Pues seré yo quien se lo diga.

Mahou respiró con fuerza y sacudió la cabeza.

—No creo que sea el momento.

—¿Cuándo lo será? ¿Cuando mi tío te dé otra paliza?

Él frunció el ceño y entornó los ojos, de repente enfadado.

—¿Lo sabías?

Coraline asintió.

—¿Tan gilipollas crees que soy? —Él la miraba muy serio y ella tragó saliva, nerviosa—. No lo sabía, pero acabas de confirmármelo —mintió. Lo último que deseaba era que tuviera bronca con Obispo. Se humedeció los labios—. No tenemos que decir nada todavía si no quieres,

Mahou.

—Escucha. —Él la cogió del brazo, furioso consigo mismo por cómo se habían desarrollado las cosas y tener tan poca fuerza de voluntad—. No estamos juntos, Cara guapa.

Ella pestañeó con sorpresa.

—¿Esto qué es entonces? —Con la mano libre le clavó un dedo en el pecho y luego se señaló a sí misma—. ¿No estamos juntos? —medió gritó, enfadada—. ¿Por qué? —Sacudió la cabeza —. Y no me digas, no se te ocurra decir, que no sientes nada por mí porque sería mentira, porque yo lo noto y tú lo notas.

Mahou la soltó y de pronto la miró con tristeza.

—No podemos.

Ella resopló. No creía posible que él fuera tan cabezota, pero sí, lo era. ¿Cómo se atrevía a follarla y decir que aquello no podía ser?

—Eres un... mierda. Te acojonan mi padre y mi tío.

Él sacudió la cabeza sonriendo con ironía.

—No te confundas, Cory. Ten cuidadito con eso. Respeto a Caín y lo aprecio demasiado para traicionarlo de ese modo.

—Entonces ¿qué? —Ella se cruzó de brazos. Sus ojos brillaban de forma peligrosa.

—Entonces nada, ¡coño! —A Mahou se le hizo un nudo en la garganta al ver esa vulnerabilidad en su rostro antes de que ella bajara la mirada, herida. Levantó su barbilla con un dedo, obligándola a que alzara los ojos—. Me gustas mucho, Cara guapa, pero es mejor así. Debes comprenderlo.

Los que estaban tras la puerta golpeaban más fuerte, llamando con impaciencia.

—Te dejaré en paz —susurró ella—. Y te joderás cuando me veas con otro —prometió.

Mahou se tensó de solo imaginarlo y con fuerza rodeó sus mejillas.

—¡No! —estalló. Coraline arqueó las cejas con un gesto repleto de sarcasmo—. Dame tiempo, Cara guapa, es lo único que te pido, dame unos malditos días.

Esas palabras la llenaron de esperanza. Por lo menos él no la estaba rechazando. Confiaba en que pudiera solucionarlo de alguna manera. Le acarició la dura mejilla con los dedos, pasando sobre un pequeño corte, y sonrió.

—De acuerdo, pero grabaré nuestras iniciales en un árbol. Es la forma más romántica de hacerte saber que tengo un cuchillo.

Mahou la besó con fuerza, y con un exasperado gruñido, por el escándalo que estaban montando fuera, abrió la puerta fulminado con sus gélidos ojos verdes a las dos mujeres que esperaban alteradas.

—Ya podéis entrar, joder. —Agarró la mano de Coraline y la sacó fuera. Las otras se callaron en el acto cuando vieron su chaleco de cuero y a la banda a la que pertenecía.

Mahou la llevó directamente a la barra, donde Nat y Obispo charlaban. Foca se encontraba con un grupillo de mujeres, bromeando y riendo.

Capítulo 17

El domingo por la tarde, Coraline y Nat fueron las primeras en largarse del apartamento. No querían que nadie sospechara que habían estado con Mahou y sus colegas.

Los demás salieron después. La cabeza de Mahou estaba a punto de estallar con tantas advertencias. Foca y Obispo decían que se había vuelto completamente loco y en el fondo sabía que tenían razón. Quizá la paliza que Ian le había dado había tocado alguna fibra sensible en su cerebro, pero su Cara guapa era real y no podía, no quería dejarla escapar. Sentía que con ella estaba viviendo la historia de amor más bonita del mundo. Puede que no fueran una pareja convencional, pero él deseaba mantener una relación a largo plazo, un compromiso mutuo que los uniera para toda la vida.

Pero antes de llegar a eso, tenía que enfrentarse a Caín, y no estaba seguro de que él lo aceptara como yerno. Sí, Caín decía que lo quería como a un hijo, pero seguramente no lo querría como el marido de su hija, la doctora de Cascade.

Él no tenía una carrera y ni siquiera había terminado sus estudios. Pensó que tal vez no era tarde para remediarlo, que existían centros para adultos donde podría conseguir alguna titulación. Era listo y no necesitaba estudiar mucho para aprender. Recordaba que, en sexto curso, Natividad, su tutora, había pedido una cita con su madre para decirle que le daba rabia que no prestase atención durante las clases y que todavía así aprobara con buenas notas —eso hasta que decidió dejar de asistir a la escuela, porque había encontrado otra forma de divertirse y pasar el rato mucho más emocionante—. Estar en una sala con veinte chavales más escuchando al gilipollas de turno, que en vez de explicar una lección contaba más de su vida o solo mandaba deberes, siempre le había aburrido mortalmente. Además, nunca tenía tiempo para hacer los malditos deberes, porque lo único que deseaba era no poner un pie en esa casa de locos donde le podrían abrir la cabeza en cualquier momento.

No. Ahora tampoco quería estudiar. Llevar el negocio de Caín le proporcionaba todo lo que deseaba. Ni siquiera se lo iba a mencionar a Coraline y borraría de su mente esa estúpida idea de titularse. No tenía que demostrar nada a nadie y tampoco se sentía inferior a los demás. Después de todo era un líder nato, la mano derecha del hombre más temido y admirado de Cascade y sus

alrededores.

A Mahou la gente lo trataba con respeto, casi con reverencia. Se lo había ganado a pulso: era trabajador, sabía escuchar, pero sobre todo, su perspicacia, inteligencia y sus dotes de negociador —algo duras, por cierto— le habían hecho ganar mucho dinero, tanto para él como para el club. Dinero que había invertido en varias propiedades que tenía alquiladas. Además, por mediación de Obispo había comprado junto a Caín y algunos miembros de la banda, todos hombres de confianza, acciones en la exportación de carbón y en tecnología y energía renovable.

De hecho vivían en el club y llevaban la vida que llevaban simplemente porque les gustaba y eran felices. Si a Mahou le diera la gana, podría comprarse la mansión de Justin Timberlake en el exclusivo Yellowstone Club en Big Sky; un área privada que ofrecía una variedad de comodidades, incluyendo 2.900 acres de senderos de esquí y un campo de golf de 18 hoyos.

Pero no se veía llevando una vida tranquila, con criados invadiendo su intimidad y tocándole los huevos continuamente. Tal vez a Coraline le gustase aquello; no vivir apartada del club ni de su trabajo, pero sí tener una casa cerca donde poder estar a gusto los dos cuando no trabajaran.

Caín le había comentado que la familia del hijo de perra de Santiago era bastante acaudalada, por lo que a su Cara guapa no le habría faltado de nada de haber seguido estando con él. ¡Menudo gilipollas! No sabía lo que se había perdido.

Bueno, Mahou tampoco tenía muy claro lo que él había ganado, pues con Coraline el sexo era brutal y estaba teniendo los mejores orgasmos de su vida, pero aunque ella había dicho que quería estar con él, no le había expresado sus sentimientos verbalmente. Tal vez solo deseaba tener a un hombre que le calentara la cama y la sangre durante una temporada, hasta que se cansara.

Que otras mujeres se enamoraran de él a primera vista no significaba que ella también lo hubiera hecho. Pero ¿por qué entonces le dijo ser capaz de enfrentar a su padre? ¿Era posible que lo amara o simplemente encontraba divertido desafiar a Caín?

Mahou sí lo hacía. La amaba. No sabía ni cómo ni por qué, pero desde el mismo día en que ella se fugó de su cama, todos sus pensamientos le pertenecían y sentía que sin Coraline viviría la vida sin vivirla.

Los días siguientes en el club transcurrieron con la habitual algarabía de risas, charlas y la música resonante en el fondo. Sin embargo, algo había cambiado en la relación entre Mahou y Coraline. Era sutil, casi imperceptible para el resto de los miembros, pero para ellos, cada momento estaba cargado de nuevos significados.

Las miradas que intercambiaban eran intensas y llenas de complicidad. En los momentos más inesperados, sus ojos se encontraban y durante unos segundos eternos parecían decirse todo lo que sus labios no podían expresar. En esos breves instantes sus corazones latían al unísono, sincronizados en un ritmo secreto que solo ellos entendían.

Durante algunas reuniones del club en las que Coraline participaba, mientras los demás hablaban de negocios, rutas y motocicletas, ellos se sentaban uno frente al otro aparentando indiferencia. Pero bajo la mesa, sus pies se buscaban y se rozaban, enviando pequeñas descargas de electricidad que recorrían sus cuerpos —en realidad era Coraline quien más lo buscaba a él—. A veces, en el ajetreo del bar encontraban momentos para robarse besos a escondidas. Besos rápidos y furtivos, pero llenos de pasión y deseo. Eran gestos breves, casi robados al tiempo, pero que dejaban un regusto dulce y una promesa de más.

Las conversaciones sin palabras sin duda eran las más profundas. Bastaba una mirada, un gesto, para que supieran lo que el otro pensaba. Se comunicaban en un lenguaje propio, hecho de susurros y silencios. Coraline, con una simple sonrisa, podía transmitirle a Mahou todo el apoyo y el deseo que sentía. Él, con una leve inclinación de cabeza, le respondía con la misma intensidad.

A pesar de todo, ambos fingían ante el resto que entre ellos no había nada. Mantenían una distancia prudente en público, ocultando su conexión bajo un manto de normalidad. Pero cada vez que estaban a solas, el mundo parecía desaparecer y solo existían ellos dos.

Una noche, mientras el club celebraba una fiesta, Mahou y Coraline se escabulleron al aparcamiento trasero y bajo las estrellas se abrazaron y se dejaron llevar por la corriente de sentimientos que los unía. Se besaron con más pasión que nunca, como si cada beso fuera el último. Pero como esos encuentros no podían durar mucho, regresaron cada uno por su lado y con cierto tiempo de diferencia.

Coraline fue la primera en entrar y descubrió que Nat había pasado a visitarla. Se saludaron y se sentaron en una de las mesas que, aunque contenía bebidas de otras personas, en ese momento no ocupaba nadie. El ambiente en el club era vibrante con la música resonando y las risas llenando el aire.

Jess les sirvió dos cervezas y se apresuró a recoger los botellines y los vasos de la superficie para entregarlos a sus dueños. Nadie se atrevió a decirle a la hija de Caín que les había robado el sitio.

Las mujeres conversaban animadamente cuando, de repente, el Diablo del Infierno, acompañado de tres hombres de su banda, irrumpió en el local. El ambiente se congeló en un instante. Había bastantes miembros de los hijos de Caín presentes y todos guardaron silencio al verlos entrar. Alguien, sin pensarlo dos veces, apagó la música sumiendo el lugar en un silencio tenso y expectante.

El aire se cargó de una tensión palpable. Los miembros del club, que minutos antes reían y bebían, observaron con cautela a los recién llegados intentando descifrar las intenciones de los Diablos. Sus pasos resonaron en el suelo de madera, amplificando la sensación de amenaza que traían consigo.

Nat agarró con fuerza la mano de Coraline por encima de la mesa al reconocer a uno de ellos como el sujeto que las echó del granero a ella y a sus amigas y encerró a Daisy en un cuarto.

Coraline respiró despacio, haciendo que Nat la imitara. Tanto la cortina separadora como la puerta principal se encontraban bastante lejos como para escabullirse, de modo que ambas mantuvieron las miradas bajas sobre la mesa.

Los Diablos se acercaron hacia el lugar en el que estaba Caín y comenzaron a conversar de un modo bastante tenso. Ninguna de las dos alcanzaba a escuchar nada y el resto de los presentes pareció retornar a lo que estaban haciendo antes de que esos hombres se presentaran, aunque Eva todavía no puso la música y fingía buscar un CD.

—Se va a liar —susurró Coraline sin despegar la vista de la mesa. Ni siquiera se dio cuenta de que Mahou entraba y se acercaba a Caín.

Nat no se atrevió a decir nada; de hecho, ambas estaban inmóviles como estatuas deseando pasar desapercibidas.

El aire se volvió más denso y cargado de tensión cuando el hijo de Diablo recorrió el local con la vista. Sus ojos escudriñaron cada rincón, cada rostro. Al detenerse en Coraline y Nat, su ceño se frunció visiblemente. Con una mano levantada apuntó con un dedo acusador hacia ellas y sus palabras resonaron como un trueno.

—¡Fueron esas mujeres! —gritó con furia.

Todo quedó en silencio de nuevo, solo interrumpido por el crujido del suelo bajo las botas, alguna respiración fuerte y el tintineo de alguien que sostenía un vaso de licor con hielos.

Coraline y Nat sintieron el calor de un montón de ojos sobre ellas y se miraron entre sí. Tal vez, pensaban, aquel era un buen momento para abandonar el local.

—¿Qué estás diciendo, muchacho? —preguntó Diablo observándolas con las cejas alzadas. Se hizo un camino entre ellos y las mujeres, aunque los hijos de Caín estaban alertas para intervenir en cualquier momento.

Caín dio varios pasos hacia Diablo con Mahou e Ian pegados a sus talones. Rick, Frank, Foca y los demás se quedaron solo a menos de un metro de distancia.

—Digo que fueron ellas quienes esa noche prendieron fuego en el granero —repitió el tipo con firmeza—. Habría reconocido a la rubia y a la del pelo rojo en cualquier lado.

Coraline, que hasta entonces les daba la espalda, respiró hondo armándose de valor y, poniéndose en pie, se giró hacia ellos con el mentón alzado. En sus oídos escuchaba el loco latir de su corazón, que parecía que iba a explotar de un momento a otro.

—Si eres tan valiente —dijo ella en voz alta mirando con odio a quien estaba acusándolas—, diles por qué fue.

El joven apretó los dientes con fuerza sin apartar la vista de ella.

—¡¿Porque eres una puta chiflada?! —respondió vociferando.

Coraline dio un paso hacia él echando fuego por los ojos.

—¡Y tú un puto violador! ¡Tú y tus amigos de mierda! La lástima es no haberos muerto achicharrados.

Cuando el hijo de Diablo intentó caminar hacia ella, se formó delante una barrera de hombres

para que no pudiera arrimarse más.

Mahou se acercó al chico y, sacando su pistola de detrás del pantalón, apuntó a su sien, haciendo que los Diablos levantaran las manos y respiraran nerviosos.

—Vamos a calmarnos —dijo el jefe de la banda rival observando fijamente a los ojos de Mahou. No tenía ninguna duda de que era capaz de apretar el gatillo y volarle los sesos a su chico. En silencio le decía que bajara el arma, pero Mahou no le hizo caso, y solo cuando Caín le hizo una señal, fue que la guardó de nuevo.

—Lo que está diciendo esta «puta chiflada», como tú dices, ¿es mentira? —preguntó Caín con una voz tan fría como el pedernal, que retumbó en las paredes. Pero antes de que el otro le respondiera, advirtió—: ¿Mi hija es una mentirosa?

Si los Diablos ya estaban nerviosos de por sí, en esa ocasión tragaban saliva como locos al saber quién era ella. Podrían agradecer a Dios si salían vivos de allí.

Nadie se atrevió a contestar; y Nat, con voz temblorosa y dejando a Coraline sorprendida, le contó a Caín y a quien quisiera escucharla —que obviamente eran todos— lo que había sucedido aquella noche.

Después de oírlo, Caín se cruzó de brazos y miró a Diablo.

—¿Quieres que lo solucionemos de algún jodido modo?

El otro negó con la cabeza. Aunque no había deseado pensar en ello ni imaginarlo siquiera, algo en su mente siempre le había dicho que el motivo de lo ocurrido había sido por algo así y se sintió ofuscado. Sobre todo decepcionado. ¡Joder! Ellos respetaban a las mujeres. Todos los hombres habían sido criados y amamantados por una, incluso su propio hijo, pero estaba visto que era un canalla cobarde que solo sabía presumir de ser muy macho. No entendía dónde había aprendido ese comportamiento, pero en ese momento la vergüenza lo estaba matando. Pensaba averiguar quién había sido la mujer de la que quería abusar o había abusado, y por lo más sagrado del mundo —se prometió— haría cumplir a su hijo como hombre. Estaba dispuesto a demostrarle que todos los actos conllevaban consecuencias, así tuviera que cortarle las pelotas.

Disculparse con Caín era lo más sensato, pero una de las cosas más humillantes que le tocaba hacer. Sentía que era su obligación, aunque no iba a hacerlo en público. No iba a dar esa satisfacción al resto de los hombres.

Coraline aprovechó a que todos parecían distraídos y más atentos siguiendo los movimientos de los Diablos para marcharse con Nat antes de que la asediaran con preguntas. Eran capaces de obligarla a confesar quiénes eran los hombres que la acompañaron, y había prometido no hacerlo.

Mahou atrapó su mirada antes de irse. Le hizo un gesto con la cabeza, que venía a decir: «Sí, márchate, que si no es tu padre quien te coge del cuello, tal vez lo hago yo».

Capítulo 18

Tiempo atrás, Coraline hubiera tenido que escuchar los reproches de su padre y soportar estoicamente su castigo, pero ya no era una niña. Con su edad, tal vez se llevara una pequeña bronca, no por el hecho de ayudar a alguien, sino por haberse puesto en peligro. Sin embargo estaba segura de que esta vez no la llamaría al despacho; hablaría con ella a solas, cara a cara.

Estaba sentada sobre su cama, con el resplandor azul del teléfono móvil iluminando suavemente su rostro. Llevaba puestos unos cómodos pantalones de algodón y una camiseta holgada, y su cabello aún húmedo de la ducha caía en suaves ondas sobre sus hombros. Sus ojos estaban concentrados en la pantalla y seguían el ritmo de los vídeos musicales que reproducía para distraerse.

Cuando esa noche Caín se presentó en su cuarto ella no se sorprendió. Alzó la vista del teléfono y se encontró con la mirada severa de su padre. No se amilanó ante la dureza de sus ojos. Sabía que la confrontación era inevitable, pero estaba decidida a defender sus acciones y sus decisiones.

El silencio entre ellos se alargó unos instantes, solo roto por el tenue sonido de la música que salía del móvil.

—¿Estás ocupada? —Caín cerró la puerta y se cruzó de brazos en medio de la habitación, con los ojos clavados en ella.

Coraline no se levantó del sitio, pero apagó el dispositivo y lo dejó a un lado. Sentía cómo un nudo de nervios se formaba en su estómago.

—Sé lo que vas a decirme y también sé que llevas razón —dijo con firmeza, aunque su corazón latía con fuerza.

—¿Si lo sabes, por qué coño no llamaste a Bradford? —replicó Caín con un tono más duro de lo habitual.

Coraline lo miró a los ojos, intentando que él entendiera su punto de vista.

—Papá, no lo habría hecho por cualquiera.

—¿Eso debería de aliviarme? —preguntó con sarcasmo, frunciendo el ceño aún más.

Coraline se puso finalmente en pie y se acercó a su lado. Sentía la presión de sus palabras y la

mirada de su padre, pero también la necesidad de defender sus acciones.

—No te hagas el sorprendido, porque lo sospechabas. Fuiste a preguntarle a Nat si yo había ido a esa fiesta.

Caín asintió con los ojos llenos de preocupación.

—Ella me dijo que no —admitió con un tono más bajo.

—¡Por supuesto! —exclamó Coraline—. No te va a contar la verdad cuando es algo que me tenías que haber preguntado a mí. ¿Tú apruebas lo que hicieron esos? —le preguntó desafiante, sintiendo la rabia burbujear dentro de ella.

Caín se ofendió y negó con la cabeza frunciendo el ceño.

—Sabes perfectamente que no —respondió indignado.

—Fui para hablar con ellos de manera racional, pero esos idiotas me trataron como si fuera una mierda pinchada en un palo. No tenían modales ni educación y fueron muy groseros. Los amenacé incluso con llevar a Daisy a urgencias para que le hicieran una analítica —explicó, recordando el desprecio en las miradas de aquellos hombres.

—¿Lo hiciste? ¿La llevaste a algún lado?

—No, ella solo quería ir a su casa —contestó, frustrada y triste.

—Dime la verdad, ¿quién te llevó? —insistió Caín.

Coraline cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si no quieres que te mienta, no me preguntes eso, no pienso contestarte.

—Seguro que fue James o Tommy —murmuró más para sí mismo que para ella.

El corazón de Coraline bombeó con fuerza. Tampoco había que ser muy inteligente para averiguarlo, pues ellos, aunque no se los nombrase, eran los dos hijos de Caín que más estaban en el club y que tenían motocicletas, porque Frank no manejaba y Mahou y los otros estaban con él en ese momento.

—Ellos no estaban —mintió—, pero si hubieran estado se los habría pedido. Aunque seguramente no habrían querido llevarme.

Caín alzó las cejas sin terminar de creerla.

—Eso espero. —Su tono de voz ocultaba una advertencia que ella prefirió ignorar.

Coraline respiró hondo, tratando de calmarse. Sabía que tenía que ser honesta, pero también proteger a quienes la habían ayudado.

—Papá, fue una tontería por mi parte, estaba cansada y rabiosa. Mientras estuve en Madrid, escuché de un montón de violaciones grupales y me repatea las entrañas, de verdad.

Caín frunció el ceño y su expresión se volvió más dura.

—Haberte hecho policía y no médica, o me hubieras llamado a mí.

Ella sintió una punzada de dolor en el pecho. Sabía que su padre estaba preocupado, pero sus palabras la herían.

—Tú no habrías venido —susurró.

Él la miró con fijeza.

—Como se nota que no me conoces bien, Coraline, y me duele —dijo con voz más suave pero cargada de emoción. Ella lo miró incrédula. Sentía una oleada de culpa—. Habría ido por la sencilla razón de que yo también tengo una hija y no me gustaría que unos malnacidos te hicieran daño.

Ella bajó la mirada. ¡Qué estúpida se sentía por haber dudado de él!

—Pero Daisy no es de los nuestros —murmuró, tratando de justificar sus acciones.

Caín negó con la cabeza.

—¿Piensas que eso me importa? ¿Que solo soy capaz de defender a los nuestros?

Coraline supo que acaba de decepcionarlo. Lo había subestimado y ahora se daba cuenta de lo equivocada que había estado.

—Lo siento, no me paré a pensarlo.

—¿Qué tal está tu amiga?

Ella se encogió de hombros.

—Bien, aunque dice que no se acuerda de nada.

Caín se sentó sobre la cama y ella lo hizo a su lado.

Agradeció que no preguntara la típica frase que tanto odiaba y que muchos encontraban como el motor principal de lo sucedido: «¿Daisy iba borracha?» Parecía que esas palabras inclinaban la balanza siempre hacia un mismo lado, como si eso fuera la causa perfecta que explicaba los motivos para ejercer una agresión sexual. Aborrecía esa frase que, aún en aquella época, por desgracia se seguía diciendo. «Se lo ha buscado ella por ir así». ¡No, señor! Ni beber ni vestir de un modo u otro daba derecho a nadie para ser humillada y vulnerar su cuerpo.

Había muchos diablos en el mundo que no tenían mentes calenturientas, sino que disfrutaban haciendo daño, ultrajando, imponiendo su fuerza como si estuviesen en la Edad de Piedra, creyéndose con la libertad de apropiarse de todo lo que encontraban en su camino. Nadie tenía ese derecho y, sin embargo, el planeta entero parecía haber enloquecido. Esa clase de gente no se daba cuenta de que el amor era algo indispensable en la existencia del ser humano. Era cierto que existían otras cosas —dinero, poder, estabilidad—, ¿pero de qué servían si no tenían con quién compartirlo? Porque al final, el miedo más absoluto de una persona era la soledad.

Coraline vio que su padre recorría su dormitorio con la vista, pensativo. En su expresión había un deje de nostalgia.

La habitación seguía estando igual que cuando ella se marchó a Madrid. Las paredes, aunque ligeramente descoloridas por el paso del tiempo, aún mantenían el mismo tono violeta claro que ella había elegido con quince años. El tocador lacado en blanco, que había hecho las veces de escritorio cuando fue al instituto, permanecía en su lugar habitual, con pequeños arañazos y marcas que contaban historias de largas noches de estudio y sueños adolescentes.

El armario de tres puertas, también del mismo color, estaba adornado con marcas de besos rosas y rojos, creación de Coraline después de pintarse los labios. Le había dicho a Eva que no lo limpiase nunca porque era un recordatorio de su adolescencia. Cada beso estampado en la

madera era un testimonio de sus años rebeldes, una huella imborrable de su juventud.

En una estantería, varios peluches descansaban en una alegre desorganización. Un par de ellos le habían tocado en una feria y todavía recordaba la emoción de haber ganado un gran oso tras varios intentos fallidos. Otros habían sido regalos, algunos de su familia, y un par de ellos de sus amigas. Uno de sus favoritos era un conejo de peluche, regalo de Nat en su decimosexto cumpleaños.

A medida que su padre observaba todos estos detalles, Coraline se dio cuenta de cuánto significaba ese espacio para ambos. Era un refugio de recuerdos, de los años que habían pasado y de la niña que había crecido en ese cuarto.

—Te eché mucho de menos mientras estuviste fuera —dijo Caín, tomando su mano con suavidad.

Coraline se arrodilló sobre la cama y le echó los brazos al cuello. Le gustaba el olor de su padre, un aroma familiar que siempre le hacía sentirse protegida.

—Yo también a ti, todos los días —admitió, soltando una suave carcajada—. A veces me planteaba dejarlo todo para estar aquí. Pero luego imaginaba vuestras caras, sobre todo la del tío Ian diciéndome que no lo lograría. Creo que por eso continué, solo por cabezonería. —Se volvió a sentar y bajó las piernas de la cama—. Papá, todavía no te he felicitado por lo de la boda, me alegro muchísimo de que te vayas a casar con Eva —añadió con una sonrisa sincera.

—Sí, bueno, me detuve en lo que me dijiste y llevabas razón. Tengo que pensar en ella, siempre se ha portado muy bien con nosotros y ya va siendo hora de que sea una mujer respetable.

Coraline alzó las cejas y lo miró con un gesto de incredulidad y ojos traviesos.

—La quieres y estabas deseando hacerlo, no digas que solo es por su bien.

Caín sonrió como si lo hubiera cazado por no ser del todo sincero y asintió con la cabeza.

—Tú siempre has sido la más madura de los dos —respondió con afecto.

Ella no estaba muy segura de eso. Si realmente lo fuera, le habría confesado lo de Santiago. De hecho, incluso ese momento habría sido bueno para decírselo, pero no tenía ganas de hablar de él ni de contestar las preguntas que seguramente le haría.

—Entonces ¿qué va a pasar con los Diablos? ¿Te han dicho algo?

Él sacudió la cabeza chasqueando la lengua. Se pasó la mano por la trenza de su barba.

—No, se van a olvidar del tema, estate tranquila por eso. —Le dio una palmadita en la pierna antes de levantarse—. La fiesta se ha acabado y se han ido casi todos. Será mejor que bajes a cenar algo.

—Vale. —Coraline cogió su teléfono y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Se recogió el pelo con una goma, haciendo un moño bastante mal elaborado—. Paso al baño y ahora bajo.

El club había cerrado al público y habían apagado casi todas las luces, dejando solo algunas que iluminaban de forma tenue el interior. De la cocina, donde se habían reunido alguno de los habitantes, flotaban murmullos de conversaciones que comentaban lo sucedido con los Diablos

del Infierno.

Coraline descendió las escaleras y, antes de dirigirse hacia allí, se asomó a la parte trasera por si veía a alguno de los hermanos, con la intención de asegurarles que todo estaba bien y que no los había delatado.

Al abrir la puerta, el aire fresco de la noche la envolvió. El sonido de unas voces llamó su atención. En la penumbra, vio a Frank conversando con un alterado Jacob, que no dejaba de hacer aspavientos con los brazos. La luz de una farola cercana proyectaba sombras en los rostros de los hombres acentuando la expresión de enojo de Jacob.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, acercándose con cautela.

—Nada, Cory —respondió Frank.

—¿Cómo que no pasa nada? —Jacob se dirigió hacia ella mirándola con rabia—. ¿Tú sabes el lío en el que nos has podido meter con los Diablos? ¿Tú estás tonta o qué te pasa?

Coraline se quedó sorprendida por el tono de su voz, que parecía un rugido de furia contenida. Al principio no supo cómo reaccionar, pues vio que las venas del cuello de Jacob se hinchaban por la ira y que tenía los puños cerrados con fuerza a los costados.

—¡No le hables de esa manera! —advirtió Frank, dando un paso adelante.

—Le hablo como me sale de la polla y es mejor que no te metas, Frank —replicó Jacob, lanzando una mirada de advertencia a su compañero.

Coraline sintió un chispazo de enfado arder en su pecho.

—Lo que tienes que hacer es largarte de aquí, Jacob. Lo que yo haga no es de tu incumbencia.

Jacob se echó hacia adelante con un gruñido.

—¿Enfrentarte a los Diablos no me incumbe? —preguntó con ironía e incredulidad.

—Jacob, he dicho que te largues —repitió Coraline con los ojos fijos en él—, no pienso hablar contigo.

El hombre estaba a punto de decir algo más, pero cerró la boca de golpe al sentir la puerta que se abría y los pasos que bajaban los peldaños. Los tres volvieron sus rostros hacia Rick, Foca y Mahou, que acababan de salir y los miraban con curiosidad.

Desde donde estaba, Coraline observó a Mahou y sintió un latido acelerado en su pecho. Había algo en él, en su presencia imponente y su aura de peligro, que la atraía como la luz a una polilla. Su manera confiada de andar y sus ojos verdes que reflejaban una intensidad que parecían atravesarla la hacían sentir vulnerable y protegida al mismo tiempo. Trató de leer su mente, pero la mandíbula de Mahou, marcada y firme, se tensaba apenas mientras evaluaba la situación. A pesar de su apariencia ruda, había algo profundamente cautivador en su semblante. El tatuaje que adornaba su brazo le daba un aire de rebeldía que ella encontraba fascinante. Cada movimiento suyo era calculado y preciso, como si siempre estuviera preparado para enfrentarse a cualquier amenaza.

Mientras Rick y Foca intercambiaban miradas, Mahou se quedó observando a Coraline un segundo más de lo necesario, y en ese breve instante, ella sintió una corriente de electricidad

recorrer su cuerpo. Era consciente del peligro que él representaba, pero esa misma peligrosidad era lo que la mantenía hipnotizada. Había algo en la forma en que él la miraba, una mezcla de desafío y protección, que hacía que su corazón latiera con fuerza.

No podía evitar sentir una atracción visceral hacia él, no solo por su físico atractivo, sino por la sensación de seguridad y aventura que traía consigo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rick, al ver que todos se habían callado de repente.

Frank asintió con la cabeza y miró al más veterano con cara seria.

—Jacob está discutiendo con Cory por lo de los Diablos.

Mahou, con ojos demoledores, se dirigió a Jacob con pasos firmes. Era más alto, fuerte y prácticamente obligó al otro a que levantara la cabeza.

—Ese tema está solucionado —susurró de un modo tan peligroso que Jacob comenzó a sudar bajo su chaleco—. ¿Qué problema tienes?

—Ella podría haber iniciado una guerra —replicó.

Mahou no dejaba de mirarlo serio, frío, como si quisiera despedazarlo.

Rick agarró el brazo de Jacob en un intento por apaciguar los ánimos.

—Será mejor que te vayas a casa con tu mujer y tu hijo. Está claro que necesitas un buen coño esta noche.

Jacob dio unos pasos hacia atrás, sintiéndose de repente un poco atosigado. Se sacudió la mano de Rick de encima.

—¡No puedo creer que nadie vaya a decirle algo!

—¿Quién te crees que eres para juzgarme? —preguntó Coraline.

—Un hijo de Caín, Cory, eso es lo que soy —respondió con orgullo.

—Compórtate entonces como tal —dijo Mahou, que poco a poco se había colocado entre él y la mujer, quitándole a ella la visión que tenía de Jacob—. Si tú o cualquier otro no está de acuerdo con la decisión de Caín, ya sabe dónde tiene la puerta. Nadie te obliga a que permanezcas aquí. —Anduvo lentamente hacia él, haciéndolo retroceder—. Deja de portarte como un crío por una puta vez.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Jacob apretó los dientes con furia y con una mirada iracunda solo dirigida a Coraline, que se había deslizado hacia Frank para poder observarlo, se subió a su motocicleta y se marchó.

—Ese gilipollas siempre me ha tenido rabia —susurró Coraline. Todos se volvieron a mirarla, pero ella les dio la espalda antes de que alguno de ellos también se atreviera a echarle en cara el tema del granero, Con pasos firmes y seguros caminó hacia el edificio sin mirar atrás.

Foca y Mahou fueron los siguientes en regresar al interior.

—El jodido de Jacob tiene parte de razón —susurró Foca.

—Estoy bastante cabreado con ella —dijo Mahou—. Pero es la hija de Caín y eso no lo cambia nada.

—¿De verdad lo dices porque es la hija de Caín o solo porque te la estás follando?

Mahou lo miró con dureza. Era posible que su colega lo estuviera pinchando adrede, pero no quería bromas ni tonterías sobre Coraline.

—¿Problemas? —le preguntó.

Foca soltó una carcajada y sacudió la cabeza, divertido.

—¡Sí que estás encoñado! Anda, vamos a tomarnos unas cervezas.

Capítulo 19

El parque de caravanas estaba sumido en la oscuridad, salvo por la suave luz de las farolas que proyectaban sombras sobre la gravilla. Se había levantado un poco de viento que soplaba suavemente, haciendo crujir las ramas de los árboles cercanos y movía pequeños remolinos de polvo. Jacob estacionó su motocicleta y caminó hacia su caravana con el rostro tenso y los puños apretados. No terminaba de entender cómo sus propios colegas defendían a Coraline después de que lo que había hecho.

Su mujer le esperaba en la puerta, con los brazos cruzados y una expresión de preocupación.

—¿Dónde has estado? —le reprochó ella—. La fiesta en el club acabó hace horas.

—Me quede un poco más —respondió con brusquedad, sin detenerse a mirarla.

—¿Otra vez con ese asunto de Coraline? —replicó al tiempo que lo seguía hacia el interior de la caravana. Ella no había podido acudir esa noche porque debía cuidar de su bebé, pero las noticias de que la propia hija de Caín había sido quien incendiara el granero volaron por toda la comunidad cuando fueron llegando los demás miembros que vivían allí, comentándolo.

Jacob se volvió hacia ella, con el rostro contorsionado por la ira.

—¡Esa mujer nos ha puesto en peligro! ¿Entiendes lo que eso significa? —gritó.

—No entiendo por qué la odias tanto, Jacob. Coraline siempre se ha portado bien con todos nosotros. ¿Qué te pasa? —preguntó ella, suavizando su voz para no despertar al niño que dormía en su cuna y, de paso, tratar de calmar a su hombre.

—¡No es odio! —exclamó, golpeando la mesa con el puño cerrado—. ¡Es... es frustración! —Sus palabras se entrecortaban, como si luchara por encontrar la explicación adecuada.

—¿Frustración? —repitió ella, alzando una ceja—. ¿O es que estás enamorado de ella y como no puedes tenerla, haces todo lo posible por culparla de todo?

Jacob se quedó en silencio durante unos largos segundos. Aquellas palabras resonaron en su mente como golpes de martillo. Sintió vergüenza y rabia. Fue incapaz de responder al comentario de su mujer, que lo había herido en lo más profundo, tocando un nervio sensible.

—Cállate —murmuró girándose hacia la puerta.

—¿Vas a huir otra vez? —le gritó ella—. ¡Eso es lo único que sabes hacer!

Sin contestar, Jacob salió de la caravana y se adentró en la noche. El aire cálido lo envolvió, pero no logró calmar su furia interna. Mientras caminaba, sentía la presión de los ojos de su mujer sobre la espalda, incluso a la distancia.

La comunidad estaba silenciosa, solo perturbada por el crujido ocasional de las hojas y el murmullo del viento. Jacob avanzó con pasos firmes tratando de alejarse de los pensamientos tumultuosos que lo acosaban. Muchas veces se había preguntado por qué actuaba así con Coraline. Tal vez se debía a que ella nunca lo había mirado como lo hacían las demás mujeres. Nunca le había caído bien a ella y le jodía en el alma que prefiriera estar siempre acompañada por los hermanos.

Hubo un tiempo que deseó casarse con ella, no porque fuera guapa, pues en realidad era una cría desgarbada cuando la conoció, pero en su imaginación era él quien debería estar junto a Caín, compartiendo con él sus triunfos y llevando una vida más desahogada que la que llevaba ahora.

Volvió a mirar atrás. Las luces de la comunidad cada vez estaban más lejos, pero tuvo la sensación de que alguien lo seguía. Continuó caminando, de vez en cuando se detenía y miraba a su alrededor, pero solo veía sombras y escuchaba el susurro del viento.

La sensación de ser observado se intensificó a medida que se acercaba al antiguo puente. Cada crujido y cada sombra parecían estar acechándolo para engullirlo cuando menos lo esperara.

Una vez en la pasarela, el lugar que siempre había encontrado reconfortante por su serenidad y donde se iba a pensar cuando estaba cabreado, apoyó las manos en la fría barandilla de metal y respiró hondo, tratando de calmarse. Su corazón latía con fuerza como una bomba de relojería a punto de marcar el momento exacto para explotar.

El sonido de unos pasos que se acercaban lentamente hizo que se tensara. No pensaba que su mujer lo hubiera seguido hasta allí porque nunca dejaba al bebé solo. Giró la cabeza y vio una figura conocida. No podía distinguir los rasgos en la penumbra, pero la silueta era inconfundible. El recién llegado le ofreció una sonrisa, sacó una petaca de su chaqueta y se la ofreció.

—Un trago de whisky para calmar los nervios —dijo, con voz suave y tranquilizadora.

—No esperaba verte aquí. ¿Me has seguido? —le preguntó Jacob, extrañado. Aceptó la petaca con manos temblorosas y bebió un largo sorbo. El líquido caliente descendió por su garganta.

—En realidad vine a dar una vuelta y noté como salías de casa. ¿Has discutido con la parienta?

—No es asunto tuyo —respondió Jacob. De pronto comenzó a sentir una extraña somnolencia. Los párpados le pesaban y una sensación de letargo se apoderó de su cuerpo. Entre brumas observó la petaca y frunció el ceño—. ¿Qué me has dado, hermano?

—Es whisky, amigo.

Jacob trató de mantenerse despierto, pero antes de poder hacer algo, todo a su alrededor se volvió negro.

La noche volvió a sumirse en el silencio mientras su cuerpo caía inerte al suelo.

***

Los hijos de Caín volvían a estar de nuevo en el punto de mira de Cascade y los pueblos más cercanos. Coraline se enteró una mañana en la que escuchaba con mortal aburrimiento a Aaron, cuyo único tema de conversación, cuando no hablaban de enfermedades y pacientes, eran los preparativos de su boda. Escucharlo, al principio, no estuvo mal, a pesar de que le daba un poco de envidia. Le recordaba a ella misma y a Santiago y a las muchas tardes que se sentaron a charlar planificando cómo y dónde se casarían. Ambos habían coincidido en que querían muchas flores en una gran catedral y una veintena de platos de degustación en un lujoso restaurante.

Durante una charla telefónica con su amiga, Coraline llegó a sugerirle a Nat que le pegase un tiro si algún día veía que se volvía tan ñoña y pesada como su compañero de trabajo, aunque con una sonrisa maliciosa, trataba de imaginar a Mahou haciendo una coreografía con ella delante de todos los invitados al ritmo de la música de *Yesterday* de Los Beatles. Se partía el culo de solo imaginar su impresionante cuerpo danzando y haciendo piruetas en una pista de baile. Desde luego esa fantasía le quitaba todo su sexapil.

Una de las auxiliares entró en la sala donde tomaban café y, cerrando la puerta detrás de ella, interrumpió la sexta descripción de lo que haría Aaron al ver entrar a su novia en la iglesia y de cómo reaccionaría. Coraline, por lo poco que había llegado a conocerlo esos días, apostó a que se pondría a llorar de la emoción. Ver a un hombre con el rostro surcado de lágrimas precisamente ese día no parecía ser un buen augurio.

La auxiliar se acercó a ellos para contarles el último chisme.

—Ha habido otro asesinato —les dijo con un susurro, captando enseguida la atención de Aaron y Coraline. Ambos la miraron con curiosidad y la mujer saboreó por unos segundos la expectación de sus oyentes—. En esta ocasión, dicen que se trata del hijo de Diablo. —Miró a Coraline, porque como ella era nueva tal vez no sabía de quién hablaba—. Es uno de las bandas del pueblo y se rumorea que puede haber sido algún miembro de los hijos de Caín.

—¡Eso es imposible! —exclamó Coraline, mirando a la auxiliar con severidad.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —le preguntó ella, molesta de que la nueva se atreviera a cuestionar sus palabras. Todavía no conocía del todo a la doctora, aunque ella misma tan solo llevaba en el Medical Center un par de años y no había tenido la ocasión de acercarse mucho a su consulta. Pero lo que había visto de ella le sugería que era la típica niña pija que se adaptaba con facilidad a cualquier situación y que tenía un ego demasiado elevado para su gusto. Muchos doctores se creían el ombligo del mundo por su capacidad de salvar vidas, y esta no era diferente.

—¿Han atrapado al culpable? —inquirió Coraline con otra pregunta, apartando su taza de descafeinado sobre la mesa.

—No. Al parecer hace poco hubo una historia chunga entre las dos bandas. Estoy segura de que ha sido un ajuste de cuentas.

Coraline alzó las cejas con ironía y asintió.

—Sí, claro, y es posible que el asesino de Susan y de la otra mujer no tengan nada que ver con esto —se mofó, ofendida de que esa anodina auxiliar hablara con tal desprecio de su familia.

—Está claro que el asesino debe estar entre ellos —respondió con una seguridad que Caroline sintió como una patada en los mismos ovarios.

«Y que tú te puedes quedar sin dientes, bonita», pensó, clavando en ella una dura mirada.

Coraline se levantó estirando su bata blanca y sacó su móvil del bolsillo.

—Aaron, voy a llamar un momento por teléfono, avísame si me necesitas. —Salió de la sala y se alejó unos cuantos metros para que esa chismosa de pacotilla no la escuchara hablar.

—¿Qué le pasa a esta? —preguntó la auxiliar al residente, sin entender qué tanto le importaba a la doctora ese tema.

Aaron la miró con desdén. Su novia le había hablado de esa mujer y no caía muy bien entre las demás auxiliares. Aunque llevaba un tiempo viviendo en Cascade, muchos continuaban considerándola una forastera.

—Porque la doctora Coraline es la hija de Caín —respondió cortante. Se marchó satisfecho al ver que ella demudaba el semblante.

Los forenses volvieron a certificar que el hombre asesinado había sido una víctima más del criminal que asediaba el pueblo. El *modus operandi* había sido el mismo: ahogado con lo que parecía ser una cuerda delgada, después de haberle suministrado un potente somnífero. La escena del crimen era escalofriante; el cuerpo yacía en una cuneta, con los ojos abiertos en una expresión de terror congelado, como si hubiera visto a la muerte misma acercarse.

El sheriff Bradford Snipe cada vez tenía más certeza de que se trataba de un vecino del pueblo. Además, debía ser alguien que los conocía bien, pues en todos los casos el sedante parecía haber sido ingerido por propia voluntad; en un refresco, un vaso de agua o cualquier otra bebida. La precisión y el conocimiento del asesino sobre sus víctimas eran inquietantes.

Las otras dos víctimas anteriores habían sido halladas de la misma manera. Susan, la segunda asesinada, fue encontrada en su propia casa en el sofá del salón, con la televisión aún encendida. La primera mujer, sin embargo, fue descubierta en una calle oscura, su cuerpo abandonado como si fuera un desecho. Cada escena del crimen tenía un aire de macabra familiaridad, un patrón que el asesino seguía con precisión escalofriante.

El pueblo estaba sumido en el miedo y la desconfianza. Las sombras parecían más largas y las noches, más oscuras. Nadie se sentía seguro, y el asesino seguía suelto, acechando en las sombras, esperando a su próxima víctima. El misterio y el terror se cernían sobre la comunidad y el sheriff Snipe sabía que el tiempo se agotaba para detener al culpable antes de que se cobrara otra vida. Y no se confundió en absoluto, pues todavía no se había celebrado el sepelio del hijo de Diablo cuando apareció un cuerpo más. En esta ocasión se trataba de Jacob, al que su mujer llevaba echando de menos bastantes días. Las autoridades llegaron a descubrir que él había

fallecido antes que el hijo de Diablo, pero no había sido hasta ese momento que no encontraron su cuerpo semienterrado debajo de un puente por el que apenas corría un riachuelo.

El Black Rose era el lugar perfecto para reunir a las dos bandas. La luz de las lámparas colgantes proyectaba sombras sobre las mesas y el suelo de madera desgastada. El olor a tabaco y whisky impregnaba el aire y se mezclaba con el murmullo de conversaciones en voz baja y el ocasional tintineo de vasos.

Caín y Diablo, junto a sus hombres de más confianza, se pusieron en una de las mesas del fondo, convencidos de que debían atajar el problema antes de que estallara del todo. El sheriff, Bradford Snipe, también fue invitado, pues ambos bandos necesitaban contar con un testigo para todo lo que discutieran, aunque aquello estuviera por encima del marco de la ley.

Caín, con las manos cruzadas sobre la mesa, miró a Bradford con seriedad. El sheriff, después de recorrer con la vista a cada uno de los presentes, se acomodó en su silla.

—Me parece bien si queréis vigilar a vuestra gente, pero no permitiré que nadie se tome la justicia por su mano. Bastante asustado está el pueblo ya como para que os comportéis como si nosotros no existiéramos —dijo Brad, de forma razonable.

Diablo, con una expresión de enfado, se inclinó hacia adelante. Su voz resonó en la sala cuando lo increpó:

—¿Qué demonios estáis haciendo vosotros?

Caín asintió, mostrando su acuerdo con Diablo.

—Son cuatro asesinatos y, Bradford, estáis igual que al principio: sin nada —añadió, en voz baja, cargada de reproche.

El sheriff respiró hondo antes de responder.

—La semana pasada nos pusimos en contacto con los federales. Tratarán de enviar a alguien un día de estos —explicó. Unos murmullos fuertes se alzaron entre los presentes, que el mismo sheriff se vio obligado a silenciar—. Están preocupados, pero tienen falta de personal. Creen que esto solo es una guerra entre bandas.

—Susan no pertenecía a ninguna —afirmó Caín, con la mirada fija en él.

—Todos sabemos que Ian tiene un rollo con la señora Franklin; por lo tanto, era una de los vuestros —dijo Bradford.

Ian se levantó de su silla con furia y paseó sobre el suelo de madera con pasos pesados. Rick y Obispo trataron de calmarlo, poniendo una mano en su hombro.

—¿Qué quieres que hagamos, Brad? —Caín se inclinó ligeramente hacia adelante—. No podemos cruzarnos de brazos sin más.

El sheriff paseó la vista por todos los rostros que lo observaban con atención y finalmente se encogió de hombros con resignación.

—No sé qué deciros, más que intentéis cuidaros entre vosotros. Os interesa tan poco como a mí que vengan los federales a husmear por aquí —admitió.

Diablo golpeó la mesa con el puño cerrado.

—¿Ese es tu consejo? ¿Esperar a que esos malditos federales hagan algo y mientras nos protejamos? —gruñó con rabia.

Caín sacudió la cabeza.

—Nuestros amigos y familiares están siendo asesinados. Tiene que haber algo más que podamos hacer.

El sheriff levantó una mano tratando de calmar el ánimo en la sala.

—Entiendo vuestra frustración, pero no podemos permitir que todo se descontrole. De ser así, podríamos acabar en una situación aún peor —advirtió.

Rick intervino.

—Sheriff, con todo el respeto, parece que la ley no está haciendo mucho para protegernos. Necesitamos actuar antes de que haya más víctimas.

Bradford suspiró y se pasó una mano por el cabello. Había dejado el sombrero sobre la mesa.

—Estamos haciendo todo lo que podemos con los recursos que tenemos. Pero sí, admito que necesitamos hacer más —concedió.

Mahou se adelantó mirando a Diablo a los ojos. Lo que iba a decir no le entusiasmaba lo más mínimo, pero tal vez era lo más coherente.

—Opino que deberíamos colaborar juntos. Podemos patrullar las calles por las noches, estar atentos a cualquier movimiento sospechoso. No necesitamos tomar la justicia por nuestra mano, solo ayudar a prevenir más crímenes —propuso, tratando de encontrar un punto medio.

Diablo asintió al notar la lógica en su sugerencia, aunque eso significaba tener que ver todos los días a algún hijo de Caín invadiendo su territorio.

—Suena razonable. Podemos organizar turnos de vigilancia y mantener contacto constante con vosotros, sheriff.

Bradford se frotó la barbilla y consideró la propuesta.

—Está bien. Pero quiero que quede claro: cualquier cosa sospechosa que veáis, me lo reportáis inmediatamente. No quiero héroes ni vengadores en esta ciudad.

Caín asintió aceptando las condiciones.

—De acuerdo. Trabajaremos juntos para mantener la paz y la seguridad en este pueblo —dijo al tiempo que extendía la mano hacia Bradford.

El sheriff se la estrechó sellando el acuerdo. Luego hizo lo mismo con Diablo y la tensión en la sala comenzó a disminuir. La decisión de colaborar juntos no era muy agradable, pues las rencillas entre los dos bandos se intensificarían, sobre todo entre los más jóvenes.

La reunión continuó con más detalles sobre cómo se organizarían las patrullas y cómo se coordinarían con la policía. A medida que la noche avanzaba, los hombres se sintieron más unidos en su propósito, aunque el miedo a lo desconocido seguía latente en el aire cargado de humo y susurros.

Capítulo 20

—Estás muy pensativo desde que llegamos, Mahou. Suelta de una vez lo que se te pasa por la jodida cabeza —dijo Caín, con una mirada inquisitiva.

—Estoy preocupado —admitió rascándose la barbilla mientras clavaba la mirada en el suelo —. El otro día, Jacob acusaba a tu hija de causar un enfrentamiento por lo del granero. —No había hablado con Coraline de ese tema, porque sabía que Caín ya lo había hecho y porque además ella no iba a hacerle ni puto caso en todo lo que le dijera. Pero una cosa era lanzar la moto de Jacob al río y otra muy diferente presentarse con un par de ovarios a una fiesta, para sacar a una de sus amigas de allí. De haberse enterado antes de que ella había sido la justiciera, no hubiera sabido cómo habría actuado, si gritando como un loco energúmeno o encerrándola hasta que sentara la cabeza.

Caín asintió, inquieto.

—Me lo dijo Frank. ¿Y qué? —preguntó con un tono que mostraba que no veía la gravedad del asunto.

—Será una chorrada, pero esa noche Jacob hablaba del hijo de Diablo y ahora los dos están muertos. ¿Por qué motivo? —Mahou frunció el ceño, incapaz de sacudirse de encima la sensación de que algo no cuadraba.

Caín se encogió de hombros y sugirió con tono incrédulo:

—¿Crees que podrían estar relacionados entre ellos? ¿Algún trapicheo que tuvieran?

Mahou torció el gesto y negó con la cabeza, frustrado.

—No lo sé, pero hay algo que se me escapa.

Caín se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho mientras meditaba acerca de la situación.

—Puede tener sentido si Jacob defendía a los Diablos. De todas formas, quiero que reúnas a los muchachos del club y que alguien vaya a buscar a Rick. Necesito hablar con todos vosotros —ordenó.

Mahou asintió y se levantó de la silla.

—De acuerdo, lo haré ahora mismo.

Una hora más tarde todos estaban reunidos en el salón y el murmullo de conversaciones en voz baja llenaba el aire. Caín estaba de pie al frente de la sala, con una expresión pensativa. A su lado, Eva y las dos camareras también esperaban expectantes.

Mahou estaba de pie con los brazos cruzados, apoyado contra una de las columnas forradas en madera. No había visto a Coraline en todo el día y no podía dejar de pensar en ella. Le preocupaba que se fuera tan temprano y sola al centro médico. Aunque la distancia no era mucha y siempre iba en su furgoneta, quería proponerle a Caín que alguien la acompañara y la recogiese a la salida. A él le habría encantado ofrecerse para tal tarea, pero sabía que Ian no se lo iba a permitir y él no quería forzar las cosas.

Mientras miraba el suelo, pensaba en que debía confesar a Caín que amaba a su hija, pero también estaba esperando que Coraline le hablara del cerdo de su exnovio. ¡Joder!, era todo tan complicado; demostrar, jurar, prometer que sería fiel a Coraline cuando de vez en cuando la zorra de Enid seguía buscándolo. Cayó en ese momento en la cuenta de que, desde que conoció a Coraline, no había estado con ninguna otra mujer.

El murmullo en la sala aumentó brevemente antes de que Caín levantara una mano para llamar al orden. Mahou, sorprendido por sus propios pensamientos, incluso consideró la tonta idea de llamar a su madre después de tanto tiempo, para saber de ella y contarle que tenía novia. Pero en ese momento, su atención volvió al presente, al problema que tenían entre manos.

Una puerta se abrió con brusquedad detrás de él y se volvió sobresaltado. Coraline entró en la habitación enderezándose la ropa y un poco agitada. Se disculpó con todos ellos.

—Lamento llegar tan tarde —dijo, apartando con rapidez la vista de Mahou y mirando a su padre—. ¿Por qué querías que viniera? He tenido que dejar a un paciente a medias. —Observó el rostro de los demás y frunció el ceño, preocupada—. ¿Qué ha pasado ahora?

—Necesitaba hablar con todos —dijo Caín señalando las mesas—. Sentaos un momento.

Coraline y Mahou echaron mano a la misma silla al mismo tiempo y la palma de ella se posó por un pequeño instante sobre el dorso de la de él. El tiempo pareció congelarse entre ellos y la muchacha sintió un calor inesperado recorrer su cuerpo mientras una chispa de electricidad la hacía estremecerse. Su corazón dio un vuelco y una ola de nerviosismo la invadió.

Mahou, sintiendo también la tensión del momento, sugirió nervioso:

—Toma, siéntate tú.

—Yo cojo otra, no importa, no te molestes —replicó ella en un intento de sonar despreocupada, aunque su voz temblaba ligeramente.

—No te preocupes, coge esta —insistió Mahou con una sonrisa forzada.

El tira y afloja continuó, con ambos moviendo la silla hacia y lejos del otro, como si estuvieran en una especie de danza cómica. Ian los miraba con el ceño fruncido y Caín, con una paciencia apenas contenida, finalmente soltó:

—¿Queréis dejar de hacer el gilipollas con esa jodida silla?

El fuerte vozarrón del hombre resonó en la sala haciendo que ambos la soltaran al mismo

tiempo, como si hubiera quemado. Se apresuraron a elegir otras bien separadas entre sí, intentando evitar el contacto visual. El resto los miraba atentos con la risa pintada en los ojos, pero sin atreverse a expresarla por completo porque la situación no era la más adecuada.

Coraline, todavía sintiendo el calor en su mano y el rubor en sus mejillas, trató de concentrarse en lo que su padre tenía que decir, pero se atrevió a mirar a Mahou de forma furtiva. Apretó los labios con fuerza para no soltar una carcajada.

Mahou no pudo evitar sonreír internamente al tiempo que en silencio se maldecía por querer tanto a la grandísima *hija de Satanás.*

—A partir de ahora hay unas directrices que marcaré y se cumplirán a rajatabla —comenzó a decir Caín paseándose entre ellos como si fuera un profesor de secundaria. Los presentes intercambiaron miradas de no entender nada—. En primer lugar, se van a suspender los espectáculos por ahora y no quiero ver a ninguna bailarina por aquí. Lo lamento, Frank.

—No pasa nada, lo entiendo —respondió el hombre, con un ligero tono de decepción.

Caín continuó hablando.

—Frank, tú y Foca mantendréis a Coraline vigilada.

Mahou, con los brazos cruzados, aplaudió en su mente la decisión, mientras Coraline, con una expresión de incredulidad y descontento, levantaba una ceja y replicaba:

—¡Venga ya! ¿Nos estamos volviendo neuróticos o qué?

Caín la ignoró deliberadamente y señaló a Golden y a Rick.

—Hablad con los muchachos en el parquin y os quedáis allí vigilando todo lo que se mueva —ordenó.

Rick todavía seguía viviendo en el parque de caravanas, por lo que para él no suponía ningún problema. Golden, bastante adaptable y siempre dispuesto, tampoco dijo nada. De hecho, en la comunidad de caravanas había unas chicas muy monas, lo que lo mantenía más que contento.

Mahou miraba a Coraline de reojo. Notaba la molestia en su expresión. La situación estaba lejos de ser la ideal, pero sabía que su seguridad era primordial. Los demás también intercambiaban miradas, conscientes de la gravedad del asunto.

—Ian, me harías un favor si te alojaras en el pueblo y pusieras atención y oídos a lo que se dice por ahí.

Ian afirmó con la cabeza.

—Me iré a casa de Prudence —respondió.

Caín asintió y se giró hacia Mahou y Obispo.

—Bien, vosotros venís conmigo. Los negocios no podemos pararlos —declaró.

—¡Qué estupidez! —musitó Coraline haciendo muecas de desagrado y cruzando los brazos. Caín puso las manos sobre su mesa con un golpe seco, sobresaltándola.

—¿Tienes algún problema? —preguntó desafiante.

Ella, sorprendida por el golpe, intentó mantener la calma.

—No, pero... —comenzó; sin embargo, su padre la interrumpió, mirando al resto de los

presentes.

—No vamos a arriesgarnos. Eva, no saldrás si no es conmigo —siguió diciendo, con un tono que no dejaba lugar a réplicas.

Eva, que pensaba que se había librado, aunque no tenía pensado salir sola, se posicionó junto a Coraline. Comprendía que en ese momento todos podían estar en peligro, pero no le gustaba nada tener que acatar órdenes.

—No necesito guardaespaldas. Contigo no puedo ir ni a hacer la compra. Siempre estás metiéndome prisa para todo y... —Se detuvo abruptamente cuando Caín clavó sus iris claros sobre ella. Se mordió el labio, ante la intensidad en los ojos de su futuro esposo, y decidió no continuar con la queja.

Jess alzó una mano para llamar la atención de su jefe.

—¿El club va a cerrar? —preguntó.

Caín la miró con rostro serio.

—De momento el sheriff no nos obliga, pero si necesitas marcharte por unos días...

Eva, que estaba sentada cerca, se levantó bruscamente con los brazos cruzados y mirada furiosa.

—Entonces cerramos. Si no hay camareras, no me vas a tener a mí como una esclava sirviendo bebidas, ni a Coraline, que ella tiene bastante con su trabajo.

Mahou también sacudió la cabeza.

—Eva tiene razón, a menos que quieras ponernos a nosotros detrás de la barra —añadió, con una sonrisa irónica.

Coraline, sin mirarlo, susurró traviesa:

—No le des ideas.

Mahou respondió en un tono suplicante:

—Caín, yo hago cualquier cosa, pero no me pidas eso.

Frank se inclinó hacia delante.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció—. Si no hay espectáculo, tengo mucho tiempo libre. Cuando Foca esté con tu hija puedo servir copas perfectamente.

Coraline volvió la cabeza para mirar a las camareras y susurró con una sonrisa cómplice:

—Habéis tenido suerte. Alguien hará vuestro trabajo.

Los ojos de Caín se entrecerraron y su mandíbula se tensó, enfadado.

—Esto es serio y lo estás tomando a risa, Coraline —espetó.

Ella se encogió de hombros y respondió sacudiendo la cabeza:

—No —dijo, obcecada—. Pero ¿me has sacado de mi trabajo solo para decir cómo va a funcionar esta fortaleza a partir de ahora? ¿Qué pasa si me apetece ir con Nat a la ciudad el fin de semana? ¿Me lo vas a prohibir o tendré que ir acompañada? Nos estás castigando por culpa de un loco.

Mahou intervino con voz grave.

—No te castiga, Cory. ¿Acaso no entiendes que es peligroso? Joder, no es tan difícil de comprender.

—Entiendo que estés molesta, Coraline, pero esto es por tu seguridad —dijo Caín, esta vez de un modo más suave pero firme.

Coraline resopló frustrada con Mahou. No era ninguna estúpida y no iba a permitir que nadie la tratase como tal. Observó a los demás y todos guardaron silencio, como si realmente se hubiera vuelto loca. Puede que su reacción hubiera sido excesiva, pero el único sitio seguro donde podía encontrarse a escondidas con Mahou era en Great Falls y la jodió un montón tener que cambiar de planes.

Caín se mordió el labio inferior, pensativo.

—Desde luego tienes una relación muy liberal con tu novio español. ¿A él no le importa que salgas a divertirte sola hasta las tantas de la mañana?

Por unos segundos ella se quedó boquiabierta y sintió una oleada de furia nadando salvaje en cada centímetro cúbico de su sangre. Apretó los puños con fuerza y respiró hondo.

—Santiago y yo rompimos antes de venirme yo, pero sí, soy libre para...

Caín pestañeó con sorpresa y alzó las cejas.

—¿Qué cojones significa eso de qué rompisteis?

Todos los músculos de Ian se tensaron en su silla e inevitablemente miró a Mahou. Adivinó que él lo sabía, pues tenía los ojos puestos con indiferencia sobre una de las mesas mientras el resto contemplaba a Coraline, que había enrojecido hasta el nacimiento del pelo.

—Sí, no quise decirlo antes porque no quiero hablar de ello. Pero ahora mismo esto no viene a cuento. —No pudo sostener por mucho tiempo la mirada de su padre y se rindió—. De acuerdo, llamaré a Nat y le diré que por unos días no se acerque y que tenga cuidado. Eso sí puedo hacerlo, ¿no?

Durante unos largos segundos Caín no apartó los ojos de ella. Finalmente asintió sin comprender cómo Coraline había tardado tanto en decir algo como eso.

***

El día que enterraron a Jacob, la puerta del cementerio se convirtió en un aparcamiento de motocicletas. El rugido de los motores y el destello del cromo brillaba bajo el sol, mientras los miembros del club se reunían para rendir sus respetos. No todos los hijos de Caín se habían llevado bien con él, pero prácticamente estaban obligados a acudir. Coraline no lo hizo por él, pero no podía faltar por respeto a su padre y la hermandad que significaba el club.

La joven viuda, de pie junto al ataúd, se veía desolada, y Coraline no podía evitar sentir pena por ella. Pensaba en su mala suerte mientras observaba el entierro. Recordaba el día que vio a Jacob por primera vez, cuando pasó a secundaria. Aunque conocía a muchos alumnos, otros eran desconocidos que había visto pasear por las calles. Cambiar el colegio por el instituto la hizo

sentirse mayor y diferente. Todo era novedoso y más excitante de lo que conocía. En vez de estar en una clase esperando a que llegara el profesor, era ella la que tenía que cambiar de aula entre asignaturas y ese pequeño descanso en los pasillos era algo que le encantaba porque podía charlar o tan solo escabullirse al baño.

Un día, mientras charlaba con Nat y algunas de las chicas al lado de las taquillas, apareció él, Jacob. Era mayor que ellas y era guapísimo. Todas se quedaron con la boca abierta sin poder quitarle la vista de encima. Jacob, tal vez porque era nuevo en el centro, ignoró prácticamente a todo el mundo excepto a las dos chicas más populares del instituto que se acercaron las primeras.

Jacob era la chulería y la prepotencia personificadas, aunque eso no restaba ni un ápice que les robara sus primeros suspiros de enamoramiento. A Coraline, como a la mayoría, le gustaba, o más bien le llamaba la atención, porque él parecía tan altivo y soberbio que le hacía sentir curiosidad.

Durante el curso no la miró ni una sola vez, y ella pronto perdió el entusiasmo por él. Sin embargo debía escuchar a sus amigas y a Nat, que decían estar completamente enamoradas. Jacob había perdido a sus padres y se había trasladado a vivir a la comunidad de caravanas con un tío suyo perteneciente a la banda, un poco antes de que Caín, Ian y ella se trasladaran al club, pues en un principio el local carecía de la segunda planta y no tenía todavía las habitaciones.

Cuando Jacob averiguó quién era ella, pareció mostrarse más simpático, aunque continuaba ignorando a sus amigas como si fuera alguien más especial que ellas. Sin embargo, sus intentos de acercarse a Coraline resultaron infructuosos. No tenían nada en común, y si alguna vez había sucedido, ella nunca se preocupó en descubrirlo, pues su prepotencia y la manera en que quería ser siempre el centro de atención la disgustaba muchísimo.

La gota que colmó el vaso fue que empezase a darle órdenes, como si ella tuviera la obligación de obedecerlo. Esa actitud fue la que provocó que su motocicleta acabara nadando en el río, un acto que Coraline aún recordaba con una mezcla de satisfacción y arrepentimiento.

Tras la muerte de Jacob se sentía un poco extraña. Realmente él no le daba pena como persona, aunque lo compadecía; no le parecía justo que alguien tan joven perdiese la vida y mucho menos de esa manera.

En el cementerio se había situado al lado de Eva y de su padre. La voz del párroco se movía con el aire, unas veces se escuchaba con claridad y otras se desvanecía en un susurro apagado. Con la vista recorrió a los presentes con disimulo, buscando a Mahou. Sabía que debía estar por allí porque había visto su moto junto a las demás. Una Harley negra, grande, con unos gigantescos tubos de escape y un suave asiento de cuero.

Caín se dio la vuelta para hablar con alguien y por curiosidad ella también se giró. Entonces descubrió que su padre hablaba con él. Mahou estaba tan cerca que podía oler su colonia, una fragancia cálida y masculina que la envolvió de inmediato. Su corazón comenzó a latir más rápido.

Musculoso, alto, con hebras doradas en su cabello rubio oscuro que brillaban bajo el sol.

Mahou era muy guapo y se le vino a la cabeza la última noche que pasaron juntos en el apartamento de la ciudad; ella, él, una cama y aquellas manos recorriendo su cuerpo.

Cuando su padre volvió a mirar hacia adelante, los ojos de Coraline y los de Mahou se quedaron enganchados durante unos momentos. Ella podía ver la intensidad en su mirada verde. A veces sentía que él era como si fueran dos personas diferentes: un tipo frío e inexpresivo, un poco rudo, que daba órdenes en el club como si realmente le perteneciera; y un hombre sensible y seductor, que hacía que su cuerpo experimentara cosas que nunca había sentido con nadie. Su presencia hacía que su estómago bullera de emoción, como si fuera una de esas pastillas efervescentes que burbujea al contacto con el agua. Finalmente él apartó la vista y ella se obligó a hacer lo mismo, sintiendo un cosquilleo en la piel.

Coraline notaba que de vez en cuando la miraba, pero ella no se atrevía a hacerlo por temor a descubrir sus sentimientos. Desde que le había confesado a su padre que ya no estaba con Santiago, las emociones la abrumaban.

Caín no parecía haberlo tomado tan mal como ella pensaba, aunque por supuesto, todavía no le había explicado los motivos de la ruptura, y quizá, si él no volvía a sacar el tema —que lo dudaba mucho— no tendría que volver a nombrarlo.

En cuanto tuviera una oportunidad, pensaba sonsacarle a Mahou si le había comentado algo, aunque claro, con todo lo que estaba pasando, ¿quién iba a preocuparse por una tontería como esa?

Se preguntó si el asesino estaría por allí observando el resultado de su obra. Quizá, disfrutando con el miedo que les provocaba. La última vez que habló con el sheriff, él le comentó que sospechaba que debía ser alguien conocido, pero no tenían a ninguna persona en mente. También Bradford le dijo que era algo que ella no podía divulgar, algo así como una confidencia a cambio de información. El oficial necesitaba saber qué somníferos se habían recetado últimamente y qué doctores lo habían hecho.

Coraline intentaría averiguarlo durante los siguientes días con todos los datos que él le había suministrado de forma discreta, aunque no estaba muy segura de poder encontrar gran cosa.

Se formó un pequeño revuelo en el lugar donde estaba la joven viuda; y Coraline, al darse cuenta de que se había mareado y la estaban tumbando en el suelo, se dirigió hacia allí.

Era una pena que siendo tan joven se hubiera quedado sola. Al menos le consolaba saber que Eva estaba haciendo una colecta entre los hijos de Caín para darle algún dinero. Además, su padre se había ofrecido a pagar el alquiler de la caravana hasta que su hijo fuera mayor de edad o ella se casara de nuevo.

La pobre viuda no iba a tener más remedio que buscarse algún trabajo, porque desde que se había casado con Jacob y había tenido el bebé, se dedicaba a cuidar de su humilde hogar. No era la primera mujer que se quedaba sin marido y que vivía sola en la comunidad, y Coraline sabía que todas se sentían arropadas.

¿Por qué habían matado a Jacob? No lo entendía, del mismo modo que tampoco entendía lo de

Susan. En los otros casos les daba un poco más igual porque no los conocía.

Cuando llegó junto a la mujer, vio que tenía los ojos cerrados pero estaba consciente.

—Dejadme pasar —dijo arrodillándose a su lado. La mujer estaba blanca como la leche. Comprobó el pulso de su muñeca—. Es un bajón de tensión. —Le tocó la cara con suavidad y volvió a compadecerse de ella. Debía ser horrible perder a la persona amada. Si a ella le sucediera con Mahou, se moriría.

Fue entonces, al pensar en eso, que se dio cuenta de que se había enamorado completamente de él y que no era una simple atracción lo que sentía. La vida sin volver a verlo, ni escuchar su voz ni poder perderse en sus ojos verdes no tendría ningún sentido para ella, y eso la asustaba.

Sintió que su corazón daba un vuelco porque quería aprovechar todo lo que pudiera para estar con él. Cada minuto en la vida era valiosísimo.

—Ya estoy mejor —susurró Mery con voz temblorosa.

—Deberías quedarte sentada y descansar, tienes que ser fuerte para poder cuidar de tu hijo. Si sientes mucha ansiedad durante los primeros días, pasa por mi consulta, te puedo ayudar con algunas cosas.

La joven se incorporó con su apoyo hasta quedar sentada. La miró y rompió a llorar al tiempo que la abrazaba.

—Cory, yo sé que era un imbécil, pero lo voy a echar tanto de menos.

Sí, Jacob era un imbécil, pero Coraline no podía decirle eso. En realidad, no había palabras en el mundo que en ese momento le dieran consuelo.

—¿Podéis traerle un poco de agua? —pidió a los que las rodeaban. Alguien le entregó una botella de las pequeñas y ella se la dio—. Bebe, necesitas hidratarte.

Mientras estaba atendiéndola, el reverendo había interrumpido su sermón y algunas personas aprovechaban para fumarse un cigarro o conversar entre murmullos.

Ella de nuevo buscó a Mahou con los ojos y lo encontró. La estaba mirando. Su expresión no trasmitía nada, pero sabía que él deseaba acercarse a ella, llevarla en su motocicleta y largarse de allí. Sin embargo, Mahou tenía cosas que hacer con Caín, y Coraline debía regresar al Medical Center.

Al cabo de unos minutos se retomó la normalidad en el campo santo y el reverendo siguió con su sermón. Ella volvió junto a su padre, y con sorpresa notó que alguien cogía su mano y entrelazaba los dedos con una caricia cálida y suave. No se volvió a mirar porque sabía que era Mahou. Notaba la calidez de su piel contra la suya y se preguntó cuánto tiempo deberían seguir manteniendo aquello en secreto. Caín era un hombre razonable y la quería mucho. ¿Podría aceptar que se hubiera enamorado de Mahou y quisiera estar con él?

Capítulo 21

Esa noche había muy poca gente en el club, y aunque la música flotaba entre las paredes, sonaba de un modo muy débil. La pérdida de Jacob los había dejado a todos bastante mal, no por su ausencia en sí, sino porque eran conscientes de que había entre las sombras alguien que disfrutaba matando y podía haberles tocado a cualquiera de ellos.

Mahou escuchó que Caín le preguntaba a Eva por Coraline, y esta le respondía que estaba en el saloncito de la parte trasera. Esperó un rato por si Caín deseaba ir a verla, pero al ver que él se sentaba con Obispo para hablar sobre el cargamento y el precio de unas armas que había decidido que tenía que repartir entre la comunidad para poder defenderse, supuso que ya no se levantaría. Observó que todos estaban distraídos y aprovechó el momento para buscar a Coraline. Ian se había marchado con Prudence y no iba a aparecer por allí.

Encontró a su Cara guapa sentada en el sofá, con los pies descalzos apoyados sobre la mesa de centro, viendo la televisión. Llevaba un vestido veraniego de color rojo intenso, que se ceñía suavemente a su figura antes de abrirse en una falda que llegaba hasta mitad de muslo. Los tirantes finos dejaban al descubierto los hombros y los brazos, mientras que el escote en forma de corazón añadía un toque delicado y femenino a su apariencia.

Su cabello suelto y ondulado caía en cascada y brillaba con reflejos dorados bajo la luz cálida de la lámpara. Llevaba una diadema sencilla que mantenía algunos mechones apartados de su rostro.

Al verlo entrar, ella lo miró con una dulce sonrisa.

Mahou echó un vistazo a su alrededor y se cercioró de que estaba sola. El salón estaba decorado con un estilo acogedor y moderno. Los muebles de madera clara y los cojines coloridos sobre el sofá aportaban un toque de calidez al espacio. En una esquina, una lámpara de pie con pantalla de tela difuminaba la luz. La mesa de centro de cristal estaba cubierta con algunas revistas y un cuenco de frutas.

—¿Cómo estás? —preguntó él acercándose.

Coraline quitó los pies de la mesa y él se acomodó a su lado.

—Supongo que bien, como todos. Deseando que esto se termine de una vez.

Mahou se inclinó sobre ella y hundió la nariz en su cuello, absorbiendo su aroma.

—Hueles muy bien —murmuró contra su piel—. ¿Sabes qué me apetece?

Su insinuación hizo que Coraline temblara. Se giró hacia él y acarició su pecho con las palmas de las manos a través del chaleco.

—¿Follarme?

El pulso de Mahou latió a mil por hora, al tiempo que su corazón bombeó con fuerza. La besó en los labios empujando su lengua dentro de ella una y otra vez. Una de sus manos se deslizó por la espalda y acarició la suavidad del vestido, profundizando el beso. Luego quitó su boca de la de Coraline y murmuró en un hilo de voz, mientras se apartaba lo suficiente como para poder controlarse.

—Descarada.

Ella gimió en señal de protesta y arrugó los labios.

—Si no quieres que todos se enteren, será mejor que te apartes de mí antes de que me suba a horcajadas sobre tu cuerpo y te monte igual que una amazona.

Él frunció el ceño y gruñó como un tigre hambriento de solo imaginar la escena en su cabeza. Deseaba arrancarle el delgado vestido, donde los pezones de Coraline empujaban furiosos contra la tela, y hundir la cara entre sus muslos. La boca se le hizo agua.

Incómodo, se acomodó su grandiosa erección antes de que explotara y rompiera sus pantalones, y Coraline, sin poder evitarlo, siguió sus movimientos con ojos ávidos.

—No me hagas esto, nena —susurró él, agarrando uno de sus pechos para cubrirlo con su palma.

Ella dio un respingo, pero no se apartó. Se sentía tan condenadamente excitada cuando él la tocaba que era capaz de olvidar que se encontraban en un sitio en el que cualquiera podía entrar sin pedir permiso. Tragó saliva y musitó con voz apremiante:

—Subamos arriba, Mahou.

Él levantó las cejas pensativo y sus labios se curvaron en una peligrosa sonrisa. Coraline se estremeció. Si con solo sonreírle de ese modo sentía que no iba a tardar en alcanzar el orgasmo, estaba segura de que se derretiría como un helado sobre una estufa si él accedía a su petición. La deseaba tanto, como todas las veces que se encontraba con él, aunque hubiera veinte personas de por medio. Su forma de mirarla la hacía sentir hermosa, impulsiva y, sobre todo, muy femenina, porque veía el poder que tenía sobre el hombre.

Mahou respiró profundo luchando contra la decisión de desnudarla y follarla hasta que perdiera el sentido. Se puso en pie para alejarse de la tentación. Sus vaqueros eran anchos y bajos de cadera, lo que a la vista de Coraline le resultaba muy sexy. Brutal.

—Será mejor que saque mi culo fuera de aquí. Solo quería ver cómo estabas.

—Mahou —le suplicó ella, pestañeando furiosamente para que le hiciera caso—. No vamos a poder vernos en la ciudad mañana.

Él lo sabía. ¿Por qué coño se lo tenía que recordar poniendo esa cara de niña buena cuando en

realidad sus ojos prometían abandonarse al vicio y la lascivia?

—Eres mala —susurró, comiéndosela con los ojos.

Coraline sacudió la cabeza con una sonrisa capaz de derretir los polos del globo terráqueo y deslizó uno de los tirantes del vestido sobre su hombro. No llevaba sostén, y los genitales de Mahou se contrajeron de tal modo que pensó que sus pelotas corrían el riesgo de sufrir una infección grave que podría causar la muerte del tejido si no soltaban todo el amor que tenía dentro de ella.

—Soy perversa —admitió llevando su dedo índice a la boca para lamerlo como si fuera un dulce.

Él liberó un hondo y tembloroso suspiro y con una sola mano se desabrochó la hebilla del cinturón.

—No hace falta que me busques mucho —dijo amenazante. Soltó un suave gruñido.

Coraline abrió las piernas y él pudo ver perfectamente su tanga blanco. Cuando daba el primer paso hacia ella, habiendo perdido la cordura por completo, la puerta se abrió con un leve chirrido.

Por suerte para la joven, Mahou tapaba el hueco con su impresionante cuerpo, por lo que con rapidez se apresuró a colocarse bien la ropa.

Mahou se quedó inmóvil con la mano sobre el primer botón del pantalón.

—Hola —saludó Eva, empujando a Mahou un poco para que se apartase de en medio y la dejara pasar—. Cory, tu padre y Obispo van a pasar por la hamburguesería. ¿Te gustaría que te trajeran algo?

El rostro de Mahou pasó del terror más puro al alivio más intenso. Estiró su camiseta negra de los Rolling Stone y se metió las manos en los bolsillos.

—Un batido de vainilla con mucha nata —contestó Coraline, relamiéndose.

Ella era cruel, pensaba Mahou al observar como la lengua pequeña y rosada se deslizaba sobre su labio inferior. ¿Cómo podía ser que esa bruja de aspecto delicado y tierno lo tuviera más empalmado que un adolescente en su primer baile?

—¿Tú quieres algo, Mahou? —le preguntó Eva volviéndose hacia él.

Mahou tragó con dificultad y sacudió la cabeza. Coraline lo miraba desde el sofá con ojos inocentes.

—No, gracias, Eva.

La mujer se encogió de hombros.

—Como gustes. —Pasó a su lado mientras decía—: Por cierto, vas a perder el cinturón.

Él miró hacia abajo. La hebilla de hierro colgaba cerca de su endurecida entrepierna. Se puso colorado y salió detrás de ella. Se negaba a quedarse nuevamente a solas con su Cara guapa si realmente deseaba conservar las pelotas en su sitio una noche más. ¡Dios bendito! ¿Acaso con esa mujer no se le iba a quitar nunca el dolor de huevos? Esperaba no tener que aprender a convivir con ello.

Capítulo 22

La cocina donde Caín, Mahou y los hermanos se habían reunido para revisar su arsenal estaba prácticamente en silencio. La mesa se encontraba cubierta con una variedad de armas, desde pistolas automáticas hasta escopetas de caza, que brillaban bajo la luz fluorescente de los plafones.

—¿Sabes, Mahou? Después de toda esta mierda, al menos Coraline me dio una buena noticia —dijo Caín, que examinaba una Glock 19. Comprobaba el mecanismo de seguridad y se aseguraba de que el cañón estuviera limpio y libre de obstrucciones.

A su lado, Mahou sostenía una SIG Sauer P320 y echaba hacia atrás el cargador hasta hacer sonar un leve chasquido, indicando que el arma estaba lista para ser utilizada. Levantó la vista brevemente, curioso por el comentario.

—¿Sí? ¿Cuál? —preguntó mientras giraba la SIG en su mano.

—Que ya no tiene novio, ¿te parece poco? Fíjate, prefiero que se case contigo a que lo haga con cualquier perro que se le presente. —A Mahou se le escapó la pistola de entre las manos y golpeó ruidosamente sobre la mesa. Caín se echó a reír—. Joder, hermano, no he querido asustarte. Sé que a ti lo del matrimonio te acojona, y te entiendo. Desde que se lo pedí a Eva tengo las pelotas de corbata.

—Serás tú, porque yo sí que quiero casarme algún día.

—No será con esa zorra de Enid, ¿verdad? Se ha chupado más pollas que todas las putas de Montana juntas.

Mahou lo miró irónico.

—¿Crees que no puedo aspirar a algo mucho mejor? Estas confundido conmigo, tío.

—¡Oh, vaya! Escuchad eso —dijo Caín alzando la voz. James y Tommy estaban un poco más lejos, abriendo cajas de munición que tenían sobre la encimera—. Nuestro Mahou se ha encoñado de alguien.

Foca, seguido de Coraline, entraban en la cocina en ese momento y ambos se quedaron con la boca abierta al escuchar las palabras de Caín. Mahou, con la espalda hacia ellos, no se dio cuenta de su llegada, pero Caín sí y soltó una potente carcajada.

—¿También os ha sorprendido? —les preguntó sin dejar de reír.

Mahou, curioso por la reacción de su jefe, se giró lentamente y descubrió que su Cara guapa lo miraba con los ojos muy abiertos, mientras que Foca alzaba las cejas en un estado que casi rayaba la apoplejía.

—Yo no he dicho nada de eso —se defendió Mahou rápidamente, nervioso. No sabía para qué se le había ocurrido abrir la boca—. Solo he comentado que no tengo ningún problema en casarme.

Caín había desmontado una pistola y volvía a montarla. El clac-clac de las piezas de metal llenaba la sala y creaba un ritmo constante, casi hipnótico.

—Coraline, ¿no te parece Mahou un buen partido? —preguntó burlón, sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

Ella se quedó sin palabras, observando al joven como si le preguntara en silencio qué debía contestar. Pero antes de que pudiera responder, él se adelantó.

—Caín, no me jodas que de repente te has convertido en Cupido. Tal vez no me guste tu hija —respondió con una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

Coraline, que no esperaba esa respuesta, frunció el ceño, ofendida.

—¡Será que tienes el gusto en el culo! —espetó con desdén.

Caín se echó a reír más fuerte, mirando a Coraline de reojo mientras volvía a ensamblar la pistola con rapidez. Mahou, al darse cuenta de que había enfadado a la joven, se apresuró a corregir sus palabras.

—He dicho tal vez —aclaró. Pero ella giró sobre sus talones e, ignorándole, se marchó iracunda.

Caín, divertido por la situación, continuó trabajando en las armas, mientras Mahou se quedó mirando la puerta por donde Coraline había desaparecido, con un nudo en el estómago.

«¡Será gilipollas!», pensó ella, decepcionada. Podía haber aprovechado la oportunidad para tantear el terreno con su padre, incluso hacer bromas sobre sentirse atraídos el uno por el otro, y el muy payaso había dejado escapar la ocasión solo para decir que ella no le gustaba. ¡Anda y que se jodiera el muy memo!

La puerta principal del club se abrió dejando pasar los últimos rayos de sol de la tarde. Coraline caminaba hacia la parte privada del local y se detuvo al reconocer a una de las bailarinas.

—Mi padre dijo que no debíais venir. ¿No te avisó Frank?

La mujer, con un pecho bastante voluptuoso apenas cubierto por una corta camiseta que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel y que mostraba el vientre, asintió con la cabeza.

—Sí, corazón —respondió mascando chicle de forma poco educada. Vestía un pantaloncito vaquero desteñido que enseñaba más nalga que tejido—. Pasaba por aquí y vine a ver a Mahou.

Coraline se sorprendió y sonrió tensa.

—Te llamas Enid, ¿verdad? —La otra afirmó con la cabeza—. Creo que con quien tienes que

hablar es con Frank, no con Mahou. Él no se encarga del espectáculo.

—Lo sé, amor, pero mi visita no tiene nada que ver con eso.

Coraline la miró de arriba abajo con sus elegantes cejas alzadas, evaluando cada detalle de su apariencia.

—¿Para qué quieres verlo? —preguntó, extrañada.

Enid arrugó los labios con una combinación de diversión y de lujuria contenida.

En España había un refrán que decía: «A buen entendedor, con pocas palabras basta», y Enid no necesitaba decir nada más para que Coraline comprendiera.

—Mahou está ahora ocupado —dijo con firmeza.

—No te molestes, rubita, pero siempre encuentra un minuto para mí —replicó Enid con una sonrisa provocadora.

—Pues te vas a joder, porque hoy no lo va a encontrar.

Enid se sobresaltó con el tono de su respuesta y se le quitó la sonrisa de la boca.

—¿Tú eres... su chica? —preguntó sorprendida y curiosa al mismo tiempo.

—Digamos que Mahou tiene la sonrisa que quiero para mi hijo —respondió Coraline, sin saber por qué había dicho tal cosa. ¿Estaba celosa? ¡Por supuesto que lo estaba!

—Pero eres la hija de Caín, ¿no? —insistió Enid.

«¿Acaso a la hija de Caín no le gustaba follar con Mahou?» se preguntó Coraline, cabreada. Se obligó a sonreír como si aquella conversación no hubiera tenido lugar y asintió:

—También soy una bromista, pero mi humor lo entiende poca gente. Espera aquí, que voy a buscarlo.

Sin esperar ninguna contestación, fue hasta la cocina y se detuvo en el umbral.

—Mahou —lo llamó. Él estaba apuntando con un arma a un salero que había sobre una balda, para comprobar la mira. Giró la cabeza hacia ella—. Enid está buscándote.

—Dile que no estoy —respondió mortificado, de repente, rojo como un tomate.

—Ya le he dicho que sí que estás.

Él soltó un aire pesado por entre los dientes y dejó los ojos en blanco durante unas décimas de segundo.

—Entonces di que estoy ocupado.

—¿Crees que soy tu criada o algo por el estilo? Vas y se lo dices tú mismo.

Caín pestañeó sorprendido y la miró. Ella se había cruzado de brazos y sus ojos atravesaban a Mahou con la frialdad de una hoja de acero. Después, él pasó la vista a Mahou y no le gustó mucho lo que vio. Estaba poniéndole a su hija una cara de «¿por qué te enfadas conmigo?».

—No me jodas —susurró.

Todos, incluidos los hermanos, lo observaron.

—¿Qué pasa? —preguntó James.

Caín sacudió la cabeza.

—Nada, el puto gatillo se ha atascado. Mahou, ve a ver qué quiere esa y despáchala rápido.

Con desgana, Mahou soltó el arma sobre la mesa y salió de la cocina. Coraline lo siguió, destrozándole la cabeza mentalmente con una silla.

—¿Estás con esa? —le preguntó caminando tras él con los ojos brillando de furia y los dientes apretados.

Mahou se volvió hacia ella con el corazón latiendo con fuerza en su pecho.

—Creí que estaba contigo. Cara guapa, mírame —pidió, con voz sincera.

Coraline había bajado la vista al suelo y negaba con la cabeza.

—Tengo que irme.

A Mahou se le formó un nudo en la garganta.

—Cory, escúchame —rogó, dando un paso hacia ella.

Ella se alejó sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Te espera.

—¡Maldición, Cory! Conozco a Enid desde hace tiempo, pero no tengo nada serio con ella, ni nunca lo he tenido. Hemos...

Ella lo observó con los ojos entrecerrados y lo interrumpió:

—No necesito saberlo, Mahou. —Tomó una bocanada de aire y con voz temblorosa, añadió —: Solo dime que tú y yo estamos juntos.

Mahou sintió que su corazón se rompía y al mismo tiempo se llenaba de esperanza.

—Estamos juntos, cariño. Cuando te conocí en ese bar cantando como si la vida te fuera en ello, con la sonrisa más hermosa que he visto nunca, supe que no debía acercarme a ti. Me sentía demasiado cabrón para estar con alguien como tú, pero necesitaba probarte. Al día siguiente me jodió no encontrarte en mi cama, y cuando después te vi aquí, me sentí confundido, porque no había podido dejar de pensar en ti ni un solo momento. ¿Crees que me importa que tu tío me diera esa paliza? —Él mismo se contestó—. No. —Sacudió la cabeza—. Me lo merecía y, aun así, aunque acabe muerto, jamás borraría nada de lo que ha pasado. Lo haría de nuevo porque me he enamorado de ti como un imbécil, y te quiero.

La mirada de Coraline se suavizó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se quedó inmóvil, procesando sus palabras. Él dio un paso más y tocó su rostro.

—Te quiero, Cory —repitió.

El silencio los envolvió, hasta que Enid, que se había sentado en una de las mesas y que había pasado desapercibida, dijo con voz apenada:

—¿Eso es cierto, Mahou?

Los ojos de Coraline brillaban húmedos. No era la declaración más bonita del mundo, pero se había emocionado de tal manera que era incapaz de pronunciar ninguna palabra y ni siquiera retiró la mano cuando él entrelazó los dedos con los suyos.

—Sí, Enid, todo lo que acabo de decir es cierto —respondió él, sincero.

—¡Vaya! —dijo Enid levantándose y acercándose a ellos—. Entonces solo puedo felicitaros. —Se encogió de hombros y con una sonrisa forzada, observó a Coraline—. Nena, no lo dejes

escapar, hombres como él hay pocos.

Coraline asintió, apretando los labios con fuerza para contener el llanto.

—Lo sé —respondió con voz entrecortada.

Enid se marchó dejándolos solos, y Coraline rodeó el cuello de Mahou con sus brazos. Aplastó los labios contra los suyos.

—Yo también me he enamorado —le confesó entre beso y beso.

Mahou tomó sus mejillas con ternura, pasando las yemas de sus dedos por sus ojos y su boca, como si quisiera memorizar cada detalle de su rostro. Ella se apartó de él cuando sintió que un potente deseo se apoderaba de ella y se concentraba bajo su vientre. Le regaló una esplendorosa sonrisa.

—Me voy antes de que no pueda evitar desnudarte —le dijo con una risa suave—. Si me pagaran cada vez que pienso en ti, sería millonaria.

***

—Caín. —James vio entrar a su jefe de nuevo en la cocina. Llevaba la mirada perdida en algún punto imaginario de los azulejos—. ¡Caín! —lo llamó más fuerte.

El hombre despertó del trance en el que había caído y con un ligero pestañeo lo observó.

—¿Qué coño quieres?

—¿Cuánta munición reparto para las escopetas?

Sin mirarlo, sacudió una mano y regresó junto a la mesa.

—Una caja.

Estaba en *shock*. Había salido detrás de Mahou para recordarle a Enid que no había espectáculo, cuando sin querer fue testigo de la conversación que él había sostenido con su hija.

No sabía qué pensar de ello, incluso llegó a decirse que lo había imaginado todo, pero él no estaba tan gilipollas como para haberlo hecho, y ese beso final... ¿Coraline y Mahou estaban juntos? ¿Desde cuándo? ¿Y su hermano qué cojones tenía que ver con todo eso?

—Caín, ¿estás bien? —insistió James al verlo tan ensimismado.

—¡Que sí, coño!

Un despreocupado Mahou entró con una sonrisa que no le cabía en la boca.

—¿Ocurre algo?

«¡Menudo cabrón! ¡Se está follando a mi hija!», pensó Caín, observándolo fijamente, sin saber qué hacer ni qué decir.

Mahou levantó las cejas, curioso. Esperaba una respuesta.

—Vamos muy retrasados con esto —avisó Caín—. Acabad de una vez que Golden vendrá a por las armas de un momento a otro. Vosotros —señaló a los hermanos con el mentón—. Os vais con él y lo ayudáis.

Mahou siguió con su tarea a su lado.

—¿Todo bien con Enid? —le preguntó Caín, intentado centrarse en una escopeta Remington 870, desmontando el tubo del cargador y revisando el muelle para asegurarse de que no hubiera desgaste.

—Sí, todo bien.

«¿Y con mi hija todo bien, verdad, mamonazo?».

—¿Por qué cojones estás tan contento?

Mahou frunció el ceño.

—Estoy igual que antes —respondió.

Un montón de preguntas, reproches y acusaciones se agolparon en la punta de la lengua de Caín, pero respiró hondo, agitó la cabeza, contó hasta diez y se sumió en una cadena de pensamientos descolocados, como si las frases flotaran unas con otras dentro de su mente. Hablaría con Coraline primero. Amaba demasiado a Eva como para ensuciar su cocina con los sesos y la sangre de Mahou.

Capítulo 23

El dormitorio que compartían Eva y Caín reflejaba el gusto de Eva por las antigüedades y las cosas rústicas. Las paredes estaban adornadas con cuadros antiguos enmarcados en madera oscura y una gran alfombra persa cubría el suelo de madera de manera muy acogedora. Un armario de roble macizo, con tallados intrincados, ocupaba una esquina de la habitación, mientras que una cómoda antigua con un espejo ovalado se encontraba junto a la ventana, que estaba cubierta con cortinas de encaje.

La cama, un majestuoso mueble de hierro forjado, se hallaba arropada con una colcha de *patchwork* hecha a mano que Eva había encontrado en el mercadillo. Las mesitas de noche, también de roble, tenían lámparas de aceite convertidas en eléctricas, que emitían una luz suave y cálida.

—¿De verdad? —Los ojos de Eva brillaron en sus cuencas—. ¿Mahou y Cory están juntos?

—Coño, eso es lo que te estoy preguntando —replicó Caín. Ambos estaban preparándose para dormir. Él, con la camisa desabrochada, se acercó a la cómoda y comenzó a buscar algo en uno de los cajones.

—¡Joder, Caín! Me había ilusionado —se quejó ella.

Él entrecerró los ojos.

—¿Te parecería bien?

—Pues claro que sí —respondió—. Tú mismo has dicho muchas veces que confías en él para que lleve el negocio cuando te retires. —Aunque Eva dudaba mucho que lo hiciera alguna vez. No imaginaba a su hombre haciendo otra cosa, pues adoraba estar al frente del club y de todo lo que se cocía allí—. ¿No me digas que has cambiado de opinión?

—En ese aspecto, no. —Él se quitó el chaleco y lo colocó en el respaldo de una silla.

—¿Qué prefieres? ¿A James?, ¿a Tommy?, ¿a algún doctor imbécil que la juzgue por su familia y no por cómo es ella?

Aquello último que Eva no debía haber dicho llamó la atención de Caín haciendo que volviera la cabeza hacia ella mientras se sentaba sobre la cama y se descalzaba.

—¿A qué te refieres con eso?

—A lo del Santiago ese. —Caín la miraba frunciendo el ceño—. ¿No te ha dicho Cory todavía por qué ha sido?

Él negó con la cabeza.

—No he tenido ocasión de preguntarle. Eva, si sabías que habían roto, ¿por qué cojones no me dijiste nada?

—Me lo confió en secreto. Te lo tenía que decir ella misma cuando estuviera preparada.

—¡Maldita sea! Pero tú lo sabías —insistió.

Eva se encogió de hombros.

—Sí, y no iba a traicionarla. Me pidió que no te lo contase todavía.

—¿Por qué lo han dejado? —Quiso entender, curioso.

Pensativa, Eva se mordió el labio inferior.

—Te lo acabo de decir.

En silencio, Caín repasó la conversación.

—¿Santiago la juzgó por nosotros?

—Más bien fue la familia de él. Al parecer, ellos se oponían a esa relación. Supongo que te suena de algo —respondió sin mirarlo. Lo último que deseaba era que Caín pensara en la madre de Coraline, pero habría sido de estúpidos decorar los hechos con un manto de colores bonitos cuando la realidad era la que era.

—Joder, debiste decírmelo antes.

Eva rodeó la cama y se plantó justo delante de él. Caín miraba al suelo perdido en sus propios recuerdos y ella le acarició una mejilla con dulzura.

—Sabes que no podía hacerlo. —Guardó silencio hasta que él levantó el rostro hacia ella—. Caín, ¿te das cuenta de que si ahora Mahou y ella están juntos, o lo llegan a estar en un futuro...?

—Lo están —afirmó él, interrumpiéndola—. Yo mismo lo escuché.

—¿Y vas a oponerte? ¿Vas a hacer lo mismo que los padres de Santiago y los abuelos de Cory?

—No es lo mismo, Eva. Yo no estoy juzgando a...

—¡No lo dices, pero lo haces! ¡Estás juzgando igual que hicieron contigo!

—No es igual —respondió con una mirada penetrante—, conoces a Mahou.

—Por eso precisamente lo digo. —Ella se cruzó de brazos—. Se parece a ti en muchos aspectos. Dime, ¿tú te consideras un mal hombre? —le preguntó.

—No, pero... es diferente. —Recordó con pesar y arrepentimiento los primeros años de estar con ella. Había sido infiel porque no aceptaba tener nada serio con ninguna mujer, ya que esperaba que la madre de Coraline regresara con él algún día—. Te puteé bastante, Eva. Te hice daño.

—No voy a decir que fuiste un santo, y más de una vez te hubiera partido la cabeza en dos, pero míranos ahora, Caín. ¿No ha merecido la pena? —Ella se arrodilló delante de él con la espalda erguida. Le puso las palmas de las manos sobre las rodillas y lo miró con fijeza—. No

podríamos vivir separados.

—Ni siquiera puedo imaginarlo —admitió tomando entre sus manos las mejillas de la mujer que amaba. Eva sonrió con ternura—. Jamás debí portarme así contigo.

—Entonces escúchame bien, si Coraline se ha enamorado de Mahou, solo puedes dar tu bendición y advertirle a él que actúe bien con ella y piense lo que va a hacer, porque si le hace daño, yo misma lo mato.

De la garganta de Caín brotó un conato de risa cargada de sarcasmo.

—Yo lo haría antes.

Eva sonrió, divertida.

—Sí, sé que lo harías, por eso te amo tanto, Caín, por la manera en que nos proteges a todos.

Él la besó en los labios. Continuaba teniendo sus dudas en cuanto a la relación de Mahou y su hija, pero era consciente de que Eva llevaba razón. No podía actuar como habían hecho con él años atrás. Ahora su corazón estaba recompuesto y tenía paz, pero había estado hecho tan añicos, había sufrido tanto dolor que no podía imaginar hacerle lo mismo a Coraline.

***

Coraline despidió a su último paciente y, tras cerrar la puerta de la consulta, movió el cuello varias veces arriba y abajo desentumeciendo los músculos. Había sido una mañana bastante tranquila, de esas que ella catalogaba como mortalmente aburridas por necesidad, en las que las agujas del reloj apenas se movían para marcar las horas. Pero por fin la jornada había llegado a su fin y no le apetecía ir al club a encerrarse entre cuatro paredes, aunque eso significara ver a Mahou. Él parecía estar siempre ocupado, y desde que Enid estuvo allí, no habían vuelto a conversar.

Se dio la vuelta hacia su mesa, todavía tenía que meter unos datos en el ordenador. De repente llamaron a la puerta y el sheriff Snipe asomó la cabeza al interior.

—Brad —lo saludó ella con una media sonrisa—. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

—¿Tienes un momento? —Él entró y se quitó el sombrero—. Me gustaría hablar contigo.

—Sí, claro. Me queda solo una cosa por hacer y me marcho ya. Estuve mirando lo que me pediste, pero no he conseguido gran cosa. —Rodeó la mesa y se sentó junto al ordenador—. Te he preparado una lista, pero el director dice que debes darme una orden escrita.

El oficial asintió y, echando hacia atrás la silla que solían ocupar los pacientes, se acomodó.

—Necesito hacerte unas preguntas, Cory. No nos llevará mucho tiempo.

—De acuerdo.

Ella se dio cuenta de que el sheriff estaba muy serio y pasaba los dedos por el ala del sombrero, acariciándolo, como si en su mente estuviera ordenando sus pensamientos.

—Has estado mucho tiempo fuera y hay cosas que quizá no sepas. Todo lo que voy a decirte es confidencial y no quiero que salga de aquí.

—Vale —contestó, intrigada.

—Se trata de tu amiga Daisy. Me enteré de lo que ocurrió en el granero, ya sabes, los comentarios vuelan.

Coraline arqueó las cejas.

—¿Vas a detenerme? —preguntó sorprendida.

—Nadie denunció nada, puedes estar tranquila por eso.

Ella tragó con dificultad y lo miró muy fija a los ojos. El corazón golpeó con fuerza en su pecho y de repente se puso nerviosa.

—¿Qué quieres decirme entonces?

—¿Cuál es tu relación con Daisy?

—Pues... no sé. —Se encogió de hombros—. Tampoco es que hayamos hablado mucho desde que llegué, pero supongo que seguimos siendo amigas.

—¿Sabías que ella y Jacob tuvieron una aventura?

Los nervios de Coraline dieron paso a la sorpresa. Sacudió la cabeza entrecerrando los ojos.

—Daisy y Jacob —repitió en un murmullo bajo—. ¡Vaya, nadie me ha comentado nada! Es raro porque Nat me lo habría dicho.

—No sé si ella estaba al tanto. No ha venido mucho por Cascade desde que te fuiste.

—No creo que lo sepa, me lo hubiera dicho —dijo convencida, sobre todo porque Nat había estado coladísima por él—. ¿La mujer de Jacob lo sabía o era un secreto?

—Ellos discutían mucho, supongo que estaba al corriente. Más tarde pasaré por la comunidad para tomarle declaración.

—¿Crees que eso puede estar relacionado con su muerte?

—Vamos a tirar de ese hilo —asintió—. Pero no pienses que Mery está involucrada. —Se mordió el labio inferior, incómodo—. No quiero que te impresiones, pero sospecho de Daisy.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Daisy? ¡Por Dios, Brad! Ella no sería capaz de tal cosa.

—¿Por qué? —preguntó—. Tuvo un problema con el hijo de Diablo, y este murió. También estuvo con Jacob y la dejó, y apareció asesinado.

—No, es imposible que sea lo que insinúas —dijo con terquedad.

—Susan sabía su historia, y según Prudence le había aconsejado a Daisy que se olvidara de Jacob en muchas ocasiones; y en el granero, Susan fue la primera en marcharse en vez de quedarse con ella para ayudarla.

—¡Porque vino a buscar a mi padre! Yo no quise que él se metiera en problemas y no le dije nada.

—Cory, Daisy ha tenido motivos para hacerlo. Ha estado relacionada con las víctimas.

—Eso no significa nada. Yo también he estado relacionada con ellos. —Tamborileó los dedos sobre el escritorio—. Bueno, con la primera mujer, no.

—Esa era una persona que ha tenido problemas con todo el mundo, incluso oí decir que Eva

también tuvo un encontronazo con ella.

Coraline sacudió la cabeza, incrédula.

—Brad, todo esto está cogido por los pelos y lo sabes. Que Daisy quisiera matar al hijo de Diablo te lo compro, pero él no estaba solo aquella noche, de modo que también se hubiera cargado a los demás.

—Quizá son sus siguientes objetivos.

Ella frunció el ceño.

—¿Y por qué iba a matar a Jacob ahora y no cuando rompieron? ¿Cuándo lo hicieron? No tiene mucho sentido, la verdad. —Se negaba a creer que Daisy tuviera algo que ver con todo ello. Mucho menos matar a Susan, eran amigas desde la guardería—. No la imagino como asesina, Brad. Debes estar confundido; además, el día que Susan supuestamente murió, Daisy estaba en el granero, y yo y... —se calló de repente al haber estado a punto de nombrar a los hermanos— la llevé a su casa porque no quiso venir a Urgencias. Estaba bastante confundida. Debieron echar algo en su bebida; y aunque hubiera querido asesinar a Susan, no habría tenido fuerzas para desplazarse de un sitio a otro.

—¿Estás segura?

Coraline lo pensó bien durante unos largos segundos. Había gente drogada que era capaz de sacar fuerzas de donde no tenían. Daisy, aquella noche, estaba del todo consciente; de no haber sido así, o haberla encontrado peor, ella y los hermanos la hubieran llevado al Medical Center.

—Cory, ¿estás segura? —insistió el sheriff. Pero ella negó con la cabeza.

—No lo sé, Brad. Me has dejado atónita. Por rabia se pueden hacer muchas cosas, pero Susan era su amiga.

—¿Susan no estaba enamorada de Jacob?

Caroline intuía que él sabía la respuesta.

—Aunque ese hombre era un gilipollas, les gustaba a todas. Por esa regla de tres, también podrías sospechar de su mujer. Mató a Jacob por infiel, e incluso a Susan, aunque antes habría ido a por Daisy... —Terminó de decir, pensativa—. ¿Y si la muerte de Jacob no tiene nada que ver con todo lo demás?

El sheriff sacudió la cabeza y curvó las comisuras de los labios en una sonrisa escéptica.

—No sirves como policía, Cory. Si de algo estoy seguro es de que esos crímenes están relacionados entre sí. ¿Para qué querría matar ella al hijo de Diablo cuando se habría sentido satisfecha de que hicieran daño a la amante de su marido?

Pensativa, Coraline se acarició la barbilla.

—Me cuesta pensar que Daisy haya hecho todo eso.

—¿Sabes si ella toma alguna clase de somnífero?

Coraline respiró con fuerza y dejó escapar muy despacio el aire entre los labios, conmocionada.

—Es posible. Aquella noche le ofrecí algún tranquilizante para que pudiera dormir y

descansar, pero no lo aceptó. Dijo que ella tenía algo. —Se encogió de hombros y volvió a negar con la cabeza—. Brad, no creo que sea ella. No puedo imaginarlo.

—¿Conoces la identidad de los hombres que estaban con ella en el granero?

—Si los viera, puede que me acuerde de alguno.

—¿Nat podría conocerlos?

—Puede ser, y si no ella, algunas de las otras chicas.

—Quiero hablar con ellas antes de hacerlo con Daisy.

Coraline asintió. Las sospechas del sheriff parecían estar traídas con pinzas. Admitía que tenía algo de sentido, pero continuaba sin creer que Daisy pudiera ser el ángel vengador que él insinuaba, aunque, por otro lado, tampoco habría imaginado que Jacob y ella tuvieran un lío, siendo él un hombre casado.

—Brad, leí lo de la primera víctima en el periódico. ¿Cuándo ocurrió exactamente?

—Creo que fue el fin de semana antes de que tú llegaras a Cascade. ¿Por qué quieres saberlo?

—Llegué justo ese fin de semana. El sábado estuve con las chicas en un bar a las afueras de Great Falls, y también estaba Daisy. Algunas nos quedamos a pasar la noche allí y otras se fueron. El domingo fui a Cardwell. Llegué unos días antes de alojarme en el club.

—¿Ella se quedó o se marchó?

Coraline sacudió la cabeza. Ella solo estuvo pendiente del dios rubio que la metió en su cama y no sabía bien qué habían hecho las demás.

—Es posible que se fuera con Nat, pero no lo recuerdo.

El sheriff se quedó en silencio, mirándola con fijeza.

—Cory, ¿puede confirmar alguien más lo que has dicho y lo que hiciste esa noche?

Ella arqueó las cejas, estupefacta.

—¿Quieres que presente una coartada para mí?

—Acabas de admitir que llegaste antes. —Al ver que Coraline comenzaba a ofenderse, él continuó—: Solo trato de hacer mi trabajo.

—Estuve con un hombre que acababa de conocer.

—¿Sabes su nombre?

—Brad, yo no tengo nada que ver con eso. ¿Quieres que lo confirme? Pues estaban Daisy, Nat, Susan y un par de amigas de Nat, que no sé si eran de Great Falls o de Cardwell.

—Si es cierto que Daisy pasó la noche allí, mis sospechas no se sostienen.

—Te lo estoy diciendo —insistió ella.

—Esta tarde iré a ver a Nat.

—Pero, Brad —Coraline lo detuvo cuando él hacía el amago de incorporarse—, dile a Nat que yo te he contado que llegué a Montana unos días antes de ir al club. Yo no quería que mi padre se enterase y le hice creer que viajé desde España el mismo día que aparecí aquí. Seguramente que, si le preguntas a Nat, ella va a querer cubrirme.

—De acuerdo. Pero, Cory, necesito que me des el nombre del hombre que estuvo contigo. —

Se levantó y se colocó el sombrero. Dejó escapar una sonrisa—. Esta juventud de hoy en día... miedo tengo a que mis hijas crezcan —dijo con una sonrisa que Coraline no vio, pero sí intuyó, ya que él caminaba hacia la puerta.

Se quedó muy pensativa después de que el sheriff Snipe saliera, aunque continuaba sin creer que Daisy o cualquiera de las chicas fueran sospechosas de asesinato. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. ¿Cómo iba a confesar que estuvo con Mahou aquella noche sin que su padre se enterara? Tenía que haber mantenido la boca cerrada.

—A la mierda —dijo buscando en el teléfono el número de Nat. A ella sí que pensaba contárselo todo por mucho que el sheriff le hubiera dicho que no lo hiciera. Se puso en pie y caminó hacia la ventana. Estaba casi segura de que Daisy no se había quedado en el apartamento de la ciudad, pero ahora quería asegurarse.

El dispositivo dio tono un par de veces hasta que saltó el contestador. Coraline colgó y observó distraída el parque que se veía al otro lado de la entrada principal. Varios muchachos jugaban al béisbol bajo los ojos atentos de un grupo de niñas que los contemplaban desde unos bancos cercanos. Al borde de la carretera, junto a su correcaminos, se hallaba Foca y su motocicleta, y también los miraba jugar con los brazos cruzados sobre su enorme pecho.

Le daba pena que tuviera que ir a recogerla todos los días para acompañarla al club, pero lo cierto era que él no ponía mala cara ni parecía que esa tarea le molestara. Coraline había descubierto que, a pesar de su aspecto rudo y peligroso, con su cuerpo de gorila, era una persona que poseía un gran corazón. Era una lástima que no gustara a las mujeres y que solo buscaran en él a un amigo. Tal vez si se recortara el pelo, se depilara los brazos y el nido que crecía en su pecho, causara una impresión diferente.

Se despojó de la bata y la colocó en el perchero. Ya metería el lunes los datos en el ordenador. Dio un último repaso a la consulta y bajó a reunirse con él.

Capítulo 24

Era sábado por la tarde y Coraline se moría de aburrimiento. Observaba a algunos miembros del club exhibir sus habilidades en la diana de dardos que colgaba de una pared. Las pequeñas armas volaban una tras otra, clavándose con un ruido sordo que no terminaba de captar su interés.

Los clientes más tempraneros bebían cervezas y sus voces se mezclaban con la música de fondo; el famoso *Thunderstruck* de la banda de rock AC/DC, que retumbaba a través del altavoz.

—¿Qué hay, Cory? —James y Tommy se sentaron en la mesa donde ella jugaba, distraída, a pinchar aceitunas con un palillo—. ¿Sabes que hoy estrenan una peli de Marvel en el cine?

Ella sacudió la cabeza con gesto hastiado. Se sentía atrapada en la monotonía del momento. Llevaba una vieja camiseta marrón recortada a la cintura y unos vaqueros anchos poco favorecedores. Estaba deseando ver salir a Mahou al estacionamiento trasero para poder estar un poco con él. Llevaba muy mal saber que estaba tan cerca de ella y, a la vez, sentirlo tan lejos. Sin embargo, sospechaba que algo había sucedido, pues de la noche a la mañana su padre no se separaba de él ni dos minutos. Si no fuera porque Caín estaba con Eva, habría pensado que sus tendencias sexuales habían cambiado de forma drástica.

El aburrimiento y la frustración se mezclaban en su interior y le hacían sentir como si estuviera atrapada en una jaula invisible, deseando desesperadamente un respiro, una chispa de emoción, cualquier cosa que la hiciera espabilarse.

—No me gusta Marvel.

—¿Has visto alguna? —preguntó Tommy, cruzando los brazos sobre la mesa. Él era el menos hablador de los hermanos. Constantemente lo invadía la timidez, sobre todo cuando estaba delante de mujeres. También porque James parecía robarle protagonismo, aunque Coraline sabía que lo hacía sin intención.

—He visto unas cuantas. Mi ex adora a los superhéroes, pero vista una, ya he visto todas. Además —con la cabeza señaló a su padre—, tengo prohibido salir.

—Ya, como todos —dijo James con una sonrisa burlona—. Pero nosotros vamos a ir a la última sesión. Seguro que si le dices a Caín que vienes con nosotros, no pone ningún

impedimento.

Coraline sonrió.

—¡Claro que no lo pondrá, James! No puede obligarme a que me quede aquí, pero... no sé si es buena idea tal y como están las cosas. —«Si Mahou viniera conmigo, ni siquiera lo dudaría»—. ¿Os apetece que echemos un billar? Decid que sí, por Dios, o acabaré languideciendo como un terminal en paliativos.

—¡Coño! Si tienes chistes de médico —rio James, asintiendo con la cabeza—. Venga, hagámoslo un rato. Voy a buscar a alguien más y jugamos por parejas.

Mientras Tommy y ella preparaban las bolas y elegían los tacos, James regresó solo y, a los pocos minutos, apareció Mahou, acercándose con un botellín en la mano y una sonrisa bonita pero presuntuosa en los labios.

—¿Cuál será la apuesta? —preguntó él, con una voz suave pero cargada de autoridad, mientras sus ojos verdes recorrían su cuerpo con descaro. Coraline se estremeció, lamentando no haberse puesto algo más sensual.

Mahou se veía terriblemente atractivo con una camiseta sin mangas bajo su chaleco de cuero. La camiseta, descolorida por el uso, apenas dejaba entrever un antiguo diseño y destacaba el tatuaje en su musculoso brazo. Sus pantalones caían bajos, sugiriendo las líneas de su cuerpo y dejando a la imaginación los huesos de sus caderas y la firmeza de la carne que acariciaba el primer botón de sus vaqueros.

Cada movimiento suyo estaba cargado de una confianza que bordeaba la arrogancia, y su presencia era tan intensa que hacía que el aire en aquel lado de la sala pareciera más denso. Su altura y porte, junto con el cabello peinado hacia atrás, le daban un aspecto que combinaba lo rudo con lo irresistible, como si fuera el dueño del club. Él era un espectáculo infernal, una combinación perfecta de atractivo físico y una figura que emanaba poder y peligro.

—¿Te has puesto colorada, Cory? ¿Te da vergüenza jugar contra Mahou? —inquirió James, entregándole una moneda para ver quién de las dos parejas comenzaba primero—. Vamos a ganarles —aseguró.

Ella se recuperó enseguida y se encogió de hombros.

—Hace mucho que no juego al billar.

—¿Eso es una excusa? —preguntó Mahou, pasando tan cerca de ella que su cuerpo estuvo a punto de rozarla. Coraline sintió un calor abrasador deslizándose por su pelvis, negó con la cabeza y le regaló una sonrisa traviesa.

—Ninguna —contestó—. ¿En qué clase de apuestas estás pensando?

Los ojos verdes chispearon con diversión al mismo tiempo que la abrasaban por dentro. Ella debió controlar el loco impulso de lanzarse hacia su boca y hundir la lengua dentro. Quería saborearlo y amarlo, pero su padre estaba cerca, en algún lado, y aunque en ese momento no podía verlo, sentía su presencia.

—Paga las bebidas —dijo James.

Mahou no replicó y Coraline asintió, conforme. Lanzó la moneda al aire y al tomarla de nuevo, la cubrió con la otra mano.

Tommy eligió, y Coraline y James fueron los primeros en empezar.

No había mentido al decir que hacía mucho tiempo que no jugaba, aunque nunca se le había dado mal el billar. No sabía cómo, siempre —o casi siempre— tenía la suerte de su lado, y esperaba que ese día no la abandonase.

El ambiente era animado y relajado. Las bolas de colores brillaban bajo las luces, y el sonido de las risas, la música y las conversaciones llenaban el aire.

Coraline se inclinó sobre la mesa, alineando su taco con la bola blanca. Sentía la mirada de Mahou sobre ella. Con un golpe preciso, rompió el triángulo de bolas, esparciéndolas por la mesa.

James y Tommy aplaudieron, y Mahou sonrió levantando su botellín en un gesto de aprobación. La partida comenzó con entusiasmo y pronto las risas y los comentarios jocosos se hicieron más frecuentes. Ella se movía con gracia alrededor de la mesa, disfrutando del juego y de la compañía.

Mientras se distraían, aprovechaba cada oportunidad para seducir a Mahou sin que nadie se diera cuenta. Sus miradas se encontraban a menudo y ella le lanzaba sonrisas coquetas. En un momento, al pasar junto a él, dejó que su mano rozara «accidentalmente» su brazo, y sintió un escalofrío recorrer su cuerpo.

Mahou, consciente de sus intentos, respondía con miradas intensas y sonrisas cómplices. Cada vez que ella se inclinaba para hacer un tiro, no podía evitar admirar su figura, y Coraline lo sabía. Jugaba con esa tensión, disfrutando del juego tanto como del billar.

Las risas y los comentarios seguían fluyendo, y la partida se volvió cada vez más emocionante. Coraline y James se compenetraban bien, mientras que Tommy y Mahou no se quedaban atrás.

Ella lograba meter varias bolas seguidas y se ganaba los aplausos y vítores de sus compañeros. Cada vez que lo hacía, lanzaba una mirada a Mahou, en busca de su aprobación para disfrutar de la chispa que veía en sus ojos, aunque definitivamente él la desconcentraba. Era como si pudiera leer en su mente todo lo que deseaba hacer con ella sobre esa mesa, y su estómago no hacía más que burbujear disparando su imaginación con posturas de las más calientes y eróticas.

—Voy a pedirle a Frank que nos vuelva a poner bebidas —le dijo ella a James, volviéndose hacia la barra.

Muy cerca, un par de clientes habían empezado a discutir, pero no se dio cuenta. Tal vez por jugar con Mahou y los hermanos, que no paraban de hacerla reír, o por las cuatro cervezas que había bebido.

De pronto las voces se hicieron más fuertes y aquellos dos tipos llegaron violentamente a las manos.

Mahou la asustó al acercarse a ella con velocidad. La agarró de la cintura con fuerza y la

apartó de la trayectoria de uno de los puñetazos de aquellos sujetos, sentándola sobre la mesa de billar. Coraline sintió el aire desplazado por el golpe que había pasado próximo a su rostro y su corazón latió con fuerza al darse cuenta de lo cerca que había estado de ser alcanzada.

Entonces Mahou se volvió hacia ellos, furioso como nunca lo había visto. Sujetó con fuerza las solapas del hombre que había estado a punto de darle y con un movimiento rápido y decidido, lo golpeó en la mandíbula, derribándolo al suelo. Foca y Frank también acudieron con rapidez para parar la pelea y reducirlos.

Aunque un poco sobresaltada, Coraline se sintió pletórica al ver la reacción de Mahou y cómo la había protegido. Todo había sido tan deprisa que cuando él se volvió hacia ella, mientras Foca y Frank sacaban fuera a los hombres, Coraline continuaba con la sonrisa en los labios.

—¿Estás bien? —preguntó Mahou, alzando una ceja ante su rostro risueño.

—De maravilla —contestó con voz cantarina. Le echó los brazos al cuello para que la bajara de la mesa. Él lo hizo como un caballero, aunque susurró en su oído, con la voz más sensual del mundo:

—Te follaría ahora mismo, Cara guapa.

Sin dejar de sonreír, ella lo miró con deseo y el corazón galopó con fuerza en su pecho. Quería a ese hombre con toda su alma.

—Mahou, si vas a estar en mi cabeza todo el día, deberías ponerte algo de ropa —le murmuró, humedeciéndose los labios.

Él entrecerró los ojos y ambos se quedaron inmóviles, sin pestañear, mirándose el uno al otro.

—Venga, ¿seguimos jugando? —instó James cuando las cosas parecieron volver a su cauce, mientras pensaba en su siguiente jugada, ajeno al intercambio de miradas entre Mahou y su amiga.

Caín había seguido el altercado en silencio, al igual que Ian y Rick, que en ese momento compartían su mesa.

—¡Vamos! —dijo Eva llamando la atención de todos. Se metió detrás de la barra a la espera de que regresara Frank—. Aquí no ha pasado nada. Estáis invitados a una ronda.

Todos vitorearon a Eva y le agradecieron su generosidad.

—¿Ese quién cojones es? —preguntó Caín a sus compañeros, al ver entrar en el club a un joven elegantemente vestido, de cabellos oscuros.

—Un forastero —respondió Rick observándolo de arriba abajo con curiosidad—. Se habrá perdido.

—Podría ser un federal —musitó Ian. Esa noche había acudido acompañado de Prudence, a quien prácticamente había obligado a que saliera un poco de casa y le diera el aire.

El recién llegado estaba nervioso y parecía buscar a alguien en concreto. Lo encontró, y respirando hondo caminó hacia la mesa de billar, seguido con interés por varios pares de ojos.

—¿Cory?

Ella prestaba atención a una broma que acababa de hacer James, y al escuchar aquella voz tan

conocida, se volvió estupefacta. De pronto se vio aplastada contra un cuerpo. Si hubiera cerrado los ojos y olido esa colonia, podría haber pensado que continuaba en Madrid.

—¿Santi? —Salió de entre sus brazos dando un paso hacia atrás para verlo mejor y asegurarse de que no era fruto de su imaginación—. ¡Santi!, pero... ¿qué haces aquí? —preguntó sin poder salir de su asombro.

—Necesitaba verte y hablar contigo. —La observaba con una sonrisa inquieta—. Con esas ropas no te había reconocido.

En ese momento ella se puso nerviosa al ser muy consciente de con quién estaba y dónde estaba. Volvió la cabeza al sentir movimiento a su lado. Era Mahou, que cogía su botellín y se alejaba hacia la mesa donde estaba Caín.

El corazón de Coraline dio un vuelco. No tenía ninguna duda de lo que iba a hacer ella, y aunque en el fondo agradeció que Mahou se retirara para no sentirse más incómoda, una parte de sí sintió como si acabara de traicionarlo.

Los hermanos, adivinando que la partida había terminado, recogieron los tacos y guardaron las bolas sobrantes en los agujeros.

—¿Santi, por qué no me has llamado antes de venir? —le preguntó ella, inquisitiva.

—Quería sorprenderte y decirte que me he portado como un imbécil. ¿Te pillo en mal momento?

—No, claro que no.

Pero Santiago supo que mentía, porque cuando fue a besarla en los labios, ella retiró la cara y terminó besándola en la mejilla.

—¿Está tu padre por aquí? —preguntó en un susurro.

—Sí —contestó, todavía incapaz de pensar con claridad. Era como si de repente todas sus emociones lucharan en una batalla encarnizada—. ¿Te apetece que nos sentemos a conversar?

Definitivamente no podía echarlo del club ni de Cascade, a pesar de que estaba en su derecho de hacerlo. Él no solo la había dejado, sino que se había liado con la zorra de Olga.

Capítulo 25

—¿Quién ese capullo? —le preguntó Caín a Mahou, cuando se sentó a su lado.

—Creo que es Santiago, el ex de tu hija —respondió, fingiendo una indiferencia que no sentía. Había tenido que hacer acopio de una gran fuerza de voluntad para no arrastrar al tipo a la calle, patearle el estómago y advertirle de que no volviera a acercarse a Coraline. Debía hacerlo, pensó, hirviendo de furia.

—¿Qué está haciendo ese gilipollas aquí? —Sin esperar que nadie le contestara, Caín se levantó arrastrando la silla hacia atrás y caminó directamente hacia la pareja.

Coraline y Santiago, en ese momento, se estaban sentando en una de las mesas. Caín retiró una silla y se unió a ellos ante la mirada condenatoria de su hija y la estupefacta de Eva, que salía de detrás de la barra.

—¿Me he perdido algo?

Mahou levantó la vista hasta los ojos de Eva y sacudió la cabeza, sin contestar.

Ian, en cambio, respondió al tiempo que señalaba con el mentón.

—Ese es el español.

Eva arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Santiago? —Ocupó el lugar donde momentos antes estaba Caín—. ¿Qué hace aquí?

—O no habían roto de verdad, o ha venido a recuperar al Bichejo o el Bichejo le ha robado algo.

—Habían roto —afirmó Eva, preocupada—. ¿Creéis que debería ir yo también? Caín es capaz de matarlo.

A Mahou no le importaba lo más mínimo si ese imbécil moría. Se encogió de hombros y miró a su alrededor. Había bastante gente y se sintió agobiado, incapaz de disimular que se estaba muriendo de celos. Se levantó sin decir nada a nadie, caminó hasta la barra y le señaló a Frank una de las botellas que conformaban la larga hilera de la estantería que contenía las bebidas.

Frank lo entendió sin palabras, agarró el whisky y un vaso y lo puso todo sobre el mostrador. Mahou desechó el vaso, tomó la botella y salió del club por la puerta trasera. No soportaba ver a Coraline con ese hombre. Un tipo guapetón, bien vestido, con traje de chaqueta y corbata a pesar

de las altas temperaturas; un «pijo», como se decía en su tierra. Un maldito pijo que se creía con el puto derecho de presentarse en cualquier lugar, como si alguien lo hubiera invitado. Dejó escapar un gruñido de impotencia, abrió la botella tirando el tapón hacia los contendedores de la basura y bebió un largo y amargo trago. El calor inundó su garganta asentándose en su pecho.

Buscaba el modo de tranquilizarse. Primero aquel perro que por poco le revienta la cara, y ahora el cabrón de su ex, que aparecía como si Coraline fuera de su propiedad.

Lo peor de todo era que Mahou sentía miedo. ¿Y si ella lo perdonaba y hacían borrón y cuenta nueva? A ella le habría venido genial para que su padre jamás se enterara de que se estaba follando a uno de sus hombres. Pero ella... le había dicho que a él también lo amaba, e incluso se había puesto celosa con la zorra de Enid.

Bebió otro trago. Este, mucho más amargo que el anterior, pero entraba bien. ¡Joder! ¿De qué estarían hablando en ese momento?

Se paseó sobre la tierra, rascándose la cabeza. La noche había caído y el ambiente fresco era un respiro bienvenido. Desde el interior del club se escapaban sonidos de risas y música, mezclándose con los ruidos nocturnos del exterior. El jardín de peonías detrás del club despedía un aroma dulce que contrastaba con el olor acre de los contenedores de basura. Las motos aparcadas en el estacionamiento privado, junto a la furgoneta de Coraline, estaban inmóviles bajo la dorada luz de las farolas.

Lo que más deseaba era montar su Harley y volar por la carretera hasta que todos sus pensamientos se esfumaran de su cabeza. ¿Qué maldita explicación le daría a Caín si se marchaba de ese modo? Pero, entonces, ¿qué hacía?, ¿entraba dentro y daba una paliza a Santiago o esperaba a ver la reacción de Coraline? ¡Si hasta parecía haberse puesto contenta al verlo!

—¿Qué pasa, Mahou, estás tomando el aire? —preguntó Ian, que lo había seguido sin que él se diera cuenta.

Mahou lo miró enojado.

—¡No me jodas ahora tú! ¿Qué pollas quieres?

Ian levantó las manos a modo de rendición y se acercó a él con una sonrisa burlona.

—Venga, tío, vengo en son de paz. ¿Te vas a beber esa botella tú solo?

Mahou asintió e hizo un gesto con la cabeza.

—Dame un cigarrillo, anda.

Sin dejar de sonreír, Ian sacó un paquete de tabaco y le ofreció uno, encendiéndolo con un mechero plateado. Mahou dio una profunda calada, llenando sus pulmones de humo. El sonido de la música rock unido al murmullo de los grillos y el ocasional ruido de un coche pasando a lo lejos se fusionaban como los ingredientes perfectos de una receta.

—Qué puta mierda es esta vida, ¿verdad? —dijo Ian.

Mahou lo miró, desconfiado.

—A ti no parece irte tan mal.

—¿Por qué no le has dicho a Caín que estás con el Bichejo?

Mahou sonrió con ironía.

—No sé de dónde sacas eso. —Se encogió de hombros—. Además, ¿para qué iba a hacerlo? ¿Para que me folle a hostias como hiciste tú? Eres un cabrón, Ian, solo has venido a joderme.

—¡Que no, coño! Confía en mí. —Mahou lo miró incrédulo, e Ian, con las piernas ligeramente entreabiertas, lo contempló de arriba abajo—. Aquel día, cuando os escuché a ti y a ella hablar en el pasillo, me sentó como una patada en los huevos y se me cruzaron los cables, lo reconozco. No creas que no estuve a punto de coger a Cory y decirle cuatro cosas. —Se movió sobre la tierra como si caminara en el sitio o tuviera frío, aunque era obvio que se encontraba incómodo —. ¿Sabes por qué no lo hice? Porque comprendí que es su vida y que no tengo derecho a meterme en ella. Si le rompías el corazón, bien merecido lo tendría, así la próxima vez se pensaría antes qué clase de hombre es el que quiere que esté a su lado. Pero me he fijado que ella está muy flipada contigo. Apenas me habla desde ese día y he visto cómo te mira. Se le hace el coño Pepsi-Cola cuando está a tu lado. Y tú, ahora aparece el jodido del español y te piras, cuando tenías que estar a su lado para protegerla y defender lo que es tuyo.

—Cory no es mía. No pertenece a nadie. Tú lo has dicho, es su vida y ella es la que debe decidir. —Agitó la mano que sostenía la botella—. Si vuelve con el gilipollas ese es porque ella es más gilipollas todavía. No debería molestarse siquiera en escucharlo.

—Por eso te lo digo, Mahou. Conozco a mi sobrina y sé que le va a dar lástima rechazarlo después de que él haya viajado hasta aquí.

—¿Qué se supone que tengo que hacer, Ian? No puedo presentarme allí como un chiflado y soltar delante de tu hermano que estoy loco perdido por su hija.

Ian lanzó la colilla, disparándola con dos dedos, y le arrebató la botella para beber un trago. Luego se la devolvió.

—Bueno, también te puedes quedar aquí llorando como una niña.

Mahou se enfureció aún más. Sabía que Ian le decía eso, pero que no lo apoyaría frente a Caín, y era del todo insoportable para Mahou pensar que la amistad y el afecto que sentía por él pudiera terminar como el rosario de la aurora cuando le contara lo que había entre él y su Cara guapa.

Ian sacudió la cabeza.

—Vamos dentro. Si Coraline te ve por ahí, es más difícil que el «payaso» ese se salga con la suya.

Mahou se dejó convencer, tal vez, porque deseaba ver con sus propios ojos qué era lo que estaba sucediendo entre ellos. Regresaron al club. Caín había vuelto a su sitio e Ian se fue con él para enterarse de qué habían hablado. En cambio, Mahou caminó directamente hacia la barra y se unió a Foca y Obispo. De manera inevitable, el tema de conversación trató de Coraline y su ex. Se encontraban en una mesa conversando. Mahou pudo apreciar que el hombre estaba muy serio y que ella parecía estar regañándolo.

—Lo que tiene que hacer es marcharse de una puta vez por donde ha venido —gruñó Mahou, observándolos a través del espejo que había junto a la vitrina de las bebidas detrás del mostrador.

Frank le plantó un vaso delante de las narices para que dejara de beber a morro.

***

—Lamento mucho que hayas venido hasta aquí, Santi, pero entre nosotros no queda nada —decía Coraline, sin darle ninguna esperanza de volver con él.

—¿Y nuestro amor? ¿De eso tampoco queda nada, Cory?

Ella negó con la cabeza y bajó la mirada.

—Todo eso ya está muerto. Tú te encargaste de destrozarlo. Me da mucha pena, Santi. Yo siempre recordaré las cosas buenas, pero no olvidaré cómo terminó todo —dijo, sonriendo con tristeza—. Lo pasamos bien, pero, aunque lo intentáramos de nuevo, ya nada sería igual. —Le cogió la mano sobre la mesa y lo observó, sabiendo que posiblemente esa sería la última vez que se vieran y hablasen—. Mira a tu alrededor y mírame a mí. Esta soy yo, esta es mi gente y esta es mi vida. Santi, nunca podrías adaptarte.

—Podría intentarlo.

—No quiero volver contigo. —Coraline guardó silencio, le soltó la mano cuando Frank les llevó dos refrescos y volvió a hablar cuando se marchó—. Han cambiado algunas cosas desde que rompimos, tú saliste con Olga...

—Eso fue una tontería.

—... y yo estoy conociendo a alguien.

Atónito, Santiago parpadeó, cogió los refrescos que estaban en medio y los apartó a un lado para verla bien.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó con voz ahogada.

—¿Qué creías? ¿Que te sería fiel hasta que tú decidieras si aceptabas a mi familia o no? Lo siento, pero esto no funciona así.

—Has cambiado, Cory.

—¡No es cierto! Fuiste tú el que cambió cuando tus padres te empezaron a llenar la cabeza de prejuicios. Has hecho muy mal en venir —dijo bebiendo del primer vaso que tomó. Su sabor era tan dulzón y extraño que arrugó la nariz.

—Has cogido el mío, es light.

—Está asqueroso, no sé cómo puedes beber esto. —Lo miró fijamente—. ¿Tienes algún lugar donde quedarte esta noche?

—No te preocupes, buscaré algo. Llamaré a un taxi para que venga a recogerme.

—Quédate esta noche aquí, mañana te llevo yo a la ciudad. Perdona, voy a salir a que me dé el aire, me estoy mareando un poco. —Se levantó. Sentía en el pecho unas palpitaciones de lo más extrañas.

—¿Te encuentras bien, Cory? —preguntó, al notar su palidez.

—No, me siento un poco mal —respondió ella con la voz temblorosa.

—Vamos, te acompaño fuera. —Santiago la cogió del brazo con suavidad.

Coraline asintió y le indicó la zona privada del club. Atravesaron los pasillos poco iluminados hasta llegar a la parte de atrás. Cada paso se le hacía más difícil y el mareo se volvía casi insoportable. Al llegar al exterior, el aire fresco de la noche la golpeó, pero no fue suficiente para aliviar su malestar.

—Santi, me siento muy mareada —susurró, mientras se apoyaba en la pared para no caer.

Él la sostuvo con firmeza.

—Tranquila, estoy aquí contigo. Respira hondo.

Coraline intentó seguir su consejo, pero el miedo y la confusión la invadieron. Su visión se nublaba y el mundo parecía girar a su alrededor. Santiago la miraba con preocupación, sin soltarla ni un momento.

—No te preocupes, Cory. Vamos a encontrar ayuda —dijo, calmado.

Ella asintió con debilidad. El mareo y la sensación de vulnerabilidad la hicieron sentir más asustada que nunca.

Mahou, que estaba apoyado en la barra, vio a Coraline salir apresuradamente con Santiago. Con rabia asumió que buscaban un lugar privado para estar juntos. Sin embargo, algo en la forma en que ella se movía captó su atención; se veía inestable y su rostro mostraba una palidez preocupante.

Decidido a averiguar qué estaba pasando, dejó su vaso y fue tras ellos a una distancia prudente. Cuando los vio dirigirse hacia la zona privada del club y salir al exterior, aceleró el paso. Al llegar afuera, encontró a Coraline apoyada contra la pared, con Santiago a su lado, sujetándola.

—¡Qué coño está pasando aquí! —exclamó Mahou, sin poder ocultar un tono frío y seco.

El hombre levantó la vista con sorpresa.

—¡Está mal! —contestó Santiago con firmeza—. Se siente muy mareada, estoy tratando de ayudarla.

Mahou se acercó más, y al ver el estado de Coraline, su furia se transformó en preocupación. Ella estaba pálida y desorientada, apenas capaz de mantenerse en pie.

—Cory, ¿estás bien? —preguntó suavizando su tono al ver su fragilidad.

Ella levantó la vista, con los ojos nublados, llenos de miedo y confusión.

—No... no me siento bien, Mahou —murmuró.

Él se colocó con rapidez al otro lado de ella y apoyó una mano firme pero cuidadosa en su espalda para darle soporte.

—Vamos, te llevaremos a un lugar más cómodo —dijo mirando a Santiago con un breve asentimiento.

Entre los dos la guiaron lentamente hacia las escaleras, donde Mahou se aseguró de que se

sentara con cuidado.

—Tranquila, Cory, estoy aquí contigo —dijo con suavidad mientras ella respiraba profundamente, intentando recuperar el control.

—Tienes que llevarme a Urgencias —fue lo único que fue capaz de decir, antes de perder el sentido.

Capítulo 26

Mahou estaba sentado en una silla de plástico azul en la sala de espera de Urgencias. La luz de los tubos fluorescentes parpadeaba de vez en cuando emitiendo chasquidos casi imperceptibles, como susurros metálicos que resonaban en la habitación y que hacían que todos los pelos se le pusieran de punta. Había perdido la cuenta de las veces que él mismo había estado en Urgencias, encogido en un rincón para que nadie pudiera ver sus heridas: una brecha en la frente que sangraba condenadamente y le impedía enfocar la vista o doblado en dos con la sensación de tener todavía la punta de una bota hundida en su abdomen. Recordaba a su madre junto a él llorando como una Magdalena, tratando de convencerlo de que no acusara a su viejo: «Ha sido un accidente», le repetía, como si de ese modo pudiera cambiar la realidad de los hechos. «No volverá a hacerlo más, Miguel».

Pero lo hacía continuamente, como si disfrutara con ello. Como si en verdad necesitara golpearlo una y otra vez.

Suspiró tembloroso. El reloj en la pared marcó la 1:37 de la madrugada, y el silencio, roto solo por el ocasional suspiro o tos de los otros dos pacientes que esperaban su turno, era angustioso.

Echó un vistazo a su alrededor. Las paredes pintadas de blanco parecían grises bajo las luces y varios carteles informativos colgaban torcidos con mensajes sobre la prevención de enfermedades y la importancia de la vacunación. La recepción se encontraba desierta, con solo una enfermera que bostezaba detrás del mostrador, mientras hojeaba una revista de moda. De vez en cuando alzaba la vista para mirarlo con una media sonrisa compasiva.

Mahou giró la cabeza al escuchar varios pasos sobre el suelo de linóleo, que se acercaban por el corredor casi a la carrera. Segundos después, Caín y Eva entraron en la sala con rostros desencajados.

—¿Se sabe algo? —preguntaron con la voz temblorosa, acercándose a él.

Mahou se puso en pie. Sentía su cuerpo completamente tenso, como un resorte listo para saltar en cualquier momento.

—Todavía no, pero ya está despierta —les dijo—. Creen que algo le ha sentado mal.

Eva frunció el ceño, extrañada, y se mordió el labio inferior mirando la puerta de la única

consulta que funcionaba a esas horas.

—Qué raro. Todos comimos lo mismo.

—¿Has podido verla despierta? —inquirió Caín.

Él asintió con la cabeza.

—Se despertó varias veces mientras veníamos en la furgoneta. Vomitó en la entrada, pero apenas se tenía en pie. Era como si no me reconociera.

Qué extraño era acudir a Urgencias para que trataran a otra persona y no a él. La incertidumbre y el miedo de imaginar o querer saber lo que ocurría detrás de una puerta donde había un ser amado era horrible.

Caín asintió lentamente. Hasta que no viera a su hija despierta y hablando, no se le iba a quitar la preocupación de encima.

—Gracias por haberla traído tan rápido —dijo con gratitud.

Mahou se atrevió a mirarlo de frente y se humedeció los labios, nervioso. Nunca había visto a Caín tan vulnerable y sintió una enorme compasión por él y por sí mismo. Era difícil tratar de disimular su preocupación. Fingir que solo estaba allí para ayudar a la hija de su amigo, cuando su corazón retumbaba en su pecho y rogaba a Dios que lo que tuviera que sucederle a Coraline le pasara a él.

De una esquina llegaba el zumbido constante de una máquina expendedora de bebidas y aperitivos.

—Caín, tengo que decirte algo importante. —Tragó saliva. Si no lo hacía en ese momento, no sabía si tendría huevos para hacerlo más tarde, pero no podía seguir callando por más tiempo. Él tenía que conocer la verdad, así lo echara de aquella sala—. Me gusta Coraline y yo le gusto a ella —soltó con voz pesada.

Caín lo miró fijamente durante unos largos segundos. No parecía sorprendido; de hecho, su rostro, tenso como un bloque de granito, era más inexpresivo que nunca.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó.

Mahou volvió a tragar con inquietud, tratando de deshacer el nudo que le oprimía la garganta.

—Fue antes de llegar ella a Cascade.

Caín levantó las cejas, sorprendido.

—¿La conociste en Madrid?

—No. —Mahou sacudió la cabeza—. Fue en la ciudad, el fin de semana antes de que ella llegase al club. No sabía que era tu hija, te lo juro. De lo contrario no me habría acercado nunca a ella.

Caín se extrañó todavía más.

—¿Coraline estaba aquí antes de ir al club? —repitió, atónito.

Mahou asintió. Era posible que su Cara guapa se enfadara con él por revelar a su padre su secreto y pensase que la había traicionado; sin embargo, tanto ella como él debían afrontar las consecuencias de sus actos.

—Sí, hermano, por eso no podía saber quién era ella hasta que la vi aquí. En el momento en que la reconocí me di cuenta de que me había metido en un jardín que no me correspondía.

Caín se paseó por la sala y sus pasos resonaron en el silencio.

—Más bien metiste la polla donde no debías —susurró.

Un hombre mayor, con la cabeza gacha y un vendaje en la mano, miró a los moteros con curiosidad. En cambio, una mujer joven sentada en un rincón simulaba no escuchar a nadie y se frotaba las sienes, como si intentara aliviar el dolor que parecía reflejarse en su rostro.

Caín se acercó de nuevo a Mahou y a Eva y se detuvo frente a ellos.

—No entiendo nada. ¿Pero por qué no vino a verme directamente?

Eva respondió con voz suave.

—Quería divertirse un poco antes de comenzar de nuevo su vida con nosotros.

Caín la miró con ojos acusadores.

—¿Tú lo sabías?

—No —negó ella, dolida porque pensara que le ocultaba cosas—. Pero me pareció extraño que viniera de Cardwell y no de la ciudad. Me dijo que había pasado primero a saludar a los padres de Nat. Me chocó, pero ya sabes cómo son esas dos cuando están juntas.

—También fue porque estaba jodida con lo del capullo de su ex —explicó Mahou—. Quería desfogarse.

—Y lo hizo contigo —musitó Caín, clavando los ojos en él—. ¿Ella no sabía quién cojones eras tú?

—No tenía forma de saberlo. Aquel día no llevaba chaleco ni la Harley. Habíamos ido a entregar el dinero de la remesa de alcohol y después nos pasamos por un bar a tomarnos unas cervezas.

Caín suspiró y su cuerpo se relajó ligeramente.

—Bueno, ahora lo importante es que se ponga bien.

Eva le acarició el brazo con cariño.

—Se va a poner bien, ya lo verás —dijo con una sonrisa dulce.

Mahou se volvió a sentar y Caín y Eva lo imitaron. Se hizo un silencio profundo en la sala. El joven esperaba que su jefe dijera algo más, e incluso que le gritara o actuara como había hecho Ian. Sin embargo, Caín soltó una carcajada amarga.

—Me alegro de que seas tú, cabronazo, y no ese niñato que por poco se mea en los pantalones cuando me he sentado con ellos.

Mahou, con el corazón latiendo a mil por hora, respiró aliviado. Sintió unas ganas terribles de echarse a llorar. ¡Qué diferente era ese hombre de su propio padre! El otro se habría quitado la correa del cinturón y en esos momentos, probablemente, lo estaría golpeando con la hebilla de hierro en el cráneo. Se inclinó hacia adelante en su asiento y se sostuvo la cabeza con las manos, intentando calmarse.

Estaba pasando la peor noche de su vida. Se había asustado muchísimo al ver a Coraline

desmayada y como sus preciosos ojos azules se volvían blancos. Creyó que ella moriría en sus brazos cuando la metió en la furgoneta, después de buscar las llaves en su bolsillo. Le había pedido a Santiago que ubicara a Caín y le dijera que la llevaba al Medical Center, y había volado hasta allí sin percatarse ni siquiera de la velocidad que llevaba. Era consciente de que iba rápido, tal vez habían tardado menos de diez minutos, pero a él le habían parecido horas.

—Mahou —lo llamo Caín, haciendo que levantara la cabeza y saliera de sus pensamientos—. Ya sabía lo vuestro.

Él se sorprendió al principio y lo miró incrédulo. Después se pasó la lengua sobre el labio inferior, humedeciéndolo.

—Te lo dijo Ian, ¿verdad?

—No. Fue el día que estuvo la zorra de Enid. Salí detrás de ti y me encontré con todo el pastel —reconoció, cruzando los brazos.

Mahou no supo qué decir. Recordaba que Caín ese día estaba extraño, pero creía que el motivo era por la preocupación de todas las armas sin licencia que tenían en la cocina.

—Joder —tomó una profunda bocanada de aire que llenó sus pulmones—, yo no sabía cómo ibas a reaccionar. Te aprecio mucho, pero no creo que pudiera renunciar a Cory aunque me lo pidieras —le dijo con sinceridad.

—Lo entiendo y no voy a hacer eso, pero sí te voy a pedir que la cuides y le des una buena vida, porque es el tesoro más grande que tengo. —La seriedad en la voz de Caín hizo que Mahou se estremeciera y asintiera con rapidez.

—Lo haré, te lo prometo. Estoy enamorado de ella como no lo he estado nunca de nadie. —Soltó una risa perezosa cargada de alivio—. Ya verás cuando ella se entere de esto.

Imaginó que se alegraría tanto como él al no tener que fingir más ni verse a escondidas como si estuvieran haciendo algo malo.

—Por cierto, el español va a pasar la noche en el club. Le dijo Coraline que lo hiciera y que mañana lo llevaría a la ciudad —añadió Caín, cambiando de tema.

Mahou suspiró incómodo y asintió, aunque con desgana.

—Ha subido su maleta a la habitación de Foca —terció Eva, encogiéndose de hombros—. No queríamos que os sacarais los ojos mientras dormíais, por eso ni siquiera he creído conveniente pedírtelo a ti, a pesar de que tienes uno de los cuartos más grandes.

—Te lo agradezco, Eva, aunque tengo que reconocer que esta noche el capullo se ha portado bien con Cory —admitió, con una sonrisa torcida que no llegó a sus ojos.

La mujer también sonrió.

—No es un mal chico. Él no tiene la culpa de lo que ha pasado, simplemente sus padres son gilipollas y él se ha dado cuenta tarde.

A Mahou no le gustó escuchar eso, prefería seguir pensando que era un perfecto imbécil.

Coraline, con el cabello revuelto sobre los hombros y demacrada, salió tambaleándose de la sala, acompañada de una enfermera que la sostenía con firmeza por la cintura. Sus pasos eran

lentos y vacilantes, como si cada uno de ellos le costara un esfuerzo monumental. Sus ojos estaban apagados y su piel, pálida, contrastaba con su camiseta marrón.

Eva fue la primera en acercarse. La abrazó con fuerza casi como si temiera que se desvaneciera entre sus brazos.

—Estoy bien —dijo ella con voz débil, mirándolos a todos—, solo me encuentro muy cansada.

La enfermera, todavía sosteniéndola, añadió con un tono profesional pero preocupado:

—Ha tenido la tensión bajísima. El doctor dice que descanse y beba muchos líquidos. En realidad, la doctora Coraline sabe lo que tiene que hacer. ¿No es cierto? —le preguntó, buscando el asentimiento de ella.

La joven afirmó con la cabeza y trató de esbozar una sonrisa.

—Pero ¿por qué ha sido? —preguntó Mahou con el ceño fruncido y las manos tensas a los lados.

—Eso es complicado de saber —respondió Coraline en un susurro—. Dicen que algo que ha podido sentarme mal, pero también pudiera ser el calor.

—¿Eso puede ser? —inquirió Caín, abrazándola cuando Eva se apartó.

Ella asintió de nuevo, apoyándose en él para mantener el equilibrio.

—Sí, el calor sofocante y los sitios cerrados pueden dar bajadas de tensión.

Caín miró a Mahou.

—Bueno, después del susto que nos ha dado es mejor que regresemos al club. Nosotros hemos traído la motocicleta.

Mahou asintió y dejó que fuera su padre quien ayudara a Coraline a salir hasta la furgoneta después de despedirse de la enfermera.

En la calle no se escuchaba nada más que los sonidos propios de la noche: el susurro de una ligera brisa y el lejano ruido de un coche.

—Coraline, se me ha olvidado decirte. Un poco antes de que te pusieras mal estuvo Daisy buscándote. Tenía que decirte algo importante —dijo Eva subiéndose detrás de Caín en la moto. Habían aparcado al lado.

—¿Daisy? —preguntó ella con voz temblorosa.

Eva se encogió de hombros.

—Tal vez siga en el club esperándote o quizá se haya marchado. No lo sé. Cuando salí no me fijé en eso.

Coraline afirmó con la cabeza, pero no dijo nada.

Mahou la ayudó a subir con delicadeza. Rodeó el vehículo rápidamente y se puso al volante echando un último vistazo a Coraline antes de arrancar.

—Es la primera vez que viajo en este lado —advirtió ella.

—¿De verdad estás bien, Cara guapa? Me he acojonado contigo. Parecías la niña del exorcista cuando has perdido el conocimiento, con los ojos en blanco —dijo tratando de mantener un tono

ligero, aunque continuaba preocupado. Ella parecía tan débil y frágil que no soportaba verla así.

Coraline apoyó la cabeza en el respaldo y clavó la mirada al frente.

—Yo también tenía miedo —admitió en un hilo de voz—. Ha sido todo muy extraño.

Mahou no apartó la vista de la carretera.

—¿Nunca te ha pasado antes?

Ella movió la cabeza de un lado a otro con desgana.

—Me he mareado, pero de este modo nunca. Por cierto, ¿dónde está Santi?

Él se encogió de hombros y puso la furgoneta en la carretera. Ni lo sabía ni le importaba.

La Harley de Caín se perdía en la noche dejando la estela de un punto rojo tras de sí.

—Supongo que en el club —contestó—. ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Se ha dado cuenta de que te quiere y no puede vivir sin ti? Creo que es un poco tarde para eso, ¿no te parece? —Aguantando la respiración, esperó la respuesta de Coraline. ¡Por Dios! Que no le dijera que iba a volver con él.

Ella se humedeció los labios y dijo tímidamente:

—Le he dicho que estoy conociendo a alguien.

Mahou respiró tranquilo y sonrió, burlón.

—Bien, porque yo le he dicho a tu padre que eres mi novia.

—¿Qué cojones? —Coraline volvió la cara hacia él con velocidad y lo miró con ojos muy abiertos.

El rostro de Mahou estaba envuelto en sombras, pero su sonrisa era visible.

—Es lo que querías que hiciera, ¿no?

—Sí. Pero ¿qué te ha dicho? —preguntó, ansiosa.

Mahou se echó a reír y sus dientes brillaron en la oscuridad.

—Creo que no se lo ha tomado mal. Al menos todavía estoy vivo.

—No bromees con eso. —Ella comenzó a sonreír también. Le puso la palma de la mano sobre la pierna y Mahou sintió el fuego recorrer su sangre. Estaba feliz. Después de estar tanto tiempo planeando el modo de confesarle a Caín sus sentimientos, al final todo había ido sobre ruedas, aunque hubiera preferido que Cory se encontrara bien y no haberlo hecho en la sala de esperas de Urgencias.

—En realidad —dijo carraspeando, divertido—, me ha dicho que soy el hombre perfecto para ti y que debes obedecerme en todo.

Coraline soltó una carcajada.

—¿Sabes, tipo duro? No creo que mi padre haya dicho eso, ¿no le habrás entendido al revés?

—No.

Ella volvió a reír.

—Si no estuviera tan cansada, te preguntaría si tienes espacio en la boca para una lengua más.

Mahou se estremeció. Ya estaba otra vez preparado para esparcir sus genes a diestro y siniestro.

—No me jodas, Cara guapa, que me estoy conteniendo. Soy capaz de parar este armatoste aquí mismo y darte lo que necesitas.

—¡Oye, ten cuidado con lo que dices de mi correcaminos, no lo ofendas! —Coraline suspiró, cansada, y movió los dedos sobre el firme músculo de su pierna con suavidad—. Apuesto a que tú lo necesitas más que yo. —Esbozó una débil sonrisa—. Pero esta vez debemos aguantarnos.

Mahou la miró de refilón y sus ojos ardieron al posarse en su rostro pálido y cremoso.

—¿Solo esta vez? Si supieras el dolor de pelotas que tengo desde que te conozco.

Ella dejó escapar un pequeño ruidillo entre los labios y cerró los ojos. Llevaban las ventanas abiertas e hicieron el resto del trayecto escuchando el rumor de la velocidad cortando el aire. Al llegar, el club estaba cerrado; y excepto las farolas y alguna luz en las ventanas de la segunda planta, el resto se hallaba envuelto en sombras.

Estacionó la furgoneta en el aparcamiento trasero. Ella se había dormido y él la cogió en brazos, permitiendo que apoyara la cabeza en su hombro izquierdo. Sintió la suave respiración sobre su cuello y el olor del perfume que emanaba de sus cabellos. La llevó hasta el dormitorio, pero chasqueó la lengua al ver que Caín esperaba en el pasillo, mientras Eva apartaba las cobijas. Había pensado que tal vez podía pasar la noche a su lado, vigilándola. La puso sobre la cama con cuidado.

—Ya me encargo yo —le dijo Eva.

Se lo imaginaba. Besó con ternura la frente de Coraline y salió del cuarto.

Capítulo 27

A la mañana siguiente, todos estaban despiertos en el club cuando Coraline se levantó. Había descansado bien y se encontraba igual que siempre, como si lo sucedido la noche anterior no hubiera sido más que un mal sueño, a pesar de que sentía un leve latido en las sienes, igual que si hubiera bebido de más.

Podía recordar todo, aunque era consciente de que había perdido el sentido varias veces. Pero ahora ¡estaba saliendo oficialmente con Mahou! Lo demás no importaba y no podía estar más feliz y contenta, tanto que quería bailar, gritar, llamar a Nat corriendo y besar a ese hombre hasta que su nombre quedara grabado a fuego en su mente.

—La chica de Mahou —se repitió con una sonrisa de oreja a oreja, incapaz de estarse quieta.

Se dio una ducha que la hizo sentir como nueva, como si el agua caliente hubiera lavado no solo la suciedad del cuerpo, sino también el cansancio del alma. Pero recordó que debía llevar a Santiago a la ciudad y la sensación de responsabilidad la sacudió por un momento.

¿Los acompañaría Mahou?

En realidad deseaba que no lo hiciera. Quería hablar con Santiago, sin reproches de ninguna clase, como cuando eran amigos.

Se dirigió a la cocina, desde donde provenían las cálidas voces familiares que resonaban con eco en la sala del club. Todas ellas se interrumpieron abruptamente cuando entró y el silencio se instaló de golpe, como un manto.

—Parece que estáis viendo un fantasma —les dijo con voz ronca y pesada. Aceptó con gratitud la taza de café que Eva le daba.

Mahou se levantó de su sitio con un gesto amable y le ofreció su silla, demostrando una cortesía que le hizo enrojecer.

—Gracias —dijo ella, mientras esbozaba una sonrisa—. Me encuentro bien —respondió a la pregunta no formulada de los ojos preocupados que la miraban intensamente. Recorrió con la vista la sala y frunció el ceño—. ¿Dónde está Santi?

—No está —contestó Caín, serio—. Foca dice que no durmió aquí anoche.

Sorprendida, preguntó extrañada al tiempo que removía el café con una cucharilla:

—¿Se ha marchado sin decirnos nada? —Su mente buscó una explicación lógica, pero no se le ocurría ninguna.

Eva le puso una mano en el hombro.

—Es muy raro, cariño —dijo con dulzura—, todavía tiene su equipaje aquí.

—Entonces no se habrá marchado, tal vez está dando un paseo por el pueblo.

—¿Por qué no le llamas por teléfono? —sugirió.

Coraline asintió sacando su teléfono mientras Caín refunfuñaba, molesto por la falta de consideración de Santiago al no avisar a nadie. En algún lado tenía que haber dormido, eso estaba claro. Pero ¿por qué no había dicho nada? Como mínimo debía haberla llamado para saber cómo se encontraba.

Le llamó varias veces, pero Santiago no contestó y comenzó a preocuparse.

—No le habrá pasado nada, ¿verdad? A lo mejor se ha perdido.

—Lo dudo mucho —respondió Mahou negando con la cabeza—, si ayer supo llegar hasta aquí desde Madrid, podría hacerlo desde cualquier sitio. Además, te habría dicho algo.

El joven tenía razón, pero la responsabilidad que sentía era un peso sobre sus hombros. No quería que le sucediera nada malo por su culpa estando tan lejos de su familia. Simplemente deseaba que se marchara y que siguiera con su vida sin problema.

Al ver el rostro inquieto de Coraline, Mahou añadió:

—Voy a dar una vuelta por el pueblo, me acercaré al territorio de los Diablos por si acaso está allí.

Caín movió la cabeza afirmativamente varias veces apoyando la idea.

—Yo también buscaré. Frank y Foca, venid conmigo. Obispo, acompaña a Mahou. Si aparece por aquí, nos dais un toque —le dijo a Eva.

—Yo también voy. —Coraline se levantó, pero antes de dejar la taza sobre la mesa, Caín la detuvo.

—De momento no vas a salir a ningún lado. Es una tontería que te pongas a dar vueltas de un lado a otro. Lo que debes hacer es descansar.

—Te repito que estoy bien.

Eva la tomó del brazo.

—Quédate conmigo mejor. Si regresa querrá que lo lleves a la ciudad.

Coraline suspiró y se dejó convencer. Los vio salir a todos, y Eva y ella pasaron la mañana esperando alguna noticia. Por la tarde, al ver que Santiago seguía sin aparecer, dieron aviso a la comunidad de caravanas para que se unieran a la búsqueda.

Coraline rebuscó nerviosamente entre las cosas de Santiago, y al ver su pasaporte allí, un escalofrío le recorrió la espalda. Sin perder tiempo tomó su teléfono y llamó a Mahou para informarle de su decisión de ir a la oficina del sheriff a poner una denuncia. Bradford seguramente le diría que hasta pasadas las veinticuatro horas no podría hacer nada al tratarse de un adulto. Pero ella sentía la necesidad de ponerse en movimiento y hacer algo.

Escuchar la voz de Mahou a través de la línea fue extraño y emocionante. Agradecía infinito que él se preocupara por buscar a su ex, pues estaba segura de que ella sería incapaz de mover un solo dedo para encontrar a alguna tía que hubiera estado con él. Sí, así de egoísta era y no le daba reparo en admitirlo. Claro que tampoco se había visto en esa situación.

—Cory, espera que yo llegue, voy contigo. No vayas sola a ningún lado —le dijo, con aquella voz ronca y sexy que hacía que se estremeciera.

Ella le obedeció. Tenía un mal presentimiento, una sensación que se hizo más intensa al recordar que Eva le había mencionado que Daisy había estado allí la noche anterior. ¿Y si su repentino bajón de tensión había sido provocado por un somnífero? Era difícil imaginar cómo podrían haberlo metido en los botellines, pero no en los refrescos.

Su corazón se saltó un latido al recordar el asqueroso refresco de Santiago. Solo había dado un par de sorbos, y él no lo había tomado, al menos no antes de salir al aparcamiento con ella. La preocupación se transformó en una sensación de urgencia mientras intentaba encontrarle sentido a todo esto.

Cuando Mahou llegó a buscarla, él debió notar de inmediato la confusión que reflejaba su rostro. Dudaba si contarle todo lo que sabía y lo que le había confesado el sheriff Snipe.

—Va a aparecer, Cory, no te preocupes. Seguro que anoche se enfadó cuando le dijiste que no seguirías con él y ha ido a emborracharse por ahí.

—Ojalá eso fuera cierto, pero..., no sé. Santi no es así. Te agradezco mucho que estés ayudándome —le dijo, sincera.

El rostro de Mahou era inexpresivo.

—Lo hago por ti, no por él. A mí ese tío me la sopla —contestó con franqueza, dejando muy claros sus sentimientos—. Creo que simplemente está tratando de despertar tu compasión.

—Puede ser; sin embargo, nunca ha ido de víctima —le contestó—. Aunque te advierto que, si lo está haciendo por eso, se merece que saque todas sus cosas del club y que se busque la vida para volver a Madrid.

Mahou la miró fijamente, como si tratara de entender algo que le resultaba incomprensible.

—Lo que no me cuadra es por qué te importa tanto después de lo que te hizo.

Ella se encogió de hombros y murmuró:

—Mahou, a mí solo me importas tú. Santi... me preocupa.

—No creas que estoy celoso —contestó él, montando en su Harley.

Coraline sonrió traviesa, aunque sabía que no podía verla. Se subió detrás y le rodeó la cintura. Sintió el frescor del chaleco de cuero en su mejilla, al apoyar la cara en su espalda, e inhaló el aroma a cuero y gasolina.

—En realidad me siento responsable —le confesó con voz temblorosa—. Él ha venido a intentar arreglar las cosas y que haya desaparecido así me mosquea bastante. En el fondo todavía siento cariño por él.

Mahou iba a encender el motor, pero se detuvo en seco y giró la cabeza para mirarla con

seriedad. Ella echó la cabeza hacia atrás y se encontró con su rostro sombrío y ceñudo.

—A que te bajas —amenazó él. En sus ojos verdes percibió un pequeño destello de celos y Coraline le apretó suavemente, para que sintiera su corazón latir por él.

—No seas tonto, Mahou.

—Ya hablaremos de ello después. —Volvió a su posición y puso la Harley en movimiento.

La última vez que Coraline había montado en una motocicleta, había sido la noche del incendio con James. Tommy los había seguido muy de cerca, aunque él no llegó al edificio para no llamar la atención.

Mahou manejaba bien, suave en los arranques y en las frenadas, y ella se sintió segura apretando su cuerpo contra el de él. Cuando se detuvieron frente a la comisaría, notó que Mahou titubeaba y miraba hacia la puerta con desconfianza. El edificio de ladrillo de dos plantas parecía intimidante bajo la luz del sol. Las dobles puertas acristaladas reflejaban la imagen de dos coches patrulla estacionados, cuyas luces se encontraban apagadas.

—Espérame aquí si quieres —le dijo ella, observando su expresión.

Mahou sacudió la cabeza con firmeza.

—Voy contigo.

—Si no estás a gusto, no tienes que hacerlo —insistió. Porque claramente no parecía que quisiera. Pero él agarró su mano y la dirigió hacia la entrada al tiempo que murmuraba:

—Estos sitios me desagradan. Pero mira, creo que es la primera vez que entro por propia voluntad.

Coraline arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Tantas veces te han detenido?

—No. —Cabeceó—. Aquí solo una. Cuando llegué a Cascade y me emborraché. —Sonrió, burlón, con esa sonrisa que a ella tanto le gustaba y que hacía que su estómago se agitara como la espuma de una cerveza—. Escándalo público o algo así dijeron que era.

Pasaron al interior y saludaron a la mujer que estaba tras un alto mostrador. El aire estaba impregnado con el olor a papel y café rancio.

Coraline señaló hacia uno de los pasillos. Las instalaciones no habían cambiado mucho desde la última vez que ella estuvo.

—Señora Kendall, vamos a ver al sheriff, ¿está ocupado?

—No, Cory, podéis pasar. Su despacho sigue estando donde siempre —respondió con una sonrisa—. Me dijeron que habías llegado, me alegro mucho de que estés de vuelta. Espero que nos veamos pronto.

—Sí, yo también.

Conocía a la señora Kendall desde siempre. Antes había vivido en la comunidad de caravanas con su marido, un hijo de Caín, empero el hombre había fallecido de un infarto hacía muchos años y ella se había vuelto a casar con el tipo que llevaba el mantenimiento de la comisaría. Consiguió el trabajo por enchufe, como casi todos los que vivían en Cascade.

Mahou soltó su mano poco antes de ingresar en la oficina y dejó un vacío donde antes sentía su calidez. El sheriff Snipe, detrás de su escritorio de madera, se levantó al verlos entrar y pasó la vista de uno a otro con curiosidad.

—Cory, Mahou, ¿a qué se debe vuestra visita?

—Coraline quiere poner una denuncia —explicó Mahou.

—¿De qué se trata? —preguntó, intrigado.

—Ayer vino un amigo a visitarme. Hoy debía marcharse, pero nadie le ha visto en toda la noche y continúa sin aparecer. Tiene todas sus cosas en el club, incluido el pasaporte. Llevamos toda la mañana buscándolo y ya no sabemos qué más hacer.

El hombre se abrió paso hasta la puerta y la cerró con un suave chasquido. Después les hizo una señal para que se sentaran.

—Brad —volvió a decir ella—. Cuando desapareció estaba Daisy en el club. Quería hablar conmigo, pero dio la casualidad de que Mahou me tuvo que llevar a Urgencias.

—¿Qué te pasó? —preguntó, observándola de arriba abajo.

—Creí que era algo que me había sentado mal, pero ahora lo dudo. Me dio una fuerte bajada de tensión. Lo que más recuerdo es que tenía mucho sueño.

—¿Estás segura de que estaba esa mujer allí? —Él se sentó de nuevo, frunciendo el ceño con preocupación.

—Yo no la vi, pero me lo dijo Eva.

Mahou pestañeó confuso, clavó la mirada sobre ella. Sentía que se estaba perdiendo algo importante.

—¿Qué tiene que ver esa tía con esto?

Coraline paseó los ojos sobre él y luego sobre el sheriff, buscando su apoyo.

—Deberíamos de contárselo, Brad.

Serio, el sheriff tensó la mandíbula.

—Cory, te insistí...

—Lo sé, pero querías el nombre del tío con el que pasé la noche en la que llegué —le dijo antes de que él comenzara a echarle la bronca—. Pues ese hombre es Mahou.

El sheriff se sorprendió y Mahou sacudió la cabeza, desconcertado.

—No estoy entendiendo nada, nena. ¿Tengo motivos para ponerme nervioso? —preguntó, clavando los ojos en ella, muy fijos.

—No, tranquilo. —Coraline lo tocó con suavidad en el brazo—. Brad quería saber con quién estuve cuando se cometió el primer asesinato.

Mahou pasó la vista al sheriff, entendiendo menos.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Sospechas de ella?

El sheriff suspiró.

—En este momento sospecho hasta de mi sombra. Los federales llegarán como muy tarde mañana y necesito dejar atados algunos cabos. Cory —se dirigió a ella—, sobre el hombre del

que hablas... De madrugada encontramos un cuerpo en la carretera de Cardwell. No tenía identificación ninguna. Dime cómo es ese amigo tuyo.

Ella se estremeció con fuerza y sintió un frío que le recorría la espalda mientras lágrimas de preocupación se agolpaban en sus ojos. Su cuerpo comenzó a temblar visiblemente.

—¿Está muerto? —preguntó con un nudo apretado en la garganta.

Bradford no contestó de inmediato, sino que siguió observándola con una mirada penetrante. Mahou carraspeó tratando de romper la tensión en la oficina y puso su mano sobre la pierna de Coraline, intentando transmitirle confianza y seguridad.

—Cabello oscuro, alto y trajeado.

Ella sacó el pasaporte de Santiago de su bolso y se lo entregó al sheriff con torpeza. Bradford lo echó un vistazo y anotó algo en un cuaderno.

—¿Qué relación tienes con este hombre, Cory? —preguntó, levantando la vista hacia ella.

—Ya te lo he dicho, es un amigo. ¿Está muerto? —insistió.

—No, pero está en el hospital de Great Falls, inconsciente. Alguien trató de asesinarlo anoche.

—¡Por Dios! —Ella se llevó las manos a la cara—. Vino a verme —repitió con el corazón latiendo muy fuerte en su pecho, como si no pudiera asimilar la noticia—. Estudiamos juntos en la universidad, en Madrid.

—¿Qué tiene que ver esa tía Daisy en todo esto? —preguntó Mahou apretando el muslo de la joven con más fuerza.

El sheriff Snipe le habló de sus sospechas y de cómo le había dicho a Coraline y a Nat, la tarde anterior, que debían mantenerlo en secreto, pues necesitaban pruebas para poder detenerla.

—¿Es posible que Santi pueda reconocerla? —Quiso saber Coraline, al tiempo que rogaba para que Santiago no se muriera. Aunque era una tontería, pensaba en ese momento en los padres de su ex culpándola a ella de lo ocurrido.

—Eso esperamos, pero no lo sabremos hasta que no despierte. De todas formas no debéis contar lo que sabéis. Los federales quieren que actuemos como si hubiera muerto para no ponerlo más en peligro. En un par de horas nosotros haremos un comunicado de que hemos encontrado otro cadáver. —Se aclaró la voz—. Nadie debe saber que continúa con vida —insistió—. Ni siquiera Caín.

—Necesito ir a verlo, Brad —pidió Coraline, angustiada. Solo podía pensar que Santiago estaba solo, en un país que no era el suyo. Cuando despertara, se asustaría, y ella no podía olvidar que él siempre había estado apoyándola en España, haciendo todo lo posible para que se adaptara durante los cursos.

El sheriff negó con la cabeza, rotundo.

—No puedes, tendréis que fingir que os he dicho que está muerto si alguien os pregunta sobre la denuncia que ibais a poner.

—¿Pero estás seguro de que es él?

El oficial agitó el pasaporte y asintió con la cabeza.

—Ahora sí.

Coraline rompió a llorar y sus lágrimas rodaron por sus mejillas mientras Mahou la estrechaba entre sus brazos, intentando consolarla.

—Madre mía, no tendría que haber venido nunca —gimió.

—Haremos como dices, Bradford —respondió Mahou, enredando sus dedos en el cabello de ella con ternura—. Cory, escúchame. Todo va a salir bien, ¿vale?

—Vale —musitó contra su pecho.

—De acuerdo. —El sheriff se echó atrás en su silla y se frotó las manos—. Cory, ¿no hay posibilidades de que te hagas una analítica hoy?

Ella sorbió por la nariz y se despegó de Mahou, limpiándose las lágrimas de las mejillas con las manos.

—Sí, puedo ir dentro de un rato. Buscaré si han alterado algún nivel de ciertas enzimas hepáticas, electrolitos y otros parámetros sanguíneos. Pensaba hacerlo.

Mahou se pasó intranquilo la mano por el cabello.

—Si encuentra algo en la sangre, ¿significa que van a por ella? —le preguntó al sheriff, mientras pensativo se mordía el lado interior de la boca.

Bradford se encogió de hombros.

—No sé qué decir, me confunde mucho todo esto —admitió.

Coraline sacudió la cabeza y agarró la mano de Mahou con fuerza.

—No iba a por mí, estoy segura —susurró con voz temblorosa—. Me confundí y bebí del vaso de Santi. —Miró a Mahou, llorosa—. ¿Pero por qué alguien querría hacerle daño? Aquí nadie lo conoce de nada.

—Tal vez no iba a por él y no quieres darte cuenta —insistió Mahou.

—Sí, sí que iba —afirmó segura—. De lo contrario él no habría desaparecido. No tiene ningún sentido, ¿no crees?

—Nada de esto tiene sentido, coño —respondió él, escéptico.

Coraline tragó con dificultad.

—Sigo pensando que no es Daisy.

El sheriff hizo repiquetear los dedos sobre el escritorio.

—Sin embargo ella estaba cerca anoche. Siempre está alrededor, eso cuando menos es sospechoso.

Coraline suspiró, nerviosa.

—Brad, necesito saber que Santi va a ponerse bien. —Ahogó un sollozo—. ¿Debo llamar a sus padres?

—Yo me encargo de eso, Cory. Ahora marcharos al club y avisad de que no sigan buscándolo. —Se levantó, y Mahou y Coraline lo imitaron—. Mahou, advierte a Caín sobre la llegada de los federales. Si tengo alguna noticia de algo, os aviso.

Se despidieron del sheriff, y al salir, él trató de reconfortarla.

—No te sientas culpable, cariño. Tú no le pediste que viniera. ¡Joder!, si lo sé, le habría dejado que anoche nos acompañara a Urgencias.

Ella lo abrazó, pasando los brazos por su cintura con fuerza.

—¿Por qué hacen esto? —Lloró y él la apretó contra su cuerpo.

—No lo sé, pero más le vale a Bradford y a los federales que muevan rápido sus putos culos. —Le alzó la cara con las manos en un gesto lleno de ternura—. Te dejo en el club y voy al parquin de caravanas. Tengo que advertirles de que escondan las armas. Le avisas tú a tu padre de la llegada de esos tipos, ¿vale?

Ella asintió. Lo peor iba a ser disimular delante de su familia que Santiago no estaba muerto.

Minutos más tarde, Mahou se detuvo en la puerta principal del club. Coraline se apeó y según caminaba hacia la puerta, perdida en sus propios pensamientos, escuchó que Mahou decía:

—¿No me vas a dar un beso, Cara guapa?

Coraline se acercó a él con timidez y posó los labios en los suyos con un beso húmedo que provocó un montón de cosas en su estómago.

—Te amo —le susurró al apartarse—. Por favor, ten mucho cuidado.

Mahou guiñó uno de sus preciosos ojos verdes, y tras hacer rugir el motor de la Harley, desapareció por la carretera.

Capítulo 28

Coraline se sobresaltó al escuchar a su espalda la voz de Daisy y giró rápidamente, alejándose unos pasos de ella. Sentía cómo su corazón se aceleraba y las palmas de sus manos comenzaban a sudar.

—Cory, necesito hablar contigo de algo importante.

Ella tragó saliva y su corazón dio un salto de gigante. Miró a Daisy con desconfianza, intentando adivinar sus intenciones. Después de saber lo de Santiago, sin haber podido digerir todavía la noticia, a la última persona que esperaba encontrar era a ella.

—Eva me dijo que viniste anoche, Daisy —dijo haciendo que su voz sonara calmada.

La mujer asintió lentamente y sus labios, pintados de un anaranjado vibrante, formaron una leve sonrisa. Daisy siempre había sido muy guapa, con su pelo negro como el carbón y esos ojos oscuros y profundos. Nunca salía de casa sin maquillaje y esa ocasión no era diferente; sus sombras tostadas resaltaban sus ojos, mientras que el rímel prolongaba, aún más, sus ya de por sí largas y tupidas pestañas.

—Quería decirte algo, pero te marchaste antes.

Coraline frunció el ceño y desvió la mirada hacia el aparcamiento. No había ningún coche, pero sí varias motocicletas en hilera frente a la puerta. El sol había descendido lo suficiente como para que la fachada del club proyectara una gran sombra en la entrada. Un par de hijos de Caín fumaban hierba y bebían cerca de los escalones de piedra, y su risa resonaba en el aire.

—Me encontraba mal —admitió—. He tenido una noche de locos. Me gustaría descansar un poco, más tarde tengo que ir al Medical Center para hacer algunas cosas —dijo, deseando cortar la conversación lo antes posible.

Echó a andar hacia la entrada, pero Daisy no estaba dispuesta a dejarla escapar. Cogió su brazo con fuerza, con una expresión desesperada.

—Es importante que te cuente algo, Cory —insistió.

En ese momento vio salir a Foca del club y de algún modo eso la hizo sentir más segura. Respiró hondo y decidió escucharla.

—¿Qué es?

—Ayer por la mañana me llamó Mery, la mujer de Jacob. No sé si sabes que él y yo estuvimos liados.

—Algo he oído —admitió, extrañada de que ambas se hablaran—. ¿Sois amigas?

Daisy sacudió la cabeza con amargura.

—Lo éramos antes, hasta que se enteró de lo mío con su marido.

—Es que a ti ya te vale, ¿no? —dijo, alzando una ceja con reproche.

—No me juzgues, Cory. Jacob y ella no se llevaban muy bien y todos lo sabían. No te voy a decir que me arrepienta, porque no es así. Discutían a menudo, y si estaban juntos era solo por el bebé. La noche que él desapareció volvieron a pelearse, pero en esta ocasión fue por ti.

Estupefacta, abrió mucho los ojos. ¡A ver si ahora la culpa iba a ser suya!

—¿Por mí?

—Jacob estaba cabreado por lo que podías haber creado con los Diablos, y Mery le echó en cara que te culpara de todo. Ella decía que él estaba tan pillado por ti que odiaba cada cosa que expresabas o hacías. El caso es que Jacob se marchó de casa y Mery creyó ver que alguien lo seguía.

—¡Ja! —se mofó Coraline—. ¿Pillado por mí? Si me odiaba desde que le tiré la moto al río.

—A él le gustabas, Cory, pero como lo dejaste en ridículo y pasabas de hablarle, Jacob fingía hacer lo mismo. Estoy segura de que si hubieras chasqueado los dedos en alguna ocasión hacia él, hubiera acudido a ti como un perro.

—Bueno, nunca me interesó. ¿Mery le contó al sheriff su sospecha de que alguien seguía a su marido aquella noche? —preguntó, cruzándose de brazos.

Daisy negó con la cabeza.

—No.

—Lo que no entiendo es por qué motivo te lo ha dicho a ti —dijo, incrédula, sin saber por qué lo compartía con ella.

La mujer lanzó una mirada cautelosa hacia los moteros y bajó el tono de voz.

—Tiene miedo. Piensa que alguien la acecha desde aquella noche y no se atreve ni a salir de la comunidad. Me ha llamado por teléfono para ver si tú o tu padre podéis acercaros. Dice que solo confía en vosotros y duda mucho que, si yo os doy el recado, la relacionen conmigo. Le dije que te llamara a ti, pero insiste en que debe hablar en persona.

Coraline la miró a los ojos y supo que Daisy decía la verdad. No se iba a inventar todo eso para encubrirse; de lo contrario, simplemente se hubiera callado.

—No creas que lo hago por ella —siguió diciendo Daisy como si hubiera podido leer su mente —. Yo quería a Jacob.

—Supongo que algo bueno tendría, aunque yo no lo he visto nunca. Pero tienes razón, no soy quién para juzgar lo que pasó entre vosotros —asintió—. De acuerdo, cuando salga del Medical Center me pasaré a verla.

Foca se acercó y ambas cambiaron de conversación enseguida.

—¿Cory, has sabido algo del español? —le preguntó, con una mirada inquisitiva—. Algunos muchachos van a ir a los pueblos de los alrededores.

Coraline asintió con un nudo en la garganta.

—Ya lo han encontrado, Foca. Que dejen de buscar ya.

—Puff, menos mal, tu padre está revolviendo todo Montana —respondió, visiblemente aliviado.

Coraline dejó escapar un suspiro cargado de pesadumbre antes de hablar.

—Lo han asesinado. Está muerto.

Daisy ahogó una exclamación y frunció el ceño, su rostro palideció.

—¿A quién? —preguntó, temerosa.

—Un amigo que había venido a visitarme —contestó Coraline.

Foca enmudeció e intercambió una mirada con ella que transmitía más de lo que las palabras podrían decir.

—Lo siento mucho, de verdad. Será mejor que descanses un poco, Cory. —Le rodeó los hombros con afecto—. Te acompaño dentro y aviso a Eva para que se quede contigo.

Coraline asintió incapaz de encontrar palabras y le agradeció que no hiciera más preguntas. Se despidió de Daisy con una mirada furtiva y se dejó llevar al interior del club. Al entrar, Eva corrió hacia ella con preocupación.

Foca le explicó lo ocurrido con una voz baja y seria, al tiempo que le aconsejaba que llevara a Coraline a su dormitorio para que pudiera descansar.

***

Coraline no era tonta y sabía que su padre tenía algunos negocios que no eran legales, pero que tampoco eran como para meterlo en la cárcel, sino más bien para pagar denuncias. Eso sí, a veces cantidades desorbitadas de dinero. A ciencia cierta ella nunca había sabido de qué trataban pues esos temas era algo que no compartía con las mujeres, aunque eso sonara machista, e incluso Coraline dudaba mucho de que Eva conociese todos sus tejemanejes al cien por cien. Pero era un hecho que la llegada de los federales los ponía nerviosos.

Desde que Mahou había llegado de la comunidad, él, Obispo y Caín estaban encerrados en el despacho ordenando papeles, mientras que otros tantos repasaban las cajas del almacén.

Coraline esperaba a que Mahou la acompañara para hacerse la analítica, y dos veces que intentó entrar e interrumpirlos, su padre la echó de allí, repitiendo que se encontraban muy ocupados.

El club acababa de abrir y Frank, junto con Jess, que había regresado ya porque decía que prefería estar trabajando que cumpliendo los recados de su latosa madre, se hallaban tras la barra colocando las bebidas y sirviendo. El único que parecía no estar haciendo nada esa tarde era Foca, por lo que Coraline se dirigió a él para que la acompañase.

—Debo avisar a tu padre —respondió él, aunque se hizo el loco conversando con unos y otros y ella continuó esperando, cada vez más enfadada, hasta que al final agarró su bolso y salió hacia su furgoneta hecha un cisco.

Al sentarse frente al volante inhaló profundamente y un ligero aroma de la colonia que usaba Mahou llegó hasta ella, provocándole una sonrisa involuntaria. Todavía no habían hablado del alivio que sentían ahora que Caín sabía lo suyo de manera oficial. En realidad, con todo lo que estaba pasando no habían tenido tiempo para nada.

De pronto alguien golpeó el cristal de la ventanilla, sobresaltándola. Gritó asustada, hasta que reconoció a Mahou, que la miraba enfadado.

—¿Dónde coño vas?

Coraline parpadeó por su tono de voz y con una lentitud aterradora, capaz de acabar con la paciencia de cualquiera, giró la manivela de la ventana, bajándola del todo.

—A hacerme la analítica —respondió con firmeza, sin apartar la vista de él.

Mahou le lanzó una intensa mirada.

—¿No has podido avisarme?

—Pues va a ser que lo he intentado varias veces, pero parece que todos estáis muy ocupados escondiendo vuestras mierdas de los federales —replicó, sarcástica.

Mahou apretó los dientes con fuerza y su mandíbula se tensó. ¡Había que joderse con su novia! Ella lo enfrentaba, sin bajar ni un milímetro la mirada de sus ojos, cuando se suponía que debía fingir estar muy dolida por la muerte de su ex. Con un suspiró resignado, admitió:

—Lo siento, lo había olvidado. Échate a un lado, te acompaño.

Ella arqueó las cejas y sacudió la cabeza.

—¿Cómo que me eche a un lado? Si quieres venir, sube, pero no voy a dejarte conducir. La Harley es tuya, pero la furgo es mía.

Después de unos segundos de mirarla incrédulo, pensando si le apetecía más cogerla del cuello o comerse su boca, rodeó el morro del vehículo y se sentó a su lado.

—¿Estás enfadada? —preguntó, cauteloso. Aunque la respuesta era más que obvia, pues su mirada azul era tan fría como el mar del Norte. Sin embargo, no entendía cómo podía afectarle tanto su estado de ánimo. Nunca ninguna mujer, excepto su madre durante los primeros años de infancia, lo había trastornado tanto.

—Para nada, me estoy partiendo de la risa —contestó con un gesto irónico, arrancando el motor—. Puede que estés acostumbrado a que todo el mundo obedezca tus órdenes, pero te confundes conmigo. Que sea tu novia no te da el derecho de manejarme.

Sintió como si acabara de darle una patada en los huevos.

—¡Joder, Cory! —gruñó entre dientes—. No pretendo manejarte de ningún modo. ¿Se te ha olvidado que hay un asesino, o asesina —rectificó—, muy cerca de nosotros?

—¿Cómo podría hacerlo? —contestó con sequedad—. Santi está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. —Lo miró de soslayo—. ¿Puedes ponerte el cinturón, por favor?

Él la obedeció con un movimiento enérgico. Después suspiró tratando de calmarse y no enfadarla más.

—Lo siento, Cara guapa. —Se disculpó con un tono más suave—. Tenemos un montón de papeles que ordenar.

—¿Tantos negocios ilegales lleváis? ——preguntó Coraline, aunque su tono no era de curiosidad, sino de reproche.

Mahou no se sorprendió de que ella pudiera saber algo, aunque no le gustaba nada. Pero la hija de Caín era una mujer inteligente, además de preciosa, y no podía olvidar que había vivido en el club mucho más tiempo que él.

—La mayoría no lo son, pero tenemos que tener a mano las licencias y los documentos actualizados. Muchas de las cajas de alcohol que hay en el almacén no tienen facturas, y en caso de ser confiscadas, perderemos una suma bastante importante de dinero.

Coraline empezó a mover la furgoneta.

—No entiendo por qué mi padre sigue metiéndose en esos laberintos.

—Debe algunos favores y lo compensa sacando de Nueva York algunas partidas de bebidas. A nosotros nos sale más barato y mantenemos relaciones que en un futuro podrían sernos necesarias. Hay mucha gente gorda metida en el asunto.

Coraline pareció calmar un poco el mal humor con su revelación.

—Mi padre no necesita seguir con ello —insistió.

—No, pero lo hace por la amistad que sostiene de años atrás con un tipo importante; además, si se ponen muy cabrones pueden hacer que nos quiten los permisos para mantener abierto el club.

Coraline alzó la vista al retrovisor, giró en una curva y penetró en la avenida principal. Las luces de la ciudad comenzaban a encenderse, creando un juego de sombras y reflejos en el parabrisas.

—¿Es peligroso? —le preguntó.

Mahou negó con la cabeza, y como no estaba seguro de que ella lo hubiera visto al no quitar los ojos de la carretera, respondió:

—No lo es, pero nos provocarían bastante dolor de cabeza al hacernos mover papeles. Antes de que llegara Obispo, el hijo de puta que se encargaba de la contabilidad lo tenía todo hecho un puto follón, aparte de que se llevó lo que le dio la gana.

—¿Curtis robaba? —preguntó ella, recordando al hombre. Había sido íntimo amigo de su tío Ian. Ella apenas le hablaba porque nunca le gustó la forma en que la miraba. Una de las veces, él entró en el baño mientras ella se duchaba. Coraline comenzó a gritar tan fuerte que su padre lo arrastró fuera y le dio una paliza. Desde entonces se había mantenido alejado de ella.

—Sí. Lo echamos y contratamos a Obispo.

Coraline lo miró por unos breves segundos.

—¿Qué fue de Curtis? —preguntó con curiosidad.

Mahou se encogió de hombros.

—No tengo ni puta idea. Creo que se fue a vivir a las montañas.

—¿No intentó vengarse de mi padre por despedirlo? Era un hombre un poco turbio.

—Si piensas que puede tener algo que ver con los asesinatos, te confundes. Ese no aparecería por aquí ni aunque le dieran cincuenta de los grandes. Sabe que si se deja ver, sería hombre muerto.

—¡Vaya! Pues sí que debió salir escaldado.

Mahou asintió con la cabeza y su expresión se suavizó del todo.

—Me sorprendes, Cory —dijo sincero. Ella frunció el ceño, sin entender—. Cuando te conocí en la ciudad me parecías una mujer que llevaba una vida tranquila, con padres cariñosos y que salías a divertirte los fines de semana para romper con la monotonía del día a día. Alguien que intentaba pasar desapercibida y que con el tiempo se casaría con algún comerciante, empleado de banca o camionero, tendría muchos hijos y a todos les diría que no se mezclaran nunca con los hijos de Caín o con los Diablos.

—Bueno, no te confundías. Mi padre y Eva son muy cariñosos —respondió con una leve sonrisa.

Mahou explotó en carcajadas y su risa resonó en el interior del vehículo.

—Eva sí, cariño, tu padre... —Volvió a reír y ella le clavó un codo en el costado con un gesto juguetón.

—Mi padre es el hombre más cariñoso del mundo, excepto cuando le tocan los huevos. Entonces puede ser terrorífico.

Mahou no lo dudaba. Admiraba a Caín por su forma de protegerlos a todos, como cuando la viuda Cathy le rogó que sacara a su hijo de las drogas y él lo llevó en persona a un centro de desintoxicación y no le permitió salir de allí hasta estar completamente limpio. Le pagó estudios sobre Mecánica y ahora llevaba su propio taller en Cascade, donde revisaba y ponía sus motocicletas a punto. Terrorífico se volvió cuando los Diablos entraron un par de veces al taller y lo destrozaron. Entonces Caín no se anduvo con tonterías y dio una paliza a los que cometieron aquel acto vandálico delante de su jefe, sin que nadie moviera un solo dedo por detenerlo.

Unos minutos más tarde llegaron al centro médico y pasaron directamente a la consulta de Coraline, que estaba cerrada con llave. Ella le había dicho a la recepcionista que tenía que recoger algunos informes y no les había puesto ningún impedimento para que entraran.

Mahou observó la sala con curiosidad y se sentó en el sillón que solía usar ella, mientras la veía preparar un par de tubos de cristal.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó al ver como ella apretaba una goma azul en su brazo y golpeaba las venas con pequeños toques suaves.

Ella negó con la cabeza, concentrada, y él apartó la vista cuando la sangre comenzó a fluir

dentro del tubo de recolección morado. Cuando terminó, se desató la goma y con el brazo estirado presionó un algodón por unos minutos.

—Lo llevamos al laboratorio y con un poco de suerte mañana obtendremos los resultados.

—Cory, ¿por qué no te pides unos días libres y nos tomamos unas vacaciones? —preguntó, siguiéndola con la vista. Ella escribió su nombre en unas pegatinas que ponía en los dos tubos de sangre.

—He empezado hace poco y no puedo hacerlo.

—Puedes decir que la muerte de ese tío te ha tocado mucho.

Ella sonrió, traviesa.

—Sería verdad si hubiera muerto y, aun así, no sería muy ético por mi parte.

—Llevas razón —dijo él levantándose y saliendo de detrás del escritorio. La abrazó por la espalda y empujó sus caderas contra su redondeado trasero, al tiempo que hundía la boca en su cuello absorbiendo su aroma—. ¿Dónde vamos ahora? —murmuró con voz ronca.

De forma descarada, Coraline se inclinó sobre la mesa para dejar los frascos en una postura demasiado sugestiva. El miembro de Mahou se acopló perfectamente en su hendidura, como si aquello fuera el nido que cobijaba el pájaro, y se movió en círculos con lentitud. Él gimió y con una mano retiró el cabello de Coraline hacia un lado.

—Me estás matando. —Con respiración caliente, lamió el lóbulo de su oreja y bajó por un lado del cuello, regando la piel con besos húmedos y cortos.

Ella cerró los ojos y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa, sintiéndose terriblemente excitada. Mahou deslizó las manos por delante de su cintura y desabotonó sus pantalones. Cuando comenzaba a introducir la mano bajo su tanga, escucharon un golpe seco que venía de la sala de espera y ambos se apartaron rápido, jadeando nerviosos.

—Será mejor que nos vayamos de aquí —susurró Coraline con un hilo de voz y ojos tan brillantes como dos zafiros recién pulidos. Su cuerpo ardía y su corazón temblaba.

Mahou tenía la frente perlada de sudor y el fuego de sus ojos prometía un sexo duro y salvaje, sin ninguna clase de tregua.

Iba a ser verdad que le dolían las pelotas, pensó ella, queriendo compadecerse de él y echarle un polvo, aunque fuera rápido, pero no podía arriesgarse a que nadie los descubriera allí y supusieran que ella no era una profesional seria y respetable.

Mahou acomodó las bolas dentro del pantalón, de manera que no le molestasen. Al final aquello iba a estallar como los fuegos artificiales, y lo peor, Coraline no disfrutaría del espectáculo de pirotecnia.

Una vez que dejaron las muestras en el laboratorio, la furgoneta rodó sobre el asfalto en sentido contrario al club. Él arqueó las cejas, esperanzado de que ella metiera el vehículo entre los matorrales y dieran rienda suelta al calentón que llevaban encima, pero se decepcionó al darse cuenta de que se dirigían al parquin de caravanas.

Capítulo 29

La furgoneta avanzaba por la serpenteante carretera comarcal. El sol acababa de esconderse del todo tras las montañas, dejando un rastro de colores cálidos en el horizonte. Coraline y Mahou, con las ventanillas apenas entreabiertas, podían sentir el aire fresco de la noche de verano que traía consigo el olor a pino y tierra húmeda.

A su alrededor, la carretera estaba flanqueada por espesos bosques de coníferas que proyectaban sombras largas sobre el asfalto. De vez en cuando, los faros de la furgoneta iluminaban algún que otro ciervo que se aventuraba cerca del borde del camino, haciendo que sus ojos brillaran como pequeñas estrellas en la penumbra.

—¿Vas a contarme por qué vamos a la comunidad? —preguntó Mahou, cruzándose de brazos y fijando su mirada en Coraline.

—Tengo algo que hacer allí —respondió sin mirarlo—. Verás, cuando vinimos de la oficina de Brad, estuve hablando con Daisy.

Él se tensó y la miró atónito. Su mandíbula se apretó involuntariamente.

—¿Con la sospechosa?

—Sí. ¿Recuerdas que Eva dijo que anoche estaba en el club buscándome? Pues hoy estaba esperándome y me habló...

—Te habló —dijo molesto, golpeando el reposabrazos de la puerta—, ¡Joder! Dime que no estabais solas. ¿Tú quieres matarme de un susto?

—Si te vas a poner así, no te lo cuento —siguió, agarrando el volante con más fuerza.

Mahou abrió desmesuradamente los ojos y sintió como la frustración se agolpaba en su pecho.

—¿Así? ¿Cómo? ¿Te refieres a «preocupado»?

—¿Estás preocupado? —respondió ella con una pincelada de ironía en su voz—. A mí me pareces enfadado.

Mahou respiró con fuerza. Sí, coño, estaba enfadado. Le habían contado a Coraline que Daisy podía ser la asesina, y en vez de evitarla, conversaba con ella con toda la tranquilidad del mundo.

—¡Te podía haber hecho daño!

—Oye, deja de comportarte como si yo fuera imbécil y no supiera cuidar de mí misma.

Mahou resopló. La rabia le quemaba por dentro. ¿Por qué ella se tomaba todo tan a la ligera? Se giró para mirarla con reproche.

—Apuesto a que no estás acostumbrada a moverte entre asesinos. Vamos, eso creo.

Coraline frunció el ceño y su tono se volvió más serio.

—Verás, deja que te lo cuente antes de que te salga espuma por la boca.

Mahou apretó las manos en puños sobre sus rodillas.

—Si lo único que quieres es joderme, Cory, te advierto...

—Ella estaba en la puerta del club y había hijos de Caín mirándonos. Foca estaba entre ellos, y de momento yo no tengo el poder de teletransportarme para haber pasado sin que Daisy me viera.

Él frunció el ceño.

—Podías haber empezado por ahí.

—Te quiero —dijo ella con una sonrisa burlona. Como Mahou no decía nada, soltó el volante con una mano y le pellizcó el brazo suavemente—. No te enfurruñes.

Él suspiró.

—No lo hago, es solo que no quiero que te pase nada.

—Yo podría decirte lo mismo y tratar de convencerte para que no hagas nada ilegal por el club.

La conversación, que ya de por sí a Mahou no le estaba gustando, parecía que iba encaminada hacia algo peor. Suspiró de nuevo intentando calmarse y regresó al tema inicial.

—¿Qué te dijo Daisy?

—Que la mujer de Jacob está cagada. Dice que aquella noche vio a alguien que seguía a su marido, y desde entonces cree que la vigilan.

Mahou la observó.

—¿Tú le crees?

Coraline se encogió levemente de hombros.

—Pues no lo sé, por eso voy a ver qué me puede decir. Solo hablará conmigo o con mi padre.

El ceño de Mahou se frunció todavía más.

—Nena, esto te queda grande. Limítate a ser médica y punto.

Ella lo miró de refilón, afirmando con la cabeza.

—Eso es lo que intento, te lo prometo. Yo no busqué a Brad para que me contara nada. Fue él quien se acercó a ponerme al día.

Mahou apretó los labios con disgusto.

—Supongo que es culpa de Caín por tenerlo en nómina.

Coraline se sorprendió.

—¿Mi padre le paga?

Mahou alzó los ojos al techo con una mueca. Sabía que Coraline era inteligente, pero a veces, su inocencia sobre ciertos aspectos de la vida era evidente.

—¿Qué pensabas? ¿Que Bradford hacía la vista gorda con nosotros a cambio de nada? ¿Nos hubiera informado de la llegada de los federales si no lo hubiéramos untado bien?

Coraline se encogió de hombros y negó con la cabeza, como si de repente en ese momento tuvieran sentido muchas cosas para ella.

—Creía que eran amigos desde siempre —musitó.

—Ya, el dinero puede comprar muchos amigos. —Era algo que él había aprendido desde que era un adolescente.

—Pues me gustaría pensar que es buena persona —insistió ella.

Mahou percibió la decepción en su rostro y en su tono de voz, y asintió compasivo. Sabía que las verdades que él había asimilado desde niño podían ser duras para ella.

—Lo es, pero una cosa no quita la otra. No sea ilusa, Cara guapa, todo el mundo es un poco corrupto.

Ella frunció el ceño como si no le creyese del todo.

—Ah, ¿sí?

—Cuando era pequeño, unas señoras que conformaban la asociación de padres y madres de alumnos se reformaron las casas con el supuesto dinero que iba destinado a las clases particulares de natación —dijo Mahou, recordando vívidamente aquel episodio de su infancia. Su madre se había escandalizado por ese asunto; las vecinas, siempre vestidas de punta en blanco y con peinados de peluquería, llevaban una vida de engaños bajo su fachada de respeto. Estaba seguro de que, de haber podido, su madre también se habría hecho directiva, o como fuera que se llamaran. Después de todo se llevaba bien con ellas, y cuando les pedía que lo apuntaran a él a alguna clase especial, siempre lo metían el primero en la lista. Quizá su madre también les caía bien, o tal vez todo era un juego de favores mutuos.

Coraline lo miró, incrédula.

—¡Venga ya! ¿Es en serio?

Mahou sonrió con amargura.

—Hasta mi vieja robaba las bombillas del portal.

Coraline frunció el ceño, inquieta.

—¿Por qué? ¿Erais pobres?

Él se encogió de hombros.

—Ni sí ni no. Pero ella decía que las bombillas estaban allí, llamándola.

Coraline lo miró extrañada, sin saber si hablaba en broma o no. Sin embargo, Mahou no bromeaba. Su madre llegaba de vez en cuando diciendo que se encontraba cosas: una chaqueta sobre el banco de un parque, pinzas en el tendedero que se les habían caído a las vecinas de arriba, cosas del súper que no aparecían en el tíquet... Él siempre quiso pensar que era cierto, que su madre tenía mucha suerte. Hasta que un día, un colega suyo le dijo que la habían pillado robando en una tienda en varias ocasiones. Eran tonterías de adornos para la casa.

—Hay un nombre para eso —dijo Coraline—, se llama «cleptomanía». Es un trastorno de

salud mental que las impulsa a robar objetos, aunque no tengan mucho valor.

—Pues sería eso —dijo Mahou, pensativo. Él se decantaba más por el hurto como una forma de rebelión. Su viejo le hacía la vida imposible a su madre, y cuando ella se descuidaba, él se gastaba todo el dinero en los bares, en las máquinas tragaperras y en putas. La vida había sido dura con ella, y Mahou lo sabía demasiado bien.

Coraline tomó el desvío. El viento levantaba susurros entre las hojas y creaba una melodía suave que acompañaba el ronroneo constante del motor. A lo lejos, las luces dispersas de la comunidad de caravanas se asomaban tímidamente entre las colinas.

Después de rodar unos metros más llegaron a la entrada del parquin. Era similar a las de los campings, con una caseta de madera a un lado y una barrera de control que impedía el paso. La caseta, decorada con macetas de flores silvestres y luces de colores, daba un aire acogedor al lugar.

Enfrente de la garita, unos ancianos sentados en unas sillas de camping desgastadas por el uso charlaban animados. Estaban colocados estratégicamente para tener una vista clara de todos los que se acercaban, y vigilaban con descaro a cada vehículo que se aproximaba, sin perder el hilo de su conversación.

Al reconocer la furgoneta levantaron las manos a modo de saludo, al tiempo que esbozaban sonrisas amistosas. Coraline y Mahou respondieron con un gesto de cabeza mientras continuaban avanzando.

Justo cuando ella estacionaba, llegó James con una sonrisa y abrió la puerta de la joven.

—¡Qué bueno verte, Cory! Me enteré de que anoche acabaste en Urgencias después de que mi hermano y yo nos marcháramos.

—Una bajada de tensión. —Coraline cerró la puerta y guardó las llaves en el bolsillo del pantalón—. ¿Qué tal la peli?

—De puta madre. Tendrías que haber venido. —Chocó el puño con Mahou—. ¿Qué tal, *bro*? ¿Hoy te mueves a cuatro ruedas?

—Es bueno que alguien me lleve para variar —respondió, agarrando a Coraline por la cintura. Deseaba que todos supieran que estaban juntos y que ningún hombre excepto él tenía nada que hacer con ella. Fue como si le invadiera el primitivo impulso de dejar claro que esa mujer le pertenecía; como Eva con Caín y Prudence con Ian.

El gesto obtuvo sus resultados y no pasó desapercibido para James, que soltó una exagerada carcajada y con afecto lo golpeó en el hombro.

—Te llevas a una tía legal, pero cuídate de su genio. Es como un gremlin: si la mojas o le das de comer después de las doce, chungo.

—Ja, ja —respondió Coraline, también pasando su brazo por la cintura de Mahou—. Me parto y me mondo contigo.

Mahou observó con satisfacción el buen rollo que había entre ellos y verlos bromear le dio una sensación de seguridad.

La comunidad de caravanas y casas prefabricadas estaba iluminada por farolas que proyectaban una luz cálida y acogedora. El aire arrastraba risas y conversaciones y el sonido de la música suave se mezclaba con el murmullo de las hojas movidas por el viento.

—Ah, y otra cosa. —Era obvio que James disfrutaba tomándole el pelo a su chica, y a Mahou le pareció muy divertido. Sabía que ellos se habían llevado siempre bien por los comentarios que circulaban en el club. Caín había nombrado a James protector de su hija cuando tuvo el altercado con Jacob en el río, y la noche pasada los había visto bromear y reír por simples chorradas—. Ojos que no ven, su amiga Nat se lo cuenta.

Coraline no estaba muy segura de que Mery hablase delante de Mahou, e imaginó que tendría que convencerla para que confiara en él. Pero se sorprendió cuando la joven viuda aceptó que él entrara en su casa. El lugar era estrecho, la televisión estaba encendida y había ropa apilada sobre un par de sillas, aun así, todo se veía limpio y olía a ambientador.

Mahou y Coraline tomaron asiento en un sofá de *skai* que Mery les ofreció.

—¿Queréis beber algo? —les preguntó, abriendo la puerta de una nevera pequeña de estilo vintage. Sacó un par de cervezas y Mahou cogió una. Coraline debía conducir y no quiso tomar nada.

La mujer, con una corta minifalda negra y una camiseta de cuadros rojos y blancos anudada en la cintura, era atractiva, de movimientos pausados y tranquilos. Se sentó en una silla frente a ellos y cruzó las piernas.

—Os agradezco mucho que hayáis venido —empezó diciendo—. Tenía miedo de acercarme al club.

—¿Por qué piensas que alguien te sigue? —preguntó Mahou.

Ella se encogió de hombros y se encendió un cigarrillo.

—Yo creo que él imagina que puedo identificarlo.

—¿No puedes hacerlo? —insistió él.

Las manos de Mery temblaban notablemente.

—Era un hijo de Caín. —La cabeza de Coraline giró hacia Mahou con velocidad, pero él tenía sus ojos verdes clavados sobre la viuda. Mery prosiguió—: Al principio creí que era Rick, pero él llegó más tarde. Se presentó en casa buscando a Jacob.

—¿Qué quería? —Quiso saber él, curioso.

—No me lo dijo, pero... seguro que quería reprocharle que culpara a Cory de lo del granero. Jacob siempre ha sido un bocazas, sobre todo en lo que respecta a ella. —Los dedos que sostenían el cigarrillo apuntaron a Coraline—. Quería intervenir en todo lo que estuviera relacionado con Cory.

A Mahou no le extrañaba la actitud de Rick. Él mismo había deseado tener unas palabras con el cabrón de Jacob.

—El tipo que viste, ¿estás segura de que era uno de los nuestros? ¿Puede ser alguien de la comunidad? —insistió.

—Del todo segura de que era un hijo de Caín —afirmó—. Vi claramente su chaleco, pero de la comunidad... —frunció los labios hasta formar una especie de capullo y sacudió la cabeza— no era. —Volvió a señalar a Coraline con unas largas y cuidadas uñas rojas—. He estado pensando mucho desde entonces, y aunque pueda confundirme, creo que puede ser alguien que te aprecia mucho y siente devoción por tu padre.

Coraline frunció el ceño e intercambió una mirada nerviosa con Mahou. Había muchos hijos de Caín que cumplían con esos requisitos. Negó con la cabeza.

—Anoche atacaron a un amigo mío.

Mery expulsó el humo por los agujeros de la nariz y la boca y asintió.

—He oído que lo han matado. Por eso precisamente lo digo.

—Pero no tiene sentido —replicó Coraline.

—Los chicos, Golden, Rick y los demás, hablaban. Decían que tu amigo fue tu novio y que te hizo daño. El hijo de Diablo también te enfrentó en el club al igual que Jacob, y todos están muertos.

—¿Pero y Susan? ¿Y la primera víctima? A esa ni siquiera la conocía.

—Susan fue a buscarte y alguien pudo pensar que te había puesto en peligro al ir al granero —respondió Mahou, pensativo, admitiendo que esa teoría podía ser posible.

—Y la otra mujer —Mery hizo el gesto de las comillas con los dedos de las manos— le formó un escándalo impresionante a Eva en la calle. Todos los casos tienen relación contigo y con tu familia.

—Esto es un pueblo. Lo raro es que no fuera así —respondió Coraline con escepticismo.

—Cory, ¿por qué te es tan difícil creer lo que digo? —le preguntó Mery apagando la colilla en el cenicero con un gesto brusco.

Coraline se puso en pie, nerviosa. No aguantaba seguir escuchando lo que pensaban unos y otros sobre ese tema.

—Lo que yo pienso es que alguien, un loco o una loca, quiere enfrentarnos a todos.

Mery también se levantó y la miró con ojos suplicantes.

—No te estoy acusando de nada, te lo prometo.

—Bien —asintió ella, enfadada—, porque yo no soy culpable. Además —se interrumpió. Pensativa se mordió el labio—, pocos sabían que Santi y yo estuvimos saliendo juntos. —Miró a Mahou, preocupada. De hecho, solo lo sabían los que vivían en el club y las amigas con las que salió a cantar en el karaoke la noche que llegó. Daisy entre ellas, por lo que otra vez las pruebas volvían a señalarla como sospechosa. Intentado calmarse, respiró hondo—. ¿De verdad que no puedes identificar al tipo que siguió a Jacob? —insistió—. El sheriff preguntó a todos quién lo vio por última vez aquella noche y dijeron que fuiste tú. Pero obviamente no es así, ¿verdad?

—Te digo que alguien fue tras él.

—¿Dices que era un hombre? —preguntó Mahou, que continuaba sentado en el sofá con postura relajada.

—Lo era. Me voy a marchar de aquí. —Señaló las sillas con la ropa—. Debo proteger a mi hijo.

—¿No hablarás con el sheriff? —inquirió Coraline, con sorpresa, aunque intuía la respuesta y en cierto modo podía comprenderla. Mery pensaba en su bebé y en su propia seguridad.

—¿Y que el asesino crea que de verdad pude verlo? —Sacudió la cabeza—. No, gracias. Suficiente que os lo he dicho a vosotros.

—Vale. —Mahou se puso en pie, tratando de calmarla—. Tranquilízate. —Sacó de su cartera un fajo de billetes y, doblándolos en dos, se los tendió—. De momento te puedo dar esto, y cuando te instales en algún lugar, llamas a Cory y te envío más.

Coraline estuvo a punto de sufrir un infarto al ver tanto dinero junto y abrió unos ojos como platos, casi tan grandes como los de la viuda, que se había quedado inmóvil con la boca abierta.

***

Era agradable ver como todos la miraban a ella y a Mahou al pasear juntos de las manos por el centro de la comunidad de caravanas. Resultaba evidente que se sorprendían no solo por el hecho de ser ella la hija de Caín, sino porque seguramente nadie había esperado que de entre todos los hombres que podía elegir —y que eran bastantes—, hubiera sido el más respetado después de su padre. Tal vez aquellos que pensaban que nunca verían a Mahou con una pareja —que no con una ramera de la zona— se daban cuenta de lo confundidos que habían estado. Sobre todo porque él parecía tratar a Coraline como a una igual y no como los moteros —algunos todavía chapados a la antigua—, que excepto hijos, sexo y comidas, poco más compartían con sus mujeres.

Eso sí, aunque la pareja parecía feliz, muchos comprendían que no sonrieran relajados, más que mostraran gestos amables y educados. Lo normal cuando acababan de asesinar al amigo de Coraline, el español.

Mahou había aconsejado a la joven que debía meterse en su papel e hiciera gala de su teatralidad, que él sabía bien qué tenía —como cuando se volvieron a ver en el club el día en que celebraban la fiesta para darle la bienvenida y Coraline fingió no haberlo visto nunca—, y le sugirió que añadiera un toque de angustia en su expresión. Solo así la recomendación del sheriff de decir que Santiago había muerto sería creíble.

Coraline pensaba que era una lástima no poder disfrutar como quería, ya que le gustaba estar cerca de Mahou y que las demás mujeres, aquellas que suspiraban por él cuando le veían o le sonreían de forma coqueta, supieran que estaba con ella, que estaban enamorados y que iban a luchar contra viento y marea por continuar juntos siempre.

Mahou tampoco gozaba mucho del paseo y Coraline lo sabía. Desde que habían salido del

hogar de Mery se había quedado muy callado, pensando en todo lo que les había contado.

Coraline comprendía —porque le ocurría lo mismo— que era difícil asimilar que un hijo de Caín pudiera estar detrás de todos aquellos asesinatos. Pero, aunque no desconfiaban de Mery, podía estar equivocada o que la persona que siguió a Jacob no fuera el que acabó con su vida.

Salieron de la comunidad y, acomodados en el correcaminos, Coraline relajó los hombros, que hasta el momento había tenido tensos. En silencio, Mahou se había puesto el cinturón y observaba por la ventanilla, perdido en sus pensamientos.

Ella no quiso molestarlo y, arrancando la furgoneta, viajaron en silencio.

Capítulo 30

Era muy temprano y Coraline se preparaba un café para marcharse al Medical Center. Foca había salido fuera a fumarse un cigarro con las primeras luces del alba, mientras la esperaba para acompañarla como todas las mañanas.

Mahou le había dicho a ella que lo buscara antes de irse, ya que cuando llegaron la noche anterior se había reunido con Caín para hablarle de Mery. Como Coraline había tenido un día agotador y presentía que ellos tenían para largo, se había despedido con un beso. Ese día pensaba hablar con su padre y Eva, e informarles que se trasladaría al cuarto de Mahou. Eran novios y ya no tenían que dormir separados. No sabía cómo reaccionarían, pero con su edad no podrían negarse, sobre todo después de haber aceptado aquella relación.

Pensativa, removía el café meditando sobre ello cuando escuchó un grito ahogado proveniente del salón del club. Dejó caer la cucharilla y corrió hacia la fuente del sonido, asustada y totalmente intrigada. Al abrir la puerta encontró a Frank con la mano ensangrentada y una expresión de pánico en el rostro.

—¡Frank! ¿Qué ha pasado? —preguntó, acercándose con rapidez.

—Me corté con el cuchillo... no soporto la sangre... —murmuró él, tambaleándose.

—¿Por qué te has levantado tan pronto? —le preguntó. Lo sostuvo antes de que cayera al suelo y su instinto médico se activó de inmediato. Tenía que actuar con velocidad para detener la hemorragia y evitar que el hombre perdiera el conocimiento allí mismo—. Vamos, te llevaré a tu habitación para curarte la herida —le dijo colocando la mano en su cintura y haciendo que él le pasara el brazo sobre el hombro.

Con esfuerzo logró atravesar el salón y llevarlo hasta su dormitorio. Lo ayudó a sentarse en la cama. No le parecía nada extraño que un hombre como él se desmoronase al ver sangre. Durante sus prácticas había visto como hombres hechos y derechos caían desplomados cuando veían los partos de sus mujeres.

La habitación de Frank estaba decorada con un estilo ecléctico que reflejaba su pasión por el espectáculo. Coraline se conocía todo el club, pero desde que él ocupaba ese dormitorio no había vuelto a entrar, por eso de mantener la privacidad.

En una esquina había una pila de revistas de moda, con portadas brillantes que mostraban las últimas tendencias y entrevistas con diseñadores famosos. Cerca de la ventana, un estante estaba lleno de libros sobre música y coreografía con títulos que iban desde la historia del ballet hasta técnicas modernas de danza.

En una mesa junto a la cama pudo ver un tocadiscos antiguo con una colección de vinilos, que incluía desde clásicos del jazz hasta los éxitos más recientes del pop. Las paredes estaban adornadas con pósters de espectáculos pasados, algunos de los cuales mostraban a Frank en el escenario, rodeado de luces y aplausos. A pesar de su apariencia dura, era evidente que tenía un lado sensible, especialmente cuando se trataba de proteger a las bailarinas y asegurarse de que estuvieran a salvo. Además, su rostro mostraba una ingenuidad que, en algunos momentos como aquel, reflejaba más intensamente el pequeño grado de retraso, lo que hacía aún más admirable su dedicación y esfuerzo.

Coraline no quiso ser descarada observando sus cosas, aunque admitía que todo llamaba mucho su atención.

—No tardo —le advirtió, corriendo a su propio dormitorio para coger su botiquín. Regresó a la carrera y se arrodilló junto a la cama—. Enséñame el corte —le pidió.

La herida de la mano era una línea roja y abierta que se extendía desde la base del pulgar hasta casi la muñeca. Aunque la profundidad era preocupante, no parecía haber afectado ningún tendón, lo cual era un alivio. La sangre fluía despacio.

Ella tomó un paño limpio, deprisa y sin hacer mucho ruido para no alterar el sueño de los que dormían cerca, fue al baño y lo empapó en agua tibia. Volvió y comenzó a limpiar la herida con movimientos suaves y precisos. Cada pasada del paño retiraba la sangre y revelaba más de la carne desgarrada.

—Solo necesitarás unos cuantos puntos y estarás como nuevo —dijo, tratando de tranquilizarlo.

—Me estoy mareando, Cory.

—¿Prefieres recostarte? —Él asintió y ella lo ayudó a tumbarse, pero antes retiró el chaleco de cuero que tenía doblado sobre la almohada—. Cierra los ojos si lo deseas.

Frank obedeció y ella se puso a trabajar en su mano. Aplicó un antiséptico para prevenir infecciones. La solución ardía al contacto, pero él apretó los dientes y no emitió ningún sonido.

Con manos firmes, Coraline tomó una aguja curva y comenzó a suturar la herida, tirando del hilo a través de la piel. Cada puntada era precisa, cerraba la carne desgarrada y se aseguraba de que los bordes de la herida se unieran correctamente. A medida que avanzaba procuraba no causar más dolor del necesario.

La habitación estaba en silencio salvo por el suave crujido del hilo al ser tirado y el sonido de su respiración controlada. Después de varias puntadas, la herida quedó cerrada y ella cortó el hilo. Mientras lo hacía, sus ojos fueron a parar sobre un frasco de somníferos que había en el hueco inferior de la mesilla y sintió un escalofrío recorrer su espalda.

Frank debió notar que se había detenido, o tal vez se había dado cuenta de que había dejado de respirar ahogando una exclamación.

—¿Estás bien? —preguntó él, girando la cara hacia ella al tiempo que abría los ojos.

Coraline asintió y tragó el nudo de terror que había comenzado a formarse en su garganta. Le vendó la mano con cuidado.

—Esto ya está listo —dijo. Observó como él se incorporaba hasta quedar nuevamente sentado sobre la cama. Sus movimientos eran torpes, como si el dolor aún lo siguiera afectando—. Ahora te doy algún calmante —le dijo, recogiendo sus cosas. Pasó por su cabeza para tomar aquel frasco, pero Frank la contemplaba desde muy cerca, por lo que cerró el botiquín y se puso en pie.

—Eres buena doctora, Cory.

—Gracias —respondió tratando de sonar normal. Su corazón llevaba un rato latiendo desenfrenado. Que él tuviera esas pastillas allí no significaba nada, se dijo para sí. O más bien, trató de convencerse, aunque en el fondo sabía que algo no iba bien. En ese momento entró una llamada a su teléfono y, agradecida por su suerte, lo sacó del bolsillo y lo agitó—. Disculpa, Frank. Tengo que contestar.

Apresuradamente salió del dormitorio y entró en el suyo con prisa. Toda ella temblaba cuando respondió a la llamada del sheriff.

—Cory, necesito hablar contigo, urgente. Santiago ha despertado y ha confesado quién es el asesino. ¿Estás en el Medical Center?

—Voy ahora para allá. Se me ha hecho un poco tarde. —Dejó el maletín en el suelo junto a la mesilla y caminó hacia el tocador. No se dio cuenta de que la puerta se abría y se cerraba, hasta que vio a Frank en el reflejo del espejo. Se volvió sobresaltada, con el corazón latiendo a toda velocidad, pero le regaló una sonrisa forzada y siguió hablando—: Vi la lista de los pacientes y puedo hacerte un hueco a primera hora, por eso de la garganta. —Esperaba, no, rogaba que Bradford pudiese entender que se sentía en peligro, porque estaba muy asustada. Nunca había visto a Frank de ese modo. Estaba extraño, como con la mirada vacía.

Al otro lado de la línea se hizo un profundo silencio por unos minutos. Después volvió a sonar la voz del sheriff, grave y urgente.

—Mierda, hay alguien contigo, ¿verdad?

—Sí.

—Dime su nombre.

—Frank se cortó la mano y voy con un poco de retraso —respondió, tratando de mantener la voz firme.

—¿Dónde está Caín?

—No creo que se haya despertado aún, anoche él y Mahou todavía estaban muy liados ordenando papeles. —Nerviosa, se pasó la lengua sobre el labio inferior sin apartar la vista de Frank. Él parecía un zombi, sin ninguna clase de expresión en su rostro, con los brazos relajados a ambos lados del cuerpo, aunque en una de sus manos encerraba algo que ella no podía ver.

—Voy ahora mismo —se apresuró a decir el sheriff antes de colgar.

Coraline continuó con el móvil en la mano unos minutos más, fingiendo que seguía escuchando, pero en realidad trataba de pensar con calma. Sentía un nudo en el estómago y la sensación de que estaba a punto de suceder algo malo. Tal vez estaba preocupándose por una tontería y Frank no tenía nada que ver con la película que en ese momento se montaba en su mente. Sin embargo, él había sido el último en ver a Susan viva. Estaba presente cuando el hijo de Diablo se enfrentó a ella en el club y también cuando Jacob la increpó en el aparcamiento trasero. No llevaba nunca chaleco, empero tenía uno en su dormitorio. Sabía lo de Santiago y perfectamente estaría enterado de la discusión de Eva con la primera mujer, aparte de tener los somníferos, que él mismo pudo poner en los refrescos que les sirvió.

Coraline agarró con más fuerza el teléfono, tanto que no supo cómo no se rompió la pantalla. Sus manos temblaban y un sudor frio recorría su frente.

—¿Quieres algo, Frank? —preguntó en un hilo de voz, con el corazón resonando en sus oídos. Latía tan salvaje que todo su cuerpo vibraba con su sonido.

—Sé que lo has visto. —Le tendió la mano con la palma abierta, mostrando el frasco de somníferos.

—No te entiendo. —Intentó esbozar una sonrisa, pero el miedo la paralizaba. Él agitó la mano para que observara bien el frasco, y Coraline, mordiéndose el labio para controlar los temblores, asintió—. ¿Qué ocurre? —No quería mirarle el rostro, pues sus ojos reflejaban una oscuridad que la aterrorizaba.

—No tenías que haberlo visto.

—¿Fuiste tú? —Se atrevió a preguntar, bajando muy despacio la mano que sostenía el teléfono. No sabía que pretendía hacer Frank, pero fuera lo que fuese, sabía que Bradford no llegaría a tiempo. Era cierto que seguramente Mahou y su padre seguirían en sus dormitorios descansando, y también era posible que si ella gritaba, alguno de ellos acudiría rápido. Pero no podía reaccionar en condiciones. ¿Por qué no podía moverse?

—¿Qué voy a hacer contigo, Cory? —preguntó Frank, soltando un largo suspiro.

—No tienes que hacer nada —le rogó con voz temblorosa—. Si me haces daño, mi padre...

Frank negó con la cabeza violentamente, y con pasos firmes y seguros acortó la distancia que había entre los dos. Ella quiso alejarse y se golpeó con el tocador en la cadera. Todo lo que había en la base se agitó, haciendo un ruido que resonó en la habitación.

Cuando Coraline se quiso dar cuenta, Frank le había puesto la mano vendada sobre la boca y con la otra tiraba con fuerza de su pelo, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás.

Le chistó para que dejara de moverse y su voz fría reverberó en su oído, haciéndola estremecer.

—Tu padre no puede enterarse, Cory. Este es mi trabajo. Yo no quiero hacerte daño, pero ahora que lo sabes no tengo más remedio que hacer que te calles.

Coraline comenzó a llorar por lo que esas palabras implicaban. Pensaba matarla como había

hecho con todos los demás.

Sin pensar, totalmente bloqueada por el miedo, reaccionó de forma instintiva. Abrió la boca y mordió con fuerza la mano vendada. El sabor metálico de la sangre llenó su boca mientras él soltaba un grito de dolor.

—¡Maldita sea, Cory! —chilló. Se llevó la mano herida al pecho para tratar de detener el sangrado.

Ella, con las lágrimas corriendo por sus mejillas, intentó con desesperación abalanzarse hacia la salida, pero enseguida Frank se puso en su camino.

—¡No te acerques! —gritó Coraline. Agarró una lámpara de la mesilla y la levantó, lista para defenderse.

—No tiene que ser doloroso, Cory —dijo él con un tono suave, aunque al mismo tiempo amenazante—. Dame eso.

Con la respiración rápida y entrecortada, negó con la cabeza. Cada fibra de su ser le decía que debía luchar, que tenía que sobrevivir.

—No te acerques —repitió con dureza, a pesar del terror que la consumía.

Frank dio otro paso hacia ella, y Coraline sintió que el tiempo se detenía al verlo sacar una pistola.

—No querrás que le dispare al primero que entre por esa puerta, ¿verdad?

Ella sabía que podían ser Mahou o su padre, y la idea de que les pasara algo por su culpa la aterraba más que su propia muerte. Con el corazón en un puño, se rindió.

—Está bien, Frank —dijo, dejando caer la lámpara al suelo—. No quiero que nadie más salga herido. Haré lo que digas.

Él la miró satisfecho. Con un gesto brusco le indicó que se arrodillara. Coraline le obedeció, llorando.

—Buena chica —murmuró, apuntando directamente a su cabeza.

Ella cerró los ojos y esperó el momento final. Pensó en Mahou el día que lo sedujo en la discoteca de Great Falls. Esa noche, aunque tenía el rostro todavía magullado, estaba guapísimo con sus ojos verdes como esmeraldas y su sonrisa socarrona. Quería que fuera esa imagen la última que viera al morir.

Pero justo en ese momento, la puerta se abrió de golpe y Mahou irrumpió en la habitación, con un arma en la mano. Se acababa de levantar y llevaba unos vaqueros desabrochados, que se había puesto rápidamente. Estaba descalzo y sin camisa, con el pelo alborotado.

—¡Aléjate de ella, Frank! —gritó furioso.

El hombre se giró sorprendido, sin embargo no bajó el arma. Coraline abrió los ojos y sollozó más fuerte al ver a Mahou. Sabía que él era su única oportunidad de salir con vida de allí.

—¿Por qué has tenido que venir? —inquirió Frank, con voz temblorosa. Dirigió el cañón hacia él.

—Esto se acaba aquí —respondió Mahou, avanzando un paso más—. Suelta el arma.

Con una mirada llena de desesperación, Frank apretó el gatillo. El sonido del disparo resonó en la habitación y Coraline gritó. Su corazón se detuvo por un instante.

Mahou retrocedió y se llevó una mano al pecho. La sangre comenzó a manar de él. Empapó sus vaqueros y goteó al suelo. Con un gemido de dolor, cayó de rodillas al tiempo que su arma resbalaba de sus dedos y golpeaba el suelo con un ruido sordo.

—¡No! —chilló Coraline al ver a Mahou desplomarse.

Frank se giró hacia ella con una mirada llena de odio. Sin previo aviso, levantó el arma y disparó. La bala rozó la cabeza de Coraline y le hizo perder el sentido al instante. Su cuerpo cayó al suelo, inerte, mientras un hilo de sangre corría por su sien.

Mahou, con el pecho ardiendo de dolor, vio cómo su Cara guapa caía y soltó un grito desesperado. A pesar de la herida y haciendo un esfuerzo sobrehumano, se arrastró hacia el arma que había dejado caer. Sentía que, con cada movimiento, la vida se le escapaba. Pero ese cabrón iba a morir. Tenía que matarlo, aunque fuera lo último que hiciera.

Con un último impulso, agarró el arma y apuntó a Frank. Con rabia y dolor apretó el gatillo una y otra vez hasta que vació todo el cargador en él.

El cuerpo de Frank se sacudió con cada impacto antes de caer al suelo, inmóvil.

Sin fuerza, Mahou dejó caer la pistola y se arrastró hacia Coraline con la mirada borrosa por las lágrimas. Cada centímetro que avanzaba era una tortura, pero no podía dejarla sola.

—Cory... —susurró, con voz quebrada—. Cory, por favor, despierta...

Las lágrimas corrían por su rostro mientras intentaba alcanzarla. La creía muerta y el dolor de esa posibilidad lo destrozaba por dentro. Finalmente sus fuerzas lo abandonaron y cayó al suelo, a solo unos centímetros de ella. Sin posibilidad de poder abrazarla ni sentirla una vez más.

En ese momento la puerta se abrió de golpe y Caín entró corriendo. Su rostro se llenó de horror al ver la escena. Mahou, con su último aliento, levantó la mirada hacia Caín antes de perder la conciencia.

—Ayuda... Cory... —fue lo último que susurró antes de que la oscuridad lo envolviera.

Capítulo 31

Mahou despertó completamente desorientado en una habitación tan luminosa que la luz dañaba sus ojos. Parpadeó varias veces, y cuando quiso cambiar de posición, un dolor sordo le atravesó el pecho, enviando réplicas al resto de su cuerpo. Los brazos le pesaban, y al levantar uno, observó la vía que lo enganchaba a una botella de suero y calmantes, colgada de un alto pie metálico.

De pronto todo lo sucedido en el dormitorio de Coraline explosionó en su mente como una bomba atómica y solo fue capaz de ver a Frank apretando el maldito gatillo sobre la cabeza de su Cara guapa.

Cerró los ojos con fuerza sin hacer el menor esfuerzo por intentar levantarse, y no pudo impedir que gruesas lágrimas escaparan de las comisuras de sus ojos y resbalaran por sus sienes.

Con rabia y dolor se golpeó varias veces la cabeza sobre la almohada, comprendiendo que estaba en una cama de hospital, mientras la mujer de su vida se había marchado para siempre.

Llevó la mano libre de parafernalia médica al rostro y se cubrió los ojos. Rompió a llorar como un niño pequeño, solo y desconsolado. No era justo que después de todo lo que había vivido, ahora que tenía la felicidad al alcance de los dedos, un hijo de puta le hubiera destrozado la vida. Emocionalmente estaba agotado de tanto sufrimiento, de tantas mierdas que se empeñaban en arrollarlo como a un puto tren de mercancías.

—¡No! ¡Joder! ¡No! —gritó con voz áspera y ronca, llena de impotencia.

Los disparos en la cabeza, el noventa y nueve por ciento de las veces eran mortales. ¡Dios! Quería morir él también. Lo merecía más que ella. ¿Por qué, maldita fuera, era todo tan injusto? ¿Qué mal había podido hacer Coraline para terminar en una caja de pino cuando tenía tantos sueños por delante?

—¡No! —volvió a gritar, destrozado. Le dolía el alma y la angustia lo asfixiaba. Esas emociones que sentía eran peores que cualquier herida física—. No voy a poder seguir sin ti —gimió, como si ella pudiera oírlo. Deseaba que Coraline no solo lo escuchara, sino que le hablase.

Recordó el día que cantaba a Gloria Gaynor y la canción *I Will Survive*; sus ojos brillantes

llenos de risas y las carcajadas que brotaban de sus labios cuando desafinaba como un gato que maúlla bajo el agua.

—¡Dios! No puedes hacerme esto —suplicó entre sollozos—. Soy yo el que debía estar muerto, no tú. ¡Joder! El mundo te necesita. Yo te necesito.

—¿Mahou? —Obispo se acercó a él nada más abrir la puerta y ver que se movía—. ¡Estás despierto! —exclamó—. ¡Enfermera! ¡Caín! —gritó—. ¡Mahou está despierto! ¿Cómo te encuentras? —le preguntó, colocándose a un lado de la cama.

Mahou se negó a descubrir su rostro. Le importaba una mierda que lo vieran llorando, simplemente no deseaba ver a nadie, no quería hablar con nadie. ¿Y Caín?, pensó en él. Con toda seguridad estaría tan jodido como él. Ese hombre siempre había hecho todo preocupado por el bienestar y la felicidad de su hija, y ambos le habían fallado. Habían permitido que un puto chiflado viviera bajo su mismo techo y les robase lo único que verdaderamente tenía valor en el club.

—Mahou, hijo de perra, di algo, coño, ¿qué cojones tienes? —Obispo seguía insistiendo en que le contestara.

¿Cómo ese capullo podía parecer tan feliz de verlo si él odiaba haber sobrevivido?

—¿Qué le pasa? —escuchó que preguntaba Caín con inquietud, ingresando también en la habitación.

Mahou había dejado de llorar con la presencia de Obispo, pero sabía que cuando mirara a Caín a la cara, se derrumbaría del todo.

—Dejadme en paz —les suplicó, todavía con la mano sobre el rostro.

Ellos empezaron a preguntarle sobre su estado de salud a la vez, pero guardaron un repentino silencio y Mahou sintió que se apartaban de la cama.

—Miguel —dijo la voz de una mujer—, voy a tomarte las constantes.

Ella lo cabreó todavía más. ¿Por qué mierdas no podían irse todos a tomar por culo y dejarle a él que llorase en paz, para lograr ir al mundo de los recuerdos y encerrarse bajo llave? Jamás saldría de allí, y tampoco dejaría que nadie entrase.

—Miguel —insistió la enfermera, porque supuso que se trataba de la enfermera. Quería obligarlo a bajar el brazo, pero él lo sacudió con fuerza para que lo soltara—. De acuerdo —dijo ella, paciente—. Te tomaré las constantes en el otro.

¡Que hiciera lo que le diera la puta gana! Pero que se marchase pronto de allí. Quería estar solo y ahogarse en su miseria.

De lejos, escuchó el murmullo de Caín y Obispo hablando entre ellos. Alcanzó a oír que uno de ellos —no estaba seguro quién— decía que tenía que llamar a alguien.

Mahou gruñó. ¡Ni que aquello fuera una jodida fiesta!

—No quiero ver a nadie —advirtió, levantando la voz—. Dejadme solo de una puta vez.

Tenía que pensar. Tenía que hacerse la idea de que todo había cambiado para él y de que no podría continuar adelante en ese momento. En cuanto pudiera, recogería sus cosas y se largaría

del club. Haría como Curtis y se iría a vivir a las jodidas montañas, solo. Bebería hasta que perdiera el sentido y no pudiera distinguir la fantasía de la realidad.

—Todo está bien —dijo la enfermera—. ¿Te duele el pecho, Miguel?

Furioso, al final no tuvo más remedio que quitarse la mano de la cara y la fulminó con los ojos. ¿Acaso no entendían que no necesitaba a nadie ni a nada? ¿Al menos nada que estuviera en ese mundo?

La enfermera dio un par de pasos hacia atrás, asustada.

—Tal vez lo mejor sea dejarlo solo un momento. Acaba de despertar y está confuso. Llamaré al doctor.

Antes de que Mahou pudiera decirle que no avisara a nadie, ella se fue con pasos apresurados. De pronto Caín casi se le echó encima y lo miró muy serio.

—¿Te ha sentado mal levantarte de entre los muertos, gilipollas? Llevamos días enteros aquí, sin saber si vas a morir, ¿y ahora te comportas como si fuéramos una mierda? —Caín cruzó los brazos sobre el pecho y respiró profundo—. Necesitamos que te recuperes en seguida, los Diablos están en pie de guerra por el cabrón de Frank. Querían ser ellos los que acabaran con él.

—Al parecer no les resultó suficiente que vaciaras el cargador entero sobre él —terció Obispo, acercándose nuevamente con una sonrisa en los labios.

Mahou no terminaba de comprender. ¿Se habían vuelto todos locos?

—¿Y Cory? ¡Joder! ¿Es que nadie piensa en ella?

Caín alzó las cejas, sorprendido.

—¡Pues claro que pensamos en ella! Foca sigue acompañándola a donde quiera que va. Macho, ¿qué te pasa? ¿Crees que voy a dejar a mi hija sola hasta que no se calme todo?

—Pero..., pero... ¿Dónde está? Yo la vi caer. —Agitó la cabeza y miró el pie de donde colgaba el suero. ¿Qué mierda le estaban metiendo? ¿Era posible que estuviera soñando?—. Frank la mató.

Caín y Obispo intercambiaron una corta mirada y el primero sacudió la cabeza e, inclinándose sobre la cama, posó las manos en el colchón.

—Coraline viene de camino. Hace unos días debió regresar a su puesto de trabajo porque ya no podía faltar más, pero estuvo contigo desde que te hirieron. De hecho, deberías estarle agradecido, hermano, ella fue quien detuvo tu hemorragia cuando recibiste el disparo en el pecho.

El corazón de Mahou comenzó a latir con fuerza mientras asimilaba las palabras de Caín.

—¿Cory está viva? ¡Está viva! —Trató de incorporarse, pero no lo consiguió del todo. A su alrededor, el dormitorio entero comenzó a dar vueltas ante él, como si la cama en la que se encontraba se estuviera balanceando en un suelo curvo. Las paredes se movían igual que olas en un mar embravecido.

Caín sonrió y lo obligó a mantenerse quieto.

—Tranquilo, ya te he dicho que viene ahora. Por cierto, yo también tengo que darte las

gracias. Ella dice que si tú no hubieras acudido, la habría matado.

Todavía estaba alucinando.

—Me llamó Bradford por teléfono para decirme que ella estaba en el club con Frank y que él era el asesino.

Caín asintió.

—Sí, nos lo contó después.

Mahou suspiró y cerró los ojos. ¡Maldición, estaba muy cansado!

***

Coraline se subió a la moto de Foca con el corazón acelerado. El viento fresco acarició su rostro y su cabello voló alborotado cuando salieron a la carretera. No había querido perder el tiempo cogiendo su furgoneta, pues lo único que le interesaba era ver a Mahou lo antes posible.

Los árboles y los campos se desdibujaron ante sus ojos al avanzar por la serpenteante carretera mientras absorbía el olor a hierba recién cortada y a la tierra húmeda que impregnaba el aire y se mezclaba con el aroma a gasolina y cuero que emanaba de la moto.

Cada kilómetro que dejaba atrás hacía que la emoción llenara más su pecho. Después de dos semanas de incertidumbre y angustia, finalmente su novio se había despertado. El miedo que la había acompañado durante todo ese tiempo ahora se disipaba, dando paso a una alegría inmensa.

Los paisajes a su alrededor parecían más vivos que nunca. El verde intenso de los árboles, los colores vibrantes de las flores silvestres y el cielo azul infinito se reflejaban en sus ojos. Unos llenos de esperanza y felicidad.

Abrazaba a Foca con fuerza. Era agradable sentir la calidez del hombre a través del cuero del chaleco. Sabía que cada curva de la carretera la acercaba más a Mahou y su impaciencia se estaba transformando en una energía incontrolable. No podía esperar para verlo, para tocar su mano y mirarlo a los ojos, agradeciendo a Dios que le hubiera permitido vivir. La ansiedad que la había atenazado durante días comenzaba a evaporarse con el viento y no podía evitar dejar de sonreír. Estaba a punto de reunirse con él y ese pensamiento la hacía sentir que el mundo entero era un lugar maravilloso.

Capítulo 32

Coraline se detuvo delante de la puerta de la habitación para recuperar el aliento. Estaba tan nerviosa que no solo su cuerpo temblaba, sino que sentía que incluso las pestañas se habían puesto de acuerdo para imitar al resto de su anatomía. Respiró hondo varias veces soltando el aire por entre los dientes, despacio. Admitía que le daba un poco de rabia que Mahou hubiera despertado justo cuando ella no estaba, pero se repitió que lo importante era que él hubiera superado lo peor y la recuperación no fuera muy larga.

Cuando se sintió preparada, sus nudillos golpearon la puerta con suavidad y seguidamente entró. Una mezcla de olores la envolvió de inmediato: el aroma característico del desinfectante del hospital luchaba por imponerse al inconfundible olor a cuero y combustible de los viajes en moto de los hijos de Caín. Para su consternación, la habitación estaba llena de chalecos con el emblema del club y creaban una marea de colores oscuros y parches que simbolizaban hermandad y lealtad. Las risas resonaban en el pequeño espacio, rebotando contra las paredes blancas y estériles. Todos hablaban con Mahou, al que no podía distinguir porque le tapaban la vista.

Para ella, los moteros eran más que amigos; eran su familia. Cada uno de ellos había estado a su lado en los momentos más oscuros, y ahora, juntos transformaban un instante de tristeza en uno de esperanza y camaradería. Su pecho se llenó de calidez al verlos allí, apoyando a Mahou como solo una verdadera familia lo haría.

Muy despacio y sin llamar la atención, se fue abriendo paso entre ellos. Su corazón rebotó en su pecho al oír la risa del hombre que amaba y una repentina timidez la envolvió.

Tommy y su tío se encontraban justo a los pies de la cama, ambos cruzados de brazos mientras Rick contaba cómo tuvieron que sacar las cajas de alcohol sin facturar del almacén, a escondidas, cuando los federales, siempre acompañados del sheriff Snipe, registraban el dormitorio de Frank y el suyo propio. Ahora les parecía gracioso, pero ese día corrían todos como pollos sin cabeza.

—El cabrón de James sugirió que si tú la palmabas y nos pillaban algo, te echáramos la culpa a ti, Mahou —añadió Rick, soltando una carcajada.

James enrojeció sin dejar de sonreír. Levantó las manos en defensa.

—¡Era una broma, *bro*! Yo sabía que ibas a salir de esta.

Los demás moteros se rieron y palmearon la espalda de James, haciendo que se ruborizara aún más.

—Más gilipollas hubierais sido de no hacerlo —dijo Mahou y su risa resonó en la habitación, contagiando a los demás de nuevo—. Yo habría hecho lo mismo.

Tommy intervino:

—Lo cierto es que de no ser por Obispo, que se ha dado un trabajo de muerte con tantos papeles, todos estaríamos ahora mismo en un buen lío.

—¡Eso seguro! —respondió Ian, al tiempo que lanzaba una mirada agradecida a aquel que llevaba todos los temas burocráticos del club.

Coraline, finalmente se hizo un hueco en primera fila y esperó con paciencia a que él la descubriera, aunque lo que más deseaba era echar a todos fuera de allí y lanzarse sobre Mahou a besar sus labios y lo que surgiera. Vale, ella era doctora y él tenía que recuperarse, pero ¡joder!, lo había echado mucho de menos. Todo había sido una montaña rusa de emociones desde que lo había conocido y ya iba teniendo ganas de saber cómo era vivir con él sin nadie que pudiera objetar nada y mucho menos sin un asesino cerca que les echara el aliento sobre la nuca. Jamás habría pensado que Frank pudiera tener ese lado oscuro, o como decía Bradford, esa obsesión por proteger a la gente que apreciaba, quitando de en medio a los que él suponía un peligro.

Coraline miró a Mahou con una sonrisa radiante. Para ella, era el hombre más guapo del mundo y con su imponente presencia llenaba la habitación. A pesar de estar en la cama del hospital, con el cabello rubio en varios tonos, revuelto y curvado sobre la nuca, se veía magnífico y peligroso. Sus ojos, normalmente tan vibrantes y llenos de vida, mostraban una chispa de fuerza que hacía que su corazón latiera más rápido.

Cada detalle de él capturaba su atención: desde la curva de su mandíbula, que se tensaba ligeramente con cada sonrisa que esbozaba, hasta la profundidad de sus ojos verdes. No pudo evitar sentir una oleada de amor y admiración al verlo así, luchando y bromeando con sus amigos pese a las circunstancias.

—Cuando salgas de aquí, hay que celebrarlo —dijo alguien.

—Sí —empezó a decir él, entonces la vio y sus ojos ardieron con un fuego que solo ella pudo advertir. Se quedó en silencio, observándola con atención. De repente fue como si todos en aquella fría habitación de hospital se desvanecieran y solo quedaran ellos dos, con los ojos clavados uno en el otro.

Coraline dio unos pasos hacia él hasta que la misma cama impidió su avance. Mahou, sentado y con la espalda recostada sobre una almohada doblada, cogió su mano y entrelazó sus dedos con fuerza, como si no quisiera dejarla escapar. Todo estaba de pronto en silencio, excepto que podían escucharse algunas respiraciones.

—¿Cómo estás? —preguntó él, al tiempo que su mano libre retiraba varios mechones de la sien de Coraline para contemplar la pequeña herida que la bala de Frank había dejado y que ya

no era más que una marca rosada.

Ella se humedeció los labios y dejó sus dientes sobre el inferior al tiempo que asentía con la cabeza.

—Muy aburrida sin ti —murmuró.

Mahou tiró de ella hasta inclinarla casi sobre él y muy despacio acercó su boca, pero se detuvo a escasos milímetros para decir con voz potente:

—¡Qué mierdas hacéis todavía aquí! —Se dirigía a los miembros de la banda, aunque no dejaba de mirarla a ella—. Esto no es una jodida película.

Todos incluido Caín, que se hallaba al otro lado de la cama, salieron de la habitación en estampida y los dejaron solos. Después Mahou tomó los labios de Coraline con los suyos y la besó como nunca jamás lo había hecho: pasión, deseo, amor y fuego.

Ella respondió a aquel beso con los ojos abiertos. No quería dejar de ver el fulgor verde y todas las emociones que bailaban en la mirada de Mahou. No importaba que él apretara su nuca para intensificar la sensación de que ambos se pertenecían ni que el borde de la cama a la altura de sus caderas le impidiera adaptarse a sus fuertes curvas. Sus lenguas se enredaron hasta que comenzaron a jadear y la respiración se les tornó imposible.

Coraline levantó las manos hasta la cara de él y posó las palmas en sus duras mejillas. Tenía un poco de barba, aunque ella durante aquellos días lo había afeitado. También le había hablado mucho, contándole cualquier cosa que se le ocurría. Pero sabía que Mahou no podría acordarse de ello. Los sedantes lo habían mantenido dormido todo ese tiempo. Aun así, nunca lo dejó solo porque sabía que, aunque él a veces se comportaba un poco rudo, tampoco se hubiera apartado de ella.

—Me asustaste muchísimo, Mahou. —Con avidez, sus ojos recorrieron el rostro masculino con adoración. Estaba un poco más pálido de lo normal, pero no había perdido su tono bronceado ni un ápice de su belleza—. Llevas días que tus constantes son normales, pero no parecías querer despertar.

Él tragó saliva. Sus ojos brillantes y repentinamente húmedos penetraban en los de ella, desnudándola hasta el alma.

—Creí que te había perdido, Cory, y que ese hijo de puta te había matado —le confesó angustiado, con la cara todavía muy cerca de ella. Su aliento cálido acariciaba su boca—. Supongo que no tenía motivos para enfrentarme a la realidad si tú no estabas a mi lado.

Coraline sintió unas terribles ganas de llorar. Nunca había imaginado que alguien que no fuera de su familia pudiera quererla tanto. Pero él sí, y eso la hacía dichosa y especial. Lo besó con ternura y mordió su labio inferior con suavidad. Sabía que jamás se cansaría de besarlo. Formaba parte de su propio cuerpo, igual que una extensión de sus extremidades de la cual no podía prescindir.

—Te amo —susurró.

Mahou la abrazó con fuerza y hundió la boca en su cuello, como si estuviera llenándose los

pulmones con su olor. Se quedaron en silencio largamente, sintiendo el latir de sus corazones, hasta que estos alcanzaron el mismo ritmo.

—Y yo te amo a ti, hija de Caín —murmuró contra su piel.

Coraline se echó a reír y él frotó la nariz contra su cuello.

Capítulo 33

Varias semanas después

—No puedo creer que te quieras casar conmigo, Cara guapa —murmuró Mahou pasando una mano por la mejilla de Coraline hacia el cuello, para luego frotar sus pezones con suavidad—. Nunca en mi vida pensé que podría llegar a tener a mi lado a alguien como tú.

Ella arqueó su cuerpo y sintió como la otra mano de Mahou se deslizaba hasta su entrepierna. Estaba saciada, aun así se restregó contra él.

—Ni yo como tú. Siempre hui de los moteros.

Los ojos verdes brillaron divertidos.

—¿Por qué?

Coraline se encogió de hombros y él se alzó, rodó sobre ella y, colocándose entre sus muslos, la penetró de nuevo.

—Quería tener una casita, hijos, y un perro —gimió ante la suavidad con la que él se hundía en su interior una y otra vez. Hasta el momento siempre habían follado, pero ahora le estaba haciendo el amor con una delicadeza conmovedora.

—Yo te daré todo eso, Cara guapa.

Ella levantó los ojos hasta los suyos, nublados de pasión.

—¿De verdad? —le preguntó con voz ronca.

—Todo lo que quieras —respondió Mahou con la respiración entrecortada. La miraba con fijeza y la boca ligeramente abierta.

Mahou era hermoso y ella deseaba parar el tiempo y grabar esa imagen en su memoria para siempre.

Él siguió moviéndose, instándola a que se corriera. Cuando Coraline lo hizo, el cuerpo de Mahou se tensó y se dejó ir con un fuerte jadeo.

—Y empezaremos con eso de los niños ahora mismo —susurró en su oreja, bajando la vista hacia ella. Recorrió con los dedos las líneas de su rostro y sintió la suavidad de sus labios sobre la yema del pulgar.

Coraline cogió su mano, la llevó a su boca y besó su palma con ternura.

De repente, un estruendo musical hizo vibrar las paredes del club y una voz femenina cantó a todo pulmón. Coraline sonrió. Se incorporó sobre la cama, empujándolo, con los ojos llenos de emoción, y miró a Mahou con la boca abierta.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó, con la voz llena de anticipación y alegría.

Él balanceó la cabeza al ritmo de la música.

—Convencí a tu padre de que un karaoke no era tan mala idea. Por cierto, ¿quién estará cantando?

Coraline soltó una carcajada y comenzó a vestirse con prisa, mientras él la miraba con los codos apoyados en el colchón.

—Eva, pero que se preparen todos, que allá voy yo.

Mahou sacudió la cabeza y se echó a reír. Ella salió de la habitación a la carrera y él aprovechó a estirarse en la cama. Estaba seguro de que se iba a hartar de escucharla cantar durante los próximos meses, o tal vez años, porque si algo había aprendido de su Cara guapa era que no se rendía con facilidad.

Cerró los ojos. No recordaba nunca haberse sentido tan feliz como en ese momento. Los Diablos seguían jodiéndolos como siempre, pero ellos no se quedaban atrás. Y de Santiago no habían vuelto a saber nada desde que regresó a España. Los espectáculos en el club se habían vuelto aburridos, pero presentía que con el karaoke nuevo lo iban a petar, siempre que Coraline no acaparara los micrófonos, porque era muy capaz de hacerlo.

Sí, realmente se encontraba en esa etapa de su vida en la que, por primera vez, todo le salía jodidamente bien.

—¡Mahou! —Unos fuertes golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos. Era la voz irritada de Ian—. ¿Qué cojones has hecho? ¡Nos van a destrozar los putos tímpanos! ¡Ya puedes decirle al Bichejo que suelte el micro!

Bueno, había algunas cosas que nunca cambiarían.

—¡Ya voy! —gritó.

Se levantó con desgana y comenzó a vestirse. Si Ian creía que podía hacer algo en contra de Coraline significaba que todavía no lo conocía lo suficiente, porque era capaz de romper la cabeza de aquel que se atreviera a interrumpir a su chica. Sonrió. Tal vez incluso él se atreviera a cantar.

No supo el motivo, pero su mente viajó en el tiempo hacia su adolescencia. Fue una vez que acudió a un concierto en una discoteca de rock donde actuaba un grupo español, Barón Rojo. Casualmente tenían una canción titulada *Hijos de Caín*.

Quizá los hombres seamos a un tiempo Abel y Caín
Quizá algún día destruya lo oscuro que hay en mí
El destino no está marcado al nacer
Yo he elegido ser lo que siempre seré

¡Hijo de Caín!
¡Hijos de Caín!

Sí, tal vez podría cantar esa con Coraline.

Epílogo

Seis años más tarde

Mahou

La primera vez que vi a esa mujer no supe qué pensar de ella, excepto que era jodidamente guapa. Ahora solo era consciente de que no podría vivir sin verla, ni sin escuchar su voz ni sin los dos críos que me había dado.

Desde el porche la observaba charlando con su inseparable amiga Nat. Ambas se hallaban sentadas en un pequeño columpio que Ian, Caín y yo habíamos construido en la rama del enorme árbol que dominaba el jardín. Eran de esos que parecían un banco, y Coraline nos había obligado a que pusiéramos unas especies de correas para que cuando se subieran los niños, no se cayeran. Yo seguía opinando que los mimaba en exceso y que los iba a volver gilipollas prohibiéndoles hacer cosas absurdas, pero, aunque no me gustara admitirlo, ella era la que mandaba. En el fondo me gustaba que lo hiciera, o que creyera que lo hacía, porque, en definitiva, yo nunca había sido un hombre que me dejara dominar fácilmente. Aunque claro, a veces era muy difícil resistirme, sobre todo cuando se acercaba a mí con sus preciosos ojos grises brillando traviesamente y su cabello rubio cortado en capas flotando alrededor de su cabeza, pronunciando mi nombre en un susurro tentador que me obligaba a rodearla con mis brazos y besarla hasta que el mundo dejaba de existir a nuestro alrededor.

Sí, ella era especial y era solo mía.

Sonreí y apoyé los brazos sobre la barandilla del porche. Teníamos una casa con jardín, niños y un perro. No era exactamente el perro que ella hubiera querido, pues decía que le agradaban pequeños, pero a mí me gustaban las cosas grandes, como la casa de dos plantas que tenía muchas habitaciones y un salón inmenso para poder celebrar fiestas con los demás hijos de Caín. También el jardín constaba de varias hectáreas, con barbacoa y una piscina ovalada. Esa sobraba, pues la terca de mi esposa solía llevarse a los niños a la comunidad de caravanas a que disfrutaran con los demás niños. Decía que debían socializar más. Yo me quedaba alucinado con eso de «socializar más». No había un solo día que no hubiera más gente de lo normal en casa; cuando no eran Caín y Eva eran James con su novia —no iban a durar mucho, la zorra era una

biker chick que pertenecía a los Diablos del Infierno, pero tampoco íbamos a negarle entrar en nuestras vidas—. Además, yo tampoco iba a decirle a él lo que tenía que hacer o no.

En otras ocasiones venían Ian y Prudence a jugar con sus sobrinos nietos, o como aquel día, Nat, que esperaba a que llegara su marido para ir al club. Por suerte, y aunque el tío me cayera bien, ellas no nos obligaban a pasar mucho tiempo juntos y eso era de agradecer.

—Sultán, ven —llamé al mastín, que, recostado junto a la escalera, no quitaba los ojos de mi Cara guapa.

Quizá eso era algo que me molestaba un poco, que después de seis años de casados, todavía seguían doliéndome las pelotas de vez en cuando. Si no era el perro, eran los niños, o si no, algún paciente que venía de urgencia a buscarla. Menos mal que ella solía compensármelo, pues nuestro sexo seguía siendo de puta madre: a veces duro, a veces nos moríamos de la risa, otras dulce y tierno. Tal vez el problema era mío, que nunca me cansaba de estar en su interior, incluso hubo un tiempo que envidié a nuestro hijo cuando se resistió a dejar la teta de su madre hasta los casi tres años.

El rugido de varias Harley resonó en el aire antes de aparecer por el camino flanqueado de árboles, y sonreí. Sabía que los muchachos tratarían de convencerme para ir al club, y yo, por supuesto, debía fingir que no lo estaba deseando, pero por si acaso, entré en casa y me puse el chaleco que colgaba del perchero de la entrada.

—¿Vas a ir? —me dijo Cory, que como una bala había entrado detrás de mí. Jadeaba y sus mejillas se hallaban pintadas de un bonito color rosado.

—No me apetece mucho, la verdad —respondí, encogiéndome de hombros.

—Mentiroso. —Ella me rodeó la cintura y alzó el rostro para que la besara.

—No tardaré mucho —prometí, entre beso y beso.

—Si lo haces iré a buscarte —musitó contra mis labios. Hundió su pequeña lengua en mi interior, pero yo la cogí en brazos y subí con ella las escaleras hasta el dormitorio, al tiempo que le decía:

—Nos da tiempo a uno rápido.

Fin

Nota de autora

Esta novela es un poco diferente a lo que suelo hacer yo, pero me encanta probar un poco de todo y me siento bastante satisfecha con el resultado. Espero que disfrutéis la novela tanto como yo al escribir. Si alguien quiere saber lo que pasó con Nat, se puede leer su romance en un relato que saldrá en una antología de Selecta titulada *Espérame en primavera*, y que os guste su historia.

Agradecimientos

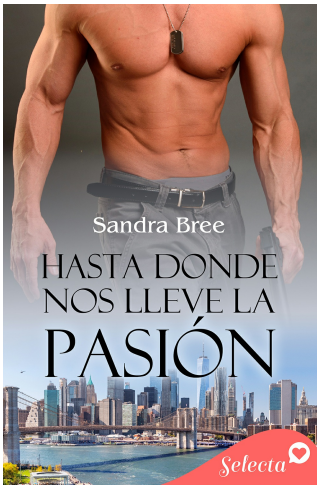
Quiero agradecer y dedicar esta novela a Lola Gude y Almudena Muñoz, porque ellas me ayudaron mucho y me animaron. Y aunque nunca me habían oído decir tantas palabrotas, al menos no tantas juntas, he de decir que las he sorprendido, me han soportado y hasta creo que se han reído con ello. Mil gracias por todo.

Si te ha gustado

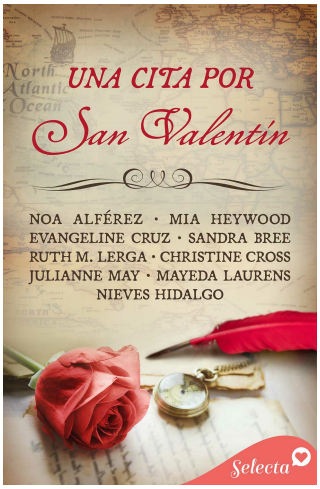
Atracción fatal

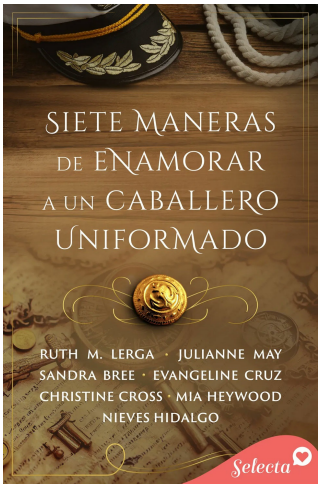
puedes disfrutar de estas

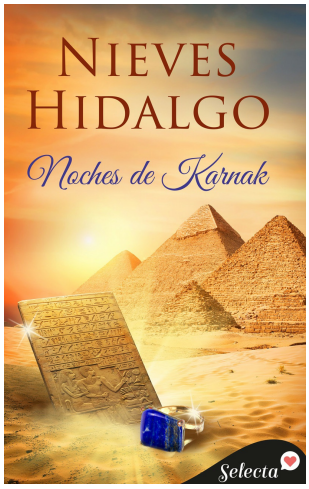


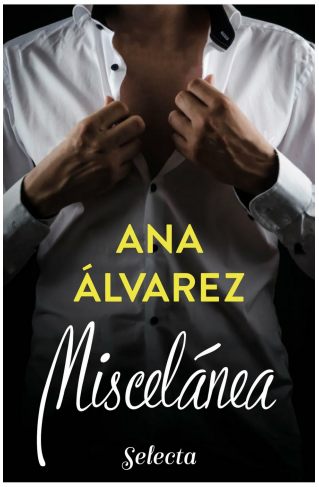







SIETE MANERAS
DE ENAMORAR
A UN CABALLERO
UNIFORMADO
RUTH M. LERGA · JULIANNE MAY
SANDRA BREE · EVANGELINE CRUZ
CHRISTINE CROSS · MIA HEYWOOD
NIEVES HIDALGO
Selecta


NIEVES
HIDALGO
Noches de Karnak
Selecta


ANA
ÁLVAREZ
Miscelánea
Selecta


DELIRIO
DE AMOR
EVANGELINE CRUZ
Selecta

Esta impresionante novela de Sandra Bree, construida de manera magistral, nos regala una historia trepidante llena de intriga y pasión.



En el peligroso mundo de las bandas, el amor y el deseo prohibido entre la hija del jefe y su mano derecha crece en secreto. Además del riesgo que esta relación supone, al menos para Mahou, una serie de asesinatos amenaza con destruirlo todo.

Coraline, una joven doctora, regresa a Montana desde España, donde ha pasado los últimos años estudiando medicina. Ahora trata de olvidar a un novio que la dejó. En su primera noche de vuelta, decide salir de fiesta **y se enreda con un hombre misterioso**. Al día siguiente, descubre con sorpresa que es Mahou, un miembro de «Los Hijos de Caín», la banda que lidera su propio padre.

Mahou, un hombre con un pasado turbulento, ha encontrado en la banda de Caín una nueva vida y propósito. Durante una noche de cervezas, se lía con una mujer que no espera volver a ver, solo para descubrir que es **la hija del hombre que lo salvó** y lo hizo cambiar de vida: Coraline.

La atracción entre Coraline y Mahou es inmediata y poderosa. Aunque ambos saben que su relación podría enfadar a Caín, no pueden evitar sentirse irremediablemente atraídos el uno por el

otro. Sin embargo, un oscuro peligro acecha en las sombras de Montana. **Una serie de asesinatos sacude la ciudad**, creando desconfianza y enfrentamientos entre las diferentes bandas y comunidades rurales.

Mientras el amor clandestino de Coraline y Mahou crece, deberán enfrentarse no solo a la posible ira de Caín, sino también a una amenaza que podría destruir todo lo que conocen.

¿Podrán proteger su amor en medio del caos y la violencia, o estarán condenados a ser víctimas de las sombras que se ciernen sobre ellos?

Sandra Bree es una escritora madrileña, madre de tres hijos y ávida lectora de novelas románticas. Y es en este género en el que ha desarrollado su carrera literaria.

Sandra ha escrito desde siempre, pero no se había atrevido nunca a compartir con nadie ninguna de sus obras hasta que se decidió a hacerlo a través de una web de novela romántica. A partir de entonces la escritura pasó de ser una afición a ser una profesión. Sus libros se ambientan en todos los subgéneros: histórico, actual, suspense, comedía…

De entre sus novelas hay que destacar ***¿Y sí nos lo montamos juntos?, Y de repente llegaste tú, La princesa y el comandante, Corazón de pirata*** , o sus obras pertenecientes a diferentes series: de Minstrel Valley, ***La última oportunidad de la señorita Grenfell*** , de Ebrias de amor, ***Chus y vino… Bálsamo divino*** y de Un cuerpo muy especial, ***Un geo para mi body*** .

Edición en formato digital: marzo de 2025

© 2025, Sandra Bree
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-81-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Se traduciría al español como «chica motera». Aunque, en ciertos contextos y subculturas, puede tener connotaciones específicas.

Índice

Atracción fatal
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Sandra Bree
Créditos
Notas